

Asedio y Tormenta

«Una sabia mezcla de fantasía, romance y aventura.»
Rick Riordan

Leigh Bardugo

LA OSCURIDAD NUNCA MUERE. Perseguida a través del Mar Auténtico, atormentada por las vidas con las que acabó en la Sombra, Alina trata de sobrevivir junto a Mal en una tierra extraña, a la vez que mantiene en secreto su identidad como Invocadora del Sol. Pero no podrá huir durante mucho tiempo ni de su pasado ni de su destino.

El Oscuro ha emergido de la Sombra con un terrorífico poder nuevo, y con un peligroso plan que pondrá a prueba los mismísimos límites del mundo natural. Con la ayuda de un carismático corsario, Alina volverá al país que trató de abandonar, decidida a luchar contra las fuerzas que amenazan a Ravka. Pero a medida que su poder crece, Alina se pierde cada vez más en el juego de magia prohibida del Oscuro, y se aleja de Mal. Pronto tendrá que elegir entre su país, su poder y el amor que siempre pensó que la guiaría, o arriesgarse a perderlo todo en la tormenta que se avecina.

Leigh Bardugo

Asedio y tormenta

Grisha - 2

ePub r1.0
Titivillus 01.01.2018

Título original: *Siege and storm*
Leigh Bardugo, 2013
Traducción: Miguel Trujillo Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para mi madre, que creyó
en mí incluso cuando yo no lo hacía.

Asedio y Tormenta

GRISHA

Soldados del Segundo Ejército

Maestros de la Pequeña Ciencia

CORPORALKI

(La Orden de los Vivos y los Muertos)

Mortificadores

Sanadores

ETHEREALKI

(La Orden de los Invocadores)

Vendavales

Inferni

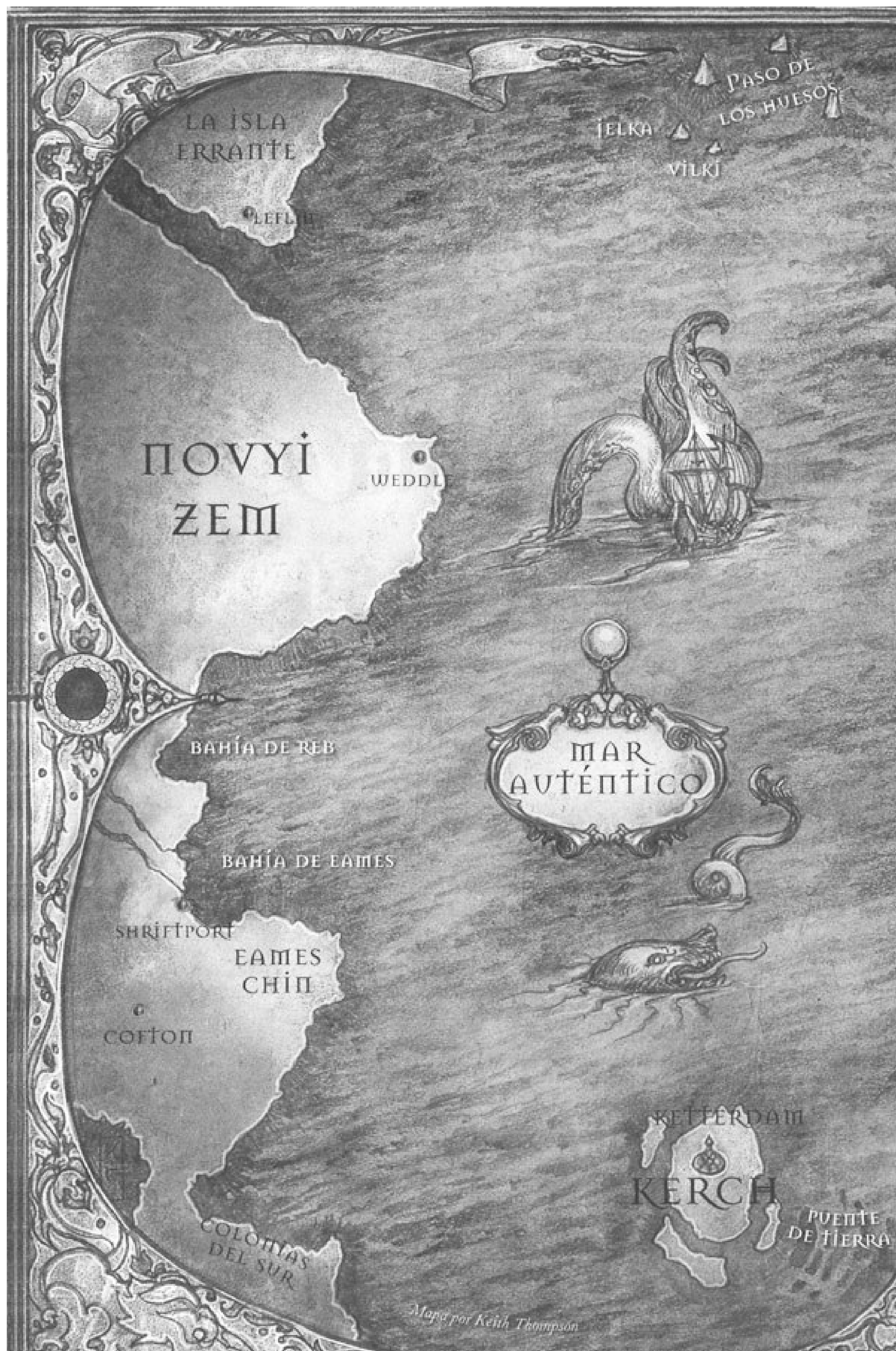
Agitamareas

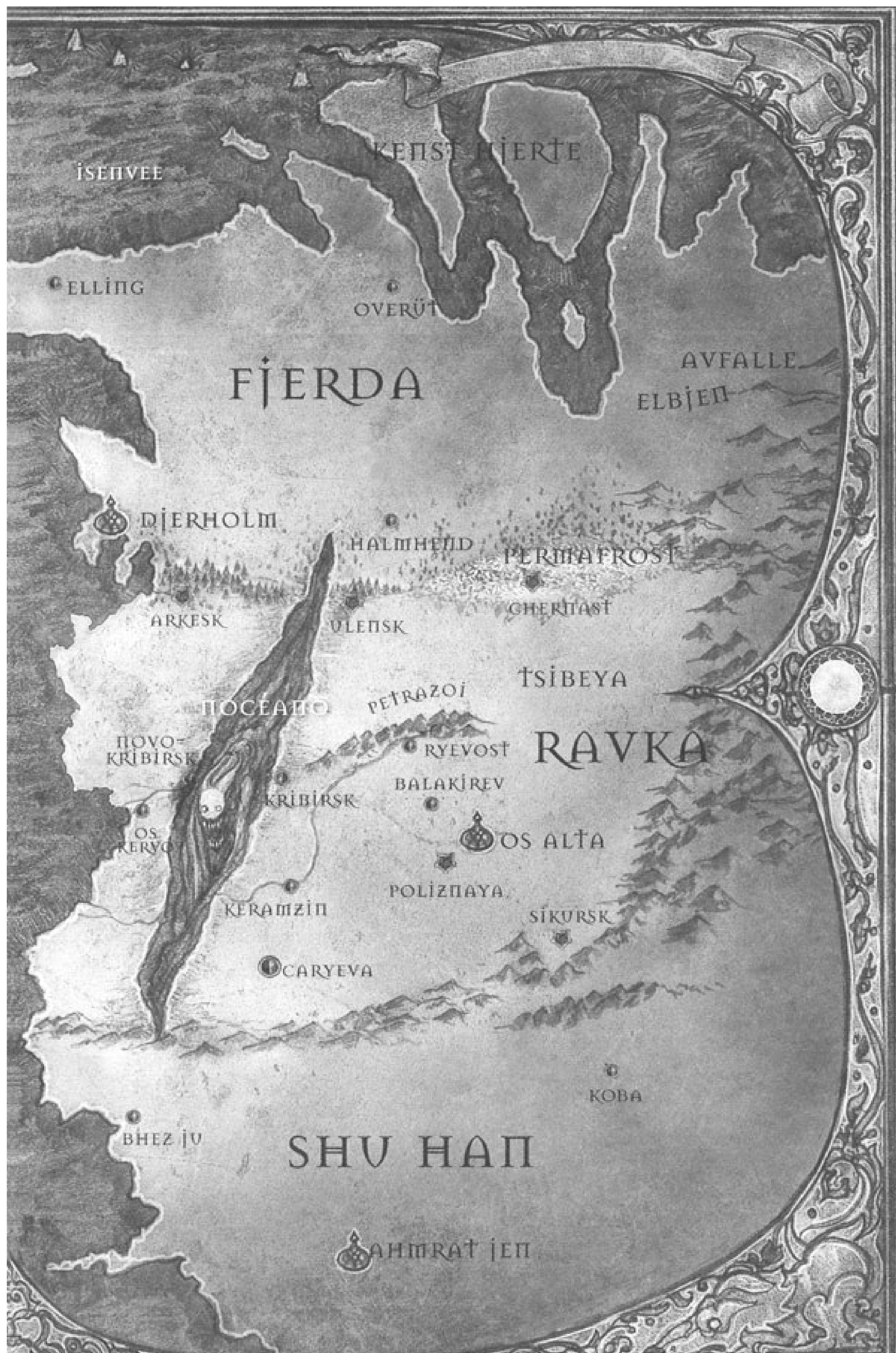
MATERIALKI

(La Orden de los Hacedores)

Durasts

Alkemi


PASO DE LOS HUESOS
JELKA
VILKI
LA ISLA ERRANTE
LEFLIN
NOVYI ZEM
WEDDLE
BAHÍA DE REB
MAR AUTÉNTICO
BAHÍA DE EAMES
SHRIFTPORT
EAMES CHIN
COFTON
KETTERDAM
KERCH
PUENTE DE TIERRA
COLONIAS DEL SUR
Mapa por Keith Thompson


ISENVEE
KENST
JERTE
ELLING
OVERÜT
FJERDA
AVFALLE
ELBJEN
DJERHOLM
HALMHEND
PERMAFROST
CHERNAST
ARKESK
ULENSK
TSIBEYA
NOCÉANO
PETRAZOI
NOVO-
KRIBIRSK
RYEVOST
RAVKA
BALAKIREV
KRIBIRSK
OS
ERVO
OS ALTA
POLIZNAYA
KERAMZIN
SIKURSK
CARYEVA
KOBA
BHEZ JU
SHU HAN
AHMRAT JEN



l chico y la chica habían soñado con barcos hacía mucho tiempo, antes de que hubieran visto siquiera el Mar Auténtico. Soñaron con navíos de leyenda, barcos mágicos con mástiles tallados de cedro dulce y velas tejidas por doncellas con hilo de oro puro. Sus tripulaciones eran ratones blancos que cantaban canciones y fregaban las cubiertas con sus colas rosadas.

El *Verrhader* no era un barco mágico. Era un barco de mercancías kerch, con la bodega cargada de mijo y melaza. Apestaba a cuerpos sin lavar y cebollas crudas que según los marineros ayudaban a prevenir el escorbuto. Su tripulación escupía, maldecía y apostaba por raciones de ron. El pan que les daban al chico y a la chica estaba lleno de gorgojos, y su camarote era un cuartito estrecho que se veían obligados a compartir con otros dos pasajeros y un barril de bacalao en salazón.

No les importaba. Se acostumbraron al sonido metálico de las campanas cada hora, al ruido de las gaviotas, al parloteo ininteligible de los kerch. El barco era su reino, y el mar un vasto foso que mantenía a raya a sus enemigos.

El chico se acostumbró a la vida a bordo del navío con la misma facilidad con la que se acostumbraba a cualquier otra cosa. Aprendió a hacer nudos y reparar velas, y cuando sus heridas sanaron comenzó a trabajar junto a la tripulación. Abandonó los zapatos para trepar descalzo e impávido por las jarcias. Los marineros se maravillaban al ver cómo localizaba delfines, bancos de rayas y brillantes peces tigre; cómo sentía el lugar donde aparecería una ballena un momento antes de que su lomo ancho y rugoso emergiera entre las olas. Aseguraban que serían ricos si tan solo tuvieran un poquito de su suerte.

La chica los ponía nerviosos.

A los tres días de zarpar, el capitán le pidió que permaneciera bajo cubierta tanto como pudiera. Culpaba de ello a las supersticiones de la tripulación, y aseguró que

pensaban que tener una mujer a bordo atraería malos vientos. Esto era en parte cierto, pero los marineros hubieran dado la bienvenida a una chica feliz y risueña, una chica que bromeara o probara a soplar el silbato de hojalata.

Pero esa chica permanecía quieta y en silencio junto a la barandilla, ajustándose la bufanda al cuello, inmóvil como un mascarón tallado en madera blanca. Esa chica gritaba en sueños y despertaba a los hombres que dormitaban arriba.

Así que la chica pasaba sus días vagando por las oscuras entrañas del barco. Contaba los barriles de melaza, estudiaba los diagramas del capitán. De noche, se refugiaba en los brazos del chico y permanecían juntos en cubierta, señalando constelaciones del vasto manto de estrellas: el Cazador, el Erudito, los Tres Hijos Insensatos, los brillantes radios de la Rueca, el Palacio del Sur, con sus seis agujas torcidas.

Ella lo mantenía allí tanto como podía, contando historias, haciendo preguntas. Sabía que en cuanto durmiera, soñaría. A veces soñaba con esquifes rotos de velas negras y cubiertas resbaladizas por la sangre, con la gente que gritaba en la oscuridad. Pero los peores eran los sueños de un príncipe pálido que posaba los labios en su cuello, que colocaba las manos en el colgante que rodeaba su cuello e invocaba su poder en un resplandor de brillante luz solar.

Cuando soñaba con él, se despertaba temblando, con el eco de su poder todavía vibrando a través de ella, la calidez de la luz todavía impregnada en su piel.

El chico la abrazaba con más fuerza y susurraba palabras suaves para calmarla.

—Solo es una pesadilla —susurraba—. Los sueños pararán.

Él no lo entendía. Los sueños eran el único lugar donde era seguro utilizar su poder, y ella lo anhelaba.

El día que el *Verrhader* llegó a tierra, el chico y la chica permanecieron junto a la barandilla juntos, observando cómo se acercaba la costa de Novyi Zem.

Fueron hasta el puerto a través de una arboleda de mástiles envejecidos y velas atadas. Había elegantes balandras y pequeños barcos de juncos de las costas rocosas de Shu Han, barcos de guerra armados y goletas de recreo, enormes mercantes y balleneros fjerdanos. Una galera prisión de madera hinchada que se encontraba amarrada para las colonias del sur tenía el estandarte de punta roja que advertía de que había asesinos a bordo. Mientras flotaban junto a la galera, la chica podría haber jurado que oía el tintineo de las cadenas.

El *Verrhader* llegó hasta su amarradero. Bajaron la pasarela. Los estibadores y la tripulación soltaron gritos de bienvenida, desataron cuerdas y prepararon el cargamento.

El chico y la chica examinaron el muelle, buscando entre la multitud el carmesí de los Mortificadores o el azul de los Invocadores, o el reflejo del sol en las pistolas ravkanas.

Era la hora. El chico deslizó la mano en la de la chica. Tenía la palma áspera y callosa de los días que había pasado trabajando en el baro. Cuando pisaron los tablones del muelle, parecía que el suelo se moviera y diera sacudidas bajo sus pies.

Los marineros se rieron.

—¡*Vaarwel, fentomen!* —gritaron.

El chico y la chica avanzaron y dieron sus primeros e inseguros pasos en el nuevo mundo.

Por favor, rezó la chica en silencio a cualquier Santo que pudiera estar escuchando, *que podamos estar seguros aquí. Que encontremos un hogar*.





levaba dos semanas en Cofton y seguía perdiéndome. La ciudad estaba en el interior, al oeste de la costa de Novyi Zem, a kilómetros de distancia del puerto en el que desembarcamos. Pronto nos alejaríamos más, a las regiones agrestes de la frontera de Zemeni. Tal vez entonces comenzaríamos a sentirnos a salvo.

Comprobé el pequeño mapa que me había dibujado y rehíce mis pasos. Mal y yo quedábamos cada día después del trabajo para volver juntos a la pensión, pero ese día me había perdido completamente al desviarme para comprar la cena. Los pasteles de ternera y berzas estaban metidos en mi morral, despidiendo un olor muy peculiar. El tendero había asegurado que eran una exquisitez de Zemeni, pero yo tenía mis dudas. Tampoco importaba demasiado. Últimamente, todo me sabía a ceniza.

Mal y yo habíamos ido a Cofton a buscar un trabajo que nos financiara el viaje al oeste. Cofton, el centro del comercio *jurda*, estaba rodeado de campos de unas florecillas anaranjadas que la gente mascaba a puñados. Eran estimulantes, y se consideraban todo un lujo en Ravka, pero algunos de los marineros a bordo del *Verrhader* las habían empleado para permanecer despiertos durante las guardias largas. A los hombres zemeni les gustaba meterse las flores secas entre los labios y las encías, e incluso las mujeres las llevaban en las bolsitas bordadas que colgaban de sus muñecas. En cada escaparate por el que pasaba se anunciaban distintas variedades: Hojas brillantes, Sombra, Dhoka, Fuertes. Vi a una chica vestida con unas preciosas enaguas que se inclinaba y escupía un chorro de jugo de color óxido en una de las escupideras de latón que había en el exterior de cada tienda. Reprimí las náuseas: esa era una costumbre zemeni a la que no creía que pudiera acostumbrarme.

Con un suspiro de alivio, llegué hasta la calle principal de la ciudad. Al menos ya sabía dónde me encontraba. Cofton todavía no me parecía real. Daba la sensación de ser algo crudo, sin terminar. La mayoría de las calles no estaban pavimentadas, y siempre me parecía que los edificios de tejados planos, con sus delgadas paredes de

madera, se desmoronarían en cualquier momento. Y aun así, todos tenían ventanas de cristal. Las mujeres se vestían de terciopelo y encaje. Las tiendas estaban inundadas de dulces, chucherías y toda clase de ropas elegantes en lugar de rifles, cuchillos y ollas de latón. Allí, hasta los mendigos llevaban zapatos. Ese era el aspecto de un país que no estaba asediado.

Mientras pasaba junto a una tienda de ginebra, vi un destello de color carmesí por el rabillo del ojo. Corporalki. Retrocedí al instante y me escondí en el espacio en sombras que había entre dos edificios, con el corazón latiéndome con fuerza y colocando la mano sobre la pistola que llevaba en la cadera.

Primero la daga, me recordé, haciendo que se deslizara desde debajo de mi manga. *Procura no llamar la atención. La pistola solo si es necesario. El poder como último recurso*. Eché de menos los guantes fabricados por los Hacedores que había dejado atrás en Ravka, y no era la primera vez. Estaban llenos de espejitos que me proporcionaban una manera sencilla de cegar a mis oponentes en un combate cuerpo a cuerpo… y una buena alternativa a partir a alguien por la mitad con el Corte. Pero si había visto a un Corporalnik Mortificador, tal vez no tuviera elección. Eran los soldados favoritos del Oscuro, y podían pararme el corazón o aplastarme los pulmones sin necesidad de golpearme siquiera.

Esperé con la mano en el mango de la daga, y finalmente me atreví a echar un vistazo al otro lado de la pared. Vi un carro con una montaña de barriles. El conductor se había detenido para hablar con una mujer cuya hija bailoteaba con impaciencia junto a ella, revoloteando y dando piruetas con su vestido de un rojo oscuro.

Tan solo era una niña. No había ningún Corporalnik a la vista. Volví a recostarme sobre la pared y respiré hondo, tratando de calmarme.

No va a ser siempre así, me dije. *Cuanto más tiempo pases libre, más fácil será*.

Algún día despertaría sin haber tenido pesadillas, caminaría por la calle sin miedo. Hasta entonces, mantendría cerca mi endeble daga, anhelando el peso firme del acero Grisha en mi mano.

Volví a la calle abarrotada y me ajusté la bufanda que llevaba al cuello, apretándola más. Se había convertido en un hábito nervioso. Bajo la bufanda se encontraba el collar de Morozova, el amplificador más poderoso jamás creado, así como la única forma de identificarme. Sin él, no era más que otra refugiada ravkana, sucia y desnutrida.

No estaba segura de lo que haría cuando cambiara el tiempo. No podría caminar por ahí con bufanda y abrigos de cuello alto cuando llegara el verano. Pero, para entonces, con suerte Mal y yo estaríamos lejos de las ciudades abarrotadas y las preguntas indiscretas. Estaríamos solos por primera vez desde que huimos de Ravka. El pensamiento hizo que me recorriera un temblor nervioso.

Crucé la calle, esquivando carretas y caballos, todavía examinando la multitud con la seguridad de que en cualquier momento vería una tropa de Grisha u *oprichniki*

viniendo a por mí. O tal vez serían mercenarios Shu Han, o asesinos fjerdanos, o los soldados del Rey de Ravka, o incluso el mismísimo Oscuro. Había demasiada gente que podía estar persiguiéndonos. *Persiguiéndome*, me corregí. De no ser por mí, Mal todavía sería un rastreador en el Primer Ejército, y no un desertor que huía para seguir con vida.

Un recuerdo indeseado apareció en mi mente: pelo negro, ojos de color pizarra, el rostro del Oscuro exultante por la victoria mientras desataba el poder de la Sombra. Antes de que yo le hubiera arrebatado esa victoria.

Era fácil enterarse de noticias en Novyi Zem, pero ninguna era buena. Había rumores de que el Oscuro había sobrevivido a la batalla en la Sombra de algún modo, de que se había recluido para reunir fuerzas antes de intentar hacerse de nuevo con el trono de Ravka. Habría preferido creer que era del todo imposible, pero lo conocía lo suficiente como para no subestimarlo. Las otras historias resultaban igual de inquietantes: que la Sombra había comenzado inundar las costas, llevando a los refugiados al este y al oeste; que había surgido un culto alrededor de una Santa que podía invocar el sol. No quería pensar en ello. Mal y yo teníamos una nueva vida ahora. Habíamos dejado atrás Ravka.

Me apresuré, y no tardé en llegar a la plaza donde Mal y yo nos encontrábamos cada tarde. Lo distinguí recostado contra el borde de una fuente, hablando con un amigo zemeni que había conocido trabajando en el almacén. No recordaba su nombre… ¿Jep, tal vez? ¿Jef?

Alimentada por cuatro enormes grifos, la fuente era más útil que decorativa; una gran pila donde las chicas y las sirvientas acudían a lavar la ropa. Sin embargo, ninguna de las lavanderas estaba prestando demasiada atención a la colada. Todas miraban a Mal, boquiabiertas. Era difícil no hacerlo. El pelo le había crecido desde su corte militar, y comenzaba a rizársele en la nuca. La fuente le había rociado la camiseta, dejándosela húmeda y adherida a la piel bronceada por los largos días en el mar. Echó la cabeza hacia atrás, riéndose por algo que había dicho su amigo, aparentemente inconscientes de las sonrisas furtivas que le lanzaban.

Probablemente está tan acostumbrado que ya ni se da cuenta, pensé con irritación.

Cuando me vio, sonrió y me saludó con la mano. Las lavanderas se giraron para ver a quién saludaba e intercambiaron miradas de incredulidad. Sabía lo que veían: una chica flacucha con pelo ralo de un soso color castaño, las mejillas cetrinas y los dedos teñidos de naranja por empaquetar *jurda*. Nunca había sido gran cosa, y las semanas que llevaba sin utilizar mi poder me habían pasado factura. No comía ni dormía bien, y las pesadillas no ayudaban. Las caras de todas las mujeres decían lo mismo: ¿qué hacía un chico como Mal con una chica como yo?

Enderecé la espalda y traté de ignorarlas mientras Mal me rodeaba con un brazo para acercarme a él.

—¿Dónde estabas? —preguntó—. Comenzaba a preocuparme.

—Una banda de osos furiosos me tendieron una emboscada —murmuré junto a su hombro.

—¿Te has vuelto a perder?

—No sé de dónde sacas esas ideas.

—Recuerdas a Jes, ¿verdad? —preguntó, asintiendo en dirección a su amigo.

—¿Cómo va? —preguntó con su ravkano chapurreado mientras me ofrecía la mano. Su expresión era exageradamente seria.

—Muy bien, gracias —respondí en zemeni. Él no me devolvió la sonrisa, pero me palmeó la mano suavemente. Desde luego, Jes era un rarito.

Hablamos un poco más, pero sabía que Mal notaba que comenzaba a ponerme nerviosa. No me gustaba estar en público durante tanto tiempo. Nos despedimos y, antes de marcharse, Jes me lanzó otra seria mirada y se inclinó para susurrarle algo a Mal.

—¿Qué ha dicho? —pregunté mientras lo observábamos alejarse por la plaza.

—¿Eh? Ah, nada. ¿Sabías que tienes polen en las cejas? —Estiró la mano para quitármelo con suavidad.

—A lo mejor es que me gustan así.

—Perdone usted.

Mientras nos alejábamos de la fuente, una de las lavanderas se inclinó hacia delante, prácticamente saliéndose de su vestido.

—Si te cansas de piel y huesos —dijo en dirección a Mal—, tengo algo que podría gustarte.

Me puse rígida, y Mal echó un vistazo por encima del hombro. La miró de arriba abajo lentamente.

—No —dijo con rotundidad—. No tienes nada.

El rostro de la chica se tiñó de un feo color rojo mientras las otras se burlaban y se reían a carcajadas, echándole agua. Intenté poner una expresión de arrogancia, pero era difícil reprimir la sonrisa bobalicona que tiraba de las comisuras de mi boca.

—Gracias —murmuré mientras cruzábamos la plaza en dirección a la pensión.

—¿Por qué?

Puse los ojos en blanco.

—Por defender mi honor, tonto.

Él me arrastró bajo la sombra de un toldo. Tuve un momento de pánico al pensar que había avistado problemas, pero entonces me rodeó con los brazos y presionó sus labios contra los míos.

Cuando finalmente se apartó, notaba mis mejillas cálidas y mis piernas temblorosas.

—Solo para que quede claro —dijo—, no tengo interés alguno en defender tu honor.

—Comprendido —logré decir, esperando no parecer ridícula por mi falta de aliento.

—Además —añadió— tengo que robar cada minuto que pueda antes de que volvamos al Hoyo.

El Hoyo era como Mal llamaba a nuestra pensión. Estaba abarrotada y sucia, y no nos permitía privacidad alguna, pero era barata. Sonrió con la arrogancia de siempre y me arrastró de nuevo hasta la multitud de la calle. A pesar de mi agotamiento, mis pasos eran decididamente más ligeros. Todavía no me había hecho a la idea de que estuviéramos juntos. Volví a temblar. En la frontera no habría pensionistas curiosos ni interrupciones inoportunas. Se me aceleró el pulso, pero no estaba segura de si se debía a los nervios o a la emoción.

—Entonces, ¿qué ha dicho Jes? —volví a preguntar cuando tuve el cerebro menos embotado.

—Dijo que debería cuidar bien de ti.

—¿Eso es todo?

Mal se aclaró la garganta.

—Y… dijo que rezaría al Dios del Trabajo para que curara tu aflicción.

—¿Mi qué?

—Tal vez le haya dicho que tienes bocio.

Tropecé.

—¿Disculpa?

—Bueno, era difícil explicar por qué te aferras siempre a esa bufanda.

Solté la mano. Había estado haciéndolo de nuevo sin darme cuenta siquiera.

—¿Así que le dijiste que tenía bocio? —susurré con incredulidad.

—Tenía que decir algo. Y te convierte en una figura trágica. Ya sabes, una chica guapa, una gran hinchazón…

Le golpeé en el brazo con fuerza.

—¡Au! Oye, que en algunos países, el bocio está muy de moda.

—¿También les gustan los eunucos? Porque puedo encargarme de eso.

—¡Estás sedienta de sangre!

—El bocio me pone de mal humor.

Mal se rio, pero me di cuenta de que su mano seguía sobre la pistola. El Hoyo se encontraba en una de las partes más peligrosas de Cofton, y llevábamos encima muchas monedas, los salarios que habíamos ahorrado para comenzar nuestra nueva vida. Unos cuantos días más y tendríamos suficiente como para dejar atrás la ciudad: el ruido, el aire lleno de polen, el miedo constante. Estaríamos a salvo en un lugar donde a nadie le importara lo que sucediera en Ravka, donde los Grisha fueran escasos y nadie hubiera oído jamás de la Invocadora del Sol.

Y donde nadie la necesite. El pensamiento estropeó mi buen humor, pero últimamente cada vez acudía a mí más a menudo. ¿Para qué valía yo en este país extraño? Mal podía cazar, rastrear, manejar una pistola. Lo único que se me había dado bien a mí era ser Grisha. Echaba de menos invocar la luz, y cada día que no utilizaba mi poder me ponía más débil y enferma. Tan solo caminar junto a Mal me

dejaba sin aire, y tenía que luchar contra el peso de mi morral. Era tan frágil y patosa que apenas había logrado conservar mi trabajo de empaquetar *jurda*. No ganaba más que unos céntimos, pero había insistido en trabajar, en tratar de ayudar. Me sentía como cuando éramos niños: el competente Mal y la inútil Alina.

Aparté ese pensamiento. Puede que ya no fuera la Invocadora del Sol, pero tampoco era esa niña triste y pequeña. Encontraría la forma de ser útil.

Ver nuestra pensión no me levantaba el ánimo precisamente. Tenía dos pisos de altura, y necesitaba urgentemente una capa nueva de pintura. El cartel de la ventana anunciaba baños calientes y camas sin garrapatas en cinco idiomas diferentes. Tras haber probado la bañera y la cama, sabía que el cartel mentía sin importar cómo lo tradujeras. Sin embargo, con Mal junto a mí no parecía tan malo.

Subimos los escalones del porche hundido y entramos en la taberna que ocupaba la mayor parte del piso inferior. Parecía fría y silenciosa después del clamor polvoriento de la calle. A esa hora normalmente había unos cuantos trabajadores bebiéndose el salario de la jornada en aquellas mesas carcomidas, pero aquel día se encontraba vacía, a excepción del hosco propietario detrás de la barra.

Era un inmigrante kerch, y daba la impresión de que no le gustaban los ravkanos. O tal vez solo pensaba que éramos ladrones. Habíamos aparecido dos semanas antes, harapientos y sucios, sin equipaje alguno ni nada para pagar nuestro alojamiento a excepción de un broche de oro que probablemente pensara que habíamos robado. Pero eso no le impidió cogerlo para intercambiarlo por una cama estrecha en una habitación que compartíamos con otros seis huéspedes.

Cuando nos aproximamos a la barra, puso la llave de la habitación sobre ella y la empujó hacia nosotros sin que se lo pidiéramos. Estaba atada a un trozo tallado de hueso de pollo. Otro detalle encantador.

Con el kerch rudimentario que había aprendido a bordo del *Verrhader*, Mal solicitó un jarro de agua caliente para lavarnos.

—Extra —gruñó el dueño. Era un hombre fornido de pelo escaso, con los dientes teñidos de naranja típicos de aquellos que mascaban *jurda*. Me di cuenta de que estaba sudando. Aunque no era un día particularmente cálido, tenía unas gotas de sudor sobre el labio superior.

Le eché un vistazo mientras nos dirigíamos a la escalera al otro lado de la taberna desierta. Seguía observándonos, con los brazos cruzados encima del pecho, estrechando sus pequeños y brillantes ojos. Había algo en su expresión que me ponía de los nervios.

Dudé al pie de la escalera.

—A ese tío no le gustamos nada.

Mal ya estaba subiendo.

—No, pero nuestro dinero sí que le gusta. Y en unos días habremos salido de aquí.

Me sacudí mi nerviosismo de encima. Había estado inquieta toda la tarde.

—Vale —refunfuñé mientras seguía a Mal—. Pero, para estar preparada, ¿cómo se dice «eres gilipollas» en kerch?

—*Jer ven azel.*

—¿En serio?

Mal se rio.

—Lo primero que te enseñan los marineros son palabrotas.

El segundo piso de la pensión se encontraba en un estado considerablemente peor que el local de abajo. La alfombra estaba desteñida y andrajosa, y el sombrío pasillo apestaba a col y a tabaco. Las puertas de las habitaciones privadas estaban todas cerradas, y ningún sonido salía de ellas cuando pasamos. El silencio resultaba inquietante. Tal vez todos habían salido durante el día.

La única luz provenía de una ventana mugrienta al final del pasillo.

Mientras Mal forcejeaba con la llave, miré abajo a través del cristal manchado a los carros y carruajes que pasaban retumbando. Al otro lado de la calle había un hombre de pie bajo un balcón, observando la pensión. Se tiraba del cuello y las mangas, como si su ropa fuera nueva y no le quedara del todo bien. Sus ojos se encontraron con los míos a través de la ventana y los retiró rápidamente.

Sentí una súbita punzada de pánico.

—Mal —susurré, acercándome a él.

Pero era demasiado tarde. La puerta se abrió de golpe.

—¡No! —grité. Alcé los brazos y la luz explotó a través del pasillo en una cascada cegadora. Después, unas manos ásperas me sujetaron y colocaron mis brazos detrás de mi espalda. Me arrastraron al interior de la habitación mientras yo lanzaba patadas y golpes.

—Calma —dijo una voz fría desde algún lugar en la esquina—. Odiaría tener que destripar a tu amigo tan pronto.

El tiempo pareció ralentizarse. Vi la estropeada habitación de techo bajo, la palangana rajada que se encontraba sobre la mesa maltrecha, las motas de polvo que revoloteaban en un delgado rayo de sol, el borde brillante del cuchillo contra la garganta de Mal. La mueca del hombre que lo sujetaba me resultaba familiar. *Iván*. Había otros, hombres y mujeres. Todos llevaban los abrigos ajustados y los bombachos de los mercaderes y trabajadores zemeni, pero reconocí algunas de sus caras de mi tiempo en el Segundo Ejército. Eran Grisha.

Tras ellos, oculto entre las sombras, apoltronado en una silla desvencijada como si se tratara de un trono, estaba el Oscuro.

Por un momento, todo en la habitación se quedó en silencio e inmóvil. Podía oír la respiración de Mal, el susurro de los pies. Oí a un hombre que saludaba abajo, en la calle. No podía dejar de mirar las manos del Oscuro; con sus largos dedos blancos reposando con indiferencia sobre los brazos de la silla. Tuve la estúpida idea de que nunca lo había visto antes con ropa normal.

Entonces la realidad me golpeó. ¿Así era como iba a terminar? ¿Sin una pelea?

¿Sin siquiera un disparo o un grito? Un gemido de pura rabia y frustración se me escapó del pecho.

—Coged su pistola y buscad si tiene otras armas —dijo el Oscuro con suavidad. Sentí que me quitaban de la cadera el reconfortante peso de mi arma de fuego, y que me sacaban la daga de la vaina que llevaba en la muñeca—. Voy a decirles que te suelten —añadió cuando terminaron—; pero sé consciente de que si levantas las manos siquiera, Iván acabará con el rastreador. ¿Lo comprendes?

Asentí con rigidez.

Él alzó un dedo y los hombres que me sujetaban me soltaron. Tropecé y me quedé inmóvil en el centro de la habitación, con las manos apretadas en puños.

Podía cortar en dos al Oscuro con mi poder. Podía rajar ese edificio dejado de la mano de los Santos justo por la mitad. Pero no antes de que Iván le cortara el cuello a Mal.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunté con voz ronca.

—Dejas un rastro muy caro —respondió, y lanzó algo a la mesa perezosamente. Aterrizó con un tintineo junto a la palangana, y reconocí uno de los broches de oro que Genya me había puesto en el pelo hacía tantas semanas. Lo habíamos utilizado para pagar el pasaje a través del Mar Auténtico, la carreta hasta Cofton, y nuestra cama miserable y no precisamente libre de garrapatas.

El Oscuro se puso en pie y una extraña inquietud recorrió la habitación. Era como si todos los Grisha estuvieran conteniendo el aliento, expectantes. Podía sentir el miedo que emanaba de ellos y que enviaba una señal de alarma hacia mí. Los subordinados del Oscuro siempre lo habían tratado con temor y respeto, pero aquello era algo nuevo. Hasta Iván parecía un poco alterado.

El Oscuro salió a la luz, y pude ver el débil rastro de las cicatrices sobre su cara. Habían sido sanadas por un Corporalnik, pero seguían siendo visibles. Así que los volcra habían dejado su marca. *Bien*, pensé con algo de satisfacción. Era un consuelo pequeño, pero al menos ya no era tan perfecto como antes.

Hizo una pausa, examinándome.

—¿Qué tal la vida de fugitiva, Alina? No tienes buen aspecto.

—Tú tampoco —repliqué. No era solo por las cicatrices. Llevaba su agotamiento como si se tratara de una capa elegante, pero este seguía ahí. Había unas débiles sombras bajo sus ojos, y los huecos de sus afilados pómulos eran un poco más profundos.

—Un precio pequeño que pagar —dijo, torciendo los labios en una media sonrisa.

Un escalofrío me recorrió la espalda. *¿A cambio de qué?*

Extendió la mano y me costó todo lo que tenía no retroceder. Pero lo único que hizo fue tomar uno de los extremos de mi bufanda. Tiró de ella con suavidad y la áspera lana quedó libre, deslizándose por mi cuello y revoloteando hasta el suelo.

—Ya veo que vuelves a fingir ser menos de lo que eres. No deberías.

Noté una punzada de incomodidad. ¿Acaso no había pensado yo algo parecido tan

solo unos minutos antes?

—Gracias por tu preocupación —murmuré.

Sus dedos recorrieron el collar.

—Es tan mío como tuyo, Alina.

Le aparté los dedos de un manotazo, y un susurro nervioso surgió de entre los Grisha.

—Entonces no deberías habérmelo puesto al cuello —solté—. ¿Qué quieres?

Por supuesto, ya lo sabía. Lo quería todo: Ravka, el mundo, el poder de la Sombra. Su respuesta no importaba. Tan solo necesitaba que siguiera hablando. Sabía que ese momento podía llegar, y me había preparado para ello. No iba a dejar que me volviera a capturar. Eché un vistazo en dirección a Mal, esperando que entendiera lo que me proponía.

—Quiero darte las gracias —declaró el Oscuro.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Darme las gracias?

—Por el don que me has otorgado.

Mis ojos fueron rápidamente a las cicatrices de su pálida mejilla.

—No —dijo con una pequeña sonrisa—, no por eso. Aunque son un buen recordatorio.

—¿De qué? —pregunté, curiosa a pesar de todo.

Su mirada era de roca gris.

—De que todos los hombres pueden quedar en ridículo. No, Alina, el don que me has otorgado es mucho mayor.

Se giró y yo le lancé otra mirada a Mal.

—A diferencia de ti —continuó—, yo comprendo la gratitud, y me gustaría expresarla.

Alzó las manos y la oscuridad cayó sobre la habitación.

—¡Ahora! —grité.

Mal clavó el codo en el costado de Iván. Al mismo tiempo, levanté las manos y la luz apareció, resplandeciente, cegando a los hombres a nuestro alrededor. Concentré mi poder, formando una guadaña de pura luz. Solo tenía un objetivo. No iba a dejar al Oscuro en pie. Escudriñé la vibrante negrura, tratando de encontrar mi objetivo. Pero algo iba mal.

Había visto al Oscuro utilizar su poder incontables veces antes. Aquello era diferente. Las sombras se arremolinaban alrededor del círculo de mi luz, girando cada vez más rápido, una nube que se retorcía con chasquidos y zumbidos, como si se tratara de un enjambre de insectos hambrientos. Las empujé con mi poder, pero se retorcieron y se acercaron aún más.

Mal se encontraba junto a mí. De algún modo, había conseguido el cuchillo de Iván.

—Permanece cerca —dije. Mejor aprovechar la oportunidad y abrir un agujero en

el suelo que quedarme ahí plantada sin hacer nada. Me concentré y sentí el poder del Corte vibrar en mi interior. Alcé el brazo… y algo salió de la oscuridad.

Es un truco, pensé mientras la cosa se acercaba a nosotros. *Tiene que ser algún tipo de ilusión*.

Era una criatura formada de sombras, con el rostro inexpresivo y desprovisto de facciones. Su cuerpo temblaba y se emborronaba, y después volvía a formarse: brazos, piernas, largas manos que terminaban en algo vagamente parecido a unas garras, una ancha espalda con alas que se agitaban fluctuantes mientras se desplegaban como una mancha negra. Casi parecía un volcra, pero la forma era más humana. Y no temía a la luz. No me temía a mí.

Es un truco, insistió mi mente aterrorizada. *No es posible*. Era una violación de todo lo que sabía sobre el poder de los Grisha. No podíamos crear materia. No podíamos crear vida. Pero la criatura iba hacia nosotros, y los Grisha del Oscuro se encogían contra las paredes con un terror muy real. Eso era lo que tanto los asustaba.

Me tragué mi terror para concentrarme de nuevo en mi poder. Balanceé el brazo y lo hice caer en un arco brillante e implacable. La luz atravesó a la criatura. Por un momento pensé que seguiría avanzando, pero entonces titubeó, brillando como una nube iluminada por un rayo, y se desvaneció en la nada. Tuve tiempo para un mínimo arrebato de alivio antes de que el Oscuro levantara la mano y otro monstruo ocupara su lugar, seguido por otro, y otro más.

—Este es el don que me has otorgado —explicó el Oscuro—. El don que conseguí en la Sombra.

Su rostro cobró nueva vida por el poder y alguna clase de terrible alegría. Pero también podía ver su esfuerzo. Lo que quiera que estuviera haciendo se estaba cobrando su precio.

Mal y yo retrocedimos en dirección a la puerta mientras las criaturas nos acechaban más de cerca. De pronto, una de ellas se lanzó hacia delante con extraordinaria velocidad. Mal atacó con su cuchillo. La cosa titubeó un momento, y después lo agarró y lo lanzó a un lado como si se tratara de un muñeco. Aquello no era ninguna ilusión.

—¡Mal! —chillé.

Lancé el Corte y la criatura se consumió en la nada, pero el siguiente monstruo saltó sobre mí en cuestión de segundos. Me agarró y la repulsión hizo que me estremeciera. Su contacto era como un millar de insectos que reptaran y se arremolinaran por mis brazos.

Me levantó de los pies, y vi lo muy equivocada que había estado. Sí que tenía una boca, un agujero ancho y retorcido que se extendió para mostrar una fila tras otra de dientes. Los sentí todos cuando me los clavó profundamente en el hombro.

El dolor no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Reverberó dentro de mí, multiplicándose sobre sí mismo, abriéndome en dos y rasgándome los huesos. Desde la distancia, oí a Mal gritar mi nombre. Me oí a mí misma gritar.

La criatura me soltó y yo caí al suelo. Estaba boca arriba, y el dolor seguía reverberando en mi interior en oleadas infinitas. Podía ver el techo con manchas de humedad, la criatura de sombras acechando arriba, la cara pálida de Mal mientras se arrodillaba junto a mí. Sus labios formaron mi nombre, pero no podía oírlo. Ya me estaba desvaneciendo.

Lo último que oí fue la voz del Oscuro, tan clara como si estuviera tumbado junto a mí, con los labios en mi oído, susurrando para que solo yo pudiera oírlo: *Gracias*.





tra vez la oscuridad. Algo bulle dentro de mí. Busco la luz, pero está fuera de mi alcance.

—Bebe.

Abro los ojos y enfoco el rostro de Iván, con el ceño fruncido.

—Hazlo tú —le gruñe a alguien.

Entonces Genya se inclina sobre mí, más hermosa que nunca, incluso con la *kefta* roja hecha un desastre. ¿Estoy soñando?

Me presiona algo contra los labios.

—Bebe, Alina.

Intento apartar la taza de un golpe, pero no puedo mover las manos.

Me aprietan la nariz y me obligan a abrir la boca. Algún tipo de caldo se desliza por mi garganta. Toso y escupo.

—¿Dónde estoy? —intento decir.

Otra voz, fría y pura:

—Lleváosla.

Estoy en el carro tirado por el poni, volviendo de la aldea con Ana Kuya. Su codo huesudo se me clava en las costillas mientras vamos botando por el camino que nos llevará a casa, a Keramzin. Mal está a su otro lado, riendo y señalando a todo lo que vemos.

El poni pequeño y rechoncho avanza lentamente, sacudiendo su melena desgreñada mientras subimos la última colina. A mitad de trayecto pasamos junto a un hombre y una mujer a un lado del camino. Él silba al andar, agitando su bastón al ritmo de la música. La mujer camina fatigosamente a su lado, con la cabeza gacha y un bloque de sal atado a la espalda.

—¿Son muy pobres? —le pregunto a Ana Kuya.

—No tan pobres como otros.

—Entonces, ¿por qué no compra un burro ese hombre?

—No necesita un burro —dice Ana Kuya—. Tiene a su mujer.

—Yo me voy a casar con Alina —dice Mal.

El carro pasa junto a ellos. El hombre se quita el gorro y saluda con alegría.

Mal contesta felizmente, saludando con la mano y sonriendo, a punto de caerse de su asiento.

Miro hacia atrás por encima del hombro, estirando el cuello para observar a la mujer que se esfuerza por seguir a su marido. En realidad no es más que una chica, pero sus ojos parecen viejos y gastados.

A Ana Kuya no se le escapa nada.

—Eso es lo que les pasa a las campesinas que no se benefician de la amabilidad del Duque. Por eso debes ser agradecida y acordarte de él cada noche al rezar tus plegarias.

El tintineo de las cadenas.

La cara de preocupación de Genya.

—No es seguro seguir haciéndole esto.

—No me digas cómo hacer mi trabajo —escupe Iván.

El Oscuro, de negro y de pie entre las sombras. El balanceo del mar debajo de mí. La comprensión me golpea como un puñetazo: estamos en un barco.

Por favor, que esto sea solo un sueño.

Vuelvo a estar en el camino a Keramzin, observando el cuello inclinado del poni mientras sube la colina trabajosamente. Cuando miro hacia abajo, la chica que se esfuerza bajo el peso del bloque de sal tiene mi cara. Baghra está sentada junto a mí en el carro.

—El buey siente el yugo —dice—, pero ¿siente el pájaro el peso de sus alas?

Sus ojos negros son como la noche. «Sé agradecida», dicen. «Sé agradecida». Hace chasquear las riendas.

Vuelvo a estar en el camino a Keramzin, observando el cuello inclinado del poni mientras sube la colina trabajosamente. Cuando miro hacia abajo, la chica que se esfuerza bajo el peso del bloque de sal tiene mi cara. Baghra está sentada junto a mí en el carro.

—El buey siente el yugo —dice—, pero ¿siente el pájaro el peso de sus alas?

Sus ojos son negros como la noche. «Sé agradecida», dicen. «Sé agradecida». Hace chasquear las riendas.

—Bebe.

Más caldo. Esta vez no forcejeo. No quiero volver a ahogarme. Caigo hacia atrás y dejo que se cierren mis párpados, alejándome a la deriva, demasiado débil como para luchar. Una mano en mi mejilla.

—Mal —consigo susurrar.

La mano se aparta.

Nada.

—Despierta. —Esta vez, no reconozco la voz—. Sácala de ahí.

Consigo abrir los párpados. ¿Sigo soñando? Un chico se inclina sobre mí: pelo rojizo, nariz rota. Me recuerda al zorro demasiado listo, otra de las historias de Ana Kuya, lo bastante listo como para salir de una trampa, pero demasiado tonto como para darse cuenta de que no escapará de una segunda. Hoy otro chico de pie tras él, pero este es enorme, una de las personas más grandes que he visto jamás. Sus ojos dorados tienen la inclinación de los Shu.

—Alina —dice el zorro. ¿Cómo conoce mi nombre?

La puerta se abre y veo otra cara extraña, una chica con pelo corto de color negro y la misma mirada dorada del gigante.

—Ya vienen —advierte.

El zorro suelta una maldición.

—Vuélvela a acostar.

El gigante se acerca. La oscuridad vuelve a desangrarse sobre mí.

—No, por favor…

Demasiado tarde. La oscuridad me atrapa.

Soy una niña que sube fatigosamente por una colina. Mis botas chapotean en el barro y la espalda me duele por el peso del bloque de sal. Cuando pienso que no puedo dar un paso más, siento que me levantan del suelo. La sal cae de mis hombros, y la veo esparcirse en el camino. Floto alto, más alto. Debajo de mí, puedo ver el carro del poni, los tres pasajeros que levantan la mirada hacia mí, con la boca abierta por la sorpresa. Puedo ver mi sombra pasando sobre ellos, más allá del camino y los yermos campos invernales, la forma oscura de una chica, flotando alto gracias a sus propias alas desplegadas.

Lo primero que supe que era real fue el balanceo del barco: el crujido de las jarcias, el agua que salpicaba el casco.

Cuando traté de darme la vuelta, una punzada de dolor me atravesó el hombro. Jadeé y me incorporé de golpe, abriendo mucho los ojos con el corazón latiendo a toda velocidad, completamente despierta. Una oleada de náuseas me atravesó, y tuve que pestañear para eliminar las estrellas que flotaban en mi campo de visión. Estaba en el pulcro camarote de un barco, tumbada sobre un catre estrecho. La luz del sol se derramaba por un ojo de buey.

Genya estaba sentada en el borde de mi cama. Así que ella no había sido un sueño. ¿O estaba soñando todavía? Traté de sacudirme las telarañas que tenía en la mente y recibí otra oleada de náuseas como recompensa. El olor desagradable que flotaba en el aire no estaba ayudando a que se me asentara el estómago. Me forcé a inspirar de modo largo y tembloroso.

Genya llevaba una *kefta* roja bordada de azul, una combinación que nunca había visto en ningún otro Grisha. La prenda estaba sucia y algo raída, pero su pelo se encontraba recogido en unos rizos inmaculados, y parecía más hermosa que cualquier reina. Me llevó una tacita a los labios.

—Bebe —dijo.

—¿Qué es? —pregunté con cautela.

—Solo agua.

Traté de coger la taza de sus manos y me percaté de que mis muñecas llevaban esposas. Alcé las manos incómodamente. El agua tenía un regusto metálico, pero estaba sedienta. Di un sorbo, tosí, y después bebí con avidez.

—Más lento —advirtió ella, retirándome el pelo de la cara—, o vas a vomitar.

—¿Cuánto? —pregunté, echando un vistazo a Iván, que se encontraba recostado contra la puerta vigilándome—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Algo más de una semana —respondió Genya.

—¿Una semana?

El pánico se apoderó de mí. Una semana con Iván ralentizando mi ritmo cardiaco para mantenerme inconsciente.

Me levanté de golpe y se me fue la sangre a la cabeza. Me habría caído si Genya no me hubiera ayudado a estabilizarme. Me esforcé por librarme del mareo, me la saqué de encima, y fui a traspiés hasta el ojo de buey para mirar por el neblinoso círculo de cristal. Nada. Nada salvo el mar azul. Ningún puerto. Ninguna costa. Novyi Zem había desaparecido hacía mucho. Me esforcé por contener las lágrimas que se me agolparon en los ojos.

—¿Dónde está Mal? —pregunté. Cuando nadie respondió, me di la vuelta—. ¿Dónde está Mal? —le exigí a Iván.

—El Oscuro quiere verte —replicó él—. ¿Estás lo bastante fuerte como para caminar o tengo que llevarte en brazos?

—Dale un momento —intervino Genya—. Al menos déjala que coma y se lave la cara.

—No. Llévame con él. —Genya frunció el ceño—. Estoy bien —insistí. En

realidad, me sentía débil, atontada y aterrorizada. Pero no iba a quedarme tumbada en aquel catre, y lo que necesitaba eran respuestas, no comida.

Cuando abandonamos el camarote nos vimos envueltos en un horrible hedor, no los olores habituales de un barco a agua sucia, pescado y cuerpos sudorosos que recordaba de nuestro viaje a bordo del Verrhader, sino algo mucho peor. Sentí arcadas y me cubrí la boca con las manos. De pronto, me alegraba no haber comido.

—¿Qué es eso?

—Sangre, huesos, grasa de ballena derretida —explicó Iván—. Estamos a bordo de un ballenero. Te acostumbras —añadió.

—Tú te acostumbras —replicó Genya, arrugando la nariz.

Me llevaron hasta una escotilla que conducía a la cubierta que había arriba. Iván trepó por la escalerilla y yo lo seguí tan rápido como pude, deseando salir de las oscuras entrañas del barco y librarme de ese terrible olor. Era difícil subir con las muñecas esposadas, e Iván enseguida perdió la paciencia. Me tomó de las muñecas para arrastrarme el último trecho. Tomé grandes bocanadas de aire fresco y pestañeé ante la deslumbrante luz.

El ballenero avanzaba a toda vela, impulsado por tres Vendavales Grisha que se encontraban junto a los mástiles con los brazos en alto y las *keftas* azules agitándose alrededor de sus piernas. Etherealki, la Orden de los Invocadores. Tan solo unos pocos meses antes, yo había sido una de ellos.

La tripulación iba vestida con telas ásperas y muchos estaban descalzos para tener mejor sujeción sobre la cubierta resbaladiza del barco. Me di cuenta de que no llevaban uniformes. Eso significaba que no eran militares, y tampoco había banderas a la vista.

Los demás Grisha del Oscuro eran fáciles de distinguir entre la tripulación, no solo por sus *keftas* de colores brillantes, sino porque permanecían ociosamente junto a las barandillas, mirando el mar o hablando mientras los marineros trabajaban. Hasta vi a un Hacedor con su *kefta* púrpura que leía apoyado en un rollo de cuerda.

Mientras pasábamos por dos enormes hervidores de hierro fundido colocados sobre la cubierta, capté una violenta oleada del hedor que había sido tan fuerte abajo.

—Allí es donde derriten la grasa —explicó Genya—. No los han utilizado en este viaje, pero el olor no desaparece nunca.

Tanto los Grisha como los miembros de la tripulación se turnaban para mirarme mientras recorríamos el barco. Cuando pasamos bajo el palo de mesana, levanté la mirada y vi que el chico de pelo oscuro y la chica de mi sueño estaban ahí sobre nosotros. Se encontraban colgados de las jarcias como aves de rapiña, observándonos con sus ojos dorados a juego.

Así que no había sido un sueño en absoluto. Habían estado en mi camarote.

Iván me llevó hasta la proa del barco, donde esperaba el Oscuro. Nos daba la espalda, mirando más allá del bauprés hasta el lejano horizonte azul, con la *kefta* negra hinchándose a su alrededor como un negro estandarte de guerra.

Genya e Iván hicieron sendas reverencias y se fueron.

—¿Dónde está Mal? —dije con voz ronca. Todavía me dolía la garganta.

El Oscuro no se giró, sino que sacudió la cabeza antes de hablar.

—Al menos, eres predecible.

—Siento aburrirte. ¿Dónde está?

—¿Cómo sabes que no está muerto?

Me dio un vuelco el estómago.

—Porque te conozco —dije con más confianza de la que sentía.

—¿—Y si lo estuviera? ¿Te lanzarías al mar?

—No, a menos que pudiera llevarte conmigo. ¿—Dónde está?

—Mira detrás de ti.

Me di la vuelta. Más abajo, en la cubierta principal, vi a Mal a través del revoltijo de cuerdas y jarcias. Estaba flanqueado por guardias Corporalki, pero mantenía la mirada fija en mí. Había estado observándome, esperando a que me girara. Di un paso hacia delante, pero el Oscuro me agarró el brazo.

—No te alejes —advirtió.

—Déjame hablar con él —supliqué. Odiaba la desesperación en mi voz.

—Ni hablar. Tenéis el mal hábito de actuar como idiotas pensando que es heroico.

El Oscuro levantó la mano, y los guardias de Mal comenzaron a llevárselo.

—¡Alina! —gritó, y después gruñó cuando uno de los guardias le dio un fuerte bofetón.

—¡Mal! —chillé mientras se lo llevaban a rastras y forcejeando bajo cubierta—. ¡Mal!

Me libré del agarre del Oscuro, con la garganta cerrada por la ira.

—Si le haces algo…

—No voy a hacerle nada —aseguró—. Al menos, no mientras pueda serme de utilidad.

—No quiero que le hagas daño.

—Está a salvo por ahora, Alina. Pero no me pongas a prueba. Si alguno de los dos se pasa de la raya, el otro sufrirá. A él le he dicho lo mismo.

Cerré los ojos, tratando de hacer retroceder la furia y la desesperanza que sentía. Volvíamos a estar justo donde habíamos empezado. Asentí.

El Oscuro volvió a sacudir la cabeza.

—Me lo ponéis demasiado fácil. Si lo pincho a él, tú sangras.

—Y alguien como tú no puede comprender eso, ¿verdad?

Estiró la mano y dio unos golpecitos al collar de Morozova, rozando con los dedos la piel de mi garganta. Incluso ese débil toque abría la conexión entre nosotros, y una oleada de poder vibró a través de mí como si hubieran golpeado una campana.

—Comprendo lo suficiente —dijo con suavidad.

—Quiero verle —logré decir—. Cada día. Quiero saber que está a salvo.

—Por supuesto. No soy cruel, Alina. Tan solo cauteloso.

Casi me reí.

—¿Fue por eso por lo que hiciste que uno de tus monstruos me mordiera?

—No fue por eso —replicó, con la mirada firme. Echó un vistazo a mi hombro—. ¿Te duele?

—No —mentí.

El débil asomo de una sonrisa tocó sus labios.

—Mejorará —aseguró—. Pero la herida jamás podrá sanar por completo. Ni siquiera mediante los Grisha.

—Esas criaturas…

—Los *nichevo'ya*.

Nadas. Me estremecí, recordando los sonidos de chasquidos que hacían, los enormes agujeros que eran sus bocas. Me palpitó el hombro.

—¿Qué son?

Sus labios temblaron. El débil rastro de cicatrices de su rostro apenas resultaba visible, como el fantasma de un mapa. Una se encontraba peligrosamente cerca de su ojo derecho; había estado a punto de perderlo. Me puso la mano en la mejilla y, cuando habló, su voz casi resultaba tierna.

—Son solo el comienzo —susurró.

Me dejó ahí, en la cubierta de proa, con la piel todavía estremecida por el roce de sus dedos, la cabeza inundada de preguntas. Antes de que pudiera comenzar a planteármelas, Iván apareció y comenzó a arrastrarme de vuelta a la cubierta principal.

—Más despacio —protesté, pero él se limitó a darme otro tirón de la manga. Perdí el equilibrio y me abalancé hacia delante. Me golpeé las rodillas dolorosamente sobre la cubierta, y apenas tuve tiempo de poner por delante mis manos encadenadas para frenar la caída. Me retorcí cuando una astilla se me hundió en la carne.

—Muévete —ordenó Iván. Me esforcé por ponerme de rodillas. Él me dio un empujón con la punta de su bota, mi rodilla se deslizó y volví a caer sobre la cubierta con un fuerte golpe—. He dicho que te muevas.

Entonces, una enorme mano me alzó y me puso en pie. Cuando me giré, me sorprendió ver al gigante y a la chica de pelo negro.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Esto no es asunto vuestro —dijo Iván, enfadado.

—Es prisionera de Sturmhond —replicó la chica—. Debería ser tratada como corresponde.

Sturmhond. El nombre me resultaba familiar. Entonces, ¿era aquel su barco? ¿Y su tripulación? Habían hablado de él a bordo del Verrhader. Era un corsario y traficante ravkano, infame por haberse enfrentado a los fjerdanos y por la fortuna que había conseguido capturando naves enemigas. Pero no llevaba la bandera del águila doble.

—Es la prisionera del Oscuro —puntualizó Iván—, y una traidora.

—Tal vez en tierra —soltó la chica.

Iván chapurreó algo en shu que no comprendí. El gigante se limitó a reírse.

—Hablas shu como un turista —replicó.

—Y no seguiremos órdenes tuyas en ningún idioma —añadió la chica.

Iván sonrió con suficiencia.

—Ah, ¿no? —Crispó la mano, y la chica se aferró el pecho y cayó sobre una rodilla.

Antes de que pudiera pestañear, el gigante tenía una hoja retorcidamente curvada en la mano y arremetió contra Iván. Perezosamente, él movió la otra mano, y el gigante hizo una mueca. Sin embargo, siguió avanzando.

—Déjalos en paz —protesté, forcejeando impotentemente con mis esposas. Podía invocar la luz aun estando esposada, pero no tenía forma de concentrarla.

Iván me ignoró y apretó el puño. El gigante se detuvo y la espada se le cayó de entre los dedos. La frente comenzó a sudarle mientras Iván le arrancaba la vida del corazón.

—No nos pasemos de la raya, *ye zho* —lo amonestó Iván.

—¡Lo estás matando! —grité en un ataque de pánico. Lo golpeé con fuerza con el hombro, tratando de derribarlo.

En ese momento, sonó un doble chasquido muy alto.

Iván se detuvo y su sonrisa de suficiencia se evaporó. Tras él había un chico alto de más o menos mi edad, tal vez unos años más… cabello cobrizo, la nariz rota. El zorro demasiado listo.

Tenía una pistola amartillada en la mano, con el cañón apuntando al cuello de Iván.

—Soy un anfitrión amable, desangrador. Pero toda casa tiene sus reglas.

Anfitrión. Así que ese debía de ser Sturmhond. Parecía demasiado joven como para ser capitán de nada.

Iván bajó las manos. El gigante tragó aire. La chica se puso en pie, todavía aferrándose el pecho. Respiraban trabajosamente, y sus ojos ardían de odio.

—Buen chico —le dijo Sturmhond a Iván—. Ahora, me llevaré a la prisionera de vuelta a su habitación, y tú puedes irte a hacer… lo que sea que hagas cuando los demás están trabajando.

Iván frunció el ceño.

—No pienso…

—Eso está claro. ¿Por qué ibas a empezar a pensar ahora?

El rostro de Iván enrojeció de ira.

—Tú no…

Sturmhond se inclinó hacia él, ya sin rastro de humor en la voz, y su comportamiento relajado fue reemplazado por algo como el filo de una espada.

—No me importa quién seas en tierra. En este barco, no eres más que lastre. Salvo que te lance por la borda, en cuyo caso serás cebo para los tiburones. Me

gustan los tiburones. Su carne es dura, pero están bien para variar. Recuerda eso la próxima vez que se te ocurra amenazar a alguien a bordo de esta nave. —Dio un paso hacia atrás y volvió a tono jocoso—. Venga, cebo de tiburones. Huye junto a tu amo.

—No voy a olvidar esto, Sturmhond —escupió Iván.

El capitán puso los ojos en blanco.

—Esa es la idea.

Iván se giró sobre sus talones y se alejó pisando fuerte.

Sturmhond enfundó su arma y sonrió cordialmente.

—Es increíble lo rápido que se puede llenar un barco, ¿no? —Se estiró para darle al gigante y a la chica sendas palmadas en la espalda—. Lo habéis hecho bien —dijo quedamente.

Seguían con la atención puesta en Iván. Los puños de la chica permanecían apretados.

—No quiero problemas —advirtió el capitán—. ¿Entendido? —Ellos intercambiaron una mirada, y después asintieron a regañadientes—. Bien. Ahora, volved a trabajar. Yo la llevaré bajo cubierta.

Ellos volvieron a asentir y, para mi sorpresa, ambos me hicieron una pequeña reverencia antes de marcharse.

—¿Están emparentados? —pregunté mientras los observaba irse.

—Mellizos —dijo—. Tolya y Tamar.

—Y tú eres Sturmhond.

—En mis días buenos —replicó él. Llevaba bombachos de cuero, un par de pistolas en las caderas, y una levita de un brillante verde azulado con llamativos botones de oro y unos puños enormes. Su lugar estaba en una sala de baile o en el escenario de una ópera, no en la cubierta de un barco.

—¿Qué hace un pirata en un ballenero? —pregunté.

—Corsario —me corrigió él—. Tengo varios barcos. El Oscuro quería un ballenero, así que le conseguí uno.

—Quieres decir que lo robaste.

—Lo adquirí.

—Estuviste en mi camarote.

—Muchas mujeres sueñan conmigo —dijo suavemente mientras me conducía bajo la cubierta.

—Te vi al despertar —insistí—. Necesito…

Él alzó una mano.

—No malgastes tu aliento, preciosa.

—Pero si ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—Estabas a punto de implorarme, de decirme que necesitas mi ayuda, que no puedes pagarme pero que tu corazón es sincero, lo típico.

Pestañeé. Eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer.

—Pero…

—No malgastes tu aliento, no malgastes tu tiempo, y no malgastes una buena tarde —dijo—. No me gusta que traten mal a los prisioneros, pero ahí es hasta donde llega mi interés.

—Tú…

Sacudió la cabeza.

—Y soy notoriamente inmune a las desgracias. Así que, salvo que tu historia tenga que ver con un perro parlante, no quiero oírla. ¿Es así?

—¿Es así, qué?

—¿Tiene que ver con un perro parlante?

—No —solté—. Tiene que ver con el futuro de un reino y todos los que hay en él.

—Lástima —dijo, y me tomó del brazo para llevarme a la escotilla de popa.

—Pensaba que trabajabas para Ravka —repliqué enfadada.

—Trabajo para la bolsa más abultada.

—¿Así que venderías tu país al Oscuro por un poco de oro?

—No, por un montón de oro —dijo él—. Te lo aseguro, no soy barato. —Hizo un gesto en dirección a la escotilla—. Detrás de ti.

Con la ayuda de Sturmhond, volví hasta mi camarote, donde dos guardianes Grisha estaban esperando para encerrarme en su interior. El capitán hizo una reverencia y me dejó sin decir palabra. Me senté sobre el catre, descansando la cabeza sobre las manos. Sturmhond podía hacerse el tonto todo lo que quisiera, pero yo sabía que había estado en mi camarote, y tenía que haber una razón.

O tal vez solo me estaba aferrando a cualquier resquicio de esperanza.

Cuando Genya me trajo la bandeja de la cena, me encontró aovillada en el catre, mirando la pared.

—Deberías comer —dijo.

—Déjame en paz.

—Si te enfurruñas te saldrán arrugas.

—Bueno, y si mientes te saldrán verrugas —repliqué amargamente. Ella se rio, y después entró y dejó la bandeja. Fue hasta el ojo de buey y contempló su reflejo en el cristal.

—Tal vez debería ponerme rubia. El rojo de los Corporalki queda fatal con mi pelo.

Le eché un vistazo por encima del hombro.

—Sabes que podrías llevar barro cocido y eclipsar a todas las chicas de dos continentes.

—Cierto —dijo con una sonrisa que yo no le devolví. Suspiró y se examinó la punta de las botas—. Te he echado de menos.

Me sorprendí por cuánto dolían esas palabras. Yo también la había echado de menos, y me había sentido como una idiota por ello.

—¿Realmente eras mi amiga? —pregunté.

Ella se sentó en el borde del catre.

—¿Supondría alguna diferencia?

—Tan solo me gustaría saber cómo de estúpida he sido.

—Me encantaba ser tu amiga, Alina. Pero no me arrepiento de lo que hice.

—¿—Y de lo que hizo el Oscuro? ¿—Te arrepientes de eso?

—Sé que piensas que es un monstruo, pero está tratando de hacer lo correcto por Ravka, por todos nosotros.

Me apoyé sobre los codos. Había vivido al tanto de las mentiras del Oscuro durante tanto tiempo que era fácil olvidar que muy poca gente sabía quién era realmente.

—Genya, él creó la Sombra.

—El Hereje Negro…

—No hay ningún Hereje Negro —interrumpí, revelando la verdad que Baghra me había confiado tantos meses antes en el Pequeño Palacio—. Culpó a su antepasado por la Sombra, pero solo ha habido un Oscuro, y lo único que le importa es el poder.

—Eso es imposible. El Oscuro se ha pasado la vida tratando de liberar Ravka de la Sombra.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que le hizo a Novokribirsk?

El Oscuro había utilizado el poder del Nocéano para destruir una ciudad entera, una muestra de fuerza para acobardar a sus enemigos y marcar el comienzo de su reinado. Y yo lo había hecho posible.

—Sé que hubo un… incidente. ¿Un incidente? Mató a cientos de personas, tal vez miles.

—¿Y qué pasa con la gente del esquife? —dijo con expresión seria.

Tomé aliento atropelladamente y me tumbé. Por un largo momento, estudié los tablones que había sobre mí. No quería preguntar, pero sabía que iba a hacerlo. La pregunta me había atormentado durante largas semanas y kilómetros de océano.

—¿Hubo…? ¿Hubo más supervivientes?

—¿Aparte de Iván y del Oscuro? —Yo asentí con la cabeza, expectante—. Dos Inferni que los ayudaron a escapar. Unos cuantos soldados del Primer Ejército lograron regresar, y una Vendaval llamada Nathalia también se libró pero murió a causa de las heridas unos cuantos días más tarde.

Cerré los ojos. ¿Cuántas personas había a bordo de aquel esquife de arena? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Me entraron ganas de vomitar. Podía oír los gritos, los aullidos de los volcra. Podía oler la pólvora y la sangre. Había sacrificado a esa gente a cambio de la vida de Mal, de mi libertad, y al final habían muerto para nada. Volvíamos a estar a merced del Oscuro, que era más poderoso que nunca.

Genya puso una mano sobre la mía.

—Hiciste lo que tenías que hacer, Alina.

Solté una risa semejante a un ladrido áspero y aparté la mano.

—¿Eso es lo que te dice el Oscuro, Genya? ¿Hace que sea más fácil?

—No, en realidad no. —Miró hacia abajo, a su regazo, alisando y arrugando los

pliegues de su *kefta*—. Me liberó, Alina. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Volver corriendo al palacio? ¿Volver junto al Rey? —negó con la cabeza violentamente—. No. He tomado mi decisión.

—¿Qué pasa con los otros Grisha? —pregunté—. No pueden estar todos de parte del Oscuro. ¿Cuántos se han quedado en Ravka?

Genya se puso rígida.

—Se supone que no puedo hablar de eso contigo…

—Genya…

—Come, Alina. Intenta descansar un poco. Pronto llegaremos al hielo.

El hielo. Entonces, no íbamos de vuelta a Ravka. Debíamos de estar viajando hacia el norte.

Se puso en pie y se sacudió el polvo de la *kefta*. Puede que bromeara acerca del color, pero yo sabía lo mucho que significaba para ella. Demostraba que era realmente una Grisha: ya no era una sirvienta, sino que estaba protegida, amparada. Recordé la misteriosa enfermedad que había debilitado al Rey justo antes del golpe de Estado del Oscuro. Genya había sido de los pocos Grisha con acceso a la familia real, y había utilizado ese acceso para ganarse el derecho a vestir de rojo.

—Genya —dije cuando se disponía a abrir la puerta—. Una pregunta más.

Hizo una pausa, con la mano en el pomo.

Parecía tan poco importante, tan tonto mencionarlo después de todo este tiempo. Pero era algo que me había estado preocupando desde hacía mucho.

—Las cartas que le escribí a Mal cuando estaba en el Pequeño Palacio. Me dijo que nunca las llegó a recibir.

No se giró hacia mí, pero vi que sus hombros se hundían.

—Jamás las enviaron —susurró—. El Oscuro dijo que necesitabas dejar atrás tu antigua vida.

Cerró la puerta y oí el chasquido del cerrojo.

Todas esas horas que había pasado hablando y riéndome con Genya, bebiendo té y probándome vestidos. Me había estado mintiendo todo el tiempo. Lo peor era que el Oscuro había tenido razón. Si hubiera seguido aferrándome a Mal y al recuerdo de mi amor por él, tal vez nunca habría llegado a dominar mi poder. Pero Genya no sabía eso. Ella tan solo seguía órdenes, sin importarle que mi corazón se rompiera. No sabía qué era eso, pero no era amistad.

Me giré hacia un lado, sintiendo el suave movimiento del barco debajo de mí. ¿Eso era lo que se sentía cuando tu madre te mecía entre sus brazos hasta que te dormías? No podía recordarlo. Ana Kuya a veces tarareaba, en voz baja, mientras apagaba las lámparas y cerraba las habitaciones de Keramzin por la noche. Eso era lo más cerca que habíamos estado Mal y yo de una nana.

En algún lugar en la parte superior, oí que un marinero gritaba algo por encima del viento. La campana sonó para señalar el cambio de guardia. Estamos vivos, me recordé. Hemos escapado de él antes. Podemos volver a hacerlo. Pero no me sirvió de

nada, y al final me rendí y dejé que salieran las lágrimas. A Sturmhond lo habían comprado. Genya había elegido al Oscuro. Mal y yo estábamos tan solos como siempre, sin amigos ni aliados, rodeados por nada a excepción del despiadado mar. Esa vez, incluso aunque escapáramos, no había ningún sitio a donde huir.





enos de una semana después, divisé los primeros bloques de hielo flotante. Estábamos muy al norte, donde el mar se oscurecía y el hielo emergía desde las profundidades en forma de peligrosos picos. Aunque estábamos a principios del verano, el viento nos mordía la piel. Por la mañana, las cuerdas estaban rígidas por el hielo.

Me pasaba horas paseándome por mi camarote, mirando el mar infinito. Cada mañana me llevaban a la cubierta, donde tenía la oportunidad de estirar las piernas y ver a Mal desde lejos. El Oscuro siempre permanecía junto a la barandilla, examinando el horizonte, en busca de algo. Sturmhond y su tripulación mantenían las distancias.

El séptimo día, pasamos entre dos islas de pizarra que reconocí de mi tiempo como cartógrafa: Jelka y Vilki, el Tenedor y el Cuchillo. Habíamos llegado hasta el Paso de los Huesos, la larga extensión de aguas negras donde incontables barcos habían naufragado en unas islas sin nombre que aparecían y desaparecían entre la niebla. En los mapas, se marcaba con calaveras de marineros, monstruos de enormes bocas, sirenas de pelo blanco como el hielo y los profundos ojos negros de las focas. Solo los cazadores fjerdanos más experimentados se aventuraban hasta allí, en busca de pieles, arriesgándose a morir para conseguir premios suculentos. Pero ¿qué premio buscábamos nosotros?

Sturmhond ordenó que se recogieran las velas, y nuestro ritmo se ralentizó mientras nos deslizábamos a través de la niebla. Un silencio inquieto cubría el barco. Estudié las barcazas del ballenero, los montones de arpones con puntas de acero Grisha. No resultaba difícil adivinar para qué eran. El Oscuro iba detrás de algún tipo de amplificador. Examiné las filas de los Grisha y me pregunté quién podía ser el elegido para otro de los «regalos» del Oscuro. Pero una terrible sospecha había arraigado en mi interior.

Es una locura, me dije. *No se atrevería a intentarlo*. El pensamiento no resultaba demasiado reconfortante. Él siempre se atrevía a todo.

Al día siguiente, el Oscuro ordenó que me llevaran ante él.

—¿Para quién es? —pregunté mientras Iván me dejaba junto a la barandilla de estribor.

El Oscuro se limitó a seguir mirando las olas, y me planteé tirarlo por el otro lado de la barandilla. Sí, tenía cientos de años, pero ¿sabría nadar?

—Dime que no estás considerando lo que pienso —dije—. Dime que el amplificador es para otra chica estúpida e ingenua.

—¿Alguien menos terca? ¿Menos egoísta? ¿Menos ansiosa por llevar la vida de un ratón? Créeme —replicó—, ojalá pudiera.

Tenía ganas de vomitar.

—Un Grisha solo puede tener un amplificador. Tú mismo me lo dijiste.

—Los amplificadores de Morozova son diferentes.

Lo miré boquiabierta.

—¿Hay otro como el ciervo?

—Estaban hechos para ser utilizados juntos, Alina. Son únicos, al igual que nosotros.

Pensé en los libros que había leído sobre la teoría Grisha. Todos aseguraban lo mismo: el poder de los Grisha no era infinito; debía mantenerse bajo control.

—No —dije—. No quiero eso. Quiero…

—Quiero —se burló el Oscuro—. Yo quiero ver a tu rastreador muriendo lentamente con mi puñal en el corazón. Quiero que el mar os trague a los dos. Pero nuestros destinos están ahora entrelazados, Alina, y no hay nada que ninguno de los dos podamos hacer para evitarlo.

—Estás loco.

—Sé que te complace pensar eso —señaló—, pero los amplificadores deben ser utilizados juntos. Si tenemos alguna esperanza de controlar la Sombra…

—No se puede controlar la Sombra. Hay que destruirla.

—Cuidado, Alina —advirtió con una pequeña sonrisa—. Yo he pensado lo mismo sobre ti. —Hizo un gesto en dirección a Iván, que estaba esperando a una distancia respetuosa—. Tráeme al chico.

El corazón me saltó hasta la garganta.

—Espera —dije—. Me prometiste que no le harías daño.

Me ignoró. Como una idiota, miré a mi alrededor, como si alguien en ese barco dejado de la mano de los Santos fuera a atender mis súplicas. Sturmhond estaba junto al timón, observándonos, con el rostro impasible.

Tiré de la manga del Oscuro.

—Teníamos un trato. No he hecho nada. Dijiste…

El me miró con sus fríos ojos de cuarzo, y las palabras murieron en mis labios.

Un momento después, Iván apareció arrastrando a Mal y lo condujo hasta la barandilla. Ahí estaba, entornando los ojos ante la luz, con las manos atadas. Era lo más cerca que habíamos estado desde hacía semanas. Aunque estaba pálido y cansado, no parecía que le hubieran hecho daño. Vi la pregunta en su expresión cautelosa, pero no tenía respuesta.

—Muy bien, rastreador —dijo el Oscuro—. Rastrea.

Mal miró del Oscuro hacia mí y luego otra vez a él.

—¿Que rastree qué? Estamos en mitad del océano.

—Alina me dijo una vez que podías sacar conejos de las rocas. Yo mismo pregunté a la tripulación del Verrhader, y aseguraron que eras igual de hábil en el mar. Parecían pensar que podías hacer muy rico a algún capitán afortunado gracias a tu pericia.

Mal frunció el ceño.

—¿Quieres que cace ballenas?

—No —replicó el Oscuro—. Quiero que caces al azote marino.

Nos lo quedamos mirando, conmocionados. Casi me reí.

—¿Estás buscando un dragón? —preguntó Mal con incredulidad.

—El dragón de hielo —confirmó el Oscuro—. *Rusalye*.

Rusalye. En las historias, el azote marino era un príncipe maldito, forzado a tomar la forma de una serpiente marina y custodiar las gélidas aguas del Paso de los Huesos. ¿Aquel era el segundo amplificador de Morozova?

—Es un cuento de hadas —dijo Mal, expresando mis propios pensamientos—. Un cuento para niños. No existe realmente.

—Ha habido avistamientos del azote marino en estas aguas durante años —replicó el Oscuro.

—Y también de sirenas y de selkies blancos. Es un mito.

El Oscuro alzó una ceja.

—¿Como el ciervo?

Mal me miró, y yo sacudí ligerísimamente la cabeza. Fuera lo que fuera lo que se proponía el Oscuro, no íbamos a ayudarlo.

Mal echó un vistazo a las olas.

—No sabría por dónde empezar.

—Por el bien de la chica, espero que eso no sea verdad. —El Oscuro sacó un delgado puñal de entre los pliegues de su *kefta*—. Porque cada día que no encontremos al azote marino, le arrancaré un trozo de piel. Lentamente. Después Iván la curará, y al día siguiente volveremos a hacerlo otra vez.

Sentí que se me iba toda la sangre de la cara.

—No vas a hacerle daño —dijo Mal, pero pude oír el miedo en su voz.

—No quiero hacerle daño —replicó el Oscuro—. Quiero que hagas lo que te pido.

—Me llevó meses encontrar al ciervo —señaló Mal con desesperación—. Sigo sin saber cómo lo hicimos.

Sturmhond dio un paso hacia delante. Había estado tan concentrada en Mal y el Oscuro que casi me había olvidado de él.

—No voy a dejar que torturen a una chica en mi barco.

El Oscuro dirigió su fría mirada hacia el corsario.

—Trabajas para mí, Sturmhond. Si no haces tu trabajo, que te pague será la menor de tus preocupaciones.

Una desagradable oleada de inquietud recorrió el barco. La tripulación de Sturmhond estaba evaluando a los Grisha, y sus expresiones no eran amistosas. Genya tenía una mano sobre la boca, pero no dijo ni una palabra.

—Dale algo de tiempo al rastreador —dijo quedamente Sturmhond—. Una semana. Al menos unos días.

El Oscuro deslizó los dedos por mi brazo, subiéndome la manga para dejar al descubierto mi blanca piel.

—¿Debería empezar por el brazo? —preguntó. Soltó la manga y me recorrió la mejilla con los nudillos—. ¿O por su cara? —Asintió en dirección a Iván—. Sujétala.

El me sujetó la parte posterior de la cabeza, y el Oscuro levantó el puñal. Lo vi brillar por el rabillo del ojo. Traté de encogerme, pero Iván me tenía bien sujeta. La hoja rozó mi mejilla. Tomé aliento, asustada.

—¡Para! —gritó Mal. El Oscuro esperó—. Puedo… Puedo hacerlo.

—Mal, no —dije con más valor del que sentía.

Él tragó saliva antes de responder.

—Id hacia el suroeste. Por donde hemos venido.

Me quedé muy quieta. ¿Había visto algo? ¿O tan solo estaba intentando evitar que me hicieran daño?

El Oscuro inclinó la cabeza hacia un lado y lo examinó.

—Creo que eres lo suficientemente listo como para no intentar jugar conmigo, rastreador.

Mal asintió bruscamente.

—Puedo hacerlo. Puedo encontrarlo. Solo… Solo dame tiempo.

El Oscuro envainó su puñal. Solté aire lentamente y traté de reprimir un escalofrío.

—Tienes una semana —dijo, dándose la vuelta y desapareciendo por la escotilla —. Tráela —le gritó a Iván.

—Mal… —comencé mientras Iván me agarraba del brazo. Él levantó sus manos atadas, tratando de alcanzarme. Sus dedos rozaron los míos brevemente, y después Iván me arrastró en dirección a la escotilla.

Mi mente iba a toda velocidad mientras descendíamos al frío y húmedo estómago del navío. Caminé dando traspiés detrás de Iván, tratando de encontrarle el sentido a todo lo que había pasado. El Oscuro había dicho que no le haría daño a Mal mientras

lo necesitara. Había asumido que simplemente quería utilizarlo para mantenerme a raya, pero ahora quedaba claro que se trataba de algo más que eso. ¿De verdad pensaba Mal que podía encontrar al azote marino, o tan solo estaba tratando de conseguir tiempo? No estaba segura de lo que prefería que fuera verdad. No me gustaba la idea de que me torturaran, pero ¿y si encontrábamos realmente al dragón de hielo? ¿Qué supondría tener un segundo amplificador?

Iván me llevó hasta un camarote espacioso que tenía el aspecto de la habitación de un capitán. Probablemente habían relegado a Sturmhond con el resto de su tripulación. Había una cama en una esquina, y la curvada pared de popa estaba llena de ventanas de cristales gruesos. Derramaban una luz acuosa sobre un escritorio tras el cual se sentaba el Oscuro.

Iván hizo una reverencia y se apresuró a salir de la habitación, cerrando la puerta tras él.

—No puede esperar a alejarse de ti —dije, todavía junto a la puerta—. Tiene miedo de en lo que te has convertido. Todos lo tienen.

—¿Me temes tú, Alina?

—Eso es lo que querrías, ¿verdad?

El Oscuro se encogió de hombros.

—El miedo es un aliado poderoso —replicó—. Y leal.

Me estaba observando de esa forma fría y examinadora que siempre me hacía sentir como si me estuviera leyendo igual que las palabras de una página, con los dedos moviéndose sobre el texto para averiguar algún secreto que yo solo podía tratar de adivinar. Traté de mantenerme inmóvil, pero las esposas me hacían daño en las muñecas.

—Me gustaría liberarte —dijo muy serio.

—Liberarme, despellejarme. Hay tantas opciones. —Todavía sentía la presión del puñal sobre la mejilla.

Él suspiró.

—Era una amenaza, Alina. Y ha cumplido con su objetivo.

—¿Así que no me hubieras cortado?

—Yo no he dicho eso. —Su voz era agradable y calmada, como siempre. Podría haber estado amenazando con cortarme en pedazos o pidiendo la cena.

En la tenue luz apenas podía distinguir el delgado rastro de las cicatrices. Sabía que debía permanecer en silencio, forzarlo a hablar primero, pero mi curiosidad era demasiado grande.

—¿Cómo sobreviviste?

Se pasó la mano por la marcada línea de su mandíbula.

—Parece que a los volcra no les gustaba el sabor de mi carne —dijo, casi con pereza—. ¿Te has dado cuenta alguna vez de que no se comen entre ellos?

Me estremecí. Eran sus creaciones, al igual que la cosa que había hundido sus dientes en mi hombro. La piel de la herida todavía me latía.

—Los similares se atraen.

—No es una experiencia que quiera repetir. Ya he tenido suficiente de la misericordia de los volcra. Y de la tuya.

Crucé la habitación y me quedé delante del escritorio.

—Entonces, ¿por qué darme un segundo amplificador? —pregunté con desesperación, deseando encontrar un argumento que de algún modo hiciera que entrara en razón—. Por si lo has olvidado, traté de matarte.

—Y fracasaste.

—Siempre puede haber una segunda oportunidad. ¿Por qué hacerme más fuerte?

Él volvió a encogerse de hombros.

—Sin los amplificadores de Morozova, Ravka está perdida. Estás destinada a tenerlos, al igual que yo estaba destinado a reinar. No puede ser de otro modo.

—Qué conveniente para ti.

Él se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Has sido de todo menos conveniente, Alina.

—No es posible combinar amplificadores. Todos los libros dicen lo mismo…

—No todos los libros.

Quería gritar de frustración.

—Baghra me lo advirtió. Dijo que eras arrogante, que estabas cegado por tu ambición.

—Ah, ¿sí? —Su voz era de hielo—. ¿Qué más traiciones te susurró al oído?

—Que te quería —repliqué enfadada—. Que creía que podías redimirte.

Entonces él apartó la mirada, pero no antes de que viera un destello de dolor en su cara. ¿Qué le había hecho a Baghra? Y, ¿qué precio había pagado por ello?

—Redención —murmuró—. Salvación. Penitencia. Las pintorescas ideas de mi madre. Tal vez debería haber prestado más atención. —Metió la mano en el escritorio y sacó un esbelto volumen de color rojo. Mientras lo sostenía, la luz se reflejó en las letras doradas de la cubierta: *Istorii Sankt'ya*—. ¿Sabes lo que es esto?

Fruncí el ceño. *Las vidas de los Santos*. Me volvió un recuerdo borroso. El Apparat me había dado un ejemplar meses antes en el Pequeño Palacio. Lo había metido en el cajón de mi tocador y no había vuelto a pensar en él.

—Es un libro para niños —dije.

—¿Lo has leído?

—No —admití, deseando repentinamente haberlo hecho. El Oscuro me estaba observando muy de cerca. ¿Qué podía haber que fuera tan importante en una vieja colección de dibujos religiosos?

—Superstición —dijo, bajando la mirada hasta la cubierta—. Propaganda de campesinos, o eso pensaba yo. Morozova era un hombre extraño. Era un poco como tú, se sentía atraído por la gente corriente y débil.

—Mal no es débil.

—Tiene sus dones, lo admito, pero no es un Grisha. Jamás podrá ser tu igual.

—Es mi igual y más —repliqué.

Él sacudió la cabeza. Si no lo conociera mejor, habría confundido la expresión de su rostro por lástima.

—Crees que podrás formar una familia con él. Crees que podréis tener un futuro. Pero tú te harás más poderosa, y él se hará más viejo. Vivirá su corta vida de *otkazat'sya*, y tú lo verás morir.

—Cállate.

Sonrió.

—Adelante, ponte a patalear, lucha contra tu verdadera naturaleza. Mientras tanto, tu país sufre.

—¡Sufre por tu culpa!

—Sufre porque deposité mi confianza en una chica que no puede soportar la idea de su propio potencial. —Se puso en pie y rodeó el escritorio. A pesar de mi furia, di un paso hacia atrás y choqué contra la silla que tenía a mi espalda—. Sé lo que sientes cuando estás con el rastreador —añadió.

—Lo dudo.

Él sacudió la mano de forma desdeñosa.

—No, no me refiero a ese anhelo estúpido que aún no has superado. Conozco el temor que anida en tu corazón. La soledad. La creciente consciencia de que eres distinta. —Se inclinó hacia mí—. El dolor que eso conlleva.

Traté de esconder la sacudida que me atravesó.

—No sé de qué estás hablando —dije, pero las palabras me sonaban falsas.

—Nunca desaparecerá, Alina, tan solo empeorará. No importa tras cuántas bufandas te escondas o las mentiras que digas, no importa lo rápido o lo lejos que huyas. —Traté de darme la vuelta, pero él estiró el brazo y me agarró la barbilla, forzándome a mirarlo. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento—. No hay más como nosotros, Alina —susurró—. Y jamás los habrá.

Me libré de él bruscamente, derribando la silla y a punto de perder el equilibrio. Golpeé la puerta con mis manos esposadas, llamando a Iván mientras el Oscuro observaba. No vino hasta que él se lo ordenó.

Noté vagamente la mano de Iván en mi espalda, el hedor del pasillo, un marinero que nos dejaba pasar, y después la tranquilidad de mi estrecho camarote, la puerta que se cerraba detrás de mí, el catre, la tela áspera y rasposa mientras apretaba la cara contra la colcha, temblando, tratando de sacar de mi cabeza las palabras del Oscuro. La muerte de Mal. La larga vida que tenía por delante. El dolor de la soledad que jamás cesaría. Cada miedo se hundía dentro de mí, una garra punzante que escarbaba en lo más profundo de mi corazón.

Sabía que era un mentiroso experimentado. Podía fingir cualquier emoción, aprovecharse de cualquier debilidad humana. Pero yo no podía negar lo que había sentido en Novyi Zem, ni la verdad de lo que me había mostrado el Oscuro: mi propia tristeza, mi propio anhelo, reflejados en sus sombríos ojos grises.

El humor había cambiado a bordo del ballenero. La tripulación estaba inquieta y vigilante, el desaire a su capitán seguía fresco en sus mentes. Los Grisha murmuraban entre ellos, nerviosos a causa de nuestro lento avance por las aguas del Paso de los Huesos.

Cada día, el Oscuro hacía que me llevaran a cubierta para tenerme junto a él en la proa. Mal permanecía bien vigilado al otro extremo del barco. A veces lo oía gritar algún rumbo a Sturmhond, o lo veía gesticular a lo que parecían profundos arañazos justo por encima del nivel del agua en los largos bloques de hielo junto a los que pasábamos.

Observé las muescas irregulares. Podrían ser marcas de garras. Podrían no ser nada en absoluto. Sin embargo, había visto de lo que Mal era capaz en Tsibeya. Cuando estábamos rastreando al ciervo, me había mostrado ramas rotas, hierba pisoteada; señales que parecían obvias cuando las señalaba pero que habían resultado invisibles unos momentos antes. Los miembros de la tripulación parecían escépticos. Los Grisha directamente lo despreciaban.

Al ocaso, después de que otro día hubiera llegado y se hubiera ido, el Oscuro me llevaba en procesión por la cubierta y a través de la escotilla, justo enfrente de Mal. No me permitía hablar con él. Traté de captar su mirada, de decirle en silencio que estaba bien, pero podía ver que su furia y su desesperación crecían, y era incapaz de tranquilizarle.

Una vez, cuando tropecé junto a la escotilla, el Oscuro me sujetó y me sostuvo contra él. Podría haberme soltado, pero se quedó ahí y, antes de que pudiera apartarme, su mano recorrió la parte baja de mi espalda.

Mal salió disparado hacia delante, pero los Grisha que lo vigilaban lo sujetaron e impidieron que cargara contra el Oscuro.

—Tres días más, rastreador.

—Déjala en paz —gruñó él.

—Yo he mantenido mi promesa. No le he hecho ningún daño todavía. ¿Tal vez no es eso lo que temes?

Mal parecía a punto de explotar. Tenía la cara pálida, su boca formaba una línea tensa, y los músculos de sus antebrazos estaban hinchados mientras forcejeaba contra sus ataduras. No podía soportarlo.

—Estoy bien —dije suavemente, arriesgándome al puñal del Oscuro—. No puede hacerme daño.

Era mentira, pero sonaba bien en mis labios.

El Oscuro me miró a mí y luego a Mal, y vi ese pozo ancho y profundo que había en su interior.

—No te preocupes, rastreador. Cuando termine nuestro trato, lo sabrás. —Me empujó bajo cubierta, pero no antes de que pudiera oír lo último que le dijo a Mal antes de irse—: Me aseguraré de que la escuches cuando la haga gritar.

La semana siguió avanzando, y el sexto día Genya me despertó temprano. Mientras me espabilaba, me di cuenta de que apenas había amanecido. Sentí una punzada de pánico. Tal vez el Oscuro había decidido acabar con las prórrogas y comenzar a cumplir sus amenazas.

Pero Genya estaba sonriendo.

—¡Ha encontrado algo! —gritó, balanceándose sobre las plantas de los pies, prácticamente bailando mientras me ayudaba a levantarme del catre—. ¡El rastreador dice que estamos cerca!

—Se llama Mal —murmuré, alejándome de ella. Ignoré su mirada de aflicción.

¿Es posible?, me pregunté mientras Genya me conducía hasta arriba. ¿O quizá Mal tan solo esperaba conseguirme más tiempo?

Salimos a la tenue luz grisácea de la mañana. La cubierta estaba abarrotada de Grisha que miraban el agua mientras los Vendavales controlaban los vientos y la tripulación de Sturmhond manejaba las velas en lo alto.

La niebla era más densa que el día anterior. Se aferraba al agua, espesa, y recorría en húmedos zarcillos el casco del barco. El silencio solo se quebraba por las indicaciones de Mal y las órdenes que daba Sturmhond.

Cuando llegamos a una ancha extensión de mar abierto, Mal se giró hacia el Oscuro y dijo:

—Creo que estamos cerca.

—¿Crees?

Mal asintió.

El Oscuro lo observó. Si Mal lo estaba engañando, sus esfuerzos no durarían mucho, y el precio sería alto.

Tras lo que pareció una eternidad, el Oscuro hizo una señal en dirección a Sturmhond.

—Recoged velas —ordenó el corsario, y sus hombres se apresuraron a obedecer.

Iván dio unos golpecitos en el hombro del Oscuro e hizo un gesto en dirección al sur, al horizonte.

—Un barco, *moi soverenyi*.

Bizqueé para ver la pequeña mancha.

—¿Llevan alguna bandera? —le preguntó el Oscuro a Sturmhond.

—Seguramente serán pescadores —respondió él—. Pero estaremos pendientes de ellos por si acaso.

Hizo un gesto hacia uno de sus tripulantes, que se apresuró a subir al mástil con un largo catalejo en la mano.

Las barcazas estaban preparadas, y en unos minutos las bajaron por estribor, cargadas de los hombres de Sturmhond y llenas de arpones. Los Grisha del Oscuro se agolparon junto a la barandilla para ver cómo avanzaban las barcas. La niebla parecía

aumentar el sonido del golpeteo regular de los remos contra las olas.

Di un paso en dirección a Mal. La atención de todos se concentraba en los hombres que había en el agua, y solo Genya me estaba observando. Dudó, y después se giró deliberadamente para unirse a los demás en la barandilla.

Mal y yo estábamos mirando hacia delante, pero lo bastante cerca como para que nuestros hombros se rozaran.

—Dime que estás bien —murmuró con la voz ronca.

Asentí con la cabeza, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

—Estoy bien —dije con suavidad—. ¿Está ahí fuera?

—No lo sé. Quizás. Cuando estaba rastreando al ciervo había veces que pensaba que nos encontrábamos cerca y… Alina, si me equivoco…

Entonces me giré, sin importarme quién nos viera ni el castigo que pudiéramos recibir. La niebla estaba subiendo desde el agua, reptando por la cubierta. Levanté la mirada hacia él, observando cada detalle de su rostro: el azul brillante de sus iris, la curva de sus labios, la cicatriz que le recorría la mandíbula. Detrás de él vi que Tamar iba a toda prisa por las jarcias, con un farol en las manos.

—Nada de esto es culpa tuya, Mal. Nada.

Él bajó la cabeza, presionando su frente contra la mía.

—No dejaré que te haga daño.

Ambos sabíamos que él no sería capaz de detenerlo, pero esa era una verdad demasiado dolorosa, así que me limité a decir:

—Lo sé.

—Me estás siguiendo la corriente —dijo, con el asomo de una sonrisa.

—Necesitas que te consientan mucho.

Presionó los labios sobre la parte superior de mi cabeza.

—Encontraremos la forma de salir de esta, Alina. Siempre lo hacemos.

Dejé descansar mis manos esposadas contra su pecho y cerré los ojos. Estábamos solos en un mar helado, prisioneros de un hombre que podía crear monstruos, literalmente, y sin embargo, de algún modo, le creí. Me apoyé sobre él y por primera vez desde hacía días me permití tener esperanza.

Sonó un grito:

—¡A las dos desde la proa, a estribor!

Como una, nuestras cabezas se giraron, y me quedé quieta. Algo se estaba moviendo en la niebla, una forma blanca resplandeciente y ondulante.

—Por todos los Santos —resopló Mal.

En ese momento, el lomo de la criatura rompió las olas y su cuerpo cortó el agua en un arco sinuoso, con todos los colores del arcoíris reflejados en sus escamas iridiscentes.

Rusalye.





usalye era un mito, un cuento de hadas, una criatura de fantasía que moraba en los límites de los mapas. Pero no había duda alguna: el dragón de hielo era real y Mal lo había encontrado, al igual que había encontrado al ciervo. Tenía la sensación de que algo no iba bien, como si todo estuviera sucediendo demasiado rápido, como si nos estuviéramos precipitando hacia algo que no comprendíamos.

Un grito desde las barcazas me llamó la atención. Un hombre en la más cercana al azote marino se puso de pie, apuntando con el arpón en la mano. Pero la cola blanca del dragón restalló en el mar, rompiendo las olas, y envió una oleada de agua contra el casco de la embarcación. El hombre del arpón se sentó rápidamente mientras la barca se tambaleaba precariamente, para estabilizarse en el último momento.

Bien, pensé. *Enfréntate a ellos*.

Entonces, los de la otra barcaza lanzaron sus arpones. El primero se desvió demasiado y cayó dócilmente en el agua con un salpicón. El segundo se clavó en la parte trasera del azote marino.

La criatura comenzó a dar sacudidas, golpeando con la cola de un lado a otro, y después se alzó como una serpiente, sacando el cuerpo del agua. Por un momento se quedó suspendida en el aire: translúcidas aletas con aspecto de alas, escamas relucientes y furiosos ojos rojos. De su melena volaban gotas de agua, y cuando el dragón abrió la boca reveló una lengua rosada y varias filas de dientes brillantes. Atacó la barca más cercana. Con un fuerte golpe de madera destrozándose, la esbelta embarcación se partió en dos, y los hombres cayeron al mar. Las fauces de la criatura se cerraron en las piernas de uno de los marineros, que desapareció gritando bajo las olas. Con furiosas brazadas, el resto de los tripulantes nadaron por el agua teñida de sangre en dirección a la barcaza gestante, desde donde tiraron de ellos para ayudarlos a subir.

Eché la mirada hacia atrás, a las jarcias del ballenero. La parte superior de los

mástiles estaba envuelta en niebla, pero podía distinguir la luz del farol de Tamar que ardía sobre el palo mayor.

Otro arpón encontró su objetivo y el azote marino comenzó a cantar, un sonido más bonito que cualquiera que hubiera escuchado jamás, un coro de voces que se alzaban en una lastimera canción sin palabras. *No*, me percaté, *no es una canción*. El azote marino estaba gritando, retorciéndose y revolcándose entre las olas mientras las barcas le daban caza, luchando por librarse de las puntas retorcidas de los arpones. *Lucha*, supliqué en silencio. *Cuando te tenga, jamás te dejará escapar*.

Pero ya podía ver al dragón ralentizándose, sus movimientos cada vez más vagos mientras sus gritos flaqueaban, apenados; su música sombría y débil. Una parte de mí deseaba que el Oscuro pusiera fin a su vida. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué no utilizaba el Corte con el azote marino y me ataba a él como había hecho con el ciervo?

—¡Redes! —gritó Sturmhond, aunque la niebla se había vuelto tan espesa que no sabía a ciencia cierta de dónde venía su voz. Oí una serie de golpes sordos que provenían de algún lugar de la barandilla de estribor.

—Despejad la niebla —ordenó el Oscuro—. Estamos perdiendo la barcaza.

Escuché que los Grisha se llamaban entre ellos y después sentí los vientos de los Vendavales que agitaban los dobladillos de mi abrigo.

La niebla desapareció y me quedé con la boca abierta. El Oscuro y sus Grisha seguían a estribor, con la atención concentrada en la barcaza que ahora parecía estar alejándose del ballenero. Pero a babor, otro barco había aparecido como de la nada, una elegante goleta con mástiles relucientes y una bandera que mostraba un perro rojo sobre un campo verde azulado… y, bajo él, de un azul pálido y oro, el águila doble de Ravka.

Oí otra serie de golpes y vi unos ganchos de acero que aparecían en la barandilla de babor del ballenero. Me di cuenta de que eran garfios.

Y después, todo pareció pasar al mismo tiempo. Un aullido se alzó desde algún lugar, como el de un lobo suplicándole a la luna. Unos hombres saltaron desde la barandilla hasta la cubierta del ballenero, con pistolas sujetas a las correas que llevaban en el pecho y alfanjes en las manos, aullando y ladrando como una manada de perros salvajes. Vi que el Oscuro se giraba, y en su rostro había confusión e ira.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Mal, poniéndose frente a mí mientras nos acercábamos lentamente a la exigua protección del palo de mesana.

—No lo sé —contesté—. Algo muy bueno o algo muy muy malo.

Permanecimos espalda con espalda, mis manos todavía esposadas, las suyas todavía atadas; incapaces de defendernos mientras las peleas estallaban en cubierta. Oímos pistolas. El aire cobró vida con el fuego de los Inferni.

—¡A mí, perros! —gritó Sturmhond, y se lanzó a la acción con un sable en las manos.

Hombres que ladraban, gritaban y gruñían se abalanzaban sobre los Grisha del

Oscuro desde todas partes; no solo desde la barandilla de la goleta, sino también desde la del ballenero. Los hombres de Sturmhond. Se estaba poniendo en contra del Oscuro.

Estaba claro que el corsario había perdido la cabeza. Sí, superaban a los Grisha en número, pero los números no importaban en una lucha contra el Oscuro.

—¡Mira! —gritó Mal.

Abajo, en el agua, los hombres que había en la barcaza restante estaban remolcando al azote marino, que forcejeaba contra ellos. Habían alzado una vela y avanzaban gracias a un viento rápido, pero no en dirección al ballenero, sino a la goleta. El fuerte viento que los empujaba parecía no venir de ningún sitio. Miré con más atención y vi a un tripulante de pie en la barcaza, con los brazos en alto. No había confusión posible: Sturmhond tenía a un Vendaval que trabajaba para él.

De pronto, un brazo me agarró por la cintura y me levantó del suelo. El mundo pareció volcarse, y grité mientras me lanzaban sobre una enorme espalda.

Levanté la cabeza, forcejeando contra el brazo que me sujetaba como si fuera de hierro, y vi que Tamar se precipitaba contra Mal, con un cuchillo centelleando en las manos.

—¡No! —grité—. ¡Mal!

Él levantó las manos para defenderse, pero ella se limitó a cortarle las ataduras.

—¡Vamos! —gritó, entregándole el cuchillo y sacando una espada de la vaina que llevaba en la cadera.

Tolya me agarró con fuerza mientras corría por la cubierta, mientras que Tamar y Mal nos seguían muy de cerca.

—¿Qué estáis haciendo? —grazné, mientras mi cabeza rebotaba contra la espalda del gigante.

—¡Tú corre! —replicó Tamar, clavándole la espada a un Corporalnik que se puso en su camino.

—¡No puedo correr! —grité—. ¡El idiota de tu hermano me tiene colgada a la espalda como si fuera un jamón!

—¿Quieres que te rescatemos o no?

No tenía tiempo para responder.

—Agárrate fuerte —dijo Tolya—. Vamos a saltar.

Cerré los ojos, preparándome para caer en las gélidas aguas. Pero Tolya no había avanzado más que un par de pasos cuando soltó un gruñido repentino y se derrumbó golpeando el suelo con una rodilla, aflojando su agarre sobre mí. Caí sobre la cubierta y me giré torpemente hacia un lado. Al levantar la mirada, vi a Iván y a un Inferni vestido de azul de pie ante nosotros.

Iván había extendido la mano. Estaba aplastándole el corazón a Tolya, y esa vez Sturmhond no se encontraba allí para detenerlo.

El Inferni avanzaba hacia Tamar y hacia mí, con un pedernal en la mano, y el brazo moviéndose en un arco de llamas. *Se ha acabado antes de que empiece*, pensé

tristemente. Pero al momento siguiente, el Inferni se detuvo y jadeó. Sus llamas murieron en el aire.

—¿A qué estás esperando? —gruñó Iván.

La única respuesta del Inferni fue un siseo ahogado. Se le salían los ojos de las órbitas, y se llevó la mano a la garganta.

Tamar llevaba la espada en la mano derecha, pero tenía el puño izquierdo cerrado.

—Buen truco —dijo, apartando el pedernal del paralizado Inferni—. Yo también conozco uno muy bueno.

Alzó la hoja y, mientras el Inferni permanecía ahí indefenso y desesperado por conseguir aire, lo atravesó con un feroz golpe.

El Inferni se desplomó sobre la cubierta. Iván se quedó mirando confuso a Tamar, que se encontraba de pie sobre el cuerpo sin vida, con la espada llena de sangre. Su concentración debió de flaquear, porque en ese momento Tolya se puso en pie con un terrorífico rugido.

Iván apretó el puño, reconcentrando sus esfuerzos. Tolya hizo una mueca, pero no cayó. Entonces su enorme mano salió disparada hacia delante, y la cara de Iván sufrió un espasmo de dolor y desconcierto.

Miré a Tolya y a Tamar, y me di cuenta. Eran Grisha. Mortificadores.

—¿Te gusta eso, hombrecito? —preguntó Tolya mientras avanzaba hacia Iván. Desesperado, este extendió la otra mano. Temblaba, y pude ver que estaba luchando por respirar. Tolya se estremeció un poco, pero siguió avanzando—. Ahora veremos quién tiene el corazón más fuerte —gruñó.

Se acercó a él lentamente a zancadas, como si se encontrara frente a un fuerte viento, con el rostro bañado en sudor y los dientes descubiertos en una mueca de feroz regocijo. Me pregunté si tanto él como Iván caerían muertos.

Entonces los dedos de la mano extendida de Tolya se cerraron en un puño, e Iván se convulsionó y se le pusieron los ojos en blanco. Una burbuja de sangre floreció en sus labios y explotó. Se derrumbó sobre la cubierta.

Era vagamente consciente del caos que surgió a mi alrededor. Tamar estaba forcejeando con un Vendaval. Otros dos Grisha habían saltado sobre Tolya. Oí un disparo y me percaté de que Mal había conseguido una pistola. Pero lo único que podía ver era el cuerpo sin vida de Iván.

Estaba muerto. La mano derecha del Oscuro. Uno de los mortificadores más poderosos del Segundo Ejército. Había sobrevivido a la Sombra y a los volcra, y ahora estaba muerto.

Un débil sollozo me sacó de mi ensueño. Genya estaba mirando a Iván, cubriéndose la boca con las manos.

—Genya… —dije.

—¡Detenlos! —El grito provenía del otro lado de la cubierta. Me giré y vi que el Oscuro estaba luchando contra un marinero armado.

Genya estaba temblando. Metió la mano en el bolsillo de su *kefta* y sacó una

pistola. Tolya se lanzó contra ella.

—¡No! —grité, poniéndome entre ellos. No iba a quedarme mirando cómo mataba a Genya.

La pesada pistola tembló en su mano.

—Genya —dije en voz baja—, ¿de verdad vas a dispararme?

Ella miró a su alrededor salvajemente, sin saber muy bien a dónde apuntar. Coloqué una mano sobre su manga, y ella se encogió y me apuntó con el cañón.

Un chasquido como un trueno desgarró el aire, y supe que el Oscuro se había liberado. Miré hacia atrás y vi una oleada de oscuridad que avanzaba hacia nosotros. *Ya está*, pensé. *Ha terminado*. Pero un instante después vi un destello y escuché un disparo. La masa de oscuridad se disolvió en la nada, y vi que el Oscuro se estaba agarrando el brazo, con el rostro contorsionado de furia y dolor. Me di cuenta con incredulidad de que le habían disparado.

Sturmhond corría hacia nosotros, con pistolas en las manos.

—¡Corred! —gritó.

—¡Vamos, Alina! —chilló Mal, cogiéndome del brazo.

—Genya —dije con desesperación—, ven con nosotros.

Su mano estaba temblando tanto que pensé que la pistola se le caería. Las lágrimas se le derramaron por las mejillas.

—No puedo —sollozó angustiada, y bajó el arma—. Vete, Alina —añadió—. Vete.

Un momento después Tolya me había vuelto a lanzar sobre su espalda. Lo golpeé inútilmente.

—¡No! —chillé—. ¡Espera!

Pero nadie me hizo ningún caso. Tolya echó a correr y se lanzó sobre la barandilla. Grité mientras caíamos hacia el agua helada, preparándome para el impacto. En lugar de eso, fuimos elevados por lo que solo podía ser el viento de un Vendaval, que nos depositó sobre la cubierta de la goleta atacante con un golpe que hizo que me temblaran los huesos. Tamar y Mal nos siguieron, con Sturmhond muy de cerca.

—Dad la señal —gritó Sturmhond, poniéndose en pie. Sonó un penetrante silbido —. Privyet —llamó a un tripulante que no reconocí—, ¿cuántos tenemos?

—Han caído ocho hombres —replicó él—. Quedan ocho en el ballenero. El cargamento está llegando.

—Por todos los Santos —soltó Sturmhond. Miró hacia el ballenero, debatiéndose consigo mismo—. ¡Mosqueteros! —gritó a los hombres que había en la cofa de la goleta—. ¡Cubridlos!

Los mosqueteros comenzaron a disparar los rifles en dirección a la cubierta del ballenero. Tolya le lanzó un rifle a Mal y se puso otro sobre la espalda. Saltó a la barandilla y comenzó a trepar. Tamar cogió una pistola que llevaba en la cadera. Yo seguía espatarrada indignamente sobre la cubierta, con las manos inutilizadas por las

esposas.

—¡El azote marino está a salvo, kapitan! —gritó Privyet.

Dos hombres más de Sturmhond saltaron por la barandilla del ballenero y volaron por los aires, agitando los brazos salvajemente, hasta caer uno encima del otro sobre la cubierta de la goleta. Uno tenía una herida en el brazo que sangraba mucho.

Entonces llegó otra vez, el estallido del trueno.

—¡Se ha levantado! —gritó Tamar.

La oscuridad avanzó hasta nosotros, engullendo la goleta, haciendo desaparecer todo a su paso.

—¡Liberadme! —supliqué—. ¡Dejadme ayudar!

Sturmhond le lanzó las llaves a Tamar y gritó:

—¡Hazlo!

Tamar me cogió las muñecas, forcejeando con la llave mientras la oscuridad nos envolvía.

Estábamos ciegos. Oí que alguien gritaba, y después la cerradura se abrió con un chasquido. Los hierros cayeron de mis muñecas y golpearon la cubierta con un ruido sordo.

Levanté las manos y la luz resplandeció en la oscuridad, empujando la negrura de vuelta al ballenero. La tripulación de Sturmhond vitoreó, pero los gritos murieron en sus labios cuando otro sonido llenó el aire: un chillido áspero, de una maldad penetrante; el crujido de una puerta que se abría, una puerta que debería haber permanecido cerrada para siempre. La herida de mi hombro palpitó agudamente. *Nichevo'ya*.

Me giré hacia Sturmhond.

—Tenemos que salir de aquí —dije—. Ahora.

Él dudó, debatiéndose consigo mismo. Dos de sus hombres seguían a bordo del ballenero. Su expresión se endureció.

—¡Soltad las velas! —gritó—. ¡Vendavales, hacia el este!

Vi una fila de marineros junto a los mástiles que alzaron los brazos, y escuché un ruido cuando las velas se hincharon con un fuerte viento. ¿Cuántos Grisha tenía el corsario en su tripulación?

Pero los Vendavales del Oscuro se habían colocado en la cubierta del ballenero y estaban enviando sus propios vientos contra nosotros. La goleta se balanceó.

—¡Cañones de babor! —rugió Sturmhond—. Colocadlos de lado. ¡A mi señal!

Escuché dos silbidos agudos. Un estallido ensordecedor sacudió el barco, y después otro y otro, mientras los cañones de la goleta abrían un agujero cada vez mayor en el casco del ballenero. Se oyó un grito de pánico desde el barco del Oscuro. Los Vendavales de Sturmhond aprovecharon la ventaja y la goleta quedó libre.

Mientras se disipaba el humo de los cañones, vi una figura de negro junto a la barandilla del ballenero destrozado. Otra oleada de oscuridad se precipitó hacia nosotros, pero esta era distinta. Se retorcía sobre el agua como si estuviera avanzando

a zarpazos, y con ella llegaron los escalofriantes chasquidos de un millar de insectos furiosos.

La oscuridad creó espuma, como una ola al romper sobre una roca, y comenzó a separarse en formas. Junto a mí, Mal murmuró una plegaria y se puso el rifle sobre el hombro. Concentré mi poder y golpeé con el Corte, atravesando la nube negra, tratando de destruir a los *nichevo'ya* antes de que pudieran formarse completamente. Pero no podía detenerlos a todos. Llegaron en una horda quejumbrosa de dientes y garras negros.

La tripulación de Sturmhond abrió fuego.

Los *nichevo'ya*. llegaron hasta los mástiles de la goleta, arremolinándose alrededor de las velas, cogiendo a los marineros de la barandilla como si fueran fruta. Después se escabulleron hasta la cubierta. Mal disparó una y otra vez mientras los tripulantes sacaban sus sables, pero las balas y las hojas solo parecían ralentizar a los monstruos. Sus cuerpos de sombras vacilaban y volvían a formarse para seguir atacando.

La goleta seguía avanzando, aumentando la distancia entre ella y el ballenero, pero no iba lo bastante rápido. Oí ese bramido otra vez, y una nueva oleada de oscuridad apareció deslizándose hacia nosotros, separándose en cuerpos alados, refuerzos para los soldados de las sombras.

Sturmhond también lo vio. Señaló a uno de los Vendavales que seguían invocando el viento para las velas.

—¡Rayo! —gritó.

Me encogí. No podía decirlo en serio. Los Vendavales no tenían permitido invocar rayos. Era demasiado impredecible, demasiado peligroso… Y encima, ¿en mar abierto? ¿Con barcos de madera? Pero los Grisha de Sturmhond no titubearon. Los Vendavales unieron las manos, frotándose las palmas. Se me taponaron las orejas cuando la presión cayó en picado; el aire chisporroteaba por la electricidad.

Tuvimos el tiempo justo para lanzarnos a cubierta mientras los relámpagos comenzaban a zigzaguear por el cielo. La nueva oleada de *nichevo'ya* se dispersó en una confusión momentánea.

—¡Vamos! —bramó Sturmhond—. ¡Vendavales a máxima potencia!

Mal y yo caímos de golpe contra la barandilla mientras la goleta se precipitaba hacia delante. La elegante nave parecía volar sobre las olas.

Vi otra oleada negra que salía desde el lateral del ballenero. Me puse en pie y me preparé, reuniendo mis fuerzas para enfrentarme a otro ataque.

Pero no llegó. Al parecer el poder del Oscuro tenía un límite, y nos encontrábamos fuera de su alcance.

Me incliné por encima de la barandilla. El viento y la espuma del mar me punzaron la piel mientras el barco del Oscuro y sus monstruos desaparecían de la vista. Algo a medio camino entre una risa y un sollozo se retorció en mi pecho.

Mal me rodeó con los brazos y yo lo abracé con fuerza, sintiendo la húmeda

presión de su camiseta contra la mejilla, escuchando el latido de su corazón, aferrándome a la increíble realidad de que seguíamos vivos.

Entonces, a pesar de la sangre que habían derramado y los amigos que habían perdido, la tripulación de la goleta rompió en vítores. Vociferaron y lanzaron vivas, y gritaron, y rugieron. En la barandilla, Tolya levantó el rifle con una mano y echó la cabeza hacia atrás, soltando un aullido de triunfo que me erizó el vello de los brazos.

Mal y yo nos alejamos, mirando a los tripulantes que chillaban y reían a nuestro alrededor. Sabía que estábamos pensando lo mismo: ¿en dónde nos habíamos metido?





os desplomamos sobre la barandilla y nos dejamos caer hasta quedar sentados el uno junto al otro, exhaustos y aturdidos. Habíamos escapado del Oscuro, pero nos encontrábamos en un barco extraño, rodeados de un montón de Grisha enloquecidos que vestían como marineros y aullaban como perros histéricos.

—¿Estás bien? —preguntó Mal.

Yo asentí con la cabeza. Sentía que me ardía la herida del hombro, pero no me habían hecho daño y mi cuerpo entero estaba vibrando por haber vuelto a utilizar mi poder.

—¿Y tú?

—Ni un rasguño —respondió con incredulidad.

El barco navegaba sobre las olas a una velocidad aparentemente imposible, impulsada por los Vendavales y quienes descubrí que eran Agitamareas. Mientras desaparecían el terror y la emoción de la batalla, me di cuenta de que estaba empapada. Mis dientes comenzaron a castañear. Mal me rodeó con el brazo, y en algún momento uno de los tripulantes nos puso una manta por encima.

Finalmente, Sturmhond ordenó que recogieran las velas y detuvieran el barco. Los Vendavales y los Agitamareas bajaron los brazos y se desplomaron los unos sobre los otros, completamente agotados. El poder había dejado sus rostros iluminados y sus ojos brillantes.

La goleta ralentizó el ritmo hasta quedarse balanceándose suavemente en lo que de pronto parecía un silencio abrumador.

—Mantened la guardia —ordenó Sturmhond, y Privyet envió a un soldado con un catalejo al obenque. Mal y yo nos pusimos en pie con lentitud.

Sturmhond caminó junto a los exhaustos Etherealki, dándoles palmadas en la espalda y murmurando algunas palabras a algunos de ellos. Lo vi mandar a los heridos bajo cubierta, donde supuse que se ocuparía de ellos algún médico a bordo o

tal vez un Corporalnik Sanador. El corsario parecía tener todo tipo de Grisha bajo su mando.

Después Sturmhond fue hacia mí a zancadas, sacándose un puñal del cinto. Levanté la mano y Mal se puso delante de mí, apuntándolo en el pecho con el rifle. Al instante oí el sonido de las espadas y las pistolas amartillándose cuando la tripulación a nuestro alrededor sacó sus armas.

—Tranquilo, Oretsev —dijo Sturmhond, caminando más despacio—. Me ha costado mucho traeros a mi barco. Sería una pena llenaros de agujeros ahora. —Le dio la vuelta al puñal y me ofreció el mango—. Esto es para la bestia.

El azote marino. Con la agitación de la batalla, casi me había olvidado de él.

Mal dudó y después bajó el rifle cautelosamente.

—Guardad las armas —indicó Sturmhond a su tripulación. Ellos enfundaron las pistolas y envainaron las espadas. Después el corsario hizo un asentimiento en dirección a Tamar—. Traedlo hasta aquí.

Siguiendo las órdenes de Tamar, un grupo de marineros se inclinó por la barandilla de estribor para coger una compleja red de cuerdas. Tiraron con esfuerzo, y levantaron lentamente el cuerpo del azote marino por el lateral de la goleta. Cayó sobre la cubierta con un golpe sordo, todavía forcejeando débilmente en los confines plateados de la red. Se movió violentamente, dando enormes dentelladas. Todos saltamos hacia atrás.

—Según tengo entendido, tienes que ser tú —dijo Sturmhond, tendiéndome nuevamente el cuchillo. Miré al corsario, preguntándome cuánto sabría de los amplificadores, y de ese amplificador en particular—. Vamos. Tenemos que seguir moviéndonos. El barco del Oscuro está inutilizado, pero no será por mucho tiempo.

La hoja en la mano de Sturmhond relució débilmente al sol. Acero Grisha. Por algún motivo, no me sorprendía.

Sin embargo, dudé.

—Acabo de perder a trece buenos hombres —dijo Sturmhond en voz baja—. No me digas que ha sido para nada.

Miré al azote marino. Estaba tirado sobre la cubierta, retorciéndose, con el aire atravesando sus agallas, los ojos rojos nublados, pero todavía lleno de ira. Recordé la mirada oscura y firme del ciervo, el pánico silencioso de sus últimos momentos.

El ciervo había vivido tanto tiempo en mi imaginación que cuando finalmente salió de entre los árboles al claro nevado, casi me había resultado familiar, conocido. El azote marino me resultaba desconocido, más mito que realidad, a pesar de la triste y sólida certeza de su cuerpo herido.

—De cualquier modo, no sobrevivirá —dijo el corsario.

Cogí el mango del puñal. Me pesaba en la mano. *¿Es esto misericordia?* Desde luego, no era la misma misericordia que le había mostrado al ciervo de Morozova.

Rusalye. El príncipe maldito, guardián del Paso de los Huesos. En las historias, atrapaba a las doncellas solitarias y se las llevaba sobre la espalda, riendo sobre las

olas, hasta que se encontraban demasiado lejos de la orilla como para pedir ayuda. Después se zambullía y las arrastraba bajo la superficie hasta su palacio submarino. Las chicas iban muriendo, pues no tenían nada para comer salvo corales y perlas. *Rusalye* lloraba y cantaba su apenada canción sobre sus cuerpos, y después volvía a la superficie a por otra reina.

Son solo historias, me dije. *No es un príncipe, solo un animal que sufre*.

El azote marino se estremeció. Lanzó inútiles dentelladas al aire. Tenía dos arpones clavados en el lomo, y de sus heridas goteaba sangre aguada. Levanté el puñal, sin saber muy bien qué hacer, dónde clavarlo. Me temblaron los brazos. El azote marino soltó un ruidoso suspiro lastimero, un débil eco de aquel coro mágico.

Mal avanzó a zancadas.

—Acaba con él, Alina —dijo con voz ronca—. Por todos los Santos.

Me quitó el cuchillo y lo tiró a la cubierta. Me agarró las manos y las cerró sobre uno de los arpones. Con un empujón limpio, lo clavamos hasta el fondo.

El azote marino se estremeció y después se quedó quieto, llenando de sangre la cubierta.

Mal se miró las manos, y después se las limpió en la camisa destrozada y se alejó.

Tolya y Tamar se adelantaron. Se me revolvió el estómago: sabía lo que venía después. Eso no es cierto, dijo una voz en mi cabeza. *Puedes irte. Déjalo estar*. Nuevamente, tenía la sensación de que las cosas iban demasiado rápido, pero no podía lanzar un amplificador como ese de vuelta al mar. El dragón ya había dado su vida, y tomar el amplificador no significaba necesariamente que fuera a utilizarlo.

Las escamas del azote marino eran de un blanco iridiscente que relucía con suaves arcoíris, a excepción de una franja que comenzaba entre sus enormes ojos y recorría su cráneo hasta su suave melena. Esas eran de color dorado.

Tamar sacó una daga de su cinto y, con ayuda de Tolya, arrancó las escamas. No me permití apartar la mirada. Cuando terminaron, me entregaron siete escamas perfectas, todavía húmedas por la sangre.

—Inclinemos la cabeza por los hombres que hemos perdido hoy —dijo Sturmhond—. Buenos marineros. Buenos soldados. Que el mar los lleve a puerto seguro, y que los Santos los reciban en mejores orillas.

Repitió la Plegaria del Marinero en kerch, y después Tamar murmuró las palabras en shu. Por un momento nos quedamos sobre el barco balanceante, con las cabezas gachas. Tenía un nudo en la garganta.

Más hombres muertos y otra criatura mágica y ancestral fallecida, su cuerpo profanado por el acero Grisha. Puse la mano sobre la piel reluciente del azote marino. Estaba fría y resbaladiza bajo mis dedos. Sus ojos rojos estaban nublados e inexpresivos. Apreté en la palma las escamas doradas, sintiendo que los bordes se me clavaban en la carne. ¿Qué esperaban los Santos de criaturas como aquella?

Pasó un largo minuto, y después Sturmhond murmuró:

—Que los Santos los reciban.

—Que los Santos los reciban —repitió la tripulación.

—Tenemos que movernos —dijo Sturmhond con voz queda—. El casco del ballenero quedó roto, pero el Oscuro tiene Vendavales y uno o dos Hacedores, y por todo lo que sabemos podría entrenar a esos monstruos para que aprendan a utilizar clavos y martillos. No podemos arriesgarnos. —Se giró hacia Privyet—. Dale a los Vendavales unos minutos para descansar, hazme un informe de los daños y después suelta las velas.

—*Da, kapitan* —respondió claramente. Después dudó—. *Kapitan*… tal vez paguen bien por las escamas del dragón, sin importar el color.

Sturmhond frunció el ceño, pero después asintió bruscamente.

—Tomad lo que queráis, y después despejad la cubierta y pongámonos en marcha. Tenéis las coordenadas.

Muchos de los tripulantes se arrodillaron junto al cuerpo del azote marino para arrancarle las escamas. Eso no podía observarlo, así que les di la espalda con las tripas revueltas.

Sturmhond se acercó a mí.

—No los juzgues muy duramente —pidió, mirando por encima del hombro.

—No es a ellos a quien juzgo —repliqué—. Tú eres el capitán.

—Y ellos tienen bolsas que llenar, padres y hermanos que alimentar. Acabamos de perder casi la mitad de nuestra tripulación sin ningún premio que mitigue el dolor. No es que tú no seas un encanto.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunté—. ¿Por qué nos has ayudado?

—¿Estás segura de que lo he hecho?

—Responde, Sturmhond —intervino Mal, uniéndose a nosotros—. ¿Por qué cazar el azote marino si solo querías dárselo a Alina?

—No estaba cazando al azote marino. Te estaba cazando a ti.

—¿Por eso te amotinaste contra el Oscuro? —pregunté—. ¿Para conseguirme a mí?

—No puedes amotinarte en tu propio navío.

—Llámalo como quieras —repliqué exasperada—. Tan solo explícate.

Sturmhond se inclinó hacia atrás y apoyó los codos sobre la barandilla, examinando la cubierta.

—Como le hubiera explicado al Oscuro si se hubiera molestado en preguntarme, cosa que por suerte no hizo, el problema de contratar a un hombre que vende su honor es que siempre puede haber alguien que puje más alto.

Me lo quedé mirando boquiabierta.

—¿Has traicionado al Oscuro por dinero?

—«Traicionado» es una palabra muy fuerte. Apenas conozco a ese tipo.

—Estás loco —dije—. Sabes lo que puede hacer. Ningún botín vale eso.

Sturmhond sonrió.

—Eso está por ver.

—El Oscuro te perseguirá por el resto de tus días.

—Entonces, tú y yo tenemos algo en común, ¿verdad? Además, me gusta tener enemigos poderosos. Me hace sentir importante.

Mal cruzó los brazos y sopesó al corsario.

—No soy capaz de decidir si estás loco o eres estúpido.

—Tengo muchas buenas cualidades —replicó él—. Puede ser difícil elegir.

Sacudí la cabeza. El corsario estaba chiflado.

—Si pujaron más alto que el Oscuro, ¿quién te contrató? ¿Adonde nos llevas?

—Primero respóndeme una cosa —dijo Sturmhond, metiendo la mano en su levita. Sacó del bolsillo un pequeño volumen de color rojo y me lo lanzó—. ¿Por qué llevaba esto con él el Oscuro? No me parece un tipo religioso.

Lo cogí y le di la vuelta, pero ya sabía lo que era. Las letras doradas centelleaban bajo el sol.

—¿Lo has robado? —pregunté.

—Y unos cuantos documentos más de su camarote. Aunque, ya que técnicamente se trataba de mi camarote, no sé si podrías considerarlo como un robo.

—Técnicamente —observé irritada—, el camarote pertenece al capitán a quien le robaste el ballenero.

—Me parece justo —admitió Sturmhond—. Si todo eso de la Invocadora del Sol no funciona, podrías considerar una carrera como abogada. Pareces tener predisposición a criticar. Pero debería señalar que esto en realidad te pertenece.

Extendió la mano y abrió el libro. Mi nombre estaba inscrito en el interior de la cubierta: Alina Starkov.

Traté de mantener el rostro inexpresivo, pero mi mente iba a toda velocidad de repente. Era mi *Istorii Sankt'ya*, el mismo ejemplar que el Apparat me había dado meses antes en la biblioteca del Pequeño Palacio. El Oscuro había registrado mi habitación después de que huyera de Os Alta, pero ¿por qué se había llevado ese libro? ¿Y por qué estaba tan preocupado de que lo hubiera leído?

Lo hojeé. El tomo estaba bellamente ilustrado, aunque teniendo en cuenta que era para niños, resultaba extremadamente horripilante. Algunos de los Santos estaban representados realizando milagros o actos de caridad: Sankt Feliks entre las ramas de los manzanos, Sankta Anastasia librando Arkesk de la plaga. Pero la mayoría de las páginas mostraban a los Santos en sus martirios: Sankta Lizabeta siendo descuartizada, la decapitación de Sankt Lubov, Sankt Ilya en cadenas. Me quedé paralizada. Esa vez no pude disimular mi reacción.

—Interesante, ¿verdad? —dijo Sturmhond. Dio unos golpecitos a la página con un largo dedo—. O mucho me equivoco, o esa es la criatura que acabamos de capturar.

No había forma de ocultarlo: detrás de Sankt Ilya, chapoteando entre las olas de un lago o un océano, se encontraba la distintiva forma del azote marino. Pero eso no era todo. De algún modo, conseguí no llevarme la mano al collar que llevaba al

cuello.

Cerré el libro y me encogí de hombros.

—Es solo una historia más.

Mal me miró, desconcertado. No sabía si había visto lo que había en esa página.

No quería devolverle el *Istorii Sankt'ya* a Sturmhond, pero ya estaba lo bastante receloso. Me obligué a tendérselo, esperando que no notara el temblor de mi mano.

Él me observó, y después se puso recto y se sacudió los puños.

—Quédatelo. Después de todo, es tuyo, y estoy seguro de que te habrás dado cuenta de que siento un profundo respeto por la propiedad privada. Además, necesitarás algo que te mantenga ocupada hasta que lleguemos a Os Kervo.

Mal y yo nos sobresaltamos.

—¿Nos estás llevando a Ravka Occidental? —pregunté.

—Os estoy llevando a conocer a mi cliente, y eso es todo lo que puedo deciros.

—¿Quién es? ¿Qué quiere ese hombre de mí?

—¿Estás segura de que es un hombre? A lo mejor te estoy llevando a la Reina de Fjerda.

—¿En serio?

—No. Pero siempre es sensato mantener una mente abierta.

Solté aliento, frustrada.

—¿Alguna vez respondes una pregunta directamente?

—Es difícil decirlo. Ah, mira, acabo de hacerlo otra vez.

Me giré hacia Mal, apretando los puños.

—Me lo voy a cargar.

—Respóndenos, Sturmhond —gruñó mi amigo.

Sturmhond alzó una ceja.

—Hay dos cosas que deberíais saber —dijo, y esta vez capté un matiz acerado en su voz—. Primero, a un capitán no le gusta que le den órdenes en su propio navío. Y segundo, me gustaría ofreceros un trato.

Mal resopló.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti?

—No tenéis muchas opciones —replicó Sturmhond amablemente—. Soy muy consciente de que podríais hundir este barco y mandarnos a todos al fondo del mar, pero espero que le deis una oportunidad a mi cliente. Escuchad lo que tiene que decir. Si no os gusta lo que propone, juro que os ayudaré a escapar. Os llevaré a cualquier parte del mundo.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Así que se la has jugado al Oscuro, ¿y ahora también vas a traicionar a tu nuevo cliente?

—En absoluto —dijo él, que parecía genuinamente agraviado—. Mi cliente me pagó para llevaros a Ravka, no para manteneros allí. Eso conllevaría un coste extra.

Miré a Mal. Él levantó un hombro y dijo:

—Es un mentiroso y probablemente está loco, pero también tiene razón. No tenemos muchas opciones.

Me froté las sienes. Sentía que se acercaba un dolor de cabeza. Estaba cansada y confundida, y la forma de hablar de Sturmhond hacía que quisiera disparar a alguien. Preferiblemente, a él. Pero nos había liberado del Oscuro, y una vez Mal y yo hubiéramos salido de su barco, encontraríamos la forma de escapar. Por el momento, no podía pensar mucho más que eso.

—De acuerdo —dije.

Sonrió.

—Es bueno saber que no vas a ahogarnos a todos. —Hizo una seña a un marinero de cubierta que había estado merodeando cerca de nosotros—. Ve a Tamar y dile que compartirá su habitación con la Invocadora —instruyó. Después señaló a Mal—. Él puede quedarse con Tolya.

Antes de que Mal pudiera abrir la boca para protestar, Sturmhond se le adelantó.

—Así es como se hacen las cosas en este barco. Os estoy dando libertad de movimiento en el *Volkvolny* hasta que lleguemos a Ravka, pero os suplico que no juguéis con mi naturaleza generosa. Este barco tiene sus reglas, y yo tengo mis límites.

—Y yo también los tengo —dijo Mal con los dientes apretados.

Puse una mano sobre su brazo. Me hubiera sentido más segura si nos quedáramos juntos, pero no era el momento de discutir con el corsario.

—Déjalo —le dije—. No pasa nada.

Mal frunció el ceño y después se giró sobre sus talones para alejarse a zancadas por la cubierta, desapareciendo entre el caos de cuerdas y velas. Di un paso en su dirección.

—Tal vez quieras dejarlo solo —sugirió Sturmhond—. Ese tipo necesita mucho tiempo libre para amargarse y auto recriminarse. Si no, se ponen de mal humor.

—¿Alguna vez te tomas algo en serio?

—No si puedo evitarlo. Hace que la vida sea demasiado tediosa.

Sacudí la cabeza.

—Ese cliente…

—Ni te molestes en preguntar. No hace falta decir que ha habido muchos postores: estás enormemente demandada desde que desapareciste de la Sombra. Por supuesto, la mayoría piensa que estás muerta, y eso tiende a bajar los precios. Intenta no tomártelo de forma personal.

Miré al otro lado de la cubierta, donde la tripulación estaba levantando el cuerpo del azote marino por la barandilla del barco. Con un dificultoso empujón, lo tiraron por el lateral de la goleta, y golpeó el agua con un fuerte salpicón. Así de rápido desapareció *Rusalye*, engullido por el mar.

Sonó un largo silbido. Los tripulantes se dispersaron a sus puestos de trabajo, y los Vendavales ocuparon su lugar. Unos segundos después, las velas estaban

hinchadas como enormes flores blancas. La goleta volvía a estar de camino, hacia el sureste, hacia Ravka, hacia mi hogar.

—¿Qué vas a hacer con esas escamas? —preguntó Sturmhond.

—No lo sé.

—¿No? A pesar de mi deslumbrante belleza, soy más que el loco guapo que aparento ser. El Oscuro tenía la intención de que llevaras las escamas del azote marino.

Entonces, ¿por qué no lo mató? Cuando el Oscuro había asesinado al ciervo para colocar el collar de Morozova alrededor de mi cuello, nos había atado para siempre. Me estremecí, recordando cómo había utilizado esa conexión, aferrándose a mi poder, mientras yo permanecía ahí impotente. ¿Le habrían dado las escamas del dragón el mismo control? Y si era así, ¿por qué no lo había hecho?

—Ya tengo un amplificador —dije.

—Uno poderoso, si las historias son ciertas.

El amplificador más poderoso que hubiera conocido el mundo. Eso me había dicho el Oscuro, y yo me lo había creído. Pero ¿y si había más? ¿Y si tan solo había rozado el poder del ciervo? Sacudí la cabeza. Aquello era una locura.

—Los amplificadores no pueden combinarse.

—He visto el libro —replicó él—. Desde luego, parece que sí se puede.

Sentí el peso del *Istorii Sankt'ya* en el bolsillo. ¿Había temido el Oscuro que aprendiera los secretos de Morozova de las páginas de un libro infantil?

—No entiendes lo que estás diciendo —le dije a Sturmhond—. Ningún Grisha ha utilizado jamás un segundo amplificador. Los riesgos…

—Esa es una palabra que no deberías utilizar cerca de mí. Tiendo a encariñarme demasiado con el riesgo.

—No el de esta clase —aseguré denodadamente.

—Lástima —murmuró él—. Si el Oscuro nos alcanza, dudo que este barco o su tripulación sobrevivan a otra batalla. Un segundo amplificador podría equilibrar la balanza; incluso podría darnos ventaja. Odio demasiado las peleas justas.

—O podría matarme, o hundir el barco, o crear otra Sombra, o algo peor.

—Desde luego, tienes talento para ponerte en lo peor.

Metí la mano en el bolsillo, buscando con los dedos las húmedas escamas. Tenía muy poca información, y mis conocimientos sobre la teoría Grisha eran como mucho escasos. Pero esta regla siempre había parecido estar muy clara: un Grisha, un amplificador. Recordaba las palabras de uno de los enrevesados textos filosóficos que me habían obligado a leer: «*¿Por qué un Grisha solo puede poseer un amplificador? Responderé en su lugar a esta pregunta: ¿Qué es infinito? El universo y la avaricia de los hombres*». Necesitaba tiempo para pensar.

—¿Mantendrás tu palabra? —pregunté al fin—. ¿Nos ayudarás a escapar?

No sabía por qué me molestaba en preguntar. Si tenía intención de traicionarnos, desde luego no me lo diría.

Esperaba que respondiera con algún tipo de broma, así que me quedé sorprendida cuando dijo:

—¿Tan deseosa estás de dejar atrás a tu país una vez más?

Me quedé rígida. *Mientras tanto, tu país sufre*. El Oscuro me había acusado de abandonar Ravka. Se había equivocado con muchas cosas, pero no podía evitar creer que tenía razón en eso. Había dejado a mi país a merced de la Sombra, de un rey débil y de avariciosos tiranos como el Oscuro y el Apparat. Ahora, si los rumores eran ciertos, la Sombra se estaba expandiendo y Ravka se estaba desmoronando. Por culpa del Oscuro. Por culpa del collar. Por mi culpa.

Levanté la cara hacia el sol, sintiendo el aire marino sobre mi piel, y dije:

—Lo que deseo es ser libre.

—Mientras el Oscuro viva, jamás serás libre. Y tu país tampoco. Lo sabes.

Había considerado la posibilidad de que Sturmhond fuera codicioso o estúpido, pero no se me había ocurrido que realmente tal vez fuera un patriota. Era ravkano, después de todo, e incluso aunque sus hazañas le hubieran abultado los bolsillos, probablemente hubiera hecho más para ayudar a su país que las débiles fuerzas navales ravkanas.

—Quiero tener elección —dije.

—La tendrás —replicó él—. Te doy mi palabra de mentiroso y asesino. —Comenzó a alejarse por la cubierta, pero después se volvió hacia mí—. Tienes razón sobre una cosa, Invocadora. El Oscuro es un enemigo poderoso. Tal vez deberías pensar en hacer algunos amigos poderosos.

No deseaba otra cosa más que sacarme del bolsillo mi ejemplar de Istorii Sankt'ya y pasarme horas examinando la ilustración de Sankt Ilya, pero Tamar ya estaba esperando para escoltarme hasta su habitación.

La goleta de Sturmhond no era en absoluto como el robusto buque mercante que nos había llevado a Mal y a mí hasta Novyi Zem, o el burdo ballenero que acabábamos de dejar atrás. Era elegante, construido con gran belleza, y estaba enormemente armado. Tamar me dijo que Sturmhond había capturado la goleta de un pirata zemeni que estaba derribando naves ravkanas cerca de los puertos de la costa sureña. Al corsario le había gustado tanto la embarcación que lo había tomado como su buque insignia y lo había renombrado *Volkvolny*, Lobo de las Olas.

Lobos. Sturmhond, el sabueso de la tormenta. El perro rojo en la bandera del barco. Al menos sabía por qué la tripulación estaba siempre aullando y ladrando.

Cada centímetro de espacio de la goleta tenía una utilidad. La tripulación dormía en la cubierta de los cañones. En caso de batalla, podían apartar rápidamente las hamacas y colocar los cañones en su lugar. Había acertado al pensar que, con Corporalki a bordo, no tendrían necesidad de tener un médico *otkazat'sya*, por lo que la consulta del médico y el almacén habían sido convertidos en la habitación de

Tamar. El camarote era pequeño, con apenas espacio suficiente para dos hamacas y un baúl. Las paredes estaban cubiertas de alacenas llenas de ungüentos y bálsamos sin utilizar, polvo de arsénico y tinturas de plomo y antimonio.

Me subí con cuidado a una de las hamacas manteniendo el equilibrio, con los pies descansando en el suelo, intensamente consciente del libro rojo que llevaba dentro del abrigo mientras observaba a Tamar abrir la tapa del baúl y despojarse de armas: las correas de pistolas que le cruzaban el pecho, dos finas hachas que llevaba al cinto, una daga de su bota, y otra de la vaina que llevaba atada al muslo. Parecía una armería andante.

—Lo siento por tu amigo —dijo mientras se sacaba de uno de los bolsillos lo que parecía un calcetín lleno de cojinetes. Cayó al fondo del baúl con un fuerte golpe.

—¿Por qué? —pregunté, haciendo círculos sobre las tablas con la punta de la bota.

—Mi hermano ronca como un oso borracho.

Me reí.

—Mal también ronca.

—Entonces pueden hacer un dueto. —Desapareció y volvió un momento después con un cubo—. Los Agitamareas han llenado los barriles de lluvia. Siéntete libre de lavarte si quieres.

El agua fresca normalmente era un lujo a bordo de un barco, pero supuse que con Grisha entre la tripulación, no habría necesidad de racionarla.

Metió la cabeza en el cubo y se pasó las manos por el pelo negro y corto.

—Es guapo ese rastreador.

Puse los ojos en blanco.

—No me digas.

—No es mi tipo, pero es guapo.

Alcé las cejas. Por mi experiencia, Mal era el tipo de todo el mundo. Pero no iba ponerme a hacerle preguntas personales a Tamar. Si no se podía confiar en Sturmhond, tampoco en su tripulación, y no tenía necesidad de estrechar lazos con ninguno de ellos. Había aprendido la lección con Genya, y una amistad rota era suficiente. En lugar de eso, dije:

—Hay gente kerch en la tripulación de Sturmhond. ¿No les preocupan las supersticiones de tener una chica a bordo?

—Sturmhond hace las cosas a su manera.

—¿Y ellos no… te molestan?

Tamar sonrió, y sus dientes blancos resplandecieron en contraste con su piel bronceada. Dio unos golpecitos al reluciente colmillo de tiburón que llevaba colgado al cuello, y me percaté de que se trataba de un amplificador.

—No —dijo simplemente.

—Ah.

Antes de que pudiera pestañear, se sacó un puñal más de la manga.

—Esto también resulta útil —añadió.

—¿Cómo eliges cuál utilizar? —exhalé débilmente.

—Depende de mi humor —explicó, y después hizo girar el puñal en su mano y me lo ofreció—. Sturmhond ha dado órdenes de que te dejen en paz, pero por si alguien se emborracha y se le olvida… ¿sabes cómo cuidar de ti misma?

Asentí con la cabeza. No quería ir por ahí con treinta cuchillos escondidos en mi cuerpo, pero tampoco era del todo incompetente.

Volvió a mojarse la cabeza, y dijo:

—Están jugando a los dados en cubierta, y estoy lista para mi ración. Puedes venir si te apetece.

Me daban igual tanto el juego como el ron, pero me sentí tentada de todos modos. Mi cuerpo entero estaba crepitando por la sensación de haber utilizado mi poder contra los *nichevo'ya*. Estaba nerviosa y verdaderamente hambrienta por primera vez en varias semanas, pero sacudí la cabeza.

—No, gracias.

—Como quieras. Yo tengo deudas que cobrar: Privyet apostó que no regresaríamos. Te juro que tenía cara de estar en un funeral cuando saltamos por la barandilla.

—¿Apostó a que os matarían? —pregunté, espantada. Ella se rio.

—No lo culpo. ¿Enfrentarnos al Oscuro y sus Grisha? Todo el mundo sabía que era un suicidio. La tripulación acabó echándolo a suertes para ver quién tenía que sufrir ese honor.

—Entonces, ¿tu hermano y tú habéis tenido mala suerte?

—¿Nosotros? —Tamar hizo una pausa en el umbral de la puerta. Tenía el pelo húmedo, y la luz de la lámpara centelleaba en su sonrisa de Mortificadora—. Nosotros no lo echamos a suertes —dijo mientras salíamos por la puerta—. Nos presentamos voluntarios.

No tuve oportunidad de hablar a solas con Mal hasta más tarde aquella noche. Se nos había invitado a cenar con Sturmhond en su camarote, y había sido una cena extraña. La comida fue servida por el camarero, un sirviente de modales impecables, que era varios años mayor que cualquier otra persona en el barco. Comimos mejor que en varias semanas: pan recién hecho, eglefino asado, rábanos adobados, y un vino dulce y helado que hizo que la cabeza me diera vueltas tras unos pocos sorbos.

Tenía un apetito voraz, como siempre que utilizaba mi poder, pero Mal comió poco y dijo aún menos hasta que Sturmhond mencionó el cargamento de armas que estaba llevando a Ravka. Entonces pareció espabilarse y se pasaron el resto de la comida hablando de pistolas, granadas y formas emocionantes de hacer volar las cosas. No les presté atención. Mientras ellos berreaban sobre los rifles de repetición utilizados en la frontera zemeni, yo solo podía pensar en las escamas que llevaba en el bolsillo y lo que haría con ellas.

¿Me atrevería a hacerme con un segundo amplificador? Yo le había quitado la

vida al azote marino; eso significaba que su poder me pertenecía. Pero, si las escamas funcionaban como el collar de Morozova, entonces también podía otorgarle a alguien el poder del dragón. Podía darle las escamas a uno de los Mortificadores de Sturmhond, tal vez incluso a Tolya, y tratar de controlarlo del mismo modo que el Oscuro me había controlado una vez a mí. Tal vez pudiera forzar al corsario a que nos llevara de vuelta a Novyi Zem. Pero tenía que admitir que eso no era lo que quería.

Tomé otro sorbo de vino. Necesitaba hablar con Mal.

Para distraerme, catalogué los adornos del camarote de Sturmhond. Todo era de madera reluciente y latón pulido. El escritorio estaba plagado de cartas de navegación, las piezas de un sextante desmontado, y extraños dibujos de lo que parecía el ala con bisagras de un pájaro metálico. La mesa relucía con porcelana y cristal kerch. Los vinos llevaban etiquetas en un idioma que no reconocí. Me di cuenta de que todo lo habían saqueado: Sturmhond sabía hacer las cosas.

En cuanto al capitán, aproveché la oportunidad de mirarlo bien por primera vez. Tenía probablemente cuatro o cinco años más que yo, y había algo muy extraño en su cara. Su barbilla era excesivamente puntiaguda. Sus ojos eran de un verde turbio, y su pelo, de un peculiar tono de rojo. Su nariz tenía el aspecto de habérsele roto y curado mal varias veces. Hubo un momento en que me pilló examinándolo, y podría haber jurado que retiró su rostro de la luz.

Cuando finalmente salimos del camarote de Sturmhond, ya había pasado la medianoche. Conduje a Mal hasta la cubierta, a un rincón apartado en la proa del barco. Sabía que había hombres vigilando en la cofa de vigía sobre nosotros, pero no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de estar con él a solas.

—Me cae bien —estaba diciendo, con los pies algo inestables a causa del vino—. Bueno, habla demasiado, y probablemente sería capaz de robarte los botones de las botas, pero no es un mal tío, y parece saber mucho sobre…

—¿Te callas? —le susurré—. Quiero enseñarte algo.

Mal se me quedó mirando, soñoliento.

—No tienes que ser tan brusca.

Lo ignoré y me saqué el libro rojo del bolsillo.

—Mira —dije, mostrándole una página e iluminando con mi poder el rostro exultante de Sankt Ilya.

Mal se quedó quieto.

—El ciervo —dijo—. Y *Rusalye*. —Lo observé mientras examinaba la ilustración, y vi el momento en que se dio cuenta—. Por todos los Santos —exhaló —. Hay un tercero.





ankt Ilya se encontraba descalzo, de pie en la orilla de un mar oscuro. Llevaba los restos andrajosos de una túnica púrpura y tenía los brazos extendidos, con las manos hacia arriba. Su cara tenía la expresión dichosa y plácida que los Santos siempre parecían tener en los dibujos, normalmente antes de que los asesinaran de alguna forma horrible. Alrededor del cuello llevaba un collar de hierro que había estado unido por unas gruesas cadenas a los pesados grilletes que llevaba alrededor de las muñecas. Ahora las cadenas le colgaban rotas a cada costado.

Detrás de Sankt Ilya, una sinuosa serpiente blanca chapoteaba en el agua.

Un ciervo blanco se encontraba a sus pies, mirándonos con ojos oscuros y firmes. Pero ninguna de las dos criaturas mantuvo nuestra atención. El fondo tras el hombro izquierdo del Santo estaba lleno de montañas, y allí, apenas visible en la distancia, un pájaro volaba en círculos alrededor de un elevado arco de piedra. Los dedos de Mal recorrieron las largas plumas de su cola, pintadas de color blanco y el mismo oro pálido que iluminaba el halo de Sankt Ilya.

—No puede ser —dijo.

—El ciervo era real. Y también el azote marino.

—Pero esto es… diferente.

Tenía razón. El pájaro de fuego no era parte de una historia, sino de mil. Estaba en el corazón de cada mito ravkano, era la inspiración de incontables obras y baladas, novelas y óperas. Se decía que las fronteras de Ravka habían sido marcadas por el vuelo del pájaro de fuego. Sus ríos corrían con las lágrimas del pájaro de fuego. Se decía que su capital se fundó cuando una pluma del pájaro de fuego cayó a la tierra. Un joven guerrero la había recogido y se la había llevado a la batalla. Ningún ejército fue capaz de vencerlo, y se convirtió en el primer rey de Ravka… o eso decía la leyenda.

El pájaro de fuego era Ravka. Su destino no era caer por la flecha de un

rastreador, ni que una huérfana presuntuosa llevara sus huesos para mayor gloria.

—Sankt Ilya —dijo Mal.

—Ilya Morozova.

—¿Un Santo Grisha?

Toqué la página con la punta del dedo, toqué el collar, los grilletes de las muñecas de Morozova.

—Tres amplificadores. Tres criaturas. Y tenemos dos de ellas.

Mal sacudió la cabeza firmemente, probablemente tratando de librarse de la neblina del vino. Cerró el libro abruptamente y por un segundo pensé que iba a lanzarlo al mar, pero después me lo entregó.

—¿Qué se supone que vamos a hacer con esto? —preguntó. Sonaba casi enfadado.

Llevaba toda la tarde pensando en ello, toda la noche, durante esa cena interminable, tocando con los dedos las escamas del azote marino una y otra vez, como si estuviera ansiosa por sentirlas.

—Mal, Sturmhond tiene Hacedores en su tripulación. Piensa que debería utilizar las escamas… y yo creo que podría tener razón.

Él giró la cabeza de golpe.

Tragué con nerviosismo y me lancé.

—El poder del ciervo no es suficiente. No para luchar contra el Oscuro. No para destruir la Sombra.

—¿Y tu respuesta es un segundo amplificador?

—Por ahora.

—¿Por ahora? —Se pasó una mano por el pelo—. Por todos los Santos. Quieres los tres. Quieres cazar al pájaro de fuego.

De pronto me sentí estúpida, codiciosa, incluso un poco ridícula.

—La ilustración…

—¡Solo es un dibujo, Alina! —susurró furiosamente—. Es el dibujo de algún monje muerto.

—¿Y si es más que eso? El Oscuro dijo que los amplificadores de Morozova eran diferentes, que estaban destinados a utilizarse juntos.

—¿Así que ahora sigues el consejo de un asesino?

—No, pero…

—¿Hiciste algún otro plan con él cuando os refugiabais juntos bajo cubierta?

—No nos refugiábamos juntos —repliqué bruscamente—. Solo estaba tratando de provocarte.

—Bueno, pues funcionaba. —Se aferró a la barandilla del blanco, y tenía los nudillos blancos—. Algún día voy a clavarle una flecha en el cuello a ese cabrón.

Escuché el eco de la voz del Oscuro. *No hay más como nosotros*. Lo aparté a un lado y estiré la mano para colocarla sobre el brazo de Mal.

—Has encontrado al ciervo, y encontraste al azote marino. Tal vez también

estabas destinado a encontrar el pájaro de fuego.

Él se rio a carcajadas, un sonido triste, pero me alivió ver que el matiz de amargura había desaparecido.

—Soy buen rastreador, Alina, pero no tan bueno. Necesitamos algún sitio donde empezar. El pájaro de fuego podría estar en cualquier parte del mundo.

—Puedes hacerlo. Sé que puedes.

Finalmente, suspiró y me cubrió la mano con la suya.

—No recuerdo nada sobre Sankt Ilya.

Eso no era ninguna sorpresa. Había cientos de Santos, uno por cada pueblo y aldea apartada de Ravka. Además, en Keramzin, la religión se consideraba una preocupación de campesinos, y tan solo íbamos a la iglesia una o dos veces al año. Mis pensamientos fueron hacia el Apparat. Me había dado el *Istorii Sankt'ya*, pero no tenía forma de saber cuáles eran sus intenciones al hacerlo, ni si sabía siquiera el secreto que contenía.

—Yo tampoco —admití—. Pero ese arco debe de significar algo.

—¿Lo reconoces?

Cuando había observado la ilustración por primera vez, el arco me había parecido casi familiar, pero había visto incontables atlas durante mi formación como cartógrafa. Mis recuerdos eran un borrón de valles y monumentos de Ravka y más allá. Sacudí la cabeza.

—No.

—Pues claro que no. Eso sería demasiado fácil. —Soltó un largo suspiro y después me acercó a él, observando mi rostro bajo la luz de la luna. Tocó el collar que llevaba al cuello—. Alina —dijo—, ¿cómo sabemos lo que te harán estas cosas?

—No lo sabemos —reconocí.

—Pero las quieres de todos modos. El ciervo. El azote marino. El pájaro de fuego.

Pensé en el arrebato de exultación que me había producido utilizar mi poder en la batalla contra la horda del Oscuro, el modo en que mi cuerpo burbujeó y tamborileó cuando hice uso del Corte. ¿Qué sentiría al tener el doble de ese poder? ¿El triple? El pensamiento resultaba mareante.

Levanté la mirada hasta el cielo lleno de estrellas. La noche era de un negro aterciopelado forrado de joyas. De pronto me golpeó el ansia. *Las quiero,* pensé. Toda esa luz, todo ese poder. *Lo quiero todo*.

Un escalofrío nervioso me recorrió. Recorrí el lomo del *Istorii Sankt'ya* con el pulgar. ¿Estaba mi codicia haciéndome ver lo que quería ver? A lo mejor esa misma codicia era lo que había impulsado al Oscuro tantos años antes, la codicia que lo había convertido en el Hereje Negro y dividió Ravka en dos. Pero no podía escapar de la certeza de que, sin los amplificadores, no tenía ninguna oportunidad contra él. Mal y yo no teníamos demasiadas opciones.

—Los necesitamos —dije—. Los tres. Si queremos dejar de huir alguna vez. Si

queremos ser libres alguna vez.

Mal recorrió la línea de mi garganta, la curva de mi mejilla y, mientras tanto, me sostuvo la mirada. Sentía que estaba buscando una respuesta allí, pero, cuando finalmente habló, se limitó a decir:

—De acuerdo.

Me besó una vez, suavemente, y aunque traté de ignorarlo, había algo triste en el roce de sus labios.

No sabía si era porque estaba impaciente o porque temía perder el valor, pero ignoramos lo tarde que era y fuimos a ver a Sturmhond. El corsario recibió nuestra petición con su buen humor habitual, y Mal y yo volvimos a cubierta para esperar bajo el palo de mesana. Unos minutos después apareció el capitán, acompañado por una Materialnik. Con el pelo en trenzas y bostezando como si se tratara de una niña soñolienta no parecía muy impresionante, pero si Sturmhond decía que era su mejor Hacedora, tenía que fiarme de su palabra. Tolya y Tamar los seguían, con faroles que ayudaran a la Hacedora en su trabajo. Si sobrevivíamos a lo que viniera después, todos a bordo del *Volkvolny* sabrían acerca del segundo amplificador. No me gustaba la idea, pero tampoco podía hacer nada.

—Buenas noches a todos —dijo Sturmhond, dando una palmada, al parecer inconsciente de nuestro humor sombrío—. Hace una noche perfecta para abrir un agujero en el universo, ¿verdad?

Fruncí el ceño en su dirección y saqué las escamas de mi bolsillo. Las había enjuagado en un cubo de agua de mar, y brillaban doradas a la luz de los faroles.

—¿Sabes lo que hacer? —pregunté a la Hacedora.

Ella hizo que me girara para mostrarle la parte posterior del collar. Tan solo lo había visto en espejos, pero sabía que la superficie debía de ser casi perfecta. Desde luego, mis dedos nunca habían sido capaces de detectar ninguna señal del lugar donde David había unido los dos trozos de asta.

Le entregué las escamas a Mal, que tendió una a la Hacedora.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó ella. Se estaba mordiendo tanto el labio que pensé que se haría sangre.

—Por supuesto que no —dijo Sturmhond—. Todas las cosas que merece la pena hacer empiezan siempre por una mala idea.

La Hacedora cogió la escama de los dedos de Mal y la dejó sobre mi muñeca, y después extendió la mano para que le diera otra. Se inclinó para hacer su trabajo.

Primero sentí el calor, radiando desde las escamas mientras sus bordes comenzaban a derretirse y después a reformarse. Uno tras otro, quedaron unidos, fusionados en un grillete que crecía alrededor de mi muñeca. La Hacedora trabajaba en silencio, y sus manos apenas se movían unos milímetros. Tolya y Tamar mantenían firmes los faroles, y sus rostros estaban tan inmóviles y solemnes que ellos

mismos parecían iconos. Incluso Sturmhond se había quedado en silencio.

Finalmente, los dos extremos de la argolla estaban casi tocándose, y tan solo quedaba una escama. Mal se la quedó mirando, allí en su mano.

—¿Mal? —dije.

No me miró, pero tocó la piel desnuda de mi muñeca con un dedo, el lugar donde me latía el pulso, donde se cerraría el grillete. Después le entregó a la Hacedora la última escama.

En unos momentos, todo había terminado. Sturmhond observó el reluciente grillete de escamas.

—Vaya —murmuró—. Pensaba que el fin del mundo sería más emocionante.

—Alejaos —ordené.

El grupo se fue junto a la barandilla.

—Tú también —le dije a Mal, que me obedeció de mala gana.

Vi que Privyet nos observaba desde su lugar junto al timón. Por encima, las cuerdas crujieron mientras los vigías estiraban el cuello para ver mejor.

Respiré profundamente. Tenía que ser cuidadosa. Nada de calor: solo luz. Me sequé las palmas húmedas en el abrigo y extendí los brazos. Casi antes de que la hubiera llamado, la luz ya corría hacia mí.

Llegó desde todas las direcciones, desde un millón de estrellas, desde el sol que todavía se escondía bajo el horizonte. Llegó con implacable velocidad y una furiosa firmeza.

—Por todos los Santos —logré susurrar. Después la luz resplandeció a través de mí y destrozó la noche. El cielo explotó en un dorado brillante. La superficie del agua centelleaba como un enorme diamante, reflejando penetrantes esquirlas blancas de luz solar. A pesar de mis intenciones, el aire estaba fluctuante por el calor.

Cerré los ojos para protegerme del resplandor, tratando de concentrarme, de recuperar el control. Oí la voz severa de Baghra en mi cabeza, exigiendo que confiara en mi poder: *No es un animal que se oculta de ti, o que elige si acudirá o no a tu llamada*. Pero esto era distinto a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Sí que era un animal, una criatura de fuego infinito que respiraba con la fuerza del ciervo y la ira del azote marino. Fluía a través de mí, robándome el aliento, deshaciéndome, disolviendo los contornos de mi cuerpo, hasta que lo único que conocí era la luz.

Es demasiado, pensé con desesperación. Al mismo tiempo, solo podía pensar en una cosa. *Más*.

Desde algún lugar muy lejano, oí voces que gritaban. Sentí el calor que se expandía a mi alrededor, alzando mi abrigo, chamuscando el vello de mis brazos. No me importaba.

—¡Alina!

Sentí el barco que se balanceaba mientras el mar comenzaba a crepitar y sisear.

—¡Alina!

De pronto los brazos de Mal estaban a mi alrededor, trayéndome de vuelta. Me

abrazó con fuerza aplastante, y tenía los ojos cerrados contra el resplandor que nos rodeaba. Olí la sal del mar, el sudor y, tras todo eso, su aroma familiar: Keramzin, la hierba del prado, el corazón verde oscuro del bosque.

Recordé mis brazos, mis piernas y la presión de mis costillas mientras él me abrazaba con más fuerza, volviendo a recomponerme. Reconocí mis labios, mis dientes, mi lengua, mi corazón, y esas cosas nuevas que eran parte de mí: el collar y el grillete. Eran hueso y aliento, músculo y carne. Eran mías.

¿Siente el pájaro el peso de sus alas?

Inhalé y sentí que recobraba el sentido. No tenía que aferrarme al poder: él se aferraba a mí, como si se sintiera agradecido por estar en casa. En un único y glorioso estallido, liberé la luz. El cielo brillante quedó roto, dejando que la noche volviera a descender, y a nuestro alrededor cayeron unas chispas como restos de fuegos artificiales, un sueño de pétalos brillantes arrastrados por el viento desde un millar de flores.

El calor se suavizó, y el mar se calmó. Tomé los últimos fragmentos de luz y la entretejí en un suave resplandor que palpitaba sobre la cubierta del barco. Sturmhond y los demás estaban acuclillados junto a la barandilla, con las bocas abiertas en lo que podía haber sido admiración o temor. Mal me tenía aplastada contra su pecho, presionando el rostro contra mi pelo, respirando entrecortadamente.

—Mal —dije en voz baja. Él me aferró con más fuerza, y yo chillé—. Mal, no puedo respirar.

Lentamente, abrió los ojos y me observó. Dejé caer las manos y la luz desapareció por completo. Solo entonces me soltó. Tolya encendió un farol y los otros se pusieron en pie. Sturmhond se sacudió el polvo de los llamativos pliegues de su levita. La Hacedora parecía estar a punto de vomitar, pero era más difícil leer los rostros de los gemelos. Sus ojos dorados estaban iluminados con algo que no era capaz de nombrar.

—Bueno, Invocadora —dijo Sturmhond, con la voz ligeramente temblorosa—, está claro que sabes cómo montar un espectáculo.

Mal me cogió la cara con las manos. Me besó en la frente, la nariz, los labios, el pelo, y después volvió a aferrarme junto a él.

—¿Estás bien? —preguntó. Tenía la voz ronca.

—Sí —respondí.

Pero no era cierto del todo. Sentía el collar en mi garganta, la presión del grillete en mi muñeca, pero sentía el otro brazo desnudo. Estaba incompleta.

Sturmhond despertó a su tripulación, y ya llevábamos bastante en camino cuando rompió el alba. No podíamos estar seguros de cuánto se habría extendido la luz que había creado, pero había muchas opciones de que hubiera delatado nuestra posición. Teníamos que movernos rápido.

Todos los tripulantes querían mirar el segundo amplificador. Algunos parecían recelosos, otros, tan solo curiosos, pero era Mal quien me preocupaba. Me observaba constantemente, como si le preocupara que en cualquier momento fuera a perder el control. Cuando la noche cayó y fuimos bajo cubierta, lo arrinconé en uno de los estrechos pasillos.

—Estoy bien —dije—. De verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. Puedo sentirlo.

—Tú no viste lo que yo vi. Fue…

—Se me escapó. No sabía qué esperar.

Él sacudió la cabeza.

—Parecías otra persona, Alina. Hermosa —dijo—. Terrible.

—No volverá a suceder. Ahora el grillete es parte de mí, al igual que mis pulmones o mi corazón.

—Tu corazón —dijo inexpresivamente.

Tomé su mano con la mía y la presioné contra mi pecho.

—Sigue siendo el mismo corazón, Mal. Sigue siendo tuyo.

Levanté la otra mano e invoqué una suave oleada de luz sobre su cara. Él se encogió. *No puede aspirar a entender tu poder y, si lo hiciera, te temería.* Aparté la Voz del Oscuro de mi mente. Mal tenía todo el derecho a estar asustado.

—Puedo hacerlo —aseguré con suavidad.

Él cerró los ojos y volvió la cara hacia la luz que radiaba de mi mano. Después inclinó la cabeza y descansó la mejilla sobre mi palma. La luz brillaba cálida contra su piel.

Nos quedamos así, en silencio, hasta que sonó la campana de vigía.





os vientos se volvieron más cálidos y las aguas pasaron de gris a azul mientras el *Volkvolny* nos llevaba hacia el sureste, hacia Ravka. La tripulación de Sturmhond estaba formada por marineros y Grisha rebeldes que trabajaban juntos para que el barco funcionara correctamente. A pesar de las historias que se habían propagado sobre el poder del segundo amplificador, no nos prestaban demasiada atención a Mal ni a mí, aunque ocasionalmente acudían a verme practicar en la popa de la goleta. Fui cuidadosa, sin esforzarme demasiado, invocando siempre al mediodía, cuando el sol estaba alto en el cielo y no había posibilidades de que mis esfuerzos nos delataran. Mal seguía receloso, pero yo había dicho la verdad: el poder del azote marino era parte de mí ahora. Me emocionaba. Me alentaba. No le tenía miedo.

Los rebeldes me fascinaban. Todos tenían historias diferentes. Uno tenía una tía que se lo había llevado antes de dejar que lo entregaran al Oscuro. Otro era un desertor del Segundo Ejército. Otra se había escondido en una bodega de verduras cuando los Examinadores Grisha llegaron para examinarla.

—Mi madre les dijo que había muerto en la fiebre que había barrido la aldea la primavera anterior —dijo la Agitamareas—. Los vecinos me cortaron el pelo y me hicieron pasar por su hijo *otkazat'sya* muerto hasta que fui lo bastante mayor como para marcharme.

La madre de Tolya y Tamar había sido una Grisha apostada en la frontera sureña de Ravka cuando conoció a su padre, un mercenario de Shu Han.

—Al morir —explicó Tamar—, hizo que mi padre le prometiera que no dejaría que nos metieran en el Segundo Ejército. Nos marchamos a Novyi Zem al día siguiente.

La mayoría de los Grisha rebeldes acababan en Novyi Zem. Además de Ravka, era el único lugar donde no tenían que temer los experimentos de los doctores shu ni que los cazadores de brujas fjerdanos los quemaran. Incluso entonces, debían ser

cautelosos mostrando su poder. Los Grisha eran esclavos valiosos, y los comerciantes kerch menos escrupulosos eran conocidos por atraparlos y venderlos en subastas secretas.

Esas eran las amenazas que habían llevado a tantos Grisha a refugiarse en Ravka y unirse al Segundo Ejército. Pero los rebeldes pensaban de otra forma. Para ellos, pasarse la vida mirando por encima del hombro y moviéndose de un lugar a otro para que no los descubrieran era preferible a una vida al servicio del Oscuro y del Rey de Ravka. Era una elección que comprendía.

Tras unos cuantos días monótonos a bordo de la goleta, Mal y yo preguntamos a Tamar si nos enseñaría algunas técnicas de combate zemeni. Ayudaba a aliviar el tedio de la vida a bordo y la horrible ansiedad de regresar a Ravka Occidental.

La tripulación de Sturmhond había confirmado los perturbadores rumores que habíamos escuchado en Novyi Zem. Los cruces de la Sombra prácticamente habían cesado, y los refugiados huían de sus orillas en expansión. El Primer Ejército se encontraba cerca de un levantamiento, y el Segundo Ejército estaba destrozado. Lo que más me asustaba era la noticia de que el culto del Apparat a la Santa del Sol estaba creciendo. Nadie sabía cómo había logrado escapar del Gran Palacio después del golpe de Estado fallido del Oscuro, pero había resurgido en algún lugar en la red de monasterios que se extendían por toda Ravka.

Estaba haciendo correr la historia de que yo había muerto en la Sombra y resucitado como Santa. Parte de mí quería reírse, pero mientras hojeaba las sangrientas páginas del *Istorii Sankt'ya* más tarde aquella noche, no era capaz siquiera de soltar una risita. Recordaba el olor del Apparat, esa desagradable combinación de incienso y moho, y me ajusté más el abrigo. Me había dado el libro rojo, y tenía que saber por qué.

A pesar de los moratones y de los golpes, mi entrenamiento con Tamar ayudó a que mi preocupación constante se desvaneciera un poco. Llevaban a las chicas al Ejército del Rey tanto como a los chicos cuando cumplían la mayoría de edad, así que había visto a muchas chicas pelear y había entrenado junto a ellas. Pero jamás había visto a nadie, hombre o mujer, pelear como lo hacía Tamar. Tenía la gracilidad de una bailarina y un instinto aparentemente infalible para adivinar lo que haría su oponente después. Sus armas predilectas eran dos hachas de doble filo que blandía juntas, con las hojas centelleando como luz reflejada en el agua; pero era casi igual de peligrosa con un sable, una pistola o sus manos desnudas. Solo Tolya era capaz de igualarla, y cuando peleaban toda la tripulación se detenía para observarlos.

El gigante hablaba poco y pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando, o bien se quedaba de pie con aspecto intimidante. Pero, en ocasiones, nos ayudaba con nuestras lecciones. No era muy buen profesor. Lo máximo que le podíamos sacar era «Más rápido». Tamar era una instructora mucho mejor, pero mis lecciones se volvieron menos exigentes cuando Sturmhond nos pilló entrenando en la cubierta principal.

—Tamar —la reprendió el corsario—, no dañes la mercancía, por favor.

De inmediato Tamar se puso alerta y soltó un brusco:

—Da, kapitan.

Yo le lancé una mirada severa.

—No soy un paquete que vayas a entregar, Sturmhond.

—Y es una pena —replicó él, alejándose tranquilamente—. Los paquetes no hablan, y se quedan donde los pones.

Pero cuando Tamar comenzó con los floretes y los sables, hasta el corsario se nos unió. Mal mejoraba cada día, aunque Sturmhond seguía derrotándolo fácilmente cada vez. Y, sin embargo, a Mal no parecía importarle. Se tomaba los golpes con un buen humor que yo nunca había sido capaz de mostrar. Perder me volvía irritable, mientras que Mal tan solo se reía.

—¿Cómo habéis aprendido Tolya y tú a utilizar vuestros poderes? —le pregunté a Tamar una tarde mientras observábamos a Mal y Sturmhond luchar en cubierta con unas espadas sin afilar. Me había encontrado un pasador, y cuando no estaba aporreándome, trataba de enseñarme a hacer nudos y uniones.

—¡Pega los brazos! —reprendió Sturmhond a Mal—. ¡Deja de agitarlos como si fueras una gallina!

Mal soltó un cacareo perturbadoramente convincente.

Tamar alzó una ceja.

—Parece que tu amigo se lo está pasando bien.

Me encogí de hombros.

—Mal siempre ha sido así. Podrías soltarlo en un campo lleno de asesinos fjerdanos y lo traerían de vuelta sobre los hombros. Florece donde quiera que lo plantes.

—¿Y tú?

—Yo soy más como un hierbajo —dije secamente.

Tamar sonrió. En el combate era un fuego frío y silencioso, pero cuando no estaba luchando sonreía fácilmente.

—A mí me gustan los hierbajos —dijo, alejándose de la barandilla y reuniendo sus trozos de cuerda desperdigados—. Son supervivientes.

Me di cuenta de que le había devuelto la sonrisa, y me apresuré a seguir trabajando en el nudo que estaba tratando de atar. El problema era que me gustaba estar a bordo del barco de Sturmhond. Me gustaban Tolya, Tamar y el resto de la tripulación. Me gustaba sentarme a comer con ellos, y la voz cantarina de tenor de Privyet. Me gustaban las tardes en las que practicábamos tiro, poniendo botellas de vino vacías en fila sobre la popa para dispararles mientras hacíamos apuestas inocentes.

Era un poco como estar en el Pequeño Palacio, pero sin la turbia política ni la competición constante por subir de estatus. Los miembros de la tripulación eran abiertos y se trataban bien entre ellos. Todos eran jóvenes, y pobres, y habían pasado

la mayor parte de sus vidas huyendo. En ese barco habían encontrado un hogar, y nos habían dado la bienvenida a Mal y a mí sin protestar.

No sabía lo que nos esperaba en Ravka Occidental, y estaba segura de que el simple hecho de volver era una locura. Pero a bordo del *Volkvolny,* con el viento soplando y las blancas velas cortando líneas definidas en un ancho cielo azul, podía olvidarme del futuro y de mi miedo.

Y tenía que admitir que Sturmhond también me caía bien. Era arrogante y descarado, y siempre utilizaba diez palabras cuando bastaban dos, pero me impresionaba cómo dirigía a su tripulación. No se molestaba en utilizar ninguno de los trucos que había visto emplear al Oscuro, y sin embargo lo seguían sin dudar. Tenía el respeto de sus tripulantes, no su miedo.

—¿Cuál es el nombre real de Sturmhond? —pregunté a Tamar—. Su nombre ravkano.

—Ni idea.

—¿No se lo has preguntado nunca?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Pero ¿de qué parte de Ravka viene?

Ella miró al cielo entrecerrando los ojos.

—¿Te apetece otra ronda con los sables? —preguntó—. Tenemos tiempo antes de que empiece mi guardia.

Siempre cambiaba de tema cuando yo hablaba de Sturmhond.

—No cayó a un barco desde el cielo, Tamar. ¿No te preocupa saber de dónde viene?

Tamar recogió las espadas y se las entregó a Tolya, que hacía las veces de maestro de armas del barco.

—No especialmente. Nos deja navegar y nos deja luchar.

—Y no nos hace vestirnos de seda roja para hacer de su perrito faldero —añadió Tolya, abriendo el armario de las armas con la llave que colgaba de su grueso cuello.

—Serías un perrito faldero lamentable —se rio Tamar.

—Cualquier cosa es mejor que seguir las órdenes de un tipo engreído vestido de negro —gruñó Tolya.

—Sigues las órdenes de Sturmhond —señalé.

—Solo cuando le apetece. —Di un salto. Sturmhond estaba justo detrás de mí—. Intenta decirle a ese buey lo que tiene que hacer y ya verás lo que pasa —añadió el corsario.

Tamar resopló y ayudó a Tolya a guardar el resto de las armas.

Sturmhond se inclinó hacia mí y murmuró:

—Si quieres saber algo de mí, preciosa, tan solo tienes que preguntar.

—Solamente me preguntaba de dónde venías —dije a la defensiva—. Eso es todo.

—¿De dónde vienes tú?

—De Keramzin. Ya lo sabes.

—Pero ¿de dónde eres?

Unos cuantos recuerdos débiles me acudieron a la mente. Un plato medio vacío de remolachas cocidas, la sensación resbaladiza que me producían entre los dedos mientras teñían mis manos de rojo. El olor de las gachas con huevo. Estar sobre los hombros de alguien —tal vez mi padre— mientras bajábamos por una carretera polvorienta. En Keramzin, hasta mencionar a nuestros padres se consideraba una traición a la amabilidad del Duque y una señal de ingratitud. Se nos había enseñado a no hablar nunca de nuestras vidas antes de llegar a la casa, y con el tiempo la mayoría de los recuerdos simplemente desaparecieron.

—De ningún sitio —repliqué—. La aldea donde nací era demasiado pequeña como para merecer un nombre. ¿Y tú qué, Sturmhond? ¿De dónde eres?

El corsario sonrió. Nuevamente tuve la sensación de que había algo extraño en sus facciones.

—Mi madre era una ostra —dijo guiñando un ojo—. Y yo soy la perla.

Se alejó mientras silbaba una melodía desafinada.

Dos noches después, me desperté para encontrarme a Tamar cerniéndose sobre mí, sacudiendo mi hombro bueno.

—Es hora de irnos —dijo.

—¿Ahora? —pregunté adormilada—. ¿Qué hora es?

—Tercera campanada.

—¿De la mañana? —Bostecé y pasé las piernas por un lado de la hamaca—. ¿Dónde estamos?

—A quince millas de la costa de Ravka Occidental. Vamos, Sturmhond está esperando.

Estaba vestida y tenía la bolsa de lona encima del hombro. Yo no tenía pertenencias que recoger, así que me calcé las botas, palpé el bolsillo interno de mi abrigo para asegurarme de que tenía el libro rojo, y la seguí a través de la puerta.

En cubierta, Mal se encontraba al lado de la barandilla de estribor, junto a un pequeño grupo de tripulantes. Tuve un momento de confusión al darme cuenta de que Privyet llevaba la llamativa levita de un verde turquesa de Sturmhond. No hubiera reconocido al propio Sturmhond de no haberse encontrado dando órdenes. Estaba metido en un enorme abrigo con el cuello levantado y un gorro de lana que le cubría las orejas.

Soplaba un viento frío. Las estrellas relucían en el cielo, y una luna con forma de hoz estaba baja en el horizonte. Miré por encima de las olas iluminadas por la luna, escuchando el suspiro constante del mar. Si había tierra cerca, no era capaz de verla.

Mal me frotó los brazos para tratar de darme calor.

—¿Qué está pasando?

—Vamos hacia tierra.

Podía oír el recelo en su voz.

—¿En mitad de la noche?

—El *Volkvolny* mostrará mis colores cerca de la costa fjerdana —dijo Sturmhond —. El Oscuro no necesita saber todavía que vuelves a estar en suelo ravkano.

Sturmhond inclinó la cabeza para hablar con Privyet, y Mal me condujo a la barandilla de babor.

—¿Estás segura de esto?

—Para nada —admití.

El puso las manos sobre mis hombros y dijo:

—Hay muchas opciones de que me arresten si nos encuentran, Alina. Puede que tú seas la Invocadora del Sol, pero yo no soy más que un soldado que desafió órdenes.

—Las órdenes del Oscuro.

—Tal vez eso no importe.

—Yo haré que importe. Además, no nos van a encontrar. Iremos a Ravka Occidental, nos encontraremos con el cliente de Sturmhond, y decidiremos qué queremos hacer.

Mal me acercó más a él.

—¿Siempre has causado tantos problemas?

—Me gusta pensar que soy deliciosamente compleja.

Mientras se inclinaba para besarme, la voz de Sturmhond cortó la oscuridad.

—¿Podemos dejar los arrumacos para más tarde? Quiero llegar a tierra antes del amanecer.

Mal suspiró.

—Algún día le daré un puñetazo.

—Yo te apoyaré en esa tarea.

Me tomó de la mano y volvimos al grupo.

Sturmhond entregó a Privyet un sobre sellado con una gota de cera de un azul pálido, y después le palmeó la espalda. Tal vez fuera por la luz de la luna, pero el primer oficial parecía a punto de llorar. Tolya y Tamar pasaron al otro lado de la barandilla y se aferraron a la escalerilla de la goleta. Miré al otro lado. Esperaba ver un bote corriente, así que me sorprendió ver la pequeña embarcación que se mecía junto al *Volkvolny*. No se parecía a ningún barco que hubiera visto antes. Sus dos cascos parecían un par de zapatos vacíos, y estaban sujetos por una cubierta con un enorme agujero en el centro.

Mal y yo los seguimos, y pisamos cautelosamente uno de los cascos curvados de la embarcación. Lo atravesamos y descendimos a la cubierta central, donde había una cabina de mando baja entre dos mástiles. Sturmhond saltó tras nosotros, y después se balanceó hasta una plataforma alzada detrás de la cabina de mando y ocupó su lugar tras el timón.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó.

—Lo llamo el *Colibrí* —contestó mientras consultaba alguna carta de navegación que yo no podía ver—, aunque estoy pensando en cambiárselo por *Pájaro de fuego*. —Tomé aire bruscamente, pero él tan solo sonrió y ordenó—: ¡Quitad el ancla!

Tamar y Tolya desataron los nudos que nos mantenían unidos al *Volkvolny*. Vi que el ancla se deslizaba como una serpiente por la popa del *Colibrí* y caía silenciosamente al mar. Pensaba que necesitaríamos un ancla cuando llegáramos a puerto, pero supuse que Sturmhond sabría lo que estaba haciendo.

—Levantad las velas —ordenó.

Las velas se desplegaron. Aunque los mástiles del *Colibrí* eran considerablemente más pequeños que los de la goleta, sus velas dobles eran enormes y rectangulares, e hizo falta que dos tripulantes colocaran cada una en su posición.

Una brisa ligera empujó las velas y nos alejó del *Volkvolny*. Levanté la mirada y vi que Sturmhond observaba la goleta que desaparecía. No podía verle la cara, pero tuve la clara sensación de que estaba despidiéndose. Después se recompuso y gritó:

—¡Vendavales!

Un Grisha se colocó en cada casco. Alzaron los brazos y el viento se arremolinó a nuestro alrededor, hinchando las velas. El corsario ajustó nuestro rumbo y pidió más velocidad. Los Vendavales obedecieron y el extraño barco avanzó con rapidez.

—Tomad esto —dijo Sturmhond, y dejó caer unas gafas protectoras sobre mi regazo y le lanzó otras a Mal. Eran parecidas a las que llevaban los Hacedores en los talleres del Pequeño Palacio. Miré a mi alrededor. Todos los tripulantes las llevaban, incluido Sturmhond. Nos las colocamos sobre las cabezas.

Di las gracias por ellas unos segundos después, cuando Sturmhond pidió aún más velocidad. Las velas se agitaban por encima de nosotros, y sentí una punzada de nerviosismo. ¿Por qué tenía tanta prisa?

El *Colibrí* navegó a toda velocidad, y sus cascos dobles vacíos se deslizaban sobre las olas, apenas tocando la superficie del mar. Me aferré a mi asiento, y el estómago me daba un vuelco con cada bote.

—De acuerdo, Vendavales —dijo el corsario—, vamos arriba. Marineros a las alas, a mi señal.

Me giré hacia Mal.

—¿Qué quiere decir con que «vamos arriba»?

—¡Cinco! —gritó Sturmhond.

Los tripulantes comenzaron a moverse en sentido contrario a las agujas del reloj, tirando de las cuerdas.

—¡Cuatro!

Los Vendavales abrieron más aún los brazos.

—¡Tres!

Se oyó un estallido entre los dos mástiles, y las velas se deslizaron a lo largo de ellos.

—¡Dos!

—¡Tirad! —gritaron los marineros. Los Vendavales levantaron los brazos muy alto.

—¡Uno! —gritó Sturmhond.

Las velas se hincharon hacia arriba y hacia fuera, y se colocaron en su lugar por encima de la cubierta, como dos enormes alas. Mi estómago dio una sacudida y sucedió lo imposible: El *Colibrí* alzó el vuelo.

Me aferré a mi asiento, murmurando viejas plegarias en voz baja, cerrando los ojos con fuerza mientras el viento me azotaba el rostro y nos elevábamos en el cielo nocturno.

Sturmhond reía como un loco. Los Vendavales se llamaban entre ellos para asegurarse de que mantenían la corriente constante. Pensé que se me iba a salir el corazón del pecho.

Por todos los Santos, pensé, mareada. *Esto no puede estar pasando*.

—¿Alina? —gritó Mal por encima del rugido del viento.

—¿Qué? —me esforcé por decir entre mis labios fuertemente cerrados.

—Alina, abre los ojos. Tienes que ver esto. —Yo sacudí la cabeza bruscamente. Eso era precisamente lo que no tenía que hacer. Él me cogió de la mano, sujetando mis dedos congelados—. Tan solo inténtalo.

Tomé aliento temblorosamente y me forcé a abrir los párpados. Estábamos rodeados de estrellas. Sobre nosotros, la lona blanca se extendía en dos anchas curvas, como si se tratara de un arco.

Sabía que no debía, pero no pude evitar estirar el cuello sobre el borde de la cabina de mando. El rugido del viento resultaba ensordecedor. Abajo —muy abajo—, las olas iluminadas por la luna ondeaban como las escamas brillantes de una serpiente que se moviera con lentitud. Si caíamos, sabía que nos romperíamos sobre su lomo.

Se me escapó una risita, en algún punto entre la euforia y la histeria. Estábamos volando. Volando.

Mal me apretó la mano y soltó un grito de regocijo.

—¡Esto es imposible! —chillé.

Sturmhond gritó de alegría.

—Cuando la gente dice que algo es imposible, normalmente se refieren a que es improbable.

Con la luz de la luna reflejándose en los cristales de sus gafas y el abrigo ondeando a su alrededor, parecía estar completamente loco.

Traté de respirar. El viento seguía firme. Los Vendavales y la tripulación parecían concentrados, pero en calma. Lentamente, muy lentamente, se me aflojó el nudo del pecho y comencé a relajarme.

—¿De dónde ha salido esto? —le grité a Sturmhond.

—Yo lo diseñé. Yo lo construí. Y también estrellé unos cuantos prototipos.

Tragué saliva. La última palabra que quería oír era «estrellar».

Mal se inclinó por el borde de la cabina de mando, tratando de ver mejor las armas situadas en la parte frontal de los cascos.

—Esas armas —dijo—. Tienen varios cañones.

—Y se alimentan de la gravedad. No es necesario parar para recargar. Disparan doscientas veces por minuto.

—Eso es…

—¿Imposible? El único problema es el sobrecalentamiento, pero no es demasiado fuerte en este modelo. Tengo un armero zemeni tratando de arreglar los fallos. Son unos cabroncetes bárbaros, pero saben de armas. Los asientos de popa giran para que puedas disparar desde cualquier ángulo.

—Y atacar desde arriba al enemigo —gritó Mal, casi aturdido—. Si Ravka tuviera una flota de estos…

—Menuda ventaja, ¿verdad? Pero el Primer y el Segundo Ejército tendrían que trabajar juntos.

Pensé en lo que me había dicho el Oscuro hacía tanto tiempo. *La edad del poder de los Grisha está llegando a su fin*. Su respuesta había sido convertir la Sombra en un arma. Pero ¿y si el poder de los Grisha podía ser transformado por hombres como Sturmhond? Miré la cubierta del *Colibrí*, a los marineros y Vendavales que trabajaban codo con codo, a Tolya y Tamar sentados tras esas terroríficas armas. No era imposible.

Es un corsario, me recordé. *Y se convertiría en un especulador de guerra en un segundo*. Las armas de Sturmhond podrían darle una ventaja a Ravka, pero los enemigos del país podrían utilizarlas con la misma facilidad.

Me sacó de mis pensamientos una luz brillante que vi a babor, en el lado de la proa. El gran faro de la Bahía de Alkhem: ya estábamos cerca. Si estiraba el cuello, podía distinguir las torres relucientes del puerto de Os Kervo.

Sturmhond no se dirigió hacia allí directamente, sino que fue hacia el suroeste, por lo que asumí que nos detendríamos en algún lugar alejado del puerto. La idea de aterrizar me mareaba, así que decidí mantener los ojos cerrados, sin importar lo que dijera Mal.

Pronto perdí de vista la luz del faro. ¿Cuánto hacia el sur pensaba llevarnos Sturmhond? Había dicho que quería llegar a la costa antes del amanecer, y no podía faltar más de una o dos horas.

Mis pensamientos fueron a la deriva, perdidos en las estrellas a nuestro alrededor y las nubes que se desplazaban rápidamente por el ancho cielo. El aire nocturno me mordió las mejillas, y parecía atravesar el delgado tejido de mi abrigo.

Miré hacia abajo y me tragué un grito. Ya no estábamos sobre el agua: estábamos sobre tierra. Tierra sólida e implacable.

Tiré de la manga de Mal y gesticulé frenéticamente a la campiña bajo nosotros, pintada por la luz de la luna de distintos matices de negro y plata.

—¡Sturmhond! —grité aterrorizada—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Dijiste que nos llevabas a Os Kervo! —chilló Mal.

—Dije que os llevaba a ver a mi cliente.

—Eso da igual —gemí—. ¿Dónde vamos a aterrizar?

—No os preocupéis —dijo el corsario—. Tengo una encantadora laguna en mente.

—¿Cómo es de grande? —chillé, pero entonces vi que Mal estaba saliendo de la cabina de mando, con el rostro furioso—. Mal, ¡siéntate!

—¡Mentiroso, ladrón…!

—Yo me quedaría donde estás. No creo que quieras estar haciendo el tonto cuando entremos en la Sombra.

Mal se quedó paralizado. Sturmhond comenzó a silbar la misma melodía desafinada, y el viento la arrastraba lejos.

—No puedes decirlo en serio —dije.

—Normalmente, no —replicó él—. Hay un rifle bajo tu asiento, Oretsev. Quizás quieras cogerlo, solo por si acaso.

—¡No puedes llevar esta cosa hasta la Sombra! —exclamó Mal.

—¿Por qué no? Por lo que tengo entendido, estoy viajando con la única persona que puede garantizar un pasaje seguro.

Apreté los puños, y de pronto la furia alejó el miedo de mi mente.

—¡A lo mejor dejo que los volcra te coman a ti y a tu tripulación como un tentempié nocturno!

Sturmhond mantuvo una mano en el timón y consultó su reloj.

—Más bien como un desayuno temprano, vamos muy atrasados. Además —añadió—, estamos demasiado alto. Incluso para una Invocadora del Sol.

Miré a Mal y supe que su furia debía de estar reflejada en mi propio rostro.

El paisaje pasaba bajo nosotros a un ritmo terrorífico. Me puse en pie, tratando de averiguar dónde estábamos.

—Por todos los Santos.

Tras nosotros se encontraban las estrellas, la luz de la luna, el mundo vivo. Delante de nosotros, la nada. Realmente iba a hacerlo. Nos iba a llevar a la Sombra.

—Artilleros, a vuestros puestos —ordenó el corsario—. Vendavales, manteneos firmes.

—¡Sturmhond, voy a matarte! —grité—. ¡Da la vuelta a esta cosa ahora mismo!

—Me gustaría poder complacerte, pero me temo que si quieres matarme, vas a tener que esperar a que aterricemos. ¿Preparada?

—¡No! —chillé.

Pero un momento después nos adentramos en la oscuridad. Era como una noche que jamás se hubiera conocido: una oscuridad perfecta, profunda y antinatural que parecía cerrarse a nuestro alrededor en un abrazo sofocante. Estábamos en la Sombra.





upe que algo había cambiado en el momento que entramos en el Nocéano.

Apresuradamente, me aferré a la cubierta con los pies y abrí los brazos, invocando una ancha esfera de luz solar alrededor del *Colibrí*. Por muy enfadada que estuviera con Sturmhond, no iba a dejar que una bandada de volcra nos derribaran solo para salirme con la mía.

Con el poder de los dos amplificadores, casi no tenía que pensar para invocar la luz. Probé sus límites cuidadosamente, sin sentir nada de la salvaje perturbación que me había abrumado la primera vez que había utilizado el grillete, pero algo iba muy mal. Sentía que la Sombra era diferente. Me dije que solo era mi imaginación, pero parecía que la oscuridad tuviera una especie de textura. Casi la podía sentir moviéndose sobre mi piel. Los bordes de la herida de mi hombro comenzaron a picarme y dar tirones, como si la carne estuviera nerviosa.

Había estado en el Nocéano dos veces antes, y en ambas me había sentido como una extraña, como una intrusa vulnerable en un mundo peligroso y antinatural que no me quería allí. Pero ahora era como si la Sombra estuviera tratando de alcanzarme, de darme la bienvenida. Sabía que no tenía sentido: la Sombra era un lugar muerto y vacío, no algo vivo.

Me conoce, pensé. *Los similares se atraen*.

Estaba siendo ridícula. Me aclaré la cabeza y extendí más la luz, dejando que el poder latiera cálido y reconfortante a mi alrededor. Aquello era lo que era, no la oscuridad.

—Ahí vienen —dijo Mal junto a mí—. Escucha.

Por encima del rugido del viento, oí un chillido que retumbaba a través de la Sombra, y después el aleteo constante de las alas de los volcra. Nos habían encontrado con facilidad, atraídos por el olor de las presas humanas.

Sus alas batían el aire alrededor del círculo de luz que había creado, empujando la

oscuridad hacia nosotros en ondas que revoloteaban. Ahora que se habían detenido los cruces de la Sombra llevaban mucho tiempo sin comida, y el hambre los volvía audaces.

Extendí los brazos y dejé que la luz brillara con más fuerza, alejándolos.

—No —dijo Sturmhond. Que se acerquen.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté. Los volcra eran puros depredadores. No se debía jugar con ellos.

—Ellos nos dan caza a nosotros —dijo, alzando la voz para que todos pudieran oírlo—. Tal vez es hora de que nosotros les demos caza a ellos.

Un grito beligerante se alzó desde la tripulación, seguido por una serie de ladridos y aullidos.

—Retira la luz —me pidió el corsario.

—Se ha vuelto loco —le dije a Mal—. Dile que se ha vuelto loco.

Pero Mal dudó.

—Bueno…

—Bueno, ¿qué? —pregunté—. En caso de que te hayas olvidado, ¡una de esas cosas trató de comerte!

Él se encogió de hombros y sonrió levemente.

—A lo mejor es por eso por lo que quiero ver lo que pueden hacer esos cañones.

Sacudí la cabeza. No me gustaba aquello. No me gustaba nada.

—Solo un momento —presionó el corsario—. Dame el gusto.

Que le diera el gusto. Como si estuviera pidiendo otro pedazo de tarta.

La tripulación estaba esperando. Tolya y Tamar se encorvaban sobre los protuberantes cañones de sus armas; parecían insectos con lomos de cuero.

—De acuerdo —acepté—. Pero no digas que no te lo advertí.

Mal se puso el rifle sobre el hombro.

—Vamos allá —murmuré. Curvé los dedos y el círculo de luz empequeñeció, contrayéndose alrededor del barco.

Los volcra chillaron de emoción.

—¡Del todo! —ordenó Sturmhond.

Apreté los dientes, frustrada, y después hice lo que me pedía. El *Colibrí* quedó a oscuras.

Oí el crujido de las alas. Los volcra se lanzaron hacia nosotros.

—¡Ahora, Alina! —gritó el corsario—. ¡Extiéndela del todo!

No me detuve a pensar. Extendí una oleada llameante que mostró el horror que nos rodeaba en la luz penetrante e implacable del sol del mediodía. Había volcra por todas partes, suspendidos en el aire alrededor del barco, una masa de cuerpos grises, alados y retorcidos; ojos lechosos y ciegos, mandíbulas repletas de dientes. Su parecido con los *nichevo'ya* era indiscutible, y sin embargo resultaban mucho más grotescos, mucho más burdos.

—¡Fuego! —gritó Sturmhond.

Tolya y Tamar abrieron fuego. Era un sonido que nunca había oído antes, un tronar incesante que me destrozaba el cráneo, agitaba el aire a nuestro alrededor y repiqueteaba en nuestros huesos.

Fue una masacre. Los volcra cayeron en picado desde el cielo a nuestro alrededor, con los pechos abiertos y las alas arrancadas del cuerpo. Los cartuchos gastados cayeron sobre cubierta con un ruido metálico, y el penetrante olor a quemado de la pólvora llenó el aire.

Doscientos disparos por minuto. Así que aquello era lo que podía hacer un ejército moderno.

Los monstruos no parecían saber lo que estaba pasando. Daban vueltas batiendo el aire, agitados por la sed de sangre, el hambre y el miedo; desgarrándose entre ellos en su confusión y su deseo de escapar. Sus gritos… Baghra me había dicho una vez que los antepasados de los volcra eran humanos. Podía haber jurado que lo oía en sus gritos.

Los disparos se extinguieron. Me pitaban los oídos. Miré hacia arriba y vi manchas de sangre negra y trozos de carne en las velas de lona. Un sudor frío me cubría la frente, como si estuviera enferma.

El silencio solo duró unos momentos, hasta que Tolya echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido de triunfo. El resto de la tripulación se le unió, ladrando y chillando. Quise gritarles que se callaran.

—¿Crees que podríamos acabar con otra bandada? —preguntó uno de los Vendavales.

—Tal vez —dijo Sturmhond—. Pero deberíamos dirigirnos hacia el este. Casi ha amanecido, y no quiero que nadie nos vea.

Sí, pensé. *Vayamos hacia el este. Salgamos de aquí*. Me temblaban las manos. La herida de mi hombro me quemaba y palpitaba. ¿Qué me pasaba? Los volcra eran monstruos. Nos hubieran hecho pedazos sin pensarlo, y yo lo sabía. Y, sin embargo, todavía podía escuchar los gritos.

—Hay más —dijo Mal de repente—. Muchos más.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el corsario.

—Simplemente lo sé.

Sturmhond dudó. Entre las gafas, el sombrero y el cuello alto, era imposible leer su expresión.

—¿Dónde? —preguntó finalmente.

—Un poco hacia el norte —explicó Mal—. Por ahí. —Señaló hacia la oscuridad, y sentí la urgencia de darle un golpe en la mano. Que pudiera rastrear a los volcra no significaba que tuviera que hacerlo.

Sturmhond indicó el rumbo. Mi corazón dio un vuelco.

El *Colibrí* bajó las alas y giró mientras Mal daba indicaciones y el corsario corregía nuestra trayectoria. Traté de concentrarme en la luz, en la reconfortante presencia de mi poder; traté de ignorar la sensación enfermiza que notaba en las

tripas.

Sturmhond nos hizo descender. Mi luz brilló sobre la arena incolora de la Sombra y rozó la forma sombría de un esquife de arena destrozado.

Un escalofrío me recorrió cuando nos acercamos. El esquife estaba roto por la mitad. Uno de los mástiles se había partido en dos, y pude distinguir los restos de tres velas negras andrajosas. Mal nos había llevado hasta las ruinas del esquife del Oscuro.

La poca calma que había conseguido reunir se desvaneció.

El *Colibrí* bajó aún más, y nuestra sombra cruzó la cubierta destrozada.

Sentí un ligerísimo alivio. Por ilógico que fuera, había esperado ver los cuerpos de los Grisha que había dejado atrás desperdigados por la cubierta, los esqueletos del emisario del Rey y los embajadores extranjeros apiñados en una esquina. Pero, por supuesto, habían desaparecido hacía mucho. Habían servido de comida para los volcra, y sus huesos habían quedado dispersados por la estéril extensión de la Sombra.

El *Colibrí* se ladeó a estribor. Mi luz atravesó las oscuras profundidades del casco roto, y los gritos comenzaron.

—Por todos los Santos —dijo Mal, y alzó su rifle.

Tres enormes volcra se encogieron bajo el casco del esquife, dándonos la espalda y con las alas completamente extendidas. Pero lo que hizo que me atravesara una oleada de miedo y repulsión fue ver lo que estaban tratando de proteger con sus cuerpos: un mar de formas retorcidas, brazos pequeños y brillantes, pequeños lomos partidos por las membranas transparentes de alas apenas formadas. Gimoteaban y lloriqueaban, deslizándose los unos sobre los otros, tratando de alejarse de la luz.

Habíamos descubierto un nido.

La tripulación se quedó en silencio. Ya no había ladridos ni chillidos.

Sturmhond hizo girar el barco en otro arco bajo. Después gritó:

—Tolya, Tamar, *¡grenatki!*

Los mellizos sacaron dos obuses de hierro fundido y los arrastraron hasta el borde de la barandilla.

Otra oleada de pavor me recorrió. Son volcra, me recordé. *Míralos. Son monstruos*.

—¡Vendavales, a mi señal! —dijo el corsario con voz seria. Después, gritó—: ¡Explosivos! ¡Lanzadlos con fuerza! —Luego, cuando hubieron lanzado los obuses, rugió—: ¡Ahora!

Giró el timón con fuerza hacia la derecha.

Los Vendavales levantaron los brazos, y el *Colibrí* se lanzó hacia el cielo.

Pasó un segundo de silencio, y después sonó un enorme estallido bajo nosotros. El calor y la fuerza de la explosión golpearon la nave con fuerza.

—¡Manteneos firmes! —bramó Sturmhond.

El artefacto se tambaleó salvajemente, girando como un péndulo bajo sus alas de

lona. Mal me puso una mano en cada lado, protegiendo mi cuerpo con el suyo mientras yo luchaba por mantener el equilibrio y mantener viva la luz que nos rodeaba.

Finalmente, el barco dejó de balancearse y comenzó a moverse en arco, dibujando un círculo suave por encima de los restos en lamas del esquife.

Estaba temblando con fuerza. El aire apestaba a carne quemada. Notaba los pulmones chamuscados, y cada aliento me abrasaba el pecho. La tripulación había vuelto a aullar y ladrar y Mal se unió, alzando el rifle en alto en señal de triunfo. Por encima de los vítores, oí los gritos de los volcra, indefensos y humanos a mis oídos, los chillidos de madres que lloraban a sus hijos.

Cerré los ojos. Era todo lo que podía hacer para evitar taparme las orejas con las manos y desplomarme sobre la cubierta.

—Ya basta —susurré, pero nadie parecía oírme—. Por favor —añadí con voz ronca—. Mal…

—Estás hecha toda una asesina, Alina.

Esa voz fría. Abrí los ojos de golpe.

El Oscuro estaba de pie junto a mí, y su *kefta* negra ondeaba sobre la cubierta del *Colibrí*. Jadeé y retrocedí, mirando a mi alrededor frenéticamente, pero nadie estaba mirando. Estaban gritando de alegría, mirando las llamas.

—No te preocupes —dijo amablemente el Oscuro—. Cada vez es más sencillo. Mira, te lo enseñaré.

Se sacó un puñal de la manga de la *kefta* y, antes de que pudiera gritar, se lanzó hacia mi cara. Levanté las manos para defenderme y, un grito me desgarró la garganta. La luz se desvaneció y la oscuridad se tragó el barco. Caí de rodillas, apiñada sobre la cubierta, preparada para sentir el penetrante pinchazo del acero Grisha.

No llegó. La gente estaba chillando en la oscuridad a mi alrededor. Sturmhond estaba gritando mi nombre. Oí el retumbante graznido de un volcra. Cerca. *Demasiado cerca*.

Alguien gimió, y el barco se ladeó violentamente. Oí el ruido de las botas mientras la tripulación se esforzaba por mantenerse en pie.

—¡Alina! —Esta vez era la voz de Mal.

Lo sentí avanzando hacia mí torpemente en la oscuridad. Recuperé algo de sensatez y volví a extender la luz en una brillante cascada.

El volcra que nos había atacado aulló y volvió a zambullirse en la oscuridad, pero uno de Vendavales yacía sangrando sobre la cubierta, con el brazo casi arrancado de cuajo. La vela que había sobre él aleteó inútilmente. El *Colibrí* se inclinó violentamente a estribor, perdiendo altura rápidamente.

—¡Tamar, ayúdalo! —ordenó Sturmhond, pero Tolya y Tamar ya estaban corriendo hacia el Vendaval caído.

La otra Vendaval tenía las dos manos en alto, con el rostro rígido por el esfuerzo

mientras trataba de invocar una corriente lo suficientemente fuerte como para mantenernos a flote. El barco se tambaleaba. Sturmhond se aferró al timón, gritando órdenes a los tripulantes que trabajaban en las velas.

El corazón me martilleaba en el pecho. Miré frenéticamente sobre la cubierta, dividida entre el terror y la confusión. Había visto al Oscuro. Lo había visto.

—¿Estás bien? —preguntó Mal junto a mí—. ¿Estás herida?

No podía mirarlo. Temblaba tanto que pensé que iba a hacerme pedazos. Concentré todo mi esfuerzo en mantener la luz brillando a nuestro alrededor.

—¿Está herida? —gritó Sturmhond.

—¡Tú sácanos de aquí! —respondió Mal.

—¡Oh, eso es lo que debería intentar hacer! —le ladró el corsario.

Los volcra chillaban y se arremolinaban, batiendo las alas contra el círculo de luz. Puede que fueran monstruos, pero me pregunté si comprendían la venganza. El *Colibrí* se sacudió y tembló. Miré hacia abajo y vi arenas grises que se acercaban a nosotros a toda velocidad.

Y de pronto salimos de la oscuridad, emergiendo desde las últimas volutas negras de la Sombra mientras salíamos disparados hacia la luz azul del amanecer.

El suelo se encontraba terroríficamente cerca bajo nosotros.

—¡Luces fuera! —ordenó Sturmhond.

Dejé caer las manos y me agarré desesperada a la barandilla de la cabina de mando. Podía ver una larga extensión de carretera, las luces de un pueblo que brillaban en la distancia, y allí, tras un grupo de colinas bajas, un pequeño lago azul, reflejando en su superficie la luz de la mañana.

—¡Solo un poco más! —gritó el corsario.

La Vendaval soltó un gemido de esfuerzo, con los brazos temblorosos. Las velas se hundieron, y el *Colibrí* siguió cayendo. Las ramas arañaron el casco mientras volábamos al ras de los árboles.

—¡Agachaos todos y sujetaos! —exclamó Sturmhond. Mal y yo nos agachamos en la cabina de mando, sujetándonos con brazos y piernas, cogidos de la mano. El barco tembló y se agitó.

—No vamos a conseguirlo —dije con voz ronca.

Él no contestó, sino que me apretó los dedos con más fuerza.

—¡Preparaos! —rugió Sturmhond.

En el último segundo, se lanzó a la cabina de mando en un revoltijo de brazos y piernas.

—Esto es muy cómodo —tuvo tiempo de decir antes de que cayéramos a tierra con un golpe que nos sacudió los huesos.

Mal y yo caímos hasta el morro de la cabina de mando mientras el barco destrozaba el suelo con un gran estrépito, rompiéndose el casco. Hubo una fuerte salpicadura, y de pronto estuvimos sobre el agua. Oí un terrible ruido y supe que uno de los cascos se había soltado. Rebotamos bruscamente sobre la superficie, y después,

milagrosamente, la nave tembló hasta detenerse.

Traté de recobrar la compostura. Me encontraba sobre mi espalda, contra un lateral de la cabina de mando. Alguien respiraba trabajosamente junto a mí.

Me moví con cautela. Me había dado un fuerte golpe en la cabeza y me había abierto las dos palmas, pero parecía seguir de una pieza.

El agua estaba entrando desde el suelo de la cabina de mando. Oí salpicaduras y personas que se llamaban entre ellas.

—¿Mal? —me atreví a decir con un tembloroso chillido.

—Estoy bien —respondió. Se encontraba en algún lugar a mi izquierda—. Tenemos que salir de aquí.

Miré a mi alrededor, pero no veía a Sturmhond por ninguna parte.

Mientras trepábamos para salir de la cabina de mando, el barco destrozado comenzó a inclinarse alarmantemente. Oímos un crujido y uno de los mástiles cedió, derrumbándose en el lago bajo el peso de sus velas.

Nos lanzamos al agua, pataleando con fuerza mientras el lago trataba de tragarnos junto con el barco.

Uno de los miembros de la tripulación se había enredado entre las cuerdas. Mal se sumergió para liberarlo, y casi lloré de alivio cuando ambos salieron a la superficie.

Vi a Tolya y Tamar nadando al estilo perrito, seguidos por el resto de la tripulación. Tolya arrastraba al Vendaval herido y Sturmhond nadaba tras ellos, llevando a un marinero inconsciente bajo el brazo. Nos dirigimos hacia la orilla.

Mis miembros amoratados pesaban, empujados hacia abajo por mis ropas empapadas, pero finalmente llegamos hasta la zona de poca profundidad. Nos arrastramos fuera del agua, esforzándonos por avanzar entre los juncos lodosos, y nos dejamos caer sobre la ancha playa en forma de media luna.

Me quedé ahí jadeando, escuchando los sonidos extrañamente normales del amanecer: los grillos en la hierba, los pájaros que cantaban desde algún lugar en el bosque, el croar grave y vacilante de una rana. Tolya estaba atendiendo al Vendaval herido, terminando de sanarle el brazo, indicándole que flexionara los dedos y doblara el codo. Oí que Sturmhond llegaba hasta la orilla y ponía al último marinero al cuidado de Tamar.

—No respira —dijo—, y no le encuentro el pulso.

Me forcé a sentarme. El sol se alzaba tras nosotros, calentándome la espalda y bañando de oro el lago y los bordes de los árboles. Tamar había presionado las manos al pecho del marinero, utilizando su poder para sacar el agua de sus pulmones e insuflar vida en su corazón. Los minutos se arrastraban mientras el marinero yacía inmóvil sobre la arena. Entonces, jadeó, abrió los ojos y escupió agua sobre su camisa.

Solté un suspiro de alivio. Una muerte menos sobre mi conciencia.

Otro de los tripulantes estaba apretándole el costado para comprobar que no se hubiera roto ninguna costilla, y Mal tenía un feo tajo que le cruzaba la frente. Pero

estábamos todos allí. Lo habíamos logrado.

Sturmhond volvió al agua y comenzó a andar. Se quedó ahí de pie, metido hasta la rodilla, contemplando la suave superficie del lago mientras su abrigo flotaba detrás de él. A excepción de una franja de tierra levantada a un lado de la orilla, no había señales de que el *Colibrí* hubiera existido jamás.

La Vendaval que había salido ilesa se giró hacia mí.

—¿Qué ha pasado antes? —escupió—. Casi matan a Kovu. ¡Casi nos matan a todos!

—No lo sé —respondí, apoyando la cabeza sobre las rodillas.

Mal me rodeó con el brazo, pero no quería consuelo. Quería una explicación para lo que había visto.

—¿No lo sabes? —preguntó con incredulidad.

—No lo sé —repetí, sorprendida por el arrebato de ira que vino con las palabras —. Yo no pedí que me empujaran a la Sombra. Yo no fui quien quiso ir a buscar pelea con los volcra. ¿Por qué no le preguntas a tu capitán lo que ha pasado?

—Tiene razón —dijo Sturmhond, saliendo del agua fatigosamente y avanzando por la orilla hasta nosotros mientras se quitaba los guantes destrozados—. Debería haberle advertido, y no tendría que haber ido tras el nido.

Por algún motivo, el hecho de que estuviera de acuerdo conmigo tan solo me enfadó más. Entonces se quitó el sombrero y las gafas, y mi furia desapareció, reemplazada por un total y absoluto desconcierto.

Mal se puso en pie en un instante.

—¿Qué demonios es esto? —dijo, con voz grave y peligrosa.

Yo me quedé sentada, paralizada, y mi dolor y mi cansancio quedaron eclipsados por la disparatada imagen que tenía delante. No sabía qué estaba viendo exactamente, pero me alegraba que Mal también lo viera. Después de lo que había sucedido en la Sombra, no confiaba en mí misma.

Sturmhond suspiró y se pasó la mano por la cara… la cara de un extraño.

Su barbilla había perdido la punta pronunciada. Su nariz seguía ligeramente torcida, pero nada como el bulto quebrado que había sido. Su pelo ya no era de un castaño rojizo, sino de un dorado oscuro, con un cuidadoso corte militar, y esos extraños ojos de un verde turbio eran ahora de un avellana claro y brillante. Parecía alguien completamente distinto, pero sin duda seguía siendo Sturmhond.

Y es guapo, pensé con una desconcertante punzada de resentimiento.

Mal y yo éramos los únicos que lo mirábamos. Ninguno de los miembros de la tripulación del corsario parecía remotamente sorprendido.

—Tienes a un Confeccionador —comprendí.

Sturmhond hizo una mueca.

—Yo no soy un Confeccionador —dijo Tolya, enfadado.

—No, Tolya, tus dones pertenecen a otra categoría —replicó Sturmhond con suavidad—. Principalmente, en los célebres campos del asesinato y la mutilación.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunté, aun tratándome de adaptarme a la chirriante experiencia de que la voz de Sturmhond proviniera de una boca diferente.

—Era esencial que el Oscuro no me reconociera. No me ha visto desde que tenía catorce años, pero no quería correr el riesgo.

—¿Quién eres? —preguntó Mal, furioso.

—Esa es una pregunta complicada.

—En realidad, es bastante directa —dije yo, poniéndome en pie—. Pero para responderla hace falta decir la verdad, algo de lo que pareces ser incapaz.

—Ah, sí, puedo hacerlo —replicó el corsario, sacudiendo el agua de una de sus botas—. Es solo que no se me da muy bien.

—Sturmhond —gruñó Mal, yendo hacia él—, tienes exactamente diez segundos para explicarte, o Tolya va a tener que hacerte una cara nueva.

Entonces Tamar se puso en pie bruscamente.

—Viene alguien.

Nos quedamos todos en silencio, escuchando. Los sonidos venían desde el otro lado del bosque que rodeaba el lago: cascos, muchos cascos, y el chasquido y el crujido de las ramas rotas mientras los hombres avanzaban hacia nosotros entre los árboles.

Sturmhond gimió.

—Sabía que nos habían visto. Pasamos demasiado tiempo en la Sombra. —Soltó un suspiro de cansancio—. Un barco destrozado y una tripulación que parece un puñado de comadrejas ahogadas. Esto no es lo que tenía en mente.

Quería saber qué era lo que tenía en mente exactamente, pero no había tiempo de preguntárselo.

Los árboles se abrieron y un grupo de hombres a caballo cargó hacia la playa. Diez… veinte… treinta soldados del Primer Ejército. Hombres del Rey, muy armados. ¿De dónde habían salido?

Tras la masacre de los volcra y la colisión, no pensaba que me quedara ningún miedo, pero me equivocaba. El pánico me recorrió mientras recordaba lo que Mal había dicho de haber desertado. ¿Estábamos a punto de ser arrestados como traidores? Retorcí los dedos. No iban a hacerme prisionera otra vez.

—Tranquila, Invocadora —susurró el corsario—. Deja que yo me ocupe.

—¿Porque te has ocupado tan bien de todo, Sturmhond?

—Sería sensato que no me llamaras así durante un tiempo.

—¿Y eso por qué? —solté.

—Porque no me llamo así.

Los soldados se detuvieron frente a nosotros, y la luz matinal se reflejaba en sus rifles y sables. Un joven capitán extendió su arma.

—En nombre del Rey de Ravka, soltad vuestras armas.

Sturmhond avanzó, colocándose entre el enemigo y su tripulación herida. Levantó los brazos en señal de rendición.

—Nuestras armas están en el fondo del lago. Estamos indefensos.

Sabiendo lo que sabía del corsario y los mellizos, lo dudaba muchísimo.

—Expón tu nombre y tus intenciones aquí —ordenó el joven capitán.

Lentamente, Sturmhond se quitó el abrigo empapado y se lo dio a Tolya.

Una agitación incómoda recorrió a los soldados: Sturmhond llevaba un traje militar ravkano. Se encontraba totalmente empapado, pero era imposible confundir el verde militar y los botones de latón del Primer Ejército ravkano; ni el águila doble que indicaba un rango de oficial. ¿A qué estaba jugando?

Un hombre mayor rompió filas, y avanzó en su caballo hacia Sturmhond. Con un sobresalto, reconocí al Coronel Raevsky, el comandante del campamento militar de Kribirsk. ¿Tanto nos habíamos acercado? ¿Por eso habían llegado tan rápido los soldados?

—¡Explícate, chico! —ordenó el coronel—. Expón tu nombre y tus intenciones antes de que te quitemos ese uniforme y lo colguemos de un árbol.

Sturmhond no parecía preocupado. Cuando habló, su voz tenía un tono que nunca había escuchado jamás en ella.

—Soy Nikolai Lantsov, Comandante del Vigésimo Segundo Regimiento, Soldado del Ejército del Rey, Gran Duque de Udova, y segundo hijo de su Alteza Real, el Rey Alexander Tercero, Gobernante del Trono del Águila Doble, largos sean su vida y su reinado.

Me quedé boquiabierta. La conmoción sacudió a los soldados, y una risita nerviosa se alzó de algún lugar entre ellos. No sabía qué broma pensaba que estaba haciendo ese loco, pero Raevsky no parecía encontrarla divertida. Saltó de su caballo y entregó las riendas a un soldado.

—Escúchame, chaval maleducado —dijo, con la mano en la empuñadura de su espada, y sus erosionadas facciones contorsionadas en líneas de furia mientras caminaba a zancadas en dirección a Sturmhond—. Nikolai Lantsov sirvió bajo mi mando en la frontera del norte y…

Su voz se desvaneció. Estaba ya nariz con nariz con el corsario, pero este no pestañeó. El coronel abrió la boca y después la cerró. Dio un paso hacia atrás y examinó el rostro de Sturmhond. Vi que su expresión cambiaba del desdén a la incredulidad, y después a lo que solo podía ser reconocimiento.

Abruptamente, hincó una rodilla y agachó la cabeza.

—Perdonadme, *moi tsarevich* —dijo, con la mirada fija en el suelo—. Bienvenido.

Los soldados intercambiaron miradas de confusión.

Sturmhond los miró con ojos fríos y expectantes. Irradiaba autoridad. Un pulso pareció recorrer las filas, y después, uno a uno, los soldados se bajaron de sus caballos e hincaron las rodillas, con las cabezas gachas.

Por todos los Santos.

—Tiene que ser una broma —murmuró Mal.

Había cazado un ciervo mágico. Llevaba alrededor de la muñeca las escamas de un dragón de hielo asesinado. Había visto una ciudad entera tragada por la oscuridad. Pero aquello era la cosa más extraña que había presenciado jamás. Tenía que ser otro de los engaños de Sturmhond, uno que probablemente haría que nos mataran.

Me lo quedé mirando. ¿Era posible siquiera? No conseguía que mi mente funcionara; estaba demasiado cansada, demasiado agotada por el pánico. Busqué entre mis recuerdos lo poquito que sabía sobre los dos hijos del Rey. Había conocido al mayor brevemente en el Pequeño Palacio, pero hacía años que nadie veía al joven en la corte. Se suponía que estaba fuera en algún sitio, trabajando como aprendiz de un armero o estudiando construcción naval.

O tal vez había hecho ambas cosas.

Me sentí mareada. Genya lo había llamado *sobachka*. Cachorro. *Insistió en hacer el servicio militar en la infantería*.

Sturmhond. Sabueso de la tormenta. El Lobo de las Olas.

Sobachka. No podía ser. No era posible.

—Levantaos —ordenó Sturmhond o quienquiera que fuese. Su porte parecía haber cambiado completamente. Los soldados se pusieron en pie y quedaron expectantes—. Hace mucho que no vuelvo a casa —tronó el corsario—. Pero no lo he hecho con las manos vacías.

Se hizo a un lado, y después extendió un brazo en mi dirección. Todas las caras se giraron hacia mí, esperando con expectación.

—Hermanos —dijo—, he traído a la Invocadora del Sol de vuelta a Ravka.

No pude evitarlo. Me lancé hacia delante y le di un puñetazo en la cara.





ienes suerte de que no te hayan disparado —dijo Mal, enfadado.

Estaba caminando de un lado a otro en una tienda sencillamente amueblada, una de las pocas que quedaban en el campamento Grisha próximo a Kribirsk. Habían derribado el glorioso pabellón de seda negro del Oscuro. Lo único que quedaba era una ancha franja de hierba muerta, llena de clavos torcidos y los restos rotos de lo que había sido un suelo de madera pulida.

Tomé asiento junto a la tosca mesa y miré al exterior, donde Tolya y Tamar flanqueaban la entrada de la tienda. No estaba segura de si se encontraban ahí para protegernos o para evitar que escapáramos.

—Mereció la pena —respondí—. Además, nadie va a disparar a la Invocadora del Sol.

—Acabas de pegarle un puñetazo a un príncipe, Alina. Supongo que podemos añadir un acto más de traición a nuestra lista.

Sacudí la mano dañada. Me dolían los nudillos.

—Primero, ¿podemos estar seguros de que es un príncipe? Y segundo, lo que te pasa es que estás celoso.

—Pues claro que estoy celoso. Pensaba que sería yo quien le pegaría un puñetazo. Pero no se trata de eso.

Se había desatado el caos tras mi estallido, y las rápidas palabras de Sturmhond y la agresividad de Tolya para controlar a la multitud fueron lo único que evitaron que me llevaran encadenada, o algo peor.

Sturmhond nos había escoltado a través de Kribirsk hasta el campamento militar. Cuando nos dejó en la tienda, había dicho en voz baja:

—Lo único que os pido es que os quedéis lo suficiente como para que me explique. Si no os gusta lo que oís, sois libres para marcharos.

—¿Así, por las buenas? —me burlé.

—Confiad en mí.

—Cada vez que dices que confiemos en ti, confío en ti un poco menos —siseé.

Pero Mal y yo nos quedamos ahí, sin saber cuál sería nuestro próximo movimiento. Sturmhond no nos había atado ni nos había puesto un montón de guardias. Nos había dado ropa limpia y seca. Si queríamos, podíamos tratar de burlar a Tolya y Tamar y escapar cruzando la Sombra… no es como si hubiera alguien capaz de seguirnos. Podríamos salir por donde quisiéramos de la orilla occidental. Pero ¿qué haríamos después? Sturmhond había cambiado, pero nuestra situación no. No teníamos dinero ni aliados, y el Oscuro seguía persiguiéndonos. Y no tenía muchas ganas de volver a la Sombra, no después de lo que había pasado a bordo del *Colibrí*.

Reprimí una risotada sombría. Si de verdad estaba pensando en refugiarme en el Nocéano, era porque las cosas iban muy mal.

Entró un sirviente con una gran bandeja. Colocó una jarra de agua, una botella de *kvas* y unos vasos, y varios platos pequeños de *zakuski*. Cada uno de ellos tenía el borde de oro y estaba adornado con un águila doble.

Sopesé la comida: espadines ahumados sobre pan negro, remolachas adobadas, huevos rellenos. No comíamos desde la noche anterior a bordo del *Volkvolny* y usar mi poder me había dejado famélica, pero estaba demasiado nerviosa para comer.

—¿Qué pasó allí? —preguntó Mal en cuanto el sirviente se marchó.

Volví a sacudir los nudillos.

—Perdí los nervios.

—No me refería a eso. ¿Qué pasó en la Sombra?

Examiné un pequeño bote de mantequilla de hierbas, haciéndolo girar entre mis manos. *Lo he visto*.

—Tan solo estaba cansada —dije con ligereza.

—Utilizaste mucho más poder cuando escapamos de los *nichevo'ya*, y no flaqueaste. ¿Es por el grillete?

—El grillete me hace más fuerte —repliqué, tirando de la manga para cubrir las escamas del azote marino. Además, llevaba semanas llevándolo. No le pasaba nada malo a mi poder, pero tal vez me pasara algo malo a mí. Dibujé un patrón invisible por encima de la mesa—. Cuando estábamos luchando contra los volcra, ¿te sonaron diferentes? —pregunté.

—¿Cómo que diferentes?

—Más… humanos.

Mal frunció el ceño.

—No, sonaban básicamente como siempre. Como monstruos que quieren comernos. —Puso una mano sobre la mí—. ¿Qué pasó, Alina?

Lo he visto.

—Te lo he dicho: estaba cansada. Perdí la concentración.

Él se apartó.

—Si quieres mentirme, adelante. Pero no voy a fingir que te creo.

—¿Por qué no? —preguntó Sturmhond, entrando en la tienda—. Es de buena educación.

Nos pusimos en pie al instante, listos para luchar.

Él se detuvo y alzó las manos en señal de paz. Se había puesto un uniforme seco. Comenzaba a formársele un moratón en la mejilla. Con cautela, se quitó la espada y la colgó de un poste junto a la entrada de la tienda.

—Solo estoy aquí para hablar —dijo.

—Pues habla —replicó Mal—. ¿Quién eres, y a qué estás jugando?

—Soy Nikolai Lantsov, pero por favor, no me hagas volver a recitar mis títulos. No es divertido para nadie, y el único que importa es «príncipe».

—¿Y qué pasa con Sturmhond? —pregunté.

—También soy Sturmhond, comandante del *Volkvolny*, el flagelo del Mar Auténtico.

—¿Flagelo?

—Bueno, como mínimo resulto bastante molesto.

Sacudí la cabeza.

—Es imposible.

—Improbable.

—Este no es el momento de andar con bromas.

—Por favor —dijo con tono conciliatorio—, sentaos. No sé vosotros, pero a mí las cosas me resultan mucho más comprensibles cuando estoy sentado. Supongo que tiene que ver con la circulación. Por supuesto, es preferible si os reclináis, pero no creo que nos encontremos en esos términos todavía.

No me moví. Mal cruzó los brazos.

—Bueno, pues yo voy a sentarme. Jugar a ser el héroe que regresa es una tarea más que agotadora, y estoy francamente agotado. —Fue hasta la mesa, se sirvió un vaso de *kvas*, y se sentó en una silla con un suspiro de satisfacción. Tomó un sorbo e hizo una mueca—. Qué asco. Nunca me ha gustado.

—Entonces pida algo de brandy, su alteza —repliqué con irritación—. Estoy segura de que traerán lo que les pidas.

Su rostro se iluminó.

—Muy cierto. Supongo que podría bañarme en él. Tal vez lo haga.

Mal lanzó las manos hacia arriba, exasperado, y caminó hasta la entrada para mirar el campamento.

—No puedes esperar realmente que nos creamos nada de esto —dije.

Sturmhond movió los dedos para mostrarnos su anillo.

—Tengo el sello real.

Resoplé.

—Probablemente se lo habrás robado al auténtico Príncipe Nikolai.

—Serví con Raevsky. Me conoce.

—Tal vez también le robaste la cara al príncipe.

Él suspiró.

—Tienes que entender que el único lugar donde podía revelar mi identidad sin riesgos era aquí en Ravka. Solo los miembros de mi tripulación en los que más confío saben quién soy realmente: Tolya, Tamar, Privyet, algunos de los Etherealki. El resto… Bueno, no son malos hombres, pero son mercenarios y piratas.

—¿Así que engañaste a tu propia tripulación?

—En los mares, Nikolai Lantsov es más útil como rehén que como capitán. Es difícil dirigir un barco si estás preocupado constantemente de que te den un golpe en la cabeza en mitad de la noche para pedir un rescate a tu papá real.

Sacudí la cabeza.

—Nada de esto tiene sentido. Se supone que el príncipe Nikolai está en algún sitio estudiando barcos o…

—Fui aprendiz de un constructor naval fjerdano. Y un ingeniero civil de la provincia han de Bolh. Probé suerte con la poesía durante un tiempo, aunque los resultados fueron… desafortunados. Estos días, ser Sturmhond requiere la mayor parte de mi atención.

Mal se apoyó contra el poste de la tienda, con los brazos cruzados.

—¿Así que un día decidiste dejar atrás una vida de lujos y probar suerte jugando a ser pirata?

—Corsario —le corrigió—. Y no estaba jugando a nada. Sabía que podía hacer más por Ravka como Sturmhond que holgazaneando en la corte.

—¿Y dónde creen los Reyes que te encuentras? —pregunté.

—En la Universidad de Ketterdam —respondió—. Un lugar encantador, muy noble. Mientras hablamos hay un cargador extremadamente bien pagado que asiste a mis clases de filosofía. Saca notas aceptables, responde al nombre de Nikolai, y bebe copiosamente y a menudo para que nadie sospeche nada.

¿Es que aquello no tenía fin?

—¿Por qué?

—Lo intenté, de verdad, pero nunca se me ha dado bien quedarme quieto. Volvía loca a mi niñera. Bueno, a mis niñeras. Según recuerdo, eran un ejército.

Debería haberle golpeado con más fuerza.

—Quiero decir que por qué has pasado por toda esta farsa.

—Soy el segundo en la línea al trono de Ravka. Casi tuve que huir para hacer el servicio militar. No creo que mis padres aprobaran que luchara contra los piratas zemeni y me enfrentara a los fjerdanos. Sin embargo, le tienen mucho cariño a Sturmhond.

—Vale —dijo Mal desde la puerta—. Eres un príncipe. Eres un corsario. Eres un imbécil. ¿Qué quieres de nosotros?

Sturmhond dio otro sorbo vacilante al *kvas* y se estremeció.

—Vuestra ayuda —dijo—. El juego ha cambiado, y la Sombra se está

expandiendo. El Primer Ejército está al borde de la revolución. Puede que el golpe de Estado del Oscuro haya fallado, pero ha quebrado el Segundo Ejército, y Ravka está a punto de desmoronarse.

Noté una sensación de ansiedad.

—Déjame adivinarlo: eres tú quien va a arreglar las cosas, ¿verdad?

Sturmhond se inclinó hacia delante.

—¿Conociste a mi hermano Vasily cuando estabas en la corte? Se preocupa más por los caballos y su próximo trago de whiskey que por su gente. Mi padre nunca ha tenido más que un interés pasajero en gobernar Ravka, y según se dice hasta eso lo ha perdido. El país se está cayendo a pedazos, y alguien tiene que volver a juntarlo antes de que sea demasiado tarde.

—Vasily es el heredero —observé.

—Creo que será fácil convencerlo para que se aparte.

—¿Por eso nos has traído hasta aquí? —dije asqueada—. ¿Porque quieres ser rey?

—Os he traído hasta aquí porque el Apparat te ha convertido prácticamente en una Santa viviente, y la gente te adora. Os he traído hasta aquí porque tu poder es la clave de la supervivencia de Ravka.

Golpeé la mesa con las manos.

—¡Me has traído hasta aquí para poder hacer una entrada triunfal con la Invocadora del Sol y robar el trono de tu hermano!

Sturmhond se inclinó hacia atrás.

—No voy a disculparme por ser ambicioso. Eso no cambia el hecho de que soy el mejor hombre para el puesto.

—Por supuesto que lo eres.

—Ven conmigo a Os Alta.

—¿Por qué? ¿Para que puedas presumir de mí como si fuera un premio que no mereces?

—Sé que no confías en mí, y no tienes razones para hacerlo, pero cumpliré lo que te prometí a bordo del *Volkvolny*. Escucha lo que puedo ofrecerte, y si aun así no estás interesada, los barcos de Sturmhond te llevarán a cualquier parte del mundo. Yo creo que te quedarás. Creo que puedo darte algo que nadie más puede.

—Esto debería ser bueno —murmuró Mal.

—Puedo ofrecerte la oportunidad de cambiar Ravka —dijo Sturmhond—. Puedo ofrecerte la oportunidad de dar esperanza a tu gente.

—Ah, ¿eso es todo? —pregunté agriamente—. ¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Ayudándome a unir el Primer y el Segundo Ejército. Convirtiéndote en mi reina.

Antes de que pudiera pestañear, Mal había apartado la mesa a un lado y había levantado a Sturmhond del suelo, golpeándolo contra el poste de la tienda. El príncipe hizo una mueca, pero no se movió para defenderse.

—Tranquilo. No me llenes de sangre el uniforme. Déjame explicar…

—A ver si puedes explicarlo con mi puño en tu boca.

Sturmhond se retorció y, en un instante, se libró de Mal. Tenía un puñal en la mano, extraído de algún lugar del interior de su manga.

—Retrocede, Oretsev. Estoy manteniendo la compostura por el bien de ella, pero me encantaría destriparte como una carpa.

—Inténtalo —gruñó Mal.

—¡Basta ya! —Invoqué una brillante esquirla de luz que los cegó a los dos. Levantaron las manos para protegerse del resplandor, momentáneamente distraídos —. Sturmhond, envaina eso o serás tú quien acabe destripado. Mal, apártate.

Esperé hasta que Sturmhond guardara el puñal, con los puños todavía apretados. Se observaban cautelosamente. Tan solo unas horas antes habían sido amigos. Por supuesto, entonces Sturmhond había sido una persona completamente diferente.

El príncipe se alisó las mangas del uniforme.

—No estoy proponiendo un emparejamiento amoroso, patán romanticón, tan solo una alianza política. Si te paras a pensarlo un momento, verás que tiene mucho sentido para el país.

Mal soltó una risotada semejante a un ladrido.

—Quieres decir que tiene mucho sentido para ti.

—¿No pueden ser ciertas ambas cosas? He servido en el ejército. Sé de la guerra, y sé de armas. Sé que el Primer Ejército me seguirá. Puede que sea el segundo en la línea, pero sigo teniendo derecho de sangre al trono.

Mal lo golpeó en la cara con un dedo.

—No tienes derecho a ella.

Sturmhond pareció perder parte de su compostura.

—¿Qué pensabas que iba a pasar? ¿Pensabas que podías arrastrar por el mundo a una de las Grisha más poderosas como si fuera una campesina con la que te hubieras dado un revolcón en un granero? ¿Así es como pensabas que acabaría esta historia? Estoy intentando que el país no se venga abajo, no robarte a tu chica.

—Basta ya —dije en voz baja.

—Puedes quedarte en el palacio —continuó Nikolai—. ¿Tal vez como capitán de su guardia personal? No sería la primera vez que se realizan acuerdos similares.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Mal.

—Me pones enfermo.

Sturmhond agitó la mano con desdén.

—Soy un monstruo depravado, lo sé. Tan solo piensa un momento en lo que estoy diciendo.

—No tengo que pensar en nada —gritó Mal—. Y ella tampoco. No va a suceder.

—Sería un matrimonio solo de nombre —insistió Sturmhond. Después, como si no pudiera evitarlo, le dedicó a Mal una sonrisa burlona—. Salvo en el asunto de producir herederos.

Mal se lanzó hacia delante y Sturmhond se llevó la mano al puñal, pero vi lo que estaba a punto de suceder y me metí en medio.

—¡Parad! —grité—. Parad ya. ¡Y dejad de hablar de mí como si no estuviera aquí!

Mal soltó un gruñido de frustración y comenzó a pasearse por la tienda. Sturmhond levantó la silla que habían derribado y volvió a sentarse, tomándose su tiempo en estirar las piernas y servirse otro vaso de *kvas*.

Tomé aliento.

—Su alteza…

—Nikolai —me corrigió él—. Aunque también respondo cuando me llaman «cielo» o «guapo».

Mal intentó hablar, pero lo silencié con una mirada suplicante.

—Tienes que dejar de hacer eso, Nikolai —dije—. O te arrancaré esos dientes principescos yo misma.

Nikolai se frotó el moratón.

—Sé que se te da bien.

—Pues sí —repliqué con firmeza—. Y no voy a casarme conmigo.

Mal soltó aliento, y perdió parte de la rigidez en los hombros. Me preocupaba que hubiera pensado que había alguna posibilidad de que aceptara la oferta de Nikolai, y sabía que no le gustaría lo que iba a decir después.

Me armé de valor antes de hablar.

—Pero regresaré a Os Alta contigo.

Mal levantó la cabeza de golpe.

—Alina…

—Mal, siempre dijimos que encontraríamos la forma de regresar a Ravka, que encontraríamos la forma de ayudar. Si no hacemos algo, puede que no tengamos una Ravka a la que regresar. —Él sacudió la cabeza, pero yo me giré hacia Nikolai y me lancé—: Regresaré a Os Alta contigo, y consideraré la posibilidad de ayudarte a hacerte con el trono. —Respiré profundamente—. Pero quiero el Segundo Ejército.

La tienda se quedó en silencio. Los dos me miraban como si estuviera loca y, a decir verdad, no me sentía cuerda del todo. Pero ya estaba harta de ser arrastrada a través del Mar Auténtico y por media Ravka por gente que trataba de utilizarme a mí y a mi poder.

Nikolai soltó una risa nerviosa.

—La gente te adora, Alina, pero estaba pensando en un título algo más simbólico…

—No soy un símbolo —solté—. Y estoy cansada de ser un peón.

—No —dijo Mal—. Es demasiado peligroso. Sería como pintarte una diana en la espalda.

—Ya llevo una diana en la espalda —repliqué—. Y ninguno de nosotros estará jamás a salvo hasta que el Oscuro sea derrotado.

—¿Alguna vez has estado al mando de algo? —preguntó Nikolai.

Una vez había estado al mando de un seminario de aprendices cartógrafos, pero no creía que se refiriera a eso.

—No —admití.

—No tienes ni experiencia, ni precedente, ni derecho —dijo—. El Segundo Ejército ha estado dirigido por los Oscuros desde su fundación.

Por un Oscuro. Pero aquel no era el momento de explicárselo.

—La edad y el derecho de nacimiento no importan a los Grisha. Lo único que les importa es el poder. Yo soy la única Grisha que ha llevado jamás dos amplificadores. Y soy la única Grisha con vida lo suficientemente poderosa como para enfrentarme al Oscuro o a sus soldados de sombras. Nadie más puede hacer lo que hago yo.

Procuré que mi voz sonara confiada, incluso aunque no sabía a qué venía todo eso. Tan solo sabía que estaba cansada de vivir con miedo. Estaba cansada de huir. Y si Mal y yo queríamos alguna esperanza de encontrar al pájaro de fuego, necesitábamos respuestas. El Pequeño Palacio podría ser el único lugar donde las encontráramos.

Por un largo momento, los tres nos quedamos ahí de pie.

—Bien —dijo Nikolai—. Bien.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa, sopesando mis palabras. Después se levantó y me ofreció la mano.

—De acuerdo, Invocadora —dijo—. Ayúdame a ganarme a la gente, y los Grisha son tuyos.

—¿En serio? —solté abruptamente.

Nikolai se rio.

—Si planeas liderar un ejército, será mejor que aprendas a interpretar tu papel. La respuesta adecuada es: «sabía que entrarías en razón».

Tomé su mano. Era áspera y callosa: la mano de un pirata, no de un príncipe. Se la sacudí.

—En cuanto a mi propuesta… —comenzó.

—No tientes a tu suerte —atajé, retirando la mano—. Dije que iría contigo a Os Alta, y eso es todo.

—¿Y dónde iré yo? —preguntó Mal en voz baja.

Nos observaba con sus ojos azules fijos, con los brazos cruzados. Tenía sangre en la frente por la colisión del *Colibrí*. Parecía cansado y muy muy lejos de allí.

—Yo… pensaba que vendrías conmigo —tartamudeé.

—¿Como qué? —preguntó—. ¿El capitán de tu guardia personal?

Enrojecí.

Nikolai se aclaró la garganta.

—Aunque me encantaría ver cómo se resuelve esto, tengo algunas disposiciones que hacer. Salvo que, por supuesto…

—Lárgate —ordenó Mal.

—De acuerdo entonces. Os dejaré a ello.

Se apresuró a salir, deteniéndose solo para recuperar su espada.

El silencio en la tienda pareció estirarse y expandirse.

—¿Adonde quieres ir a parar con todo esto, Alina? —preguntó Mal—. Hemos luchado por salir de este lugar dejado de la mano de los Santos, y ahora volvemos a empantanarnos.

Me dejé caer en el catre y apoyé la cabeza sobre las manos. Estaba exhausta, y me dolía cada hueso del cuerpo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —imploré—. Lo que está pasando aquí, lo que le está pasando a Ravka… parte de la culpa es mía.

—Eso no es cierto.

Solté una risa hueca.

—Oh, sí que lo es. De no ser por mí, la Sombra no se estaría expandiendo. Novokribirsk seguiría en pie.

—Alina —dijo Mal, acuclillándose frente a mí y colocando las manos sobre mis rodillas—, incluso con todos los Grisha y un millar de las pistolas de Sturmhond, no eres lo bastante fuerte como para detenerlo.

—Si tuviéramos el tercer amplificador…

—¡Pero no lo tenemos!

Le cogí las manos.

—Lo tendremos.

Él me sostuvo la mirada.

—¿Y se te ha ocurrido que yo podría decir que no?

Me dio un vuelco el estómago. No. No se me había pasado por la mente que Mal podría negarse, y de pronto me sentí avergonzada. Lo había dado todo para estar conmigo, pero eso no significaba que estuviera feliz de hacerlo. Tal vez se había cansado de luchar, del miedo y de la incertidumbre. Tal vez se había cansado de mí.

—Pensaba… Pensaba que los dos queríamos ayudar a Ravka.

—¿Eso es lo que los dos queríamos? —preguntó.

Se levantó y me dio la espalda. Tragué saliva con fuerza, tratando de eliminar el dolor repentino que sentía en la garganta.

—Entonces, ¿no quieres ir a Os Alta?

Él se detuvo en la entrada de la tienda.

—Querías llevar el segundo amplificador. Lo tienes. ¿Quieres ir a Os Alta? Vale, iremos. Dices que necesitas el pájaro de fuego. Encontraré la forma de conseguírtelo. Pero cuando esto acabe, Alina, me pregunto si me seguirás queriendo para algo.

Me puse en pie de golpe.

—¡Por supuesto que sí! Mal…

Pero él no esperó a oír lo que pudiera decir. Salió a la luz del sol y desapareció.

Me apreté los ojos con las manos, tratando de eliminar las lágrimas que me amenazaban. ¿Qué estaba haciendo? No era una reina. No era una santa. Y desde

luego no sabía cómo dirigir un ejército.

Capté un vistazo de mí en el espejo de afeitar que había sobre la mesilla de noche. Me eché el abrigo y la camisa a un lado, desnudando la herida de mi hombro. Las marcas de las garras del *nichevo'ya* destacaban arrugadas y negras contra mi piel. El Oscuro había dicho que jamás sanarían completamente.

¿Qué herida no podía ser curada por el poder de los Grisha? Una provocada por algo que no debería haber existido en primer lugar.

Lo he visto. El rostro del Oscuro, pálido y hermoso, el ataque de su puñal. Había sido tan real. ¿Qué había sucedido en la Sombra?

Volver a Os Alta y tomar el control del Segundo Ejército era prácticamente una declaración de guerra. El Oscuro sabría dónde encontrarme, y cuando fuera lo bastante fuerte, iría a por mí. Estuviéramos preparados o no, no tendríamos más opción que enfrentarnos a él. Era un pensamiento terrible, pero me sorprendió descubrir que también me aliviaba.

Me enfrentaría a él. Y de un modo u otro, esto terminaría.





o nos marchamos enseguida a Os Alta, sino que pasamos los siguientes tres días transportando cargamentos de bienes a través de la Sombra. Operábamos con lo que había quedado del campamento militar en Kribirsk, ya que la mayoría de las tropas se habían retirado cuando la Sombra comenzó a expandirse. Se había levantado una nueva torre de observación para vigilar las orillas negras del Nocéano, y en los puertos secos solo trabajaba el número imprescindible de personas.

No quedaba ni un solo Grisha en el campamento. Después del golpe de Estado fallido del Oscuro y la destrucción de Novokribirsk, una oleada de sentimiento antigrisha se había propagado por Ravka y las filas del Primer Ejército. No me sorprendía. Una aldea entera había desaparecido, y su gente había acabado como comida para los monstruos. Ravka no lo olvidaría pronto. Y yo tampoco.

Algunos Grisha habían huido a Os Alta para buscar la protección del Rey. Otros se habían ocultado. Nikolai sospechaba que la mayoría había buscado al Oscuro para huir junto a él. Pero con la ayuda de los Vendavales rebeldes del príncipe, logramos hacer dos viajes a través de la Sombra el primer día, tres el segundo y cuatro el último. Los esquifes de arena viajaban vacíos hasta Ravka Occidental y volvían con enormes cargamentos de rifles zemeni, cajas llenas de munición, piezas para armas de repetición como las que Nikolai había utilizado a bordo del *Colibrí*, y unas pocas toneladas de azúcar y jurda: todo ello cortesía del contrabando de Sturmhond.

—Sobornos —dijo Mal mientras observábamos a los aturdidos soldados que rebuscaban en un cargamento que estaban descargando en el puerto, riendo y maravillándose ante la reluciente selección de armas.

—Regalos —corrigió Nikolai—. Descubrirás que las balas funcionan, independientemente de mis motivos. —Se giró hacia mí—. Creo que podríamos hacer un viaje más hoy. ¿Te apetece?

No me apetecía, pero asentí con la cabeza.

Él sonrió y me palmeó la espalda.

—Daré las órdenes.

Podía sentir a Mal observándome mientras me giraba para mirar la fluctuante oscuridad de la Sombra. El incidente del *Colibrí* no había vuelto a suceder. Fuera lo que fuera lo que había visto aquel día (visión o alucinación, no lo sabía), no había vuelto a suceder. Sin embargo, pasaba cada momento en el Nocéano alerta y recelosa, tratando de ocultar lo asustada que me sentía realmente.

Nikolai quería utilizar los cruces para cazar volcra, pero me negué. Le dije que todavía me encontraba débil y que no estaba segura de que tuviera suficiente poder como para garantizar nuestra seguridad. Mi miedo era real, pero el resto era mentira: mi poder era más fuerte que nunca. Fluía desde mí en oleadas puras y vibrantes, radiantes con la fuerza del ciervo y las escamas, pero no podía soportar la idea de volver a escuchar esos gritos. Mantuve la luz en una cúpula ancha y reluciente alrededor de los esquifes, y aunque los volcra chillaban y batían las alas, mantenían la distancia.

Mal nos acompañó en todos los cruces, cerca de mí, con el rifle preparado. Sabía que era capaz de sentir mi ansiedad, pero no me presionó para que explicara nada. De hecho, no había dicho prácticamente nada desde nuestra discusión en la tienda. Tenía miedo de que cuando empezara a hablar no me gustara lo que tuviera que decir. Yo no había cambiado de idea sobre regresar a Os Alta, pero me preocupaba que él sí lo hiciera.

La mañana que levantamos el campamento para volver a la capital, lo busqué entre la multitud, temerosa de que hubiera decidido no aparecer. Dije una pequeña plegaria de agradecimiento cuando lo vi, silencioso sobre su montura y con la espalda recta, esperando para unirse al grupo de jinetes.

Salimos antes del amanecer, una serpenteante procesión de caballos y vagones que avanzaban por la ancha carretera conocida como la Vy. Nikolai había conseguido una *kefta* sencilla de color azul para mí, pero se hallaba metida en mi equipaje. Hasta que tuviera a más de sus hombres protegiéndome, yo no era más que otro soldado en el séquito del príncipe.

Mientras el sol aparecía en el horizonte, sentí un leve aleteo de esperanza. La idea de ocupar el lugar del Oscuro, de tratar de reorganizar a los Grisha y dirigir el Segundo Ejército todavía me resultaba abrumadora, pero al menos estaba haciendo algo que no fuera huir del Oscuro o esperar a que él me atrapara. Tenía dos de los amplificadores de Morozova, y me dirigía a un lugar donde podría encontrar respuestas que me llevaran al tercero. Mal no estaba contento, pero mientras observaba la luz de la mañana que atravesaba las copas de los árboles, estaba segura de que lo haría entrar en razón.

Mi buen humor no sobrevivió al viaje a través de Kribirsk. Habíamos atravesado la ciudad portuaria en ruinas tras el accidente del lago, pero había estado demasiado alterada y distraída como para darme cuenta realmente de cómo había cambiado el

lugar. Esta vez, fue inevitable.

Aunque Kribirsk nunca había sido demasiado bonita, sus aceras siempre habían estado repletas de viajantes y mercaderes, los hombres del Rey y estibadores. Sus abarrotadas calles habían estado llenas de tiendas ajetreadas listas para equipar expediciones a la Sombra, además de bares y burdeles que abastecían a los soldados del campamento. Pero las calles estaban silenciosas y casi vacías. La mayoría de las posadas y tiendas habían sido entabladas.

La verdadera revelación ocurrió cuando llegamos a la iglesia. La recordaba como un pulcro edificio coronado por brillantes cúpulas azules. Ahora, las paredes encaladas estaban cubiertas de letras, fila tras fila de nombres escritos en pintura roja que al secarse habían quedado del color de la sangre. Los escalones estaban llenos de ramos de flores marchitas, pequeños iconos pintados y restos de velas fundidas. Vi botellas de *kvas*, montañas de caramelos, el cuerpo abandonado de una muñeca. Regalos para los muertos.

Recorrí la lista de nombres:

Stepan Ruschkin, 57

Anya Sirenka, 13

Mikah Lasky, 44

Petyr Ozerov, 22

Marina Koska, 19

Valentín Yomki, 72

Sasha Penkin, 8 meses

Continuaba y continuaba. Mis dedos se aferraron a las riendas mientras una garra helada me atenazaba el corazón. Los recuerdos acudieron a mí sin ser invitados: una madre que corría con su hijo en brazos, un hombre que tropezaba cuando la oscuridad lo atrapó, con la boca abierta en un grito, una mujer mayor, confusa y asustada, tragada por la multitud aterrorizada. Yo lo había visto todo. Yo lo había hecho posible.

Eran la gente de Novokribirsk, la ciudad que se había encontrado justo enfrente de Kribirsk, al otro lado de la Sombra. Una ciudad hermana llena de familiares, amigos, compañeros de negocios. Gente que había trabajado en los puertos y se había encargado de los esquifes, algunos que debían haber sobrevivido a múltiples cruces. Habían vivido en los límites del horror, pensando que se encontraban a salvo en sus propias casas, caminando las calles de su pequeña ciudad portuaria. Y ahora todos habían desaparecido porque yo no había conseguido detener al Oscuro. Mal condujo a su caballo junto al mío.

—Alina —dijo con suavidad—. Vámonos.

Sacudí la cabeza. Quería recordarlos. *Tasha Stol, Andrei Bazin, Shura Rychenko*. Tantos como pudiera. Habían sido asesinados por el Oscuro. ¿Lo atormentaban en sueños tanto como me atormentaban a mí?

—Tenemos que detenerlo, Mal —dije con voz ronca—. Tenemos que encontrar

una forma.

No sé qué esperaba que dijera, pero permaneció en silencio. No estaba segura de que Mal quisiera hacerme más promesas.

Finalmente se alejó, pero me forcé a leer cada uno de los nombres, y solo entonces me giré para marcharme, guiando a mi caballo de vuelta a la calle desierta.

Algo de vida pareció regresar a Kribirsk mientras nos alejábamos de la Sombra. Unas cuantas tiendas estaban abiertas, y todavía había mercaderes que exponían sus mercancías en la franja de la Vy conocida como el Camino del Vendedor. Había mesas desvencijadas bordeando el camino, con las superficies cubiertas de telas de colores brillantes y llenas de mercancías revueltas: botas y chales de oración, juguetes de madera, cuchillos de mala calidad en vainas hechas a mano. Muchas de las mesas estaban llenas de lo que parecían pedazos de roca y huesos de pollo.

—*¡Provinye osti!* —gritaban los vendedores—. *¡Autchen'ye osti!* Hueso real. Hueso auténtico.

Mientras me inclinaba sobre la cabeza del caballo para ver mejor, un hombre mayor gritó mi nombre.

Levanté la mirada, sorprendida. ¿Me conocía?

Nikolai apareció de pronto junto a mí. Empujó su caballo cerca del mío y me cogió las riendas, dándoles un fuerte tirón para alejarme de la mesa.

—*Net, spasibo* —le dijo al hombre mayor.

—¡Alina! —gritó el vendedor—. *¡Autchen'ye Alina!*

—Espera —dije, girándome en mi montura para ver mejor la cara del hombre. Estaba ordenando lo que había expuesto en la mesa. Si no podía vender, parecía haber perdido todo interés en nosotros.

—Espera —insistí—. Me conocía.

—No, no te conocía.

—Sabía mi nombre —dije, recuperando mis riendas con enfado.

—Estaba tratando de venderte reliquias. Huesos de dedos. Sankta Alina auténtica.

Me quedé paralizada, y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Mi caballo, distraído, siguió avanzando.

—Alina auténtica —repetí, aturdida.

Nikolai se movió sobre su montura con inquietud.

—Hay rumores de que moriste en la Sombra. La gente lleva meses vendiendo partes de ti por toda Ravka y Ravka Occidental. Eres un verdadero amuleto de la buena suerte.

—¿Se supone que eso eran mis huesos?

—Nudillos, dedos de los pies, fragmentos de costilla.

Tenía ganas de vomitar. Miré a mi alrededor esperando ver a Mal. Necesitaba ver algo familiar.

—Por supuesto —continuó Nikolai—, si tan solo la mitad fueran realmente tus dedos, tendrías unos cien pies. Pero la superstición es algo poderoso.

—Y la fe también —dijo una voz detrás de mí, y cuando me giré, me sorprendió ver allí a Tolya, montado en un enorme caballo de guerra negro, con el ancho rostro solemne.

Era demasiado. El optimismo que había sentido tan solo una hora antes se había desvanecido. De pronto parecía como si el cielo estuviera cerniéndose sobre mí, cerrándose como una trampa. Di una patada a mi caballo para que fuera a medio galope. Siempre había sido una mala jinete, pero me agarré fuerte y no me detuve hasta que Kribirsk quedó muy atrás y ya no oía el ruido de los huesos.

Aquella noche nos quedamos en una posada en la aldea de Vernost, donde nos encontramos con un grupo de soldados fuertemente armados del Primer Ejército. Pronto aprendí que muchos eran del Vigésimo Segundo, el regimiento con el que había servido Nikolai y que acabó ayudando a dirigir en la campaña militar del norte. Aparentemente, el príncipe quería estar rodeado de amigos cuando entrara en Os Alta. No podía culparlo.

Pareció relajarse en su presencia y, una vez más, su comportamiento cambió. Se movía sin esfuerzo entre el papel del aventurero superficial y el del príncipe arrogante, y ahora se había convertido en un amado comandante, un soldado que reía fácilmente con sus compañeros y sabía los nombres de todos.

Los soldados llevaban un espléndido carruaje, lacado en el azul pálido de Ravka y decorado con el águila doble del Rey en un lado. El príncipe había pedido que añadieran un sol dorado al otro. El carruaje estaba tirado por seis caballos blancos a juego. Mientras el reluciente artilugio entraba retumbando en el patio de la posada, tuve que poner los ojos en blanco, recordando los excesos del Gran Palacio. Tal vez el mal gusto fuera hereditario.

Había esperado cenar a solas con Mal en mi habitación, pero Nikolai insistió en que cenáramos todos juntos en la sala común de la posada. Así que en lugar de relajarme en paz junto al fuego, nos embutieron codo con codo en una mesa ruidosa llena de oficiales. Mal no había dicho ni una palabra en toda la comida, pero Nikolai hablaba suficiente por los tres.

Mientras atacaba un plato de rabo de buey estofado, relató la aparentemente interminable lista de lugares donde tenía intención de detenerse de camino a Os Alta. El simple hecho de escucharlo me agotaba.

—No me había dado cuenta de que «ganarse a la gente» significaba conocer a todos y cada uno —gruñí—. ¿No tenemos prisa?

—Ravka necesita saber que su Invocadora del Sol ha regresado.

—¿Y su caprichoso príncipe?

—El también. Los cotilleos ayudarán más que los anuncios reales. Y eso me recuerda —añadió, bajando la voz—, que de ahora en adelante deberás comportarte como si alguien te estuviera observando en todo momento. —Nos señaló a Mal y a

mí con el tenedor—. Lo que hagas en privado es asunto tuyo, tan solo sé discreta.

Casi me atraganté con el vino.

—¿Qué? —balbuceé.

—Una cosa es que te relacionen con un príncipe real, y otra muy distinta es que piensen que te estés revolcando con un campesino.

—No me… ¡Eso no es asunto de nadie! —susurré con furia. Le lancé una mirada a Mal, que tenía los dientes apretados y sujetaba su cuchillo un poco más fuerte de lo necesario.

—El poder está en las alianzas —dijo Nikolai—. Es asunto de todos. —Tomó otro sorbo de vino mientras yo lo miraba con incredulidad—. Y deberías llevar tus propios colores.

Sacudí la cabeza, confundida por el cambio de tema.

—¿Ahora me vas a elegir la ropa?

Llevaba la *kefta* azul, pero estaba claro que eso no bastaba para satisfacer a Nikolai.

—Si tienes intención de dirigir el Segundo Ejército y ocupar el lugar del Oscuro, tienes que dar el pego.

—Los Invocadores van de azul —repliqué con irritabilidad.

—No subestimes el poder de la grandilocuencia, Alina: a la gente le gusta el espectáculo. El Oscuro comprendía eso.

—Pensaré en ello.

—Yo sugeriría el dorado —continuó Nikolai—. Muy regio, muy apropiado…

—¿Muy hortera?

—Dorado y negro sería lo mejor. El simbolismo perfecto, y…

—Nada de negro —intervino Mal. Se alejó de la mesa y, sin una palabra más, desapareció en la sala abarrotada.

Coloqué el tenedor sobre la mesa.

—No sé si buscas problemas deliberadamente o si tan solo eres un gilipollas.

El príncipe tomó otro bocado de su cena.

—¿No le gusta el negro?

—Es el color del hombre que trató de matarlo y me secuestra de vez en cuando. ¿Mi enemigo jurado?

—Más razón aún para reclamar ese color como el tuyo.

Estiré el cuello para ver adonde había ido Mal. Lo vi a través de la puerta abierta, tomando asiento él solo junto a la barra.

—No —dije—. Nada de negro.

—Como gustes —replicó Nikolai—. Pero elige algo para ti y para tus guardias.

Suspiré.

—¿De verdad necesito guardias?

Nikolai se reclinó sobre la silla y me examinó, con el rostro repentinamente serio.

—¿Sabes cómo me gané el nombre de Sturmhond? —preguntó.

—Pensaba que era algún tipo de broma, un juego con Sobachka.

—No. Es un nombre que me gané. El primer barco enemigo que abordé fue un mercader fjerdano fuera de Djerholm. Cuando le dije al capitán que tirara su espada, él se rio en mi cara y me dijo que corriera a casa con mi madre. Dijo que los hombres fjerdanos hacían pan con los huesos de los flacuchos chicos ravkanos.

—¿Así que lo mataste?

—No. Le dije que los capitanes viejos y estúpidos no eran buena comida para los hombres ravkanos. Después le corté los dedos y se los di de comer a mi perro mientras él observaba.

—Que tú… ¿qué?

La habitación estaba repleta de soldados ruidosos que cantaban, gritaban, contaban historias, pero todo desapareció cuando me quedé mirando a Nikolai en silencio, aturdida. Era como si lo estuviera viendo transformarse otra vez, como si la encantadora máscara hubiera cambiado para revelar a un hombre muy peligroso.

—Ya me has oído. Mis enemigos comprendían la brutalidad, y mi tripulación también. Cuando todo acabó, bebí con mis hombres y repartí el botín. Después volví a mi camarote, vomité la buena cena que había preparado el camarero, y lloré hasta quedarme dormido. Pero ese fue el día que me convertí en un auténtico corsario, y ese fue el día que nació Sturmhond.

—Pues menudo cachorro —dije, sintiendo náuseas.

—Era un muchacho tratando de dirigir una tripulación indisciplinada de ladrones y rebeldes contra enemigos que eran más viejos, más sabios y más duros. Necesitaba que me temieran. Todos. Y si no lo hubieran hecho, habría muerto más gente.

Aparté mi plato.

—¿Los dedos de quién me estás diciendo que corte?

—Lo que te estoy diciendo es que si quieres ser un líder, es hora de que comiences a pensar y actuar como uno.

—Ya he oído esto, ¿sabes? del Oscuro y sus seguidores. Sé brutal. Sé cruel. Más vidas se salvarán a la larga.

—¿Piensas que soy como el Oscuro?

Lo examiné: el pelo dorado, el elegante uniforme, aquellos ojos color avellana demasiado inteligentes.

—No —dije lentamente—. No creo que lo seas. —Me levanté para unirme a Mal —. Pero me he equivocado antes.

El viaje a Os Alta no fue tanto una marcha como un desfile lento e insoportable. Nos deteníamos en cada pueblo a lo largo de la Vy, en granjas, escuelas, iglesias y lecherías. Saludábamos a los dignatarios locales y visitábamos los hospitales. Cenábamos con veteranos de guerra y aplaudíamos a los coros femeninos.

Era difícil no darse cuenta de que la mayoría de las aldeas estaba habitada

principalmente por gente muy joven o muy vieja. Cada persona capaz había sido llamada a filas para servir en el Ejército del Rey y luchar en las guerras interminables de Ravka. Los cementerios eran tan grandes como los pueblos.

Nikolai entregaba monedas de oro y sacos de azúcar. Aceptaba apretones de manos de los mercaderes y besos en la mejilla de las matronas que lo llamaban Sobachka, y encandilaba a cualquiera que se acercara a menos de un metro. No parecía cansarse ni flaquear nunca. Sin importar cuantos kilómetros hubiéramos recorrido ni cuánta gente hubiéramos conocido, él siempre estaba listo para conocer a alguien más.

Siempre parecía saber lo que la gente quería de él, cuándo ser el chico que se reía, el príncipe azul, el soldado agotado. Suponía que era el entrenamiento que implicaba haber nacido como parte de la realeza y haberse criado en la corte, pero resultaba desconcertante de observar.

No había estado bromeando con lo del espectáculo. Siempre intentaba que llegáramos al amanecer o al ocaso, y si no, detenía nuestra procesión en las profundas sombras de una iglesia o la plaza del pueblo, todo para exhibir mejor a la Invocadora del Sol.

Cuando me pilló poniendo los ojos en blanco, se limitó a guiñar un ojo y decir:

—Todo el mundo piensa que estás muerta, preciosa. Es importante que te vean bien.

Así que me ceñí a mi parte del trato e interpreté mi papel. Sonreí gentilmente e invoqué a la luz para que brillara por encima de los tejados y los campanarios, para que bañara con su calidez los rostros atónitos. La gente lloraba. Las madres me llevaban a sus hijos para que los besara, y los ancianos se inclinaban ante mí, con las mejillas húmedas por las lágrimas. Me sentía como un completo fraude, y eso fue lo que le dije a Nikolai.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, genuinamente desconcertado—. La gente te adora.

—Quieres decir que adoran lo que tú les has vendido —gruñí mientras salíamos de un pueblo.

—¿Acaso tú has vendido algo alguna vez?

—No tiene gracia —susurré con furia—. Has visto lo que puede hacer el Oscuro. Esta gente va a enviar a sus hijos a luchar con los *nichevo'ya*, y yo no voy a poder salvarlos. Les estás contando una mentira.

—Les estamos dando esperanza. Eso es mejor que nada.

—Hablas como si nunca hubieras tenido nada —dije, y me alejé con mi caballo.

Estábamos en la época más bonita del verano en Ravka, con los campos llenos de verde y dorado, el aire aromático y dulce con el olor del heno cálido. A pesar de las protestas de Nikolai, insistí en privarme de las comodidades del carruaje. Tenía el

trasero dolorido, y mis muslos se quejaban en voz alta cuando bajaba de mi montura cada noche, pero montar mi propio caballo significaba aire fresco y la oportunidad de buscar a Mal cada día. No hablaba mucho, pero parecía estarse ablandando un poco.

El príncipe había hecho correr la historia de cómo el Oscuro había tratado de ejecutar a Mal en la Sombra. Eso le proporcionó confianza instantánea entre los soldados, incluso cierto estatus de celebridad. En ocasiones, iba a explorar con los rastreadores de la unidad, y también trataba de enseñar a cazar a Tolya, aunque al enorme Grisha no se le daba muy bien eso de acechar con sigilo en el bosque.

En el camino de salida de Sala, estábamos pasando junto a un grupo de olmos blancos cuando Mal se aclaró la garganta y dijo:

—Estaba pensando…

Me senté recta y le dediqué toda mi atención. Era la primera vez que había iniciado una conversación desde que habíamos salido de Kribirsk.

El se movió sobre su silla, sin cruzarme la mirada.

—Estaba pensando en quién podíamos utilizar para la guardia.

Fruncí el ceño.

—¿La guardia?

Él se aclaró la garganta.

—Para ti. Algunos de los hombres de Nikolai parecen buena gente, y creo que deberíamos considerar a Tolya y Tamar. Son shu, pero también son Grisha, así que no debería ser un problema. Y luego… bueno, estoy yo.

Creo que nunca antes había visto sonrojarse a Mal.

Sonreí.

—¿Estás diciendo que quieres ser el capitán de mi guardia personal?

Él me miró, con una sonrisita en los labios.

—¿Podré llevar un sombrero bonito?

—El más bonito —dije—. Y posiblemente una capa.

—¿Tendré penachos?

—Oh, sí. Muchos.

—Entonces, cuenta conmigo.

Quería dejarlo ahí, pero no pude evitarlo.

—Pensaba… pensaba que querrías volver a tu unidad, para volver a ser un rastreador.

Mal examinó el nudo de sus riendas.

—No puedo volver. Con suerte, Nikolai evitará que me cuelguen…

—¿Con suerte? —chillé.

—Soy un desertor, Alina. Ni siquiera el Rey puede volver a convertirme en rastreador.

Su voz era firme, despreocupada.

Se adapta, pensé. Pero sabía que alguna parte de él siempre se lamentaría por la vida que debería haber tenido, la vida que hubiera tenido de no ser por mí.

Asintió hacia delante, donde la espalda de Nikolai apenas resultaba visible entre los jinetes.

—Y ni de broma voy a dejarte sola con el Príncipe Perfecto.

—¿Así que no confías en que pueda resistirme a sus encantos?

—Ni siquiera confío en mí. Nunca había visto a nadie manejar una multitud como lo hace él. Estoy seguro de que las rocas y los árboles se están preparando para jurarle fidelidad.

Me reí y me incliné hacia atrás, sintiendo el sol que calentaba mi piel a través de las sombras moteadas de las copas de los árboles que teníamos encima. Toqué con los dedos el grillete del azote marino, cuidadosamente oculto por mi manga. Por el momento, quería que el segundo amplificador fuera un secreto. Los Grisha de Nikolai habían jurado mantener el silencio, y tan solo podía esperar que contuvieran sus lenguas.

Mis pensamientos se dirigieron al pájaro de fuego. Alguna parte de mí todavía no podía creer que fuera real. ¿Tendría el aspecto que tenía en las páginas del libro rojo, con las plumas de color blanco y dorado? ¿O estarían las puntas de sus alas en llamas? ¿Y qué clase de monstruo lo abatiría con una flecha?

Me había negado a tomar la vida del ciervo, y eso había provocado la muerte de incontables personas: los ciudadanos de Novokribirsk, los soldados y los Grisha que había abandonado en el esquife del Oscuro. Pensé en esos altos muros de las iglesias cubiertos con los nombres de los muertos.

El ciervo de Morozova. Rusalye. El pájaro de fuego. Las leyendas cobraban vida delante de mis ojos, solo para morir enfrente de mí. Recordé los costados jadeantes del azote marino, el débil silbido de sus últimos alientos. Había estado al borde de la muerte, y aun así había dudado.

No quiero ser una asesina. Pero tal vez la misericordia era un lujo que la Invocadora del Sol no podía permitirse. Me estremecí. Primero teníamos que encontrar al pájaro de fuego. Hasta entonces, todas nuestras esperanzas se hallaban en un príncipe que no era de fiar.

Al día siguiente aparecieron los primeros peregrinos. Parecían como cualquier otro aldeano, esperando junto al camino para ver pasar la procesión real, pero llevaban brazaletes y estandartes decorados con un sol naciente. Sucios de los largos días de viaje, cargaban con morrales y sacos que contenían sus pocas pertenencias, y cuando me veían con mi *kefta* azul y el collar del ciervo alrededor del cuello, corrían hacia mi caballo, murmurando «Sankta, Sankta», y trataban de agarrarme la manga o el dobladillo. A veces caían de rodillas, y tenía que tener cuidado de que mi caballo no los pisoteara.

Pensaba que me había acostumbrado a toda la atención, incluso a que los extraños me toquetearan, pero aquello era diferente. No me gustaba que me llamaran «Santa»,

y había una ansiedad en sus rostros que me ponía de los nervios.

Mientras nos internábamos más en Ravka, las multitudes crecían. Venían de todas direcciones, de ciudades, pueblos y puertos. Se apiñaban en las plazas de las aldeas y a los lados de la Vy, hombres y mujeres, mayores y jóvenes, algunos a pie, otros sobre burros o carros de heno. Dondequiera que fuéramos, gritaban mi nombre.

A veces era Sankta Alina; otras, Alina la Justa, o la Radiante, o la Misericordiosa. Hija de Keramzin, gritaban, Hija de Ravka. Hija de la Sombra. Rebe Dva Stolba, me llamaban, Hija de los Dos Molinos, por el valle que daba hogar al asentamiento sin nombre donde había nacido. Tenía un vaguísimo recuerdo de las ruinas que habían dado nombre al valle, dos husos rocosos a cada lado de un camino polvoriento. El Apparat había estado ocupado investigando sobre mi pasado, revolviendo entre los escombros para construir la historia de una Santa.

Las expectativas de los peregrinos me aterrorizaban. Por lo que ellos sabían, yo había venido para librar a Ravka de sus enemigos, de la Sombra, del Oscuro, de la pobreza, del hambre, de los pies doloridos, de los mosquitos y de cualquier otra cosa que pudiera preocuparlos. Me rogaban que los bendijera, que los curara, pero yo solo podía invocar la luz, saludar y dejar que me tocaran la mano. Todo era parte del espectáculo de Nikolai.

Los peregrinos no habían acudido solo a verme, sino a seguirme. Se unían a la procesión real, y el grupo harapiento crecía con cada día que pasaba. Nos seguían de pueblo a pueblo, acampaban en los campos en barbecho, mantenían vigilias al amanecer en las que rezaban por mi seguridad y la salvación de Ravka. Estaban a punto de sobrepasar en número a los soldados de Nikolai.

—Esto es por culpa del Apparat —me quejé a Tamar una noche, durante la cena.

Nos alojábamos en una posada de carretera aquella noche. A través de las ventanas podía ver las luces de los fuegos de los peregrinos, y los oía cantar canciones de campesinos.

—Esta gente debería estar en sus casas, trabajando sus campos y cuidando de sus hijos, no siguiendo a una Santa falsa.

Tamar empujó en su plato un trozo de patata demasiado cocida y dijo:

—Mi madre me decía que el poder Grisha era un don divino.

—¿Y tú la creías?

—No tengo una explicación mejor.

Solté el tenedor.

—Tamar, no tenemos un don divino. El poder Grisha es tan solo algo con lo que nacemos, como tener los pies grandes o una buena voz para cantar.

—Eso es lo que piensan los shu. Que es algo físico, enterrado en tu corazón o en tu bazo, algo que puede ser aislado y diseccionado. —Miró por la ventana hacia el campamento de los peregrinos—. No creo que esa gente esté de acuerdo.

—Por favor, no me digas que piensas que soy una Santa.

—No importa lo que seas. Lo que importa es lo que puedes hacer.

—Tamar…

—Esa gente piensa que puedes salvar Ravka — continuó—. Es obvio que tú también lo piensas, o de lo contrario no estaríamos yendo a Os Alta.

—Estoy yendo a Os Alta para reconstruir el Segundo Ejército.

—¿Y buscar el tercer amplificador?

Casi se me cayó el tenedor.

—Baja la voz —balbuceé.

—Vimos el *Istorii Sankt'ya*.

Así que Sturmhond no había mantenido en secreto el libro.

—¿Quién más lo sabe? —pregunté, tratando de recobrar la compostura.

—No se lo vamos a decir a nadie, Alina. Sabemos lo que está en juego. —El vaso de Tamar había dejado un círculo húmedo sobre la mesa. Lo recorrió con el dedo y dijo—: ¿Sabes? Hay gente que piensa que los primeros Santos fueron Grisha.

Fruncí el ceño.

—¿Qué gente?

Ella se encogió de hombros.

—La suficiente como para que excomulgaran a sus líderes. A algunos incluso los quemaron en la pira.

—Nunca había oído eso.

—Fue hace mucho tiempo. No entiendo por qué esa idea enfada tanto a la gente. Incluso si los Santos fueran Grisha, eso no convierte lo que hicieron en menos milagroso.

Me retorcí en mi silla.

—No quiero ser una Santa, Tamar. No estoy tratando de salvar el mundo, tan solo quiero encontrar la manera de derrotar al Oscuro.

—Reconstruir el Segundo Ejército. Derrotar al Oscuro. Destruir la Sombra. Liberar Ravka. Llámalo como quieras, pero suena sospechosamente a salvar el mundo.

Bueno, si lo ponía así, sí que parecía un poco ambicioso. Tomé un sorbo de vino. Estaba amargo comparado con el que había a bordo del *Volkvolny*.

—Mal va a pediros a ti y a Tolya que seáis parte de mi guardia personal.

Una hermosa sonrisa atravesó el rostro de Tamar.

—¿De verdad?

—Prácticamente hacéis ya el trabajo de todos modos. Pero si vais a estar protegiéndome día y noche, tienes que prometerme una cosa.

—Lo que sea —dijo ella, sonriendo.

—Nada de hablar más de Santos.





egún iban creciendo las multitudes de peregrinos, cada vez eran más difíciles de controlar, y pronto me vi forzada a viajar en el carruaje. Algunos días Mal me acompañaba, pero normalmente prefería montar fuera, escoltando el vehículo junto a Tolya y Tamar. Por mucho que deseara su compañía, sabía que era lo mejor. Estar atrapado en aquel joyero lacado siempre parecía ponerlo de mal humor.

Nikolai solo se me unía cuando entrábamos o salíamos de alguna aldea, para que nos vieran llegar e irnos juntos. Hablaba todo el tiempo. Siempre estaba pensando en cosas nuevas que construir: un artilugio para pavimentar caminos, un nuevo sistema de irrigación, un barco que pudiera remarse a sí mismo. Dibujaba bocetos en cualquier trozo de papel que pudiera encontrar, y cada día parecía tener una nueva idea para mejorar la siguiente versión del *Colibrí*.

Por muy nerviosa que me pusiera, también estaba dispuesto a hablar del tercer amplificador y del Oscuro. Él tampoco reconocía el arco de piedra de la ilustración, y por mucho que entrecerráramos los ojos mirando la página Sankt Ilya no nos iba a revelar sus secretos. Pero eso no evitó que Nikolai especulara sin fin sobre los posibles lugares donde podríamos comenzar a cazar al pájaro de fuego; o que me preguntara sobre el nuevo poder del Oscuro.

—Estamos a punto de ir a la guerra juntos —dijo—. Por si lo has olvidado, el Oscuro no siente mucho aprecio por mí. Me gustaría tener todas las ventajas que podamos conseguir.

No había mucho que pudiera decirle. Apenas comprendía lo que estaba haciendo el Oscuro.

—Los Grisha solo podemos utilizar y alterar lo que ya existe. Crear de verdad es una clase distinta de poder. Baghra lo llamaba «la creación en el corazón del mundo».

—¿Y crees que eso es lo que busca el Oscuro?

—Tal vez, no lo sé. Todos tenemos límites, y si los forzamos, nos cansamos. Pero

a largo plazo, utilizar nuestro poder nos hace más fuertes. Pero cuando el Oscuro invoca a los *nichevo'ya*, es diferente. Creo que le cuesta. —Describí el esfuerzo que había mostrado el rostro del Oscuro, su fatiga—. El poder no lo está alimentando. Se está alimentando de él.

—Bueno, eso lo explica —dijo Nikolai, tamborileando con los dedos sobre su muslo, con una oleada de posibilidades en la mente.

—¿Qué explica?

—Que sigamos vivos, y que mi padre siga en el trono. Si el Oscuro pudiera invocar a un ejército de sombras, ya las habría lanzado contra nosotros. Esto es bueno —añadió con decisión—. Nos da tiempo.

La pregunta era cuánto. Pensé en el deseo que había sentido mientras miraba las estrellas a bordo del *Volkvolny*. El ansia de poder había corrompido al Oscuro. Por lo que sabía, podía haber corrompido también a Morozova. Unir los amplificadores podía desatar un dolor de una clase que el mundo no hubiera conocido jamás.

Me froté los brazos, tratando de deshacerme del frío que había caído sobre mí. No podía contarle esas dudas al príncipe, y Mal ya era lo bastante reacio al camino que habíamos elegido.

—Sabes a lo que nos enfrentamos —dije—. Tal vez el tiempo no sea suficiente.

—Os Alta está enormemente fortificada. Se encuentra cerca de la base de Poliznaya y, más importante aún, está lejos de las fronteras del norte y del sur.

—¿Eso nos ayuda?

—El alcance del Oscuro es limitado. Cuando destrozamos su barco, no fue capaz de enviar a los *nichevo'ya* a que nos persiguieran. Eso significa que tendrá que entrar en Ravka con sus monstruos. Las montañas del este son intransitables, y no puede cruzar la Sombra sin ti, así que tendrá que venir desde Fjerda o Shu Han. En cualquier caso, tendremos suficientes advertencias.

—¿Y el Rey y la Reina se quedarán?

—Si mi padre abandonara la capital, sería como entregarle el país al Oscuro. Además, no creo que esté lo bastante fuerte como para viajar.

Pensé en la *kefta* roja de Genya.

—¿No se ha recuperado?

—Han evitado que las noticias se extiendan, pero no, no lo ha hecho, y dudo que lo haga. —Cruzó los brazos e inclinó la cabeza hacia un lado—. Tu amiga es impresionante. Para ser una envenenadora.

—No es mi amiga —repliqué, aunque las palabras sonaban infantiles a mis oídos y parecían una traición. Culpaba a Genya por muchas cosas, pero no por lo que le había hecho al Rey. Nikolai parecía tener espías en todas partes, y me pregunté si sabía qué clase de hombre era realmente su padre—. Y dudo que utilizara veneno.

—Le hizo algo. Ninguno de sus doctores puede encontrar una cura, y mi madre no deja que se le acerque ningún Corporalnik Sanador. —Se quedó en silencio un momento, y después dijo—: En realidad, fue una jugada inteligente.

Alcé las cejas.

—¿Tratar de matar a tu padre?

—El Oscuro podría haber asesinado fácilmente a mi padre, pero se hubiera arriesgado a una rebelión de los campesinos y el Primer Ejército. Con el Rey vivo y aislado, nadie sabía qué estaba pasando realmente. El Apparat se encontraba allí, jugando a ser el consejero de confianza, dando órdenes. Vasily estaba fuera en algún sitio, comprando caballos y putas. —Hizo una pausa, miró por la ventana y recorrió con el dedo su borde dorado—. Yo estaba en el mar. No me enteré de las noticias hasta varias semanas después de que todo hubiera acabado.

Esperé, sin saber si debería hablar. Sus ojos estaban fijos en el paisaje que pasaba, pero su expresión era distante.

—Cuando se propagó la noticia de la masacre en Novokribirsk y la desaparición del Oscuro, se desató el infierno. Un grupo de ministros reales y la guardia del palacio lucharon por entrar en el Gran Palacio y exigieron ver al Rey. ¿Sabes lo que encontraron? A mi madre encogida de miedo en su salita, aferrándose a ese perrillo suyo. Y el Rey de Ravka, Alexander Tercero, solo en su dormitorio, sin apenas respirar, sobre su propia porquería. Yo dejé que eso sucediera.

—No podías haber sabido lo que estaba planeando el Oscuro, Nikolai. Nadie podía.

No pareció oírme.

—Los Grisha y los *oprichniki* que custodiaban el palacio siguiendo las órdenes del Oscuro fueron apresados en la ciudad, tratando de escapar. Fueron ejecutados.

Traté de reprimir un escalofrío.

—¿Qué pasó con el Apparat?

El sacerdote había conspirado con el Oscuro, y podía seguir trabajando con él. Pero había intentado acercarse a mí antes del golpe de Estado, y siempre había pensado que estaba jugando a algo que iba mucho más allá.

—Escapó, nadie sabe cómo —dijo con voz dura—. Pero responderá por sus actos cuando llegue el momento.

Volví a vislumbrar la faceta despiadada que se ocultaba bajo sus refinados modales. ¿Era ese el auténtico Nikolai Lantsov? ¿O tan solo otro disfraz?

—Dejaste que Genya se fuera —dije.

—Ella era un peón, y tú eras el premio. Tenía que mantenerme centrado. —Entonces sonrió, y su humor oscuro se desvaneció como si nunca hubiera existido—. Además —añadió con un guiño—, era demasiado hermosa para los tiburones.

Viajar en el carruaje me dejaba nerviosa, frustrada por el ritmo que llevaba Nikolai, y deseosa de llegar al Pequeño Palacio. Sin embargo, el viaje le dio la oportunidad de ayudarme a prepararme para nuestra llegada a Os Alta. Nikolai tenía un interés considerable en mi éxito como líder del Segundo Ejército, y siempre parecía tener

nuevos conocimientos que quisiera impartirme. Era abrumador, pero no me parecía que pudiera permitirme ignorar sus consejos, y comencé a sentirme como si estuviera de nuevo en la biblioteca del Pequeño Palacio, llenando la cabeza de teoría Grisha.

Cuanto menos digas, más peso tendrán tus palabras.

No discutas. No te rebajes a desmentir nada. Ríete de los insultos.

—Tú no te reíste del capitán fjerdano —observé.

—Eso no era un insulto —replicó—. Era un desafío. Tienes que aprender la diferencia.

La debilidad es un disfraz Póntelo cuando necesiten saber que eres humana, pero nunca cuando la sientas.

No anheles ladrillos cuando puedes construir con piedra. Utiliza lo que sea o a quien sea que se encuentre delante de ti.

Ser un líder significa que siempre habrá alguien observándote.

Consigue que sigan las órdenes pequeñas, y seguirán las grandes.

Está bien despreciar las expectativas, pero nunca las defraudes.

—¿Cómo se supone que tengo que recordar todo esto? —pregunté exasperada.

—No tienes que pensar mucho en ello, simplemente hacerlo.

—Para ti es fácil decirlo, te han preparado para esto desde el día que naciste.

—Me prepararon para los campos de tenis y las fiestas con champán —replicó él —. El resto llegó con la práctica.

—¡No tengo tiempo para la práctica!

—Lo harás bien —dijo—. Tú cálmate.

Solté un graznido de frustración. Tenía tantas ganas de estrangularlo que me dolían los dedos.

—Ah, y la forma más sencilla de hacer que alguien se enfurezca es decirle que se calme.

No sabía si reírme o lanzarle un zapato.

Fuera del carruaje, el comportamiento de Nikolai era cada vez más inquietante. Era lo suficientemente inteligente como para no volver a proponerme matrimonio, pero estaba claro que quería que la gente creyera que había algo entre nosotros. Con cada parada se volvía más atrevido, se acercaba demasiado, me besaba la mano, me colocaba el pelo tras la oreja cuando lo atrapaba la brisa.

En Tashta, Nikolai saludó a la enorme multitud de aldeanos y peregrinos que se había congregado junto a la estatua del fundador de la ciudad. Mientras me ayudaba a volver al carruaje, me rodeó la cintura con el brazo.

—Por favor, no me pegues —susurró. Después me apretó con fuerza contra su pecho y presionó los labios sobre los míos.

La multitud estalló en salvajes vítores, y sus voces nos golpearon con un rugido de exultación. Antes de que pudiera siquiera reaccionar, el príncipe me empujó al interior en sombras del carruaje y entró detrás. Cerró la puerta tras él, pero todavía podía oír a los aldeanos que gritaban fuera. Mezclado con los gritos de «¡Nikolai!» y

«¡Sankta Alina!», había un nuevo cántico: *Sol Koroleva*, gritaban. Reina del Sol.

Pude ver a Mal a través de la ventana del carruaje. Se hallaba a lomos de su caballo, manteniendo a raya a la multitud para asegurarse de que permanecieran alejados del camino. Por su expresión turbulenta quedaba claro que lo había visto todo. Me giré y le pegué una fuerte patada en la espinilla a Nikolai. Él aulló, pero no fue lo bastante satisfactorio, así que le pegué otra patada.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—La próxima vez que intentes algo parecido, no te pegaré —dije con furia—. Te cortaré por la mitad.

Él se sacudió una pelusa de los pantalones.

—No creo que eso fuera muy inteligente. Me temo que la gente no ve el regicidio con buenos ojos.

—Todavía no eres rey, *Sobachka* —repliqué con voz afilada—. Así que no me tientes.

—No entiendo por qué estás tan enfadada. A la gente le encantó.

—Pero a mí no me encantó.

Él alzó una ceja.

—Tampoco lo odiaste.

Volví a golpearle. Esta vez, su mano salió disparada y me cogió del tobillo. Si hubiera sido invierno, estaría llevando botas, pero llevaba unas sandalias veraniegas y sus dedos se cerraron sobre mi pierna desnuda. Mis mejillas se encendieron.

—Prométeme que no volverás a pegarme una patada, y yo prometeré no volver a besarte —dijo.

—¡Solo lo he hecho porque tú me has besado!

Intenté retirar la pierna, pero él la sujetaba firmemente.

—Prométemelo —insistió.

—De acuerdo —escupí—. Te lo prometo.

—Entonces, tenemos un trato.

Soltó mi pie y yo volví a meterlo bajo la *kefta*, esperando que no se fijara en mi estúpido rubor.

—Estupendo —dije—. Ahora, lárgate.

—Es mi carruaje.

—El trato era solo para pegarte una patada. No prohibía darte un bofetón o un puñetazo, morderte o cortarte por la mitad.

Él sonrió.

—¿Te asusta que Oretsev se pregunte qué hemos estado haciendo?

Eso era exactamente lo que me preocupaba.

—Me preocupa que si me veo obligada a pasar un minuto más contigo vaya a vomitar sobre mi *kefta*.

—Es teatro, Alina. Cuanto más fuerte sea nuestra alianza, mejor será para nosotros. Lo siento si eso molesta a Mal, pero es necesario.

—Ese beso no era necesario.

—Estaba improvisando —dijo—. Me dejé llevar.

—Tú nunca improvisas —repliqué yo—. Todo lo que haces está calculado siempre, cambias de personalidad del mismo modo que otra gente cambia de sombrero. Y, ¿sabes qué? Es repulsivo. ¿Alguna vez eres tú mismo?

—Soy un príncipe, Alina. No me puedo permitir ser yo mismo.

Solté aire, enfadada. Él permaneció en silencio durante un momento, y después dijo:

—Yo… ¿De verdad piensas que soy repulsivo?

Era la primera vez que no había sonado del todo seguro de sí mismo. A pesar de lo que había hecho, sentí lástima por él.

—A veces —admití.

Se pasó una mano por la nuca, con aspecto claramente incómodo. Después suspiró y se encogió de hombros.

—Soy el hijo menor, probablemente bastardo, y llevo casi siete años lejos de la corte. Voy a hacer todo lo que pueda para aumentar mis posibilidades de acceder al trono, y si eso significa cortejar a una nación entera o mirarte con ojos de corderito, eso es lo que haré.

Me lo quedé mirando con los ojos desorbitados. No había escuchado realmente nada después de la palabra «bastardo». Genya me había dado a entender que había rumores acerca del linaje de Nikolai, pero me había impresionado que él hablara de ellos. Se rio.

—Jamás sobrevivirás en la corte si no aprendes a esconder mejor lo que piensas. Parece que te acabaras de sentar en un cuenco de gachas frías. Cierra la boca.

La cerré de golpe y traté de poner una expresión agradable. Eso solo hizo que Nikolai se riera más aún.

—Ahora parece que has bebido demasiado vino.

Me rendí y volví a reclinarme sobre mi asiento.

—¿Cómo puedes bromear con algo como eso?

—He oído rumores desde que era un niño. No quiero que esto se repita fuera del carruaje, y lo negaré si lo haces, pero me da exactamente igual tener o no sangre Lantsov. De hecho, teniendo en cuenta la endogamia real, lo más probable es que ser un hijo bastardo sea un punto a mi favor.

Sacudí la cabeza. Era completamente desconcertante. Resultaba difícil saber qué había que tomarse en serio en lo que respectaba a Nikolai.

—¿Por qué te importa tanto la corona? —pregunté—. ¿Por qué pasas por todo esto?

—¿Es tan difícil creer que realmente me importa lo que le pase a este país?

—¿Honestamente? Sí.

Examinó la punta de sus pulidas botas. Nunca conseguía averiguar cómo las mantenía tan brillantes.

—Supongo que me gusta arreglar las cosas —respondió—. Siempre me ha gustado.

No era una respuesta muy buena, pero de algún modo parecía cierta.

—¿De verdad piensas que tu hermano se apartará?

—Eso espero. Sabe que el Primer Ejército me seguirá, y no creo que tenga estómago para una guerra civil. Además, Vasily ha heredado la aversión al trabajo duro de nuestro padre. En cuanto se dé cuenta de lo que hace falta realmente para dirigir un país, dudo que sea capaz de huir de la capital lo bastante rápido.

—¿Y si no se rinde tan fácilmente?

—Es tan solo una cuestión de encontrar el incentivo adecuado. Sea pobre o sea príncipe, cualquier hombre puede comprarse.

Más sabiduría de la boca de Nikolai Lantsov. Miré por la ventana del carruaje y vi a Mal sobre su montura, manteniendo nuestro ritmo.

—No cualquier hombre —murmuré.

El príncipe siguió mi mirada.

—Sí, Alina, incluso tu paladín incondicional tiene su precio. —Se volvió hacia mí, con los ojos color avellana pensativos—. Y sospecho que lo estoy mirando ahora mismo.

Me removí incómoda en mi asiento.

—Siempre estás tan seguro de todo —señalé agriamente—. A lo mejor decido que yo quiero el trono y te asfixio mientras duermes.

Nikolai se limitó a sonreír.

—Por fin —dijo—, comienzas a pensar como un político.

Finalmente, Nikolai cedió y salió del carruaje, pero pasaron horas antes de nos detuviéramos aquella noche. No tuve que buscar a Mal: cuando se abrió la puerta del carruaje él se encontraba ahí, ofreciéndome la mano para ayudarme a bajar. La plaza se hallaba abarrotada de peregrinos y otros viajeros, todos estirando el cuello para ver mejor a la Invocadora del Sol, pero no estaba segura de que fuera a tener otra oportunidad para hablar con él.

—¿Estás enfadado? —susurré mientras me conducía a través del suelo adoquinado. Podía ver a Nikolai al otro lado de la plaza, charlando con un grupo de dignatarios locales.

—¿Contigo? No. Pero Nikolai y yo vamos a tener que hablar cuando no esté rodeado por una guardia armada.

—Por si te hace sentir mejor, le pegué una patada.

Mal se rio.

—¿En serio?

—Dos, en realidad. ¿Eso ayuda?

—De hecho, sí.

—Esta noche le daré un pisotón durante la cena.

Eso no contaba como romper nuestro acuerdo sobre las patadas.

—Entonces, ¿nada de corazones palpitando ni desmayarse en los brazos de un príncipe real?

Se estaba metiendo conmigo, pero escuché la incertidumbre que había tras sus palabras.

—Parece que soy inmune —respondí—. Y, por suerte, sé lo que se siente con un beso de verdad.

Lo dejé ahí de pie en medio de la plaza. Podría acostumbrarme a ver a Mal sonrojándose.

La noche antes de entrar en Os Alta, nos quedamos en la dacha de un noble de bajo rango que vivía tan solo a unos kilómetros de los muros de la ciudad. Me recordaba un poco a Keramzin: las enormes puertas de hierro, el largo y recto camino que conducía a la elegante casa con sus dos alas de ladrillos pálidos. Al parecer el Conde Minkoff era conocido por cultivar árboles frutales enanos, y los pasillos de la dacha estaban llenos de arbolitos podados en formas ingeniosas que llenaban las habitaciones con el dulce aroma de los melocotones y las ciruelas.

Me proporcionaron una elegante habitación en el segundo piso. Tamar ocupó la habitación contigua, mientras que Tolya y Mal se alojaron al otro lado del pasillo. Una caja grande me esperaba encima de la cama, y en su interior se hallaba la *kefta* que finalmente me había decidido a solicitar la semana anterior. Nikolai había enviado órdenes al Pequeño Palacio, y reconocí el trabajo de los Hacedores Grisha en la seda azul oscuro recorrida por hilo dorado. Esperaba que fuera pesada, pero resultaba muy ligera gracias al arte de los Materialki. Cuando me la deslicé por la cabeza, relució y se movió como si se tratara de luz vista a través del agua. Los broches eran pequeños soles dorados. Era hermosa, y un tanto ostentosa: el príncipe la aprobaría.

La señora de la casa había enviado a una doncella para que se ocupara de mi cabello. Me sentó en el tocador y comenzó a cacarear y a quejarse de mis nudos mientras me hacía un moño flojo sujeto por broches. Tenía una mano mucho más gentil que Genya, pero sus resultados no eran ni de cerca igual de espectaculares. Aparté el pensamiento de mi mente. No me gustaba pensar en Genya, en lo que podía haberle pasado después de haber abandonado el ballenero, en lo sola que me sentiría en el Pequeño Palacio sin ella.

Di las gracias a la doncella y, antes de salir de la habitación, tomé el saquito de terciopelo negro que había en la caja de la *kefta*. Me lo metí en el bolsillo, me aseguré de que el grillete quedara oculto bajo la manga, y fui escaleras abajo.

La charla durante la cena se centró en las últimas jugadas, los posibles paraderos del Oscuro, y lo que sucedía en Os Alta. La ciudad había quedado inundada de

refugiados, pero a los recién llegados se les negaba la entrada, y había rumores de que en la parte baja de la ciudad había disturbios por motivo de la comida. Parecía que me encontrara imposiblemente lejos de aquel lugar reluciente.

El Conde y su mujer, una señora regordeta con rizos grisáceos y un alarmante escote, prepararon una espléndida mesa. Tomamos sopa fría de unos cuencos enjoyados con forma de calabazas, cordero asado con salsa de grosellas, setas cocidas en crema, y un plato del que solo probé un poco y que más tarde descubrí que era cuclillo al coñac. Cada plato y cada copa tenían el borde de plata y llevaban el escudo de los Minkoff. Pero lo más impresionante era el centro de mesa que la recorría entera: un bosque real en miniatura, con arboledas de pequeños pinos, una vid que trepaba con unas flores no mayores que una uña, y una pequeña cabaña que ocultaba el salero.

Me senté entre Nikolai y el Coronel Raevsky, escuchando mientras los nobles invitados reían, charlaban y brindaban una y otra vez por el regreso del joven príncipe y la salud de la Invocadora del Sol. Le había pedido a Mal que se uniera a nosotros, pero él se había negado y había preferido en su lugar patrullar los terrenos junto a Tamar y Tolya. Por mucho que tratara de concentrarme en la conversación, no dejaba de mirar a la terraza, esperando echarle un vistazo.

El príncipe debió haberse dado cuenta, porque dijo:

—No tienes que prestar atención, pero sí que tiene que parecer que prestas atención.

Hice lo que pude, aunque no tenía mucho que decir. Incluso aunque estuviera ataviada con una *kefta* reluciente y sentada junto a un príncipe, seguía siendo una campesina de una ciudad sin nombre. Mi lugar no estaba con esa gente, y yo tampoco lo quería. Sin embargo, recé una plegaria silenciosa de agradecimiento por que Ana Kuya hubiera enseñado a sus huérfanos cómo sentarse en una mesa y qué tenedor utilizar para comer caracoles.

Después de la cena, nos condujeron a una salita donde el Conde y la Condesa cantaron un dueto acompañados por su hija al arpa. Habían servido el postre en la mesa lateral: mousse de miel, una compota de nuez y melón, y una torre de pastas cubiertas de nubes de azúcar hilado que eran más para comerlas con los ojos que con la boca. Hubo más vino, más cotilleos. Me pidieron que invocara luz, y lancé un cálido resplandor por el techo abovedado que provocó un aplauso entusiasta. Cuando algunos de los invitados se sentaron para jugar a las cartas, fingí que me dolía la cabeza para escapar silenciosamente.

Nikolai me pilló en las puertas de la terraza.

—Deberías quedarte —sugirió—. Te vendrá muy bien practicar para la monotonía de la corte.

—Los Santos necesitan descansar.

—¿Estás planeando dormir bajo un rosal? —preguntó, bajando la mirada hasta el jardín.

—He sido un buen oso amaestrado, Nikolai. He hecho mis trucos, y ahora es el momento de dar las buenas noches.

El príncipe suspiró.

—Tal vez es solo que me gustaría poder irme contigo. La Condesa no dejaba de apretarme la rodilla por debajo de la mesa durante la cena, y odio jugar a las cartas.

—Pensaba que eras un político consumado.

—Te dije que no se me daba bien quedarme quieto.

—Entonces, tendrás que pedirle a la Condesa que baile contigo —sugerí con una sonrisa, y me deslicé al aire nocturno.

Mientras bajaba los escalones de la terraza, miré hacia atrás por encima del hombro. Nikolai seguía merodeando en el umbral. Llevaba un traje militar completo, con una franja azul pálido que le cruzaba el pecho. La luz de la salita hacía relucir sus medallas y su cabello dorado. Esa noche interpretaba el papel del príncipe refinado, pero estando allí de pie no parecía más que un chico solitario que no quería volver solo a la fiesta.

Di la vuelta y tomé la escalera curva que bajaba hasta el jardín bajo.

No me costó demasiado encontrar a Mal. Estaba reclinado sobre el tronco de un roble grande, examinando los cuidados terrenos.

—¿Hay alguien acechando en la oscuridad? —pregunté.

—Solo yo.

Me coloqué contra el tronco junto a él.

—Deberías haber cenado con nosotros.

El resopló.

—No, gracias. Por lo que pude ver, parecías bastante deprimida, y Nikolai tampoco parecía mucho más feliz. Además —añadió, echando un vistazo a mi *kefta* —, ¿qué podía haberme puesto?

—¿La odias?

—Es un encanto. Un perfecto añadido para tu ajuar. —Antes de que pudiera siquiera poner los ojos en blanco, me tomó de la mano—. No lo decía en serio —aseguró—. Estás preciosa. Llevo queriéndotelo decir desde la primera vez que te vi esta noche.

Me sonrojé.

—Gracias. Utilizar mi poder cada día ayuda.

—Estabas preciosa en Cofton con polen de jurda en las cejas.

Tiré de un mechón de mi pelo, algo cohibida.

—Este lugar me recuerda a Keramzin —dije.

—Un poco, aunque es mucho más remilgado. ¿Para qué quieren unas frutitas tan pequeñitas?

—Es para gente con manitas muy pequeñitas. Les hace sentir mejor con ellos mismos.

Él se rio, una risa de verdad. Metí la mano en el bolsillo y rebusqué en el interior

del saquito de terciopelo negro.

—Tengo algo para ti —dije.

—¿Qué es?

Extendí el puño cerrado.

—Adivina —le reté. Era un juego al que jugábamos de niños.

—Está claro que es un jersey.

Sacudí la cabeza.

—¿Un poni de exhibición?

—No.

Él estiró el brazo y me cogió la mano, la giró y abrió mis dedos suavemente.

Esperé por su reacción.

Levantó una de las comisuras de su boca mientras tomaba el sol dorado de mi mano. El roce áspero de sus dedos sobre mi palma me provocó un escalofrío en la espalda.

—¿Para el capitán de tu guardia personal? —pregunté.

Me aclaré la garganta con nerviosismo.

—No… No quería uniformes. No quería nada que se pareciera a los *oprichniki* del Oscuro.

Por un largo momento, permanecimos en silencio mientras Mal miraba el sol. Después me lo devolvió. El corazón me dio un vuelco, pero traté de ocultar mi decepción.

—¿Me lo pones? —pidió.

Solté aliento, aliviada. Tomé el broche entre los dedos y lo presioné contra los pliegues del lado izquierdo de su camisa. Me llevó un par de intentos engancharlo. Cuando terminé y retrocedí, él me tomó de la mano y la presionó sobre el sol, sobre su corazón.

—¿Eso es todo? —dijo.

Estábamos muy cerca ahora, solos en la cálida oscuridad del jardín. Era el primer momento que habíamos tenido para nosotros en semanas.

—¿Todo? —repetí. Mi voz era poco más que un suspiro.

—Creo que me habías prometido una capa y un sombrero bonito.

—Te lo compensaré —dije.

—¿Estás coqueteando conmigo?

—Estoy negociando.

—Bien —dijo—. Me cobraré ahora mi primer pago.

Su tono era ligero, pero cuando sus labios se encontraron con los míos no había nada de juguetón en su beso. Sabía a calor y a las peras recién maduradas del jardín del Duque. Noté el ansia en el movimiento firme de su boca, un matiz desconocido en su necesidad que hizo arder unas chispas nerviosas a través de mí.

Me puse de puntillas, rodeándole el cuello con los brazos, sintiendo la longitud de mi cuerpo fundirse con el suyo. Tenía la fuerza de un soldado, y la sentí en los duros

músculos de sus brazos, la presión de sus dedos mientras su mano aferraba la parte inferior de mi espalda y me acercaba más a él. Había algo feroz y casi desesperado en la forma que me abrazaba, como si no pudiera tenerme lo bastante cerca.

La cabeza me daba vueltas. Mis pensamientos se habían vuelto lentos y líquidos, pero oí pasos en algún sitio. Al momento siguiente, Tamar llegó corriendo por el camino.

—Tenemos compañía —comunicó.

Mal se alejó de mí y se descolgó el rifle en un único movimiento fluido.

—¿Quién es?

—Hay un grupo de personas en las verjas que exigen la entrada. Quieren ver a la Invocadora del Sol.

—¿Peregrinos? —pregunté, tratando que mi cerebro desconcertado por el beso funcionara correctamente.

Tamar sacudió la cabeza.

—Aseguran que son Grisha.

—¿Aquí?

Mal colocó una mano sobre mi brazo.

—Alina, espera dentro, al menos mientras veamos de qué trata esto.

Dudé. Una parte de mí odiaba que me dijeran que huyera y escondiera la cabeza, pero tampoco quería ser estúpida. Se alzó un grito desde algún lugar cerca de las puertas.

—No —dije, librándome del agarre de Mal—. Si realmente son Grisha, podríais necesitarme.

Ni Tamar ni Mal parecían complacidos, pero ocuparon sus posiciones a ambos lados de mí y nos apresuramos por el camino de gravilla.

Una multitud se había congregado junto a las verjas de hierro de la dacha. Tolya era fácil de distinguir, por encima de todos los demás. Nikolai se encontraba enfrente, rodeado por soldados con las armas fuera, además de los sirvientes armados del Conde. Un grupo pequeño de personas estaba reunido al otro lado de los barrotes, pero no podía ver más que eso.

Alguien agitó la verja furiosamente, y oí un clamor de voces alzadas.

—Llevadme hasta allí —dije. Tamar miró a Mal con preocupación, y yo levanté la barbilla. Si iban a ser mis guardias, tenían que seguir mis órdenes—. Ahora. Tengo que ver lo que está pasando antes de que las cosas se nos vayan de las manos.

Tamar hizo una señal a Tolya, y el gigante se colocó frente a nosotros, abriéndonos camino fácilmente entre la multitud hasta las verjas. Siempre había sido pequeña, y metida entre Mal y los mellizos, con soldados inquietos que nos empujaban desde todos los lados, de pronto me costó mucho respirar. Aparté el pánico, mirando más allá de los cuerpos y las espaldas hasta donde pude ver a Nikolai discutiendo con alguien junto a la entrada.

—Si quisiéramos hablar con el lacayo del Rey, estaríamos a las puertas del Gran

Palacio —dijo una voz impaciente—. Hemos venido a por la Invocadora del Sol.

—Muestra algo de respeto, desangrador —ladró un soldado al que no reconocí—. Estás hablando con un Príncipe de Ravka y un oficial del Primer Ejército.

Aquello no iba bien. Me acerqué más al frente de la multitud, pero me detuve cuando vi al Corporalnik que había tras las barras de hierro.

—¿Fedyor?

Una sonrisa atravesó su ancha cara, e hizo una profunda reverencia.

—Alina Starkov —dijo—. Esperaba que los rumores fueran ciertos.

Examiné a Fedyor con cautela. Estaba rodeado por un grupo de Grisha con *keftas* cubiertas de polvo, la mayoría del rojo de los Corporalki, pero había algunos Etherealki de azul y unos pocos Materialki de púrpura.

—¿Lo conoces? —preguntó Nikolai.

—Sí —dije—. Me salvó la vida.

Una vez, Fedyor se había puesto en medio de mí y una multitud de asesinos fjerdanos. Volvió a inclinar la cabeza.

—Fue un gran honor.

El príncipe no parecía impresionado.

—¿Podemos confiar en él?

—Es un desertor —señaló el soldado que tenía al lado.

Hubo quejas a ambos lados de la verja.

Nikolai señaló a Tolya.

—Llévatelos a todos y asegúrate de que ninguno de los sirvientes meta la cabeza para tratar de disparar. Sospecho que les faltan emociones aquí entre los árboles frutales. —Volvió a girarse hacia la verja—. Fedyor, ¿verdad? Danos un momento. —Me alejó un poco de la multitud y dijo en voz baja—: ¿Y bien? ¿Podemos confiar en él?

—No lo sé.

La última vez que había visto a Fedyor había sido en una fiesta en el Gran Palacio, tan solo unas horas antes de descubrir los planes del Oscuro y huir en la parte trasera de una carreta. Me estrujé el cerebro, tratando de recordar lo que me había dicho.

—Creo que estaba estacionado en la frontera del sur. Era un Mortificador de alto rango, pero no uno de los favoritos del Oscuro.

—Nevsky tiene razón —replicó él, asintiendo en dirección al soldado enfadado —. Grisha o no, su primera lealtad debería haber sido para el Rey. Abandonaron sus puestos. Técnicamente, son desertores.

—Eso no los convierte en traidores.

—La verdadera cuestión es si son espías.

—Entonces, ¿qué hacemos con ellos?

—Podríamos arrestarlos e interrogarlos.

Jugueteé con mi manga, pensando.

—Háblame —dijo Nikolai.

—¿No queremos que vuelvan los Grisha? —pregunté—. Si arrestamos a todos los que vuelvan, no tendré un ejército que dirigir.

—Recuerda que comerás con ellos, trabajarás con ellos y dormirás bajo el mismo techo que ellos.

—Y podrían estar todos trabajando con el Oscuro. —Miré por encima del hombro a Fedyor, que esperaba pacientemente junto a la verja—. ¿Qué piensas tú?

—No creo que estos Grisha sean más o menos fiables que los que esperan en el Pequeño Palacio.

—Eso no resulta muy alentador.

—En cuanto estemos tras los muros de palacio, todas las comunicaciones estarán vigiladas muy de cerca. Veo difícil que el Oscuro utilice a sus espías si no puede alcanzarlos.

Resistí el ansia de tocarme las cicatrices que se estaban formando en mi espalda. Tomé aliento.

—De acuerdo —dije—. Abre las puertas. Hablaré con Fedyor y solo con él. Los demás pueden acampar esta noche en el exterior de la dacha y unirse a nuestro viaje a Os Alta mañana.

—¿Estás segura?

—No creo que vuelva a estar segura de nada jamás, pero mi ejército necesita soldados.

—Muy bien —dijo Nikolai con un breve asentimiento—. Tan solo sé cuidadosa depositando tus confianzas.

Le lancé una mirada llena de intención.

—Lo seré.





edyor y yo hablamos hasta bien entrada la noche, aunque nunca nos dejaron a solas. Mal, Tolya o Tamar se encontraban siempre allí, manteniendo la guardia.

Fedyor había estado sirviendo cerca de Sikursk, en la frontera del sureste. Cuando llegaron noticias de la destrucción de Novokribirsk al puesto de avanzadilla, los soldados del Rey se volvieron contra los Grisha, los sacaron de sus camas en mitad de la noche y montaron juicios falsos para determinar su lealtad. Fedyor había ayudado a planear la huida.

—Podríamos haberlos matado a todos —dijo—. En vez de eso, cogimos a nuestros heridos y huimos.

Algunos Grisha no habían sido tan indulgentes. Habían ocurrido masacres en Chernast y Ulensk cuando los soldados de allí habían tratado de atacar a los miembros del Segundo Ejército. Mientras tanto, Mal y yo habíamos estado a bordo del *Verrhader*, en dirección al oeste, a salvo del caos que habíamos ayudado a desatar.

—Hace unas semanas —continuó—, comenzó a correr el rumor de que habías regresado a Ravka. Puedes esperar que más Grisha acudan en tu busca.

—¿Cuántos?

—No hay forma de saberlo.

Como Nikolai, Fedyor creía que algunos Grisha se habían ocultado, esperando a que se restaurara el orden, pero sospechaba que la mayoría había ido a buscar al Oscuro.

—Él es fuerza —explicó Fedyor—. Es seguridad. Eso es lo que ellos entienden.

O a lo mejor tan solo piensan que han escogido el bando vencedor, pensé sombríamente. Pero sabía que era más que eso: había sentido la atracción del poder del Oscuro. ¿No era por eso por lo que los peregrinos acudían en manada a ver a una falsa Santa? ¿Por lo que el Primer Ejército todavía obedecía a un rey incompetente? A veces, lo más fácil era seguir al rebaño.

Cuando Fedyor terminó su relato, pedí que le llevaran la cena y le avisé de que debería estar preparado para viajar a Os Alta al amanecer.

—No sé qué clase de bienvenida podemos esperar —le advertí.

—Estaremos preparados, *moi soverenyi* —dijo, e hizo una reverencia.

Me sobresaltó el título. En mi mente, todavía pertenecía al Oscuro.

—Fedyor… —comencé mientras lo acompañaba hasta la puerta. Después dudé. No podía creer lo que estaba a punto de decir, pero al parecer Nikolai se iba a salir con la suya conmigo… para bien o para mal—. Sé que habéis estado viajando, pero arreglaos un poco antes de mañana. Es importante que causemos una buena impresión.

Él ni siquiera pestañeó, sino que volvió a inclinarse y respondió:

—Da, soverenyi.

Y desapareció en la noche.

Genial, pensé. *Una orden dada, ahora solo faltan unos cuantos de miles*.

A la mañana siguiente, me vestí con mi elaborada *kefta* y bajé los escalones de la dacha con Mal y los gemelos. Los soles dorados relucían en sus pechos, pero todavía llevaban ásperos ropajes de campesinos. Puede que a Nikolai no le gustara, pero quería borrar las líneas que se habían dibujado entre los Grisha y el resto de ravkanos.

Aunque nos habían advertido de que Os Alta estaba rebosante de refugiados y peregrinos, por una vez Nikolai no insistió para que fuera en el carruaje. Quería que me vieran entrando en la ciudad, aunque eso no significaba que no fuera a montar un espectáculo. Mis guardias y yo montábamos hermosos caballos blancos, y los hombres de su regimiento nos flanqueaban a cada lado, todos con el águila doble de Ravka y banderas con soles dorados.

—Sutil, como siempre —suspiré.

—La sutileza está sobrevalorada —replicó él, mientras montaba sobre un caballo moteado de gris—. Ahora, ¿visitamos el pintoresco hogar de mi infancia?

Era una mañana cálida, y los estandartes de nuestra procesión colgaban inmóviles en el aire en calma mientras nos poníamos en marcha por la Vy en dirección a la capital. Normalmente, la familia real hubiera pasado los meses de calor en su palacio de verano en el distrito de los lagos. Pero Os Alta resultaba más fácil de defender, y habían decidido resguardarse tras sus famosos muros dobles.

Comencé a divagar mientras viajábamos. No había dormido demasiado y, a pesar de mis nervios, la calidez de la mañana combinada con el balanceo constante del caballo y el zumbido de los insectos hacía que se me cayera la barbilla. Pero cuando subimos la colina de las afueras de la ciudad, desperté rápidamente.

En la distancia vi Os Alta, la ciudad de los sueños, con sus agujas blancas que destacaban contra el cielo sin nubes. Pero entre nosotros y la capital, dispuestos en perfecta formación militar, había una fila tras otra de hombres armados. Cientos de

soldados del primer ejército, tal vez un millar: infantería, caballería y oficiales. La luz del sol se reflejaba en las empuñaduras de sus espadas, y llevaban rifles sobre las espaldas.

Un hombre avanzó ante ellos. Llevaba un traje de oficial cubierto de medallas y montaba uno de los caballos más grandes que había visto jamás. Hubiera podido llevar a dos Tolyas.

Nikolai observó al jinete que galopaba por delante de las filas y suspiró.

—Ah —dijo—. Parece que mi hermano ha venido a darnos la bienvenida.

Bajamos la pendiente con lentitud, hasta detenernos frente a las masas de hombres reunidos. A pesar de los caballos blancos y los estandartes relucientes, nuestra procesión de Grisha descarriados y peregrinos harapientos ya no parecía tan grande. Nikolai hizo avanzar a su caballo, y su hermano fue a medio galope para encontrarse con él.

Había visto a Vasily Lantsov unas cuantas veces en Os Alta. Era bastante guapo, aunque había tenido la mala suerte de heredar la barbilla débil de su padre, y sus ojos tenían los párpados tan caídos que parecía que siempre estuviera muy aburrido o ligeramente borracho. Pero ahora parecía haber salido de su perpetuo estupor y se sentaba recto sobre su montura, irradiando arrogancia y nobleza. A su lado, Nikolai parecía imposiblemente joven.

Sentí una punzada de miedo. Nikolai siempre parecía controlar tanto cada situación que resultaba fácil olvidar que tan solo era unos pocos años mayor que Mal y que yo, un muchacho capitán que esperaba convertirse en un muchacho rey.

Habían pasado siete años desde que se había visto en la corte al joven príncipe, y no creía que hubiera visto a Vasily en todo ese tiempo, pero no hubo lágrimas ni saludos a gritos. Los dos príncipes simplemente desmontaron de sus caballos y se abrazaron brevemente. Vasily observó nuestra comitiva y se detuvo significativamente en mí.

—¿Así que aseguras que esta chica es la Invocadora del Sol?

Nikolai alzó las cejas. Su hermano no le podía haber dado una oportunidad mejor.

—Es muy fácil demostrar lo que aseguro.

Asintió en mi dirección.

La sutileza está sobrevalorada. Levanté las manos e invoqué una resplandeciente oleada de luz que golpeó a los soldados en una cascada de calor. Ellos se protegieron con las manos, y algunos retrocedieron mientras sus caballos se asustaban y se quejaban. Dejé que la luz se desvaneciera, y Vasily aspiró por la nariz.

—Has estado ocupado, hermanito.

—No tienes ni idea, Vasya —respondió Nikolai cordialmente. Vasily arrugó la boca ante el uso del diminutivo por parte de su hermano. Tenía aspecto de estirado—. Me sorprende encontrarte en Os Alta —continuó Nikolai—. Pensaba que estarías en Caryeva para las carreras.

—Estaba ahí —afirmó Vasily—. Mi ruano azul consiguió una clasificación

excelente. Pero cuando oí que estabas regresando a casa, quise estar aquí para recibirte.

—Es muy amable por tu parte que te tomaras todas estas molestias.

—El regreso de un príncipe real no es algo baladí —respondió Vasily—. Aunque se trate del hijo menor.

Su énfasis estaba claro, y el miedo que sentía en mi interior creció. Tal vez Nikolai había subestimado el interés de Vasily por conservar su lugar en la línea de sucesión. No quería imaginar lo que podrían significar para nosotros sus otros fallos o errores de cálculo.

Pero Nikolai se limitó a sonreír. Recordé su consejo: Ríete de los insultos.

—Los hijos menores aprendemos a apreciar lo que podemos conseguir —dijo. Después llamó a un soldado que permanecía firme en las filas—. Sargento Pechkin, te recuerdo de la campaña de Halmhend. Debe de habérsete curado bien la pierna si eres capaz de permanecer de pie como un bloque de piedra.

El rostro del sargento mostró sorpresa.

—*Da, moi tsarevich* —dijo respetuosamente.

—Con «señor» es suficiente, sargento. Soy un oficial cuando llevo este uniforme, no un príncipe. —Los labios de Vasily volvieron a crisparse. Como muchos hijos de la nobleza, había tomado un cargo honorario y hecho su servicio militar en la comodidad de las tiendas de los oficiales, muy lejos de las filas enemigas. Pero Nikolai había servido en la infantería: se había ganado sus medallas y su rango.

—Sí, señor —dijo el sargento—. Solo me molesta cuando llueve.

—Entonces, imagino que los fjerdanos rezarán cada día para que haya tormenta. Si no recuerdo mal, libraste de sus miserias a más de uno.

—Creo recordar que usted hizo lo mismo, señor —dijo el soldado con una sonrisa.

Casi me reí. Con una simple conversación, Nikolai le había arrebatado a su hermano el control del campo. Por la noche, cuando los soldados se reunieran en las tabernas de Os Alta o jugaran a las cartas en sus barracones, sería de eso de lo que hablarían: el príncipe que recordaba el nombre de un soldado corriente, el príncipe que había luchado lado a lado con ellos sin preocuparse por la riqueza o el linaje.

—Hermano —dijo Nikolai a Vasily—. Vayamos a palacio para que podamos continuar con los recibimientos. Tengo una caja de whiskey kerch que debemos beber, y me gustaría pedirte consejo sobre un potro que divisé en Ketterdam. Me dijeron que Dagrenner era su amo, pero tengo mis dudas.

Vasily trató de disfrazar su interés, pero era como si no pudiera resistirse.

—¿Dagrenner? ¿Tenían papeles?

—Ven a mirar.

Aunque su rostro seguía cauteloso, Vasily dirigió unas pocas palabras a uno de los oficiales y saltó a su montura con experimentada facilidad. Los hermanos ocuparon su lugar a la cabeza de la fila, y nuestra procesión volvió a ponerse en marcha.

—Muy bien hecho —murmuró Mal mientras atravesábamos las filas de soldados —. Nikolai no es ningún idiota.

—Espero que no —dije—. Por el bien de los dos.

Mientras nos acercábamos a la capital, vi de lo que habían hablado los huéspedes del Conde Minkoff. Una ciudad de tiendas había aparecido alrededor de los muros, y una larga fila de personas esperaba junto a las puertas. Muchos de ellos estaban discutiendo con los guardias, sin duda solicitando la entrada. Unos soldados armados mantenían la guardia desde las viejas almenas; una buena precaución para un país en guerra, y un buen recordatorio para que la gente de abajo mantuviera el orden.

Por supuesto, las puertas de la ciudad se abrieron para los príncipes de Ravka, y la procesión continuó sin pausa entre la multitud.

Muchos de los vagones y tiendas estaban marcados con soles toscamente dibujados, y mientras cabalgábamos por el improvisado campamento, oí los ya familiares gritos de «Sankta Alina».

Me sentí una idiota haciéndolo, pero me forcé a levantar la mano y saludar, decidida a hacer al menos un esfuerzo. Los peregrinos vitorearon y saludaron también, y muchos corrieron para mantener nuestro ritmo. Pero algunos de los otros refugiados permanecieron en silencio junto al camino, con los brazos cruzados y expresiones escépticas o incluso abiertamente hostiles.

¿Qué es lo que verán?, me pregunté. *¿Otra Grisha privilegiada que vuelve a su palacio seguro y lujoso sobre la colina, donde cocinarán en el fuego y podrá dormir en la sombra de una ciudad que les niega cobijo? ¿O algo peor? ¿Una mentirosa? ¿Un fraude? ¿Una chica que se atreve a vestirse de Santa viviente?*

Me sentí agradecida cuando entramos en la protección de los muros de la ciudad.

Una vez en el interior, la procesión comenzó a avanzar a paso de tortuga. La parte baja de la ciudad estaba abarrotada, las aceras llenas de personas que se derramaban por las calles e interrumpían el tráfico. Las ventanas de las tiendas estaban cubiertas de señales que indicaban los bienes disponibles, y unas largas colas salían de cada puerta. El hedor de la orina y la basura lo cubría todo. Quería enterrar la nariz en la manga, pero tuve que conformarme con respirar por la boca.

La multitud lanzaba vítores y se nos quedaba mirando boquiabiertos, pero eran decididamente más sutiles que los que estaban al otro lado de las puertas.

—Ningún peregrino —observé.

—No se les permite cruzar los muros de la ciudad —dijo Tamar—. El Rey declaró apóstata al Apparat, y sus seguidores tienen prohibida la entrada a Os Alta.

El Apparat había conspirado con el Oscuro contra el trono. Incluso aunque hubieran cortado lazos desde entonces, el Rey no tenía razones para fiarse del sacerdote y su culto. *Ni de ti, de hecho, me recordé. Tan solo eres la única lo bastante tonta como para entrar en el Gran Palacio y esperar clemencia*.

Cruzamos el ancho canal y dejamos atrás el ruido y el tumulto de la parte baja de la ciudad. Me di cuenta de que la entrada al puente había sido enormemente

fortificada, pero cuando llegamos a la otra orilla no parecía que nada hubiera cambiado en la parte alta de la ciudad. Los anchos bulevares se encontraban inmaculados y serenos, y las majestuosas casas estaban cuidadosamente mantenidas. Pasamos junto a un parque donde hombres y mujeres ataviados con ropajes modernos se paseaban por los cuidados caminos o tomaban el aire en sus carruajes abiertos. Los niños jugaban en las *babki*, vigilados por sus niñeras, y un chico con un sombrero de paja montaba un poni con lazos en su trenzada melena, con las riendas en las manos de un sirviente de uniforme.

Todos se giraron para mirar mientras pasábamos, levantando los sombreros, susurrando tras las manos, inclinándose y haciendo reverencias cuando vieron a Vasily y Nikolai. ¿De verdad estaban tan tranquilos y libres de preocupaciones como parecía? Era difícil comprender que podían ser tan inconscientes del peligro que amenazaba Ravka, o de la agitación al otro lado del puente, pero me resultaba aún más difícil creer que confiaran en su Rey para que los mantuviera a salvo.

Antes de lo que me hubiera gustado, llegamos hasta las puertas doradas del Gran Palacio. El sonido metálico que produjeron al cerrarse me hizo sentir una punzada de pánico. La última vez que había atravesado esas puertas lo había hecho de polizón entre las piezas de escenario de un carro, huyendo del Oscuro, sola y a la fuga.

¿Y si es una trampa?, pensé de repente. ¿Y si no había perdón? ¿Y si Nikolai nunca tuvo la intención de que dirigiera el Segundo Ejército? ¿Y si nos encadenaban a Mal y a mí y nos abandonaban en alguna celda húmeda?

Para, me reprendí. *Ya no eres una niñita asustada que tiembla en sus botas del ejército. Eres una Grisha, la Invocadora del Sol. Te necesitan. Y podrías hacer que todos en este palacio te obedezcan si quisieras*. Enderecé la espalda y traté de estabilizar el ritmo de mi corazón.

Cuando llegamos a la fuente del águila doble, Tolya me ayudó a bajar del caballo. Entorné los ojos mirando al Gran Palacio, con sus relucientes terrazas blancas cubiertas de una capa tras otra de adornos de oro y estatuas. Era tan feo e intimidante como recordaba.

Vasily entregó las riendas de su montura a un sirviente que esperaba allí y subió los escalones de mármol sin mirar atrás.

Nikolai cuadró los hombros.

—Manteneos en silencio y procurad parecer arrepentidos —nos murmuró. Después subió las escaleras para unirse a su hermano.

El rostro de Mal estaba pálido. Me sequé las manos sudorosas en la *kefta* y seguimos a los príncipes, dejando atrás al resto de nuestra comitiva.

En el interior, los pasillos del palacio estaban silenciosos mientras pasábamos una sala reluciente tras otra. Nuestras pisadas reverberaban en el parqué pulido, y mi ansiedad crecía con cada paso. A las puertas de la sala del trono, vi que Nikolai tomaba un profundo aliento. Su uniforme estaba inmaculado, y su hermoso rostro era el de un príncipe de cuento de hadas. De pronto eché de menos el bulto que tenía

Sturmhond por nariz y sus turbios ojos verdes.

Las puertas se abrieron y un lacayo declaró:

—*Tsesarevich* Vasily Lantsov y el Gran Duque Nikolai Lantsov.

Nikolai nos había dicho que no se nos anunciaría, pero debíamos seguirlo a él y a Vasily. Con pasos dubitativos lo obedecimos, manteniendo una distancia respetuosa con los príncipes.

Una larga alfombra azul claro se extendía por toda la sala. Al final, había un grupo de cortesanos elegantemente ataviados y consejeros que deambulaban junto a una tarima levantada. Por encima de todos se sentaban el Rey y la Reina de Ravka, en tronos dorados a juego.

Mientras nos acercábamos me di cuenta de que el Apparat no estaba. El sacerdote siempre parecía estar merodeando en algún lugar tras el Rey, pero ahora su ausencia era notable. No parecía haber sido reemplazado por otro consejero espiritual.

El Rey parecía mucho más frágil y débil que la última vez que lo había visto. Su estrecho pecho parecía haber cedido sobre sí mismo, y su bigote caído era grisáceo. Pero el mayor cambio se había dado en la Reina. Sin Genya allí para que modificara su rostro, parecía haber envejecido veinte años en tan solo unos pocos meses. Su piel había perdido la firmeza cremosa. Unas profundas arrugas comenzaban a formarse alrededor de su nariz y su boca, y sus iris demasiado brillantes se habían desvanecido en un azul más natural, pero menos cautivador. Cualquier lástima que pudiera haber sentido por ella quedaba eclipsada por el recuerdo de cómo había tratado a Genya. Tal vez si no hubiera tratado a su sirvienta con tanto desprecio, Genya no se habría visto obligada a unirse al Oscuro. Muchas cosas podrían haber sido diferentes.

Cuando llegamos a la base de la tarima, Nikolai hizo una profunda reverencia.

—*Moi tsar* —dijo—. *Moya tsaritsa*.

Por un momento largo y ansioso, el Rey y la Reina contemplaron a su hijo. Después, algo frágil pareció romperse dentro de la Reina. Saltó de su trono y bajó los escalones en un revoltijo de seda y perlas.

—¡Nikolai! —gritó, y abrazó a su hijo contra ella.

—*Madraya* —dijo él con una sonrisa, devolviéndole el abrazo.

Hubo murmullos de los cortesanos y algunos aplausos. Las lágrimas se derramaban de los ojos de la Reina. Era la primera emoción real que le había visto mostrar.

El Rey se puso en pie lentamente, ayudado por un lacayo que se apresuró a acercarse a él y lo guio por los escalones de la tarima. Estaba claro que no se encontraba bien. Comenzaba a ver que la sucesión podría ser un asunto del que ocuparse antes de lo que había pensado.

—Ven, Nikolai —dijo el Rey, extendiendo el brazo hacia su hijo—. Ven.

Nikolai le ofreció el codo a su padre mientras su madre se aferraba a su otro brazo y, sin saludarnos siquiera, salieron de la sala del trono. Vasily los siguió. Su rostro estaba impasible, pero no se me escapó que sus labios estaban reveladoramente

fruncidos.

Mal y yo nos quedamos ahí, sin saber qué hacer después. Estaba muy bien que la familia real hubiera desaparecido para una reunión privada, pero ¿dónde nos dejaba eso? No nos habían dicho que nos fuéramos, pero tampoco que nos quedáramos. Los consejeros del Rey nos examinaban con evidente curiosidad, mientras que los cortesanos se reían con nerviosismo y susurraban. Resistí el deseo de moverme y mantuve lo que esperaba que fuera una inclinación altiva de la cabeza.

Los minutos se arrastraron. Tenía hambre, estaba cansada y bastante segura de que se me había dormido un pie, pero nos quedamos ahí esperando. En un momento dado, me pareció oír un grito que llegaba desde el pasillo. Tal vez estaban discutiendo cuánto tiempo dejarnos ahí.

Finalmente, tras lo que debió haber sido casi una hora, la familia real regresó. El Rey estaba sonriendo. La cara de la Reina estaba pálida, y Vasily estaba lívido. Pero el cambio más notable se había dado en Nikolai. Parecía más tranquilo, y había recuperado el pavoneo que reconocía de mi tiempo a bordo del *Volkvolny*.

Lo saben, comprendí. *Les ha dicho que él es Sturmhond*.

El Rey y la Reina volvieron a sentarse en sus tronos. Vasily se colocó de pie detrás del Rey, mientras que Nikolai ocupó su lugar detrás de la Reina. Ella levantó la mano, buscando la de su hijo, y este la colocó sobre su hombro. *Ese es el aspecto que tiene una madre con su hijo*. Era demasiado mayor como para ponerme triste por unos padres que nunca había conocido, pero el gesto me conmovió igualmente.

Mis pensamientos sentimentales se alejaron de mi cabeza cuando el Rey dijo:

—Eres demasiado joven para dirigir el Segundo Ejército.

Ni siquiera se había dirigido a mí. Incliné la cabeza en reconocimiento.

—Sí, *moi tsar*.

—Estoy tentado a ejecutarte inmediatamente, pero mi hijo dice que eso tan solo te convertirá en una mártir.

Me puse rígida. *Al Apparat le encantaría*, pensé mientras el miedo me atravesaba. *Una encantadora ilustración más para el libro rojo: Sankta Alina del Patíbulo*.

—Piensa que podemos confiar en ti —gorjeó el Rey—. Yo no estoy tan seguro. Tu huida del Oscuro parece una historia muy poco probable, pero no puedo negar que Ravka necesita de tus servicios.

Lo hizo sonar como si fuera una jardinera o una secretaria. *Arrepentida*, me recordé, y me tragué una respuesta sarcástica.

—Sería un gran honor para mí servir al Rey de Ravka —dije.

O el Rey adoraba los cumplidos, o Nikolai había hecho un trabajo extraordinario al defenderme, pues el Rey gruñó y dijo:

—Muy bien. Al menos temporalmente, serás la comandante de los Grisha.

¿De verdad podía ser tan fácil?

—Yo… Gracias, *moi tsar* —tartamudeé confundida y agradecida.

—Pero recuerda esto —dijo, moviendo un dedo hacia mí—; si encuentro

evidencia alguna de que estás instigando acciones contra mí o de que tienes algún contacto con el apóstata, te colgaré sin alegato ni juicio. —Su voz se había alzado a un lamento quejumbroso—. La gente piensa que eres una Santa, pero yo creo que no eres más que otra refugiada harapienta. ¿Lo entiendes?

Otra refugiada harapienta y tu mejor opción de conservar ese trono reluciente, pensé con un sorprendente arrebato de ira, pero me tragué el orgullo e hice una reverencia tan profunda como pude. ¿Así era como se había sentido el Oscuro? ¿Obligado a inclinarse ante un idiota depravado?

El Rey hizo un gesto perezoso con su mano de venas azules. Nos estaban dejando marchar. Miré a Mal.

Nikolai se aclaró la garganta.

—Padre —dijo—, también está el asunto del rastreador.

—¿Eh? —preguntó, mirando hacia arriba como si hubiera estado echando una cabezada—. ¿El…? Ah, sí. —Dirigió su mirada acuosa a Mal y dijo con tono aburrido—. Has desertado de tu puesto y desobedecido directamente las órdenes de un oficial al mando. Eso está penado con la horca.

Tomé aliento bruscamente. Junto a mí, Mal se quedó muy quieto. Un horrible pensamiento se me metió en la cabeza: si Nikolai quería librarse de Mal, aquella era desde luego una forma fácil de hacerlo.

Un murmullo de emoción se alzó desde el grupo alrededor de la tarima. ¿En dónde nos había metido? Abrí la boca, pero Nikolai habló antes de que pudiera decir una palabra.

—*Moi tsar* —dijo humildemente—, perdonadme, pero el rastreador ayudó a la Invocadora del Sol a eludir lo que hubiera sido una captura segura por un enemigo de la Corona.

—Suponiendo que realmente hubiera estado en peligro.

—Yo mismo lo vi enfrentarse al Oscuro. Es un amigo de confianza, y estoy seguro de que actuó en favor del mejor interés de Ravka. —El labio inferior del Rey sobresalió, pero Nikolai siguió presionando—. Me sentiría mejor sabiendo que se encuentra en el Pequeño Palacio.

El Rey frunció el ceño. *Probablemente ya está pensando en el almuerzo y echarse una siesta,* pensé.

—¿Qué tienes que decir en tu favor, muchacho? —preguntó.

—Solo que hice lo que pensaba que era lo correcto —dijo él con voz firme.

—Mi hijo parece creer que tenías buenas razones.

—Imagino que todo hombre piensa que sus razones son buenas —replicó Mal—. Fue deserción de todos modos.

Nikolai puso los ojos en blanco, y sentí la necesidad de darle una buena sacudida a Mal. ¿Es que no podía ser directo por una vez?

El Rey frunció aún más el ceño. Esperamos.

—Muy bien —dijo finalmente—. ¿Qué es una víbora más en el nido? Serás dado

de baja por conducta deshonrosa.

—¿Deshonrosa? —solté sin pensar.

Mal simplemente se inclinó y dijo:

—Gracias, *moi tsar*.

El Rey levantó la mano con un gesto perezoso.

—Marchaos —dijo petulantemente.

Me sentí tentada a quedarme y discutir, pero Nikolai me estaba lanzando una advertencia con la mirada, y Mal ya se había girado para marcharse. Tuve que apresurarme para alcanzarlo mientras marchaba por el pasillo cubierto por la alfombra azul.

—Hablaremos con Nikolai —dije en cuanto abandonamos la sala del trono y las puertas se cerraron tras nosotros—. Conseguiremos que haga una petición al Rey.

Mal ni siquiera redujo el paso.

—No servirá de nada. Sabía que pasaría esto.

A pesar de sus palabras, noté en sus hombros caídos que una parte de él había tenido esperanzas de todos modos. Quise agarrarle el brazo, hacer que se detuviera, decirle que lo sentía, que de algún modo encontraríamos la forma de arreglar las cosas. En lugar de eso, caminé rápido junto a él, esforzándome por mantener su ritmo, profundamente consciente de los lacayos que nos observaban desde cada puerta.

Desanduvimos nuestros pasos a través de los relucientes pasillos del palacio y bajamos la escalera de mármol. Fedyor y sus Grisha estaban esperando junto a sus caballos. Se habían arreglado lo mejor que habían podido, pero sus *keftas* de colores brillantes todavía tenían un aspecto algo desaliñado. Tamar y Tolya estaban ligeramente alejados de ellos, y los soles dorados que les había dado relucían en sus ásperas túnicas. Tomé aliento profundamente. Nikolai había hecho lo que había podido. Ahora era mi turno.





l serpenteante camino de gravilla blanca nos llevó por los terrenos del palacio, más allá de los pastos y de las altas paredes de un laberinto de setos. Tolya, normalmente tan quieto y silencioso, se retorcía sobre su montura, con la boca en una línea hosca.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Pensé que no respondería, pero entonces dijo:

—Huele a debilidad por aquí. A gente cada vez más blanda.

Le lancé una mirada al gigantesco guerrero.

—Todo el mundo es blando comparado contigo, Tolya.

Normalmente podía contar con Tamar para que se riera del humor de su hermano, pero me sorprendió al decir:

—Tiene razón. Parece que este lugar se estuviera muriendo.

No me estaban ayudando a calmar los nervios. La audiencia en la sala del trono me había dejado agitada, y todavía estaba sorprendida por la furia que había sentido hacia el Rey, aunque los Santos sabían que se la merecía. Era un viejo apestoso y lujurioso a quien le gustaba arrinconar a las sirvientas, por no mencionar el hecho de que era un pésimo líder y había amenazado con ejecutarnos tanto a Mal como a mí en el espacio de unos pocos minutos. Solo de pensar en ello sentí otra punzada de amargo resentimiento.

Mi corazón latió con más fuerza mientras entramos en el túnel de madera. Los árboles se cerraban sobre nuestras cabezas y las ramas se fundían en un toldo verde. La última vez que los había visto, estaban desnudos.

Salimos a la brillante luz del sol. Bajo nosotros se encontraba el Pequeño Palacio.

Me di cuenta de que lo había echado de menos. Había echado de menos el brillo de sus cúpulas doradas, esas extrañas paredes esculpidas con toda clase de bestias, reales e imaginarias. Había echado de menos el lago azul que relucía como un pedazo de cielo, la pequeña isla que no se encontraba exactamente en el centro, las manchitas

blancas de los pabellones de los Invocadores en la orilla. Era un lugar como ningún otro, y me sorprendió descubrir lo mucho que lo sentía como mi hogar.

Pero no todo era como antes. Había soldados del Primer Ejército apostados en los terrenos, con sus rifles a la espalda. Dudaba que sirvieran mucho contra un grupo de Mortificadores, Vendavales e Inferni determinados, pero el mensaje quedaba claro: no se confiaba en los Grisha.

Un grupo de sirvientes vestidos de gris esperaba junto a los escalones para ocuparse de nuestros caballos.

—¿Preparada? —susurró Mal mientras me ayudaba a desmontar.

—Me gustaría que la gente dejara de preguntarme eso. ¿No tengo cara de estar preparada?

—Tienes la misma cara que cuando te metí un renacuajo en la sopa y te lo tragaste sin querer.

Reprimí una risa, sintiendo que parte de mi preocupación se desvanecía.

—Gracias por el recordatorio —dije—. Creo que nunca me vengué por ello.

Hice una pausa para alisar los pliegues de mi *kefta*, tomándome mi tiempo con la esperanza de que mis piernas dejaran de temblar. Después subí los escalones, y los otros me siguieron. Los sirvientes abrieron las puertas por completo para que entráramos. Atravesamos la fría oscuridad de la cámara de entrada y entramos en la sala de la cúpula dorada.

La habitación era un hexágono gigante del tamaño de una catedral. Sus paredes talladas tenían incrustaciones de madreperla y estaban coronadas por una enorme cúpula dorada que parecía flotar sobre nosotros a una altura imposible. Había cuatro mesas dispuestas en forma de cuadrado en el centro de la habitación, y ahí era donde esperaban los Grisha. A pesar de su reducido número habían mantenido sus Órdenes, y estaban sentados o de pie en grupitos de rojo, púrpura y azul.

—Sí que les gustan los colores bonitos —gruñó Tolya.

—No me des ideas —susurré—. A lo mejor decido que mi guardia personal debería llevar bombachos amarillo chillón.

Por primera vez vi que una expresión muy parecida al miedo cruzaba su rostro.

Avanzamos, y la mayoría de los Grisha se pusieron en pie. Era un grupo joven, y me di cuenta con un pinchazo de incomodidad de que la mayoría de los Grisha de mayor edad y más experimentados habían elegido al Oscuro. O a lo mejor tan solo habían sido lo suficientemente inteligentes como para huir.

Había supuesto que no quedarían demasiados Corporalki. Eran los Grisha de mayor rango, los luchadores más valiosos, y los más cercanos al Oscuro.

Sin embargo, había unos cuantos rostros familiares. Sergei era uno de los pocos Mortificadores que habían decidido quedarse. Marie y Nadia se encontraban junto a los Etherealki. Me sorprendió ver a David encorvándose en la mesa de los Materialki. Sabía que había tenido sus dudas con el Oscuro, pero eso no le había impedido sellar el collar del ciervo alrededor de mi cuello. Tal vez era por eso por lo que no me

miraba, o tal vez solo estaba deseando volver a su taller.

Habían retirado la silla de ébano del Oscuro. Su mesa permanecía vacía.

Sergei fue el primero en dar un paso adelante.

—Alina Starkov —dijo firmemente—. Me complace darte la bienvenida al Pequeño Palacio.

Me di cuenta de que no se inclinaba.

La tensión creció y latió por la habitación como si se tratara de algo vivo. Una parte de mí deseaba romperla. Hubiera sido fácil. Podía sonreír, reírme, abrazar a Marie y Nadia. Aunque ese nunca había sido realmente mi sitio, no se me había dado mal fingir, y sería un alivio fingir que volvía a ser una de ellos. Pero recordé las advertencias de Nikolai y me contuve. *La debilidad es un disfraz*.

—Gracias, Sergei —dije, deliberadamente informal—. Me alegra estar aquí.

—Ha habido rumores de tu regreso —dijo—. Pero también de tu muerte.

—Como puedes ver, estoy viva y tan bien como podría esperarse después de varias semanas de viaje por la Vy.

—Se dice que has llegado en la compañía del segundo hijo del Rey —añadió Sergei.

Ahí estaba. El primer desafío.

—Es cierto —dije amablemente—. Me ayudó en mi batalla contra el Oscuro.

Hubo un revuelo en la habitación.

—¿En la Sombra? —preguntó Sergei, algo confundido.

—En el Mar Auténtico —lo corregí. Un murmullo se alzó desde la multitud. Levanté la mano y, para mi alivio, quedaron en silencio. *Consigue que sigan las órdenes pequeñas, y seguirán las grandes*—. Tengo muchas cosas que contar e información que dar —dije—. Pero eso puede esperar. He regresado a Os Alta con un propósito.

—La gente está hablando de una boda —añadió Sergei.

Bueno, Nikolai no iba a estar contento.

—No he vuelto aquí para convertirme en una esposa —repliqué—. He regresado por una sola razón. —Aquello no era del todo cierto, pero no me iba a poner a hablar del tercer amplificador en una sala llena de Grisha de dudosa lealtad. Tomé aliento. Era el momento—. He regresado para dirigir el Segundo Ejército.

Todos comenzaron a hablar a la vez. Hubo unos pocos vítores, algunos gritos de enfado, y vi que Sergei intercambiaba una mirada con Marie. Cuando la sala quedó en silencio, dijo:

—Eso esperábamos.

—El Rey está de acuerdo en que quede yo al mando.

Temporalmente, pensé, aunque no lo dije.

Hubo otra oleada de gritos y charloteo.

Sergei se aclaró la garganta.

—Alina, eres la Invocadora del Sol, y nos alegra que hayas regresado sana y

salva, pero no estás cualificada para dirigir una campaña militar.

—Cualificada o no, tengo la bendición del Rey.

—Entonces haremos una petición al Rey. Los Corporalki son los Grisha de mayor rango y deberían dirigir el Segundo Ejército.

—Según tú, desangrador.

En cuanto oí aquella voz sedosa supe a quién pertenecía, pero mi corazón dio un vuelco de todos modos cuando vi su cabello oscuro como el ala de un cuervo. Zoya salió de entre el grupo de Etherealki, y su pequeña figura estaba envuelta en la veraniega seda azul que hacía que sus ojos brillaran como gemas… gemas con unas pestañas desagradablemente largas.

Me costó todo mi esfuerzo no darme la vuelta para ver la reacción de Mal. Zoya era la Grisha que había hecho todo lo que había podido para que mi vida en el Pequeño Palacio fuera una miseria. Se había burlado de mí, había cotilleado sobre mí, e incluso me había roto dos costillas. Pero también era la chica en la que Mal se había interesado hacía tanto tiempo en Kribirsk. No estaba segura de lo que había sucedido entre ellos, pero dudaba que hubiera sido solo una conversación animada.

—Hablo por los Etherealki —continuó Zoya—. Y seguiremos a la Invocadora del Sol.

Me esforcé por no mostrar mi sorpresa. Era la última persona que hubiera esperado que me apoyara. ¿A qué estaría jugando?

—No todos —intervino Marie con voz débil. Sabía que no debía sorprenderme, pero dolía de todos modos.

Zoya soltó una risa desdeñosa.

—Sí, ya sabemos que apoyas a Sergei en todo lo que haga, Marie. Pero esto no es una cita nocturna junto a la *banya*. Estamos hablando del futuro de los Grisha y de toda Ravka.

Unas risitas siguieron la declaración de Zoya, y Marie se puso de un rojo intenso.

—Basta ya, Zoya —soltó Sergei.

Un Etherealnik a quien no reconocí dio un paso hacia adelante. Tenía la piel oscura y una cicatriz apenas visible en el pómulo izquierdo. Llevaba los bordados de un Inferni.

—Marie tiene razón —dijo—. No puedes hablar por todos, Zoya. Preferiría ver a un Etherealnik a la cabeza del Segundo Ejército, pero no debería ser ella. —Me señaló con un dedo acusatorio—. Ni siquiera se crio aquí.

—¡Es cierto! —gritó un Corporalnik—. ¡Lleva menos de un año siendo Grisha!

—Los Grisha nacen, no se hacen —gruñó Tolya.

Por supuesto, pensé con un suspiro interno. *Ahora decide salir de su caparazón*.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Sergei, mostrando su arrogancia natural.

La mano de Tolya fue a su espada curva.

—Soy Tolya Yul-Baatar. Me crie lejos de este palacio decadente, y me encantaría demostrar que puedo pararte el corazón.

—¿Eres Grisha? —preguntó Sergei con incredulidad.

—Tanto como tú —replicó Tamar, con los ojos dorados centelleando.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó a Mal.

—Yo solo soy un soldado —respondió él, acercándose a mí—. Su soldado.

—Al igual que nosotros —añadió Fedyor—. Hemos regresado a Os Alta a servir a la Invocadora del Sol, no a un muchacho engreído.

Otro Corporalnik se puso en pie.

—No eres más que otro cobarde que huyó cuando el Oscuro cayó. No tienes derecho a venir aquí e insultarlos.

—¿Y qué pasa con ella? —gritó otro Vendaval—. ¿Cómo sabemos que no está trabajando con el Oscuro? Lo ayudó a destruir Novokribirsk.

—¡Y compartió su cama! —gritó otro.

No te rebajes a desmentir nada, dijo la voz de Nikolai en mi cabeza.

—¿Qué relación tienes con Nikolai Lantsov? —exigió un Hacedor.

—¿Cuál era tu relación con el Oscuro? —añadió una voz aguda.

—¿Importa? —pregunté fríamente, pero sentía que estaba perdiendo el control.

—Por supuesto que importa —dijo Sergei—. ¿Cómo podemos estar seguros de tu lealtad?

—¡No tienes derecho a cuestionarla! —gritó uno de los Invocadores.

—¿Por qué? —replicó un Sanador—. ¿Porque es una Santa viviente?

—¡Llevadla a una capilla, donde pertenece! —chilló alguien—. ¡Sacadlas a ella y a su chusma del Pequeño Palacio!

Tolya se llevó la mano a la espada. Tamar y Sergei alzaron las manos. Vi que Marie sacaba el pedernal y sentí el remolino de los vientos de los Invocadores, que me levantaba los bordes de la *kefta*. Pensaba que había estado preparada para enfrentarme a ellos, pero no estaba preparada para la oleada de ira que me atravesaba. Me palpitó la herida del hombro, y algo dentro de mí quedó en libertad.

Miré el rostro burlón de Sergei y mi poder se alzó con un propósito claro y fiero. Levanté el brazo. Si necesitaban una lección, yo se la daría: podrían discutir sobre los trozos del cuerpo de Sergei. Mi mano trazó un arco en el aire, cortando en su dirección. La luz era una hoja afilada por mi furia.

En el último segundo, una esquirla de cordura atravesó la confusa neblina de mi furia. No, pensé aterrorizada al darme cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Mi mente asustada daba vueltas. Me giré y lancé el Corte hacia arriba.

Un ruido resonante sacudió la habitación. Los Grisha gritaron y retrocedieron, apiñándose contra las paredes.

La luz del día se derramó por la dentada fisura sobre nosotros. Había abierto la cúpula dorada como si se tratara de un huevo gigante.

Hubo un profundo silencio mientras todos los Grisha se giraban hacia mí, con aterrada incredulidad. Tragué saliva, asombrada por lo que había hecho, aterrorizada por lo que casi había hecho. Recordé el consejo de Nikolai y endurecí mi corazón: no

debían ver mi miedo.

—¿Pensáis que el Oscuro es poderoso? —pregunté, sorprendida por la helada claridad de mi voz—. No tenéis ni idea de lo que es capaz. Solo yo he visto lo que es capaz de hacer. Solo yo me he enfrentado a él y vivido para contarlo.

Sonaba como una extraña a mis propios oídos, pero sentí el eco de mi poder vibrando a través de mí y continué. Me giré lentamente, clavando los ojos en cada mirada impresionada.

—No me importa si pensáis que soy una Santa, una idiota, o la puta del Oscuro. Si queréis seguir en el Pequeño Palacio, me seguiréis, y si no os gusta, os marcharéis antes de esta noche u os encadenaré. Soy un soldado. Soy la Invocadora del Sol. Y soy la única oportunidad que tenéis.

Crucé la habitación a zancadas y abrí las puertas de las habitaciones del Oscuro, agradeciendo en silencio que no estuvieran cerradas con llave.

Bajé a ciegas por el pasillo, sin saber bien adonde iba, pero deseando alejarme de la sala abovedada antes de que nadie viera que estaba temblando.

Por suerte, encontré el camino hasta la sala de guerra. Mal entró detrás de mí, y antes de que cerrara la puerta vi que Tolya y Tamar ocupaban sus puestos. Fedyor y los demás debían de haberse quedado atrás. Con suerte harían las paces con el resto de los Grisha, o tal vez se matarían unos a otros.

Me paseé de un lado a otro frente al antiguo mapa de Ravka que ocupaba la pared trasera entera.

Mal se aclaró la garganta.

—Creo que ha ido bien.

Un hipido de risa histérica se me escapó de los labios.

—Salvo que quisieras tirarnos el techo sobre la cabeza —añadió—. En ese caso, creo que solo fue un éxito parcial.

Me mordisqueé el pulgar y continué caminando.

—Tenía que conseguir su atención.

—¿Así que lo hiciste a propósito?

Casi maté a alguien. Quería matar a alguien. Era la cúpula o Sergei, y Sergei hubiera sido mucho más difícil de arreglar.

—No exactamente —admití, y de pronto perdí toda la energía. Me derrumbé sobre una silla junto a la larga tabla y descansé la cabeza sobre las manos—. Van a irse todos —gemí.

—Tal vez —dijo él—, pero lo dudo.

Enterré la cara en los brazos.

—¿A quién quiero engañar? No puedo hacer esto. Parece algún tipo de broma mala.

—Yo no vi que nadie se riera —replicó Mal—. Para ser alguien que no tiene ni idea de lo que está haciendo, te las estás arreglando muy bien.

Le eché un vistazo. Estaba reclinado contra la mesa, con los brazos cruzados y el

fantasma de una sonrisa en los labios.

—Mal, he abierto un agujero en el techo.

—Un agujero muy dramático.

Solté un resoplido a medio camino entre una risa y un sollozo.

—¿Qué vamos a hacer cuando llueva?

—Lo que hacemos siempre —dijo—. Mantenernos secos.

Hubo un golpe en la puerta y Tamar metió la cabeza dentro.

—Uno de los sirvientes quiere saber si dormirás en las habitaciones del Oscuro.

Sabía que debía hacerlo, pero no me emocionaba la idea. Me pasé las manos por la cara y me levanté de la silla. Llevaba menos de una hora en el Pequeño Palacio y ya me sentía exhausta.

—Vayamos a mirar.

Las habitaciones del Oscuro se encontraban justo al otro lado del pasillo de la sala de guerra.

Un sirviente ataviado de negro nos condujo a una sala común grande y de aspecto formal, amueblada con una mesa alargada y unas cuantas sillas de aspecto incómodo.

Cada pared tenía un par de puertas dobles.

—Estas conducen a un pasadizo que la llevará fuera del Pequeño Palacio, *moi soverenyi* —dijo el sirviente, haciendo un gesto hacia la derecha. Después señaló las puertas de la izquierda y dijo—: Estas llevan a las habitaciones de los guardias.

Las puertas de ébano que teníamos justo enfrente no necesitaban explicación. Iban desde el suelo hasta el techo, y tenían tallado el símbolo del Oscuro, un sol eclipsado.

No me sentía preparada todavía para enfrentarme a ello, así que caminé hasta las habitaciones de los guardias y miré en el interior. Su sala común era considerablemente más acogedora. Tenía una mesa redonda para jugar a las cartas y varias sillas mullidas alrededor de una estufa de azulejos para mantener el calor en invierno. A través de otra puerta vi varias filas de literas.

—Supongo que el Oscuro tenía más guardias —dijo Tamar.

—Muchos más —respondí.

—Podríamos traer más.

—He pensado en ello —dijo Mal—. Pero no sé si es necesario, y no estoy seguro de en quién podemos confiar.

Tenía que darle la razón. Había puesto parte de mi fe en Tolya y Tamar, pero la única persona de la que me sentía segura era Mal.

—Tal vez podríamos considerar elegir a algunos de los peregrinos —sugirió Tamar—. Algunos de ellos eran militares antes. Debe de haber unos cuantos buenos luchadores entre ellos, y está claro que darían la vida por ti.

—Ni de broma —repliqué—. Si el Rey escucha algún susurro de «Sankta Alina», me mandará a la horca. Además, me parece que no quiero poner mi vida en las manos de alguien que cree que puedo levantarme de entre los muertos.

—Con nosotros bastará —dijo Mal, y yo asentí con la cabeza.

—Muy bien. Y… ¿puede alguien encargarse de que arreglen el techo?

Idénticas sonrisas se dibujaron en los rostros de Tolya y Tamar.

—¿No podemos dejarlo así unos pocos días?

—No —reí—. No quiero que se nos caiga todo el edificio encima. Hablad con los Hacedores; ellos sabrán qué hacer. —Me pasé el pulgar por el bulto que me recorría la palma de la mano—. Pero que no la dejen demasiado perfecta —añadí. Las cicatrices eran buenos recordatorios.

Volví a la sala común principal y me dirigí al sirviente que permanecía junto a la entrada.

—Comeremos aquí esta noche —dije—. ¿Podrías encargarte de la comida?

Él alzó las cejas, hizo una reverencia y se alejó. Hice una mueca. Se suponía que tenía que dar órdenes, no pedir nada.

Dejé a Mal y a los mellizos organizando el horario para la guardia y crucé las puertas de ébano. Los pomos eran dos delgadas lunas crecientes hechas de lo que parecía hueso. Cuando los agarré y tiré de ellos, no hubo ningún crujido ni chirrido de las bisagras. Las puertas se abrieron en silencio.

Un sirviente había encendido las lámparas de la habitación del Oscuro. Examiné la sala y solté un largo suspiro. ¿Qué había estado esperando? ¿Una mazmorra? ¿Un foso? ¿Que el Oscuro durmiera colgado de las ramas de un árbol?

La habitación era hexagonal, y sus paredes de madera oscura habían sido talladas para provocar la ilusión de que se trataba de un bosque lleno de árboles delgados. Sobre la enorme cama con dosel, el techo abovedado estaba hecho de obsidiana negra pulida y cubierto de trozos de madreperla dispuestos en forma de constelaciones. Era una habitación inusual, y desde luego era lujosa, pero seguía siendo solo una habitación.

No había ningún libro en los estantes, y tanto el escritorio como el tocador estaban vacíos. Debían de haberse llevado todas sus posesiones, y probablemente las habrían quemado o hecho pedazos. Supuse que tenía que alegrarme de que el Rey no hubiera tirado abajo el Pequeño Palacio.

Caminé hasta la cama y pasé la mano por el frío tejido de las almohadas. Era bueno saber que una parte de él seguía siendo humana, que reposaba la cabeza para descansar por la noche al igual que todos los demás. Pero ¿realmente podría yo dormir en su cama, bajo su techo?

Con un sobresalto, me di cuenta de que la habitación olía a él. Nunca me había dado cuenta de que tuviera un olor. Cerré los ojos e inhalé profundamente. ¿Qué era? El viento cortante y frío del invierno. Las ramas desnudas. El olor de la ausencia, el olor de la noche.

Me picaba la herida del hombro, y abrí los ojos. Las puertas de la habitación estaban cerradas. No las había oído cerrarse.

—Alina.

Me giré y vi al Oscuro de pie al otro lado de la cama. Me llevé las manos a la boca para detener el grito.

Esto no es real, me dije. *Es solo una alucinación más. Igual que en la Sombra*.

—Mi Alina —dijo con suavidad. Su rostro era hermoso, sin cicatrices. Perfecto.

No voy a gritar, porque esto no es real, y cuando vengan corriendo, no habrá nada que ver.

Rodeó la cama lentamente. Sus pisadas no producían ningún sonido.

Cerré los ojos, presioné las palmas contra ellos y conté hasta tres. Pero cuando volví a abrirlos, seguía frente a mí. *No voy a gritar*.

Di un paso hacia atrás y sentí la presión de la pared detrás de mí. Se me escapó un chillido ahogado de la garganta.

No voy a gritar.

Extendió el brazo. *No puede tocarme*, me dije. *Su mano me atravesará como un fantasma. No es real*.

—No puedes huir de mí —susurró.

Sus dedos rozaron mis mejillas. Sólidos. Reales. Los sentí.

El terror me atravesó. Alcé las manos y la luz resplandeció en la habitación con una cascada gigante que temblaba de calor. El Oscuro se desvaneció.

Oí unos pasos en la habitación del otro lado y las puertas se abrieron. Mal y los mellizos entraron corriendo, con las armas en la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tamar, examinando la habitación vacía.

—Nada —dije, obligándome a pronunciar la palabra, esperando que mi voz sonara normal. Enterré las manos entre los pliegues de mi *kefta* para esconder su temblor—. ¿Por qué?

—Hemos visto la luz y…

—Está un poco sombrío aquí —dije—. Todo el negro.

Se me quedaron mirando durante un largo momento, y después, Tamar miró a su alrededor.

—Sí que está muy oscuro. Tal vez quieras pensar en redecorar.

—Está en mi lista, desde luego.

Los mellizos volvieron a mirar la habitación y se dirigieron a la puerta. Tolya ya estaba hablando sobre la cena con su hermana, pero Mal se quedó en el umbral, esperando.

—Estás temblando —observó.

Sabía que esa vez no me pediría que me explicara. No debería tener que hacerlo: yo tendría que haberle dicho la verdad sin que me preguntara. Pero ¿qué podría decirle? ¿Que estaba viendo cosas? ¿Que estaba loca? ¿Que nunca estaríamos a salvo, sin importar lo lejos que huyéramos? ¿Que estaba igual de rota que la cúpula dorada, pero algo mucho peor que la luz del día se había metido dentro de mí?

Permanecí en silencio.

Mal sacudió una vez la cabeza, y después simplemente se alejó.

Llámalo, pensé desesperada. *Dile algo. Cuéntaselo todo*.

Mal se encontraba a tan solo unos metros, al otro lado de esa pared. Podía decir su nombre, que volviera y contárselo todo: lo que había sucedido en la Sombra, lo que casi le había hecho a Sergei, lo que acababa de ver unos momentos antes. Abrí la boca, pero las mismas palabras vinieron a mí una y otra vez.

No voy a gritar. No voy a gritar. No voy a gritar.





esperté al día siguiente con el sonido de unas voces enfadadas. Por un momento, no tenía ni idea de dónde me encontraba. La oscuridad era casi perfecta, rota solamente por una estrecha franja de luz debajo de la puerta.

Entonces volví a la realidad. Me senté y busqué la lámpara en la pared junto a la cama. Encendí la llama e inspeccioné los cortinajes de seda oscura de la cama, el suelo de pizarra, las paredes de ébano tallado.

Realmente tendría que hacer algunos cambios; esa habitación era demasiado deprimente como para despertar en ella. Era extraño pensar que de verdad me encontraba en la habitación del Oscuro, que había pasado la noche en su cama. Que lo había visto en esa misma habitación.

Basta ya. Aparté las sábanas y bajé las piernas por un lado de la cama. No sabía si las visiones eran un producto de mi imaginación o algún intento real por parte del Oscuro de manipularme, pero tenía que haber una explicación racional para ellas. Tal vez el mordisco de los *nichevo'ya* me había infectado con algo. Si era ese el caso, tan solo tendría que encontrar una forma de curarlo. O tal vez los efectos se disiparan con el tiempo.

El volumen de la discusión al otro lado de la puerta aumentó. Me pareció reconocer a Sergei y la voz enfadada y retumbante de Tolya. Me puse la bata bordada que habían dejado para mí a los pies de la cama, comprobé que el grillete de mi muñeca siguiera oculto, y me apresuré a salir a la sala común.

Casi me choqué contra los gemelos. Tolya y Tamar se encontraban hombro con hombro, impidiendo a un grupo de Grisha furiosos la entrada a mi habitación. Tolya tenía los brazos cruzados, y Tamar sacudía la cabeza mientras Sergei y Fedyor exponían sus argumentos en voz alta. Me angustió ver a Zoya junto a ellos, acompañada por el Inferni de piel oscura que me había desafiado el día anterior. Todos parecían estar hablando al mismo tiempo.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Sergei avanzó hacia mí en cuanto me vio, aferrando un pedazo de papel en la mano. Tamar se movió para impedirle el paso, pero yo hice un gesto para que se apartara.

—No pasa nada —dije—. ¿Cuál es el problema?

Pero me pareció que ya lo sabía. Reconocí mi propia escritura y los restos del sello del sol dorado que Nikolai me había proporcionado en el papel que Sergei estaba sacudiendo frente a mi cara.

—Esto es inaceptable —resopló.

Había comunicado la noche anterior que iba a convocar un concilio de guerra, y cada Orden Grisha debía seleccionar dos representantes para que asistieran. Me complació ver que habían elegido tanto a Fedyor como a Sergei, aunque parte de mi buena voluntad se desvaneció cuando el primero intervino.

—Tiene razón —dijo Fedyor—. Los Corporalki son la primera línea de defensa de los Grisha. Estamos más experimentados en asuntos militares y deberían representarnos más justamente.

—Somos igual de valiosos para la guerra —declaró Zoya, exhibiendo bien su color. Incluso irritada, estaba impresionante. Había sospechado que la elegirían para representar a los Etherealki, pero desde luego no me alegraba por ello—. Si va a haber tres Corporalki en el concilio —continuó—, entonces también debería haber tres Invocadores.

Todos comenzaron a gritar otra vez. Me di cuenta de que los Materialki no se habían presentado para protestar. Al ser la Orden más baja de los Grisha, probablemente tan solo se alegraban de que los hubiera incluido, o posiblemente se encontraban demasiado ocupados con su trabajo como para molestarse.

Todavía no estaba despierta del todo. Quería el desayuno, no una discusión. Pero sabía que debía ocuparme de ello. Tenía la intención de hacer las cosas de forma diferente; y tal vez deberían saber cómo de diferentes, o mis esfuerzos se desmoronarían antes de comenzar siquiera.

Alcé la mano y ellos se callaron al instante; estaba claro que ya dominaba ese truco. Tal vez tenían miedo de que fuera a cargarme otro techo.

—Habrá dos Grisha de cada Orden —dije—. Ni más, ni menos.

—Pero… —comenzó Sergei.

—El Oscuro ha cambiado. Si queremos tener alguna esperanza de derrotarlo, nosotros también tenemos que cambiar. Dos Grisha de cada Orden —repetí—. Y las Órdenes ya no se sentarán separadas: os sentaréis juntos, comeréis juntos y lucharéis juntos. —Al menos había conseguido que se callaran. Se me quedaron mirando boquiabiertos—. Y los Hacedores comenzarán a entrenar para el combate esta semana —terminé.

Contemplé sus expresiones horrorizadas; parecía como si les hubiera dicho que irían a la batalla desnudos. Los Hacedores no eran considerados guerreros, así que

nadie se había molestado en enseñarles a luchar. Me parecía una oportunidad desperdiciada. *Utiliza lo que sea o a quien sea que se encuentre delante de ti*.

—Veo que estáis todos emocionados —dije con un suspiro.

Desesperada por un poco de té, caminé hasta la mesa donde había una bandeja del desayuno con los platos cubiertos. Levanté una de las tapas: arenque y centeno. La mañana no estaba empezando muy bien.

—Pero… pero siempre ha sido así —tartamudeó Sergei.

—No puedes cargarte cientos de años de tradición —protestó el Inferni.

—¿En serio vamos a discutir también sobre esto? —pregunté con irritación—. Estamos en guerra con un antiguo poder que supera todo lo que conozcamos, ¿y queréis pelearos por quién se sienta a vuestro lado para comer?

—Ese no es el tema —dijo Zoya—. Las cosas tienen un orden, un modo de hacerlas que…

Comenzaron a parlotear otra vez, sobre la tradición, sobre la forma de hacer las cosas, sobre la necesidad de una estructura y de que la gente conociera su lugar.

Volví a poner la tapa en su sitio con un fuerte ruido metálico.

—Así es como lo vamos a hacer —dije, perdiendo la paciencia rápidamente—. Se acabó el esnobismo de los Corporalki. Se acabó la exclusividad de los Etherealki. Y se acabó el arenque.

Zoya abrió la boca, pero después lo pensó mejor y volvió a cerrarla.

—Ahora, marchaos —ladré—. Quiero desayunar en paz.

Por un momento, se quedaron ahí, pero después Tamar y Tolya dieron un paso hacia delante y, para mi continuo asombro, los Grisha hicieron lo que les decía. Zoya parecía molesta, y Sergei tenía el rostro turbulento, pero todos salieron de la habitación arrastrando dócilmente los pies.

Unos segundos después de que se marcharan Nikolai apareció en el umbral de la puerta, y me di cuenta de que había estado espiando en el pasillo.

—Bien hecho —dijo—. El día de hoy será recordado eternamente como el día del Gran Decreto del Arenque. —Entró y cerró la puerta tras él—. Aunque el comunicado no ha sido el más elegante.

—No tengo tu don para parecer «entretenido y distante» —dije, sentándome a la mesa y mordiendo un rollito con ansia—. Pero «gruñona» parece funcionarme.

Un sirviente se apresuró a traerme una taza de té del samovar. Estaba deliciosamente caliente, y cargado de azúcar. Nikolai tomó una silla y se sentó sin que se lo pidiera.

—¿De verdad no vas a comértelos? —dijo, amontonando arenques en su plato.

—Es asqueroso —dije sucintamente.

Nikolai tomó un gran bocado.

—No puedes sobrevivir en el mar si no eres capaz de comer pescado.

—No juegues a ser el pobre marinero conmigo. Comí en tu barco, ¿recuerdas? El chef de Sturmhond no servía bacalao en salazón y galletas precisamente.

Él soltó un suspiro de lamentación.

—Ojalá hubiera podido traer a Burgos conmigo. Al parecer, en las cocinas de la corte piensan que una comida no está completa si no está bañada de mantequilla.

—Solo un príncipe se quejaría de tener demasiada mantequilla.

—Uhm —dijo pensativo, palmeándose el estómago plano—. Tal vez una barriga real me daría más autoridad.

Me reí, y después casi salté de mi asiento cuando la puerta se abrió y entró Mal. Se detuvo cuando vio a Nikolai.

—No sabía que comeríais en el Pequeño Palacio, *moi tsarevich*. —Hizo una rígida reverencia a Nikolai, y después a mí.

—No tienes que hacer eso —señalé.

—Sí que tiene que hacerlo.

—Ya has oído al Príncipe Perfecto —replicó Mal, y se unió a nosotros en la mesa.

Nikolai sonrió.

—He tenido muchos motes, pero ese es probablemente el más acertado.

—No sabía que estuvieras despierto —le dije a Mal.

—Llevo horas despierto por ahí, buscando algo que hacer.

—Excelente —dijo Nikolai—. He venido a traer una invitación.

—¿Es a un baile? —preguntó Mal, robándome el resto del rollito del plato—. Espero muy fervientemente que se trate de un baile.

—Aunque estoy seguro de que eres capaz de bailar el vals maravillosamente, no. Han visto jabalíes en los bosques cerca de Balakirev. Una partida de caza saldrá mañana, y me gustaría que fueras.

—¿Pocos amigos, su alteza?

—Y muchos enemigos —respondió Nikolai—. Pero yo no iré, mis padres todavía no están preparados para dejarme fuera de su vista. He hablado con uno de los generales, y está de acuerdo en llevarte como su invitado.

Mal se recostó sobre su silla y cruzó los brazos.

—Ya veo. Así que yo me voy a socializar al bosque durante unos días y tú te quedas aquí —dijo, lanzándome una mirada significativa.

Me revolví en la silla. No me gustaban las implicaciones, pero parecía una estratagema muy obvia. En realidad, demasiado obvia para Nikolai.

—¿Sabes? para dos personas que están eternamente enamoradas, eres terriblemente inseguro —replicó Nikolai—. Algunos de los miembros de mayor rango del Primer Ejército estarán en la partida de caza, y mi hermano también. Es un ávido cazador, y yo mismo he comprobado que eres el mejor rastreador de Ravka.

—Se supone que tenía que proteger a Alina —dijo Mal—. No ir por ahí con un puñado de consentidos de la realeza.

—Tolya y Tamar pueden arreglárselas mientras estés fuera. Y es una oportunidad para que seas de utilidad.

Genial, pensé mientras observaba a Mal entrecerrando los ojos. *Perfecto*.

—¿Y qué estáis haciendo vos para ser de utilidad, su alteza?

—Soy un príncipe —dijo Nikolai—. Ser útil no formaba parte de la descripción del trabajo. Sin embargo —añadió—, cuando no estoy holgazaneando por ahí siendo guapo, me dedico a equipar mejor al Primer Ejército y reunir información sobre el paradero del Oscuro. Se dice que ha entrado en las Sikurzoi.

Mal y yo nos espabilamos de golpe ante eso. Las Sikurzoi eran las montañas que recorrían buena parte de la frontera entre Ravka y Shu Han.

—¿Crees que está en el sur? —pregunté.

Nikolai se metió en la boca otro pedazo de arenque.

—Es posible —dijo—. Habría pensado que tenía más posibilidades de aliarse con los fjerdanos. La frontera del norte es mucho más vulnerable, pero las Sikurzoi son un buen lugar para esconderse. Si los informes son ciertos, necesitamos movernos y forjar una alianza con los shu lo antes posible para que podamos marchar contra él desde dos frentes.

—¿Quieres declararle la guerra? —pregunté sorprendida.

—Es mejor que esperar a que sea lo bastante fuerte como para declarárnosla él.

—Me gusta —dijo Mal con resentida admiración—. El Oscuro no se lo esperaría.

Recordé que, aunque Mal y Nikolai tuvieran sus diferencias, Mal y Sturmhond habían estado en camino de hacerse amigos. Nikolai tomó un sorbo de té y dijo:

—También hay noticias perturbadoras del Primer Ejército. Parece que cierto número de soldados han encontrado la religión y han desertado.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres decir que…?

Nikolai asintió con la cabeza.

—Se están refugiando en los monasterios, uniéndose al culto del Apparat de la Santa del Sol. El sacerdote asegura que la corrupta monarquía te ha tomado como su prisionera.

—Eso es ridículo —repliqué.

—De hecho, es perfectamente plausible, y supone una historia muy satisfactoria. No necesito decir que mi padre no está contento. Anoche se puso bastante furioso, y ha doblado el precio sobre la cabeza del Apparat.

Gruñí.

—Eso es malo.

—Lo es —admitió Nikolai—. Puedes ver por qué podría ser inteligente que el capitán de tu guardia personal comenzara a forjar alianzas dentro del Gran Palacio. —Dirigió su aguda mirada hacia Mal—. Y así, Oretsev, es como puedes ser de utilidad. Recuerdo que conquistaste a mi tripulación, así que tal vez podrías coger el arco y jugar a ser diplomático y no un amante celoso.

—Pensaré en ello.

—Buen chico —dijo Nikolai.

Por todos los Santos. No podía haberlo dejado así, ¿verdad?

—Cuidado, Nikolai —replicó Mal con suavidad—. Los príncipes sangran como cualquier otro hombre.

Nikolai se limpió una mota invisible de polvo de la manga.

—Sí —convino—. Tan solo lo hacen en ropas mejores.

—Mal…

Él se levantó, y su silla chirrió contra el suelo.

—Necesito algo de aire.

Salió por la puerta a zancadas, olvidando toda la farsa de las reverencias y los títulos.

Tiré la servilleta a la mesa.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté al príncipe, enfadada—. ¿Por qué lo provocas así?

—¿Lo he hecho? —preguntó él, estirando el brazo para coger otro rollito. Pensé en clavarle un tenedor en la mano.

—No sigas presionándolo, Nikolai. Si pierdes a Mal, también me pierdes a mí.

—Necesita aprender cuáles son las normas aquí. Si no es capaz de hacerlo, se convierte en un lastre. Corremos un riesgo demasiado alto como para andarnos con medias tintas.

Me estremecí y me froté los brazos con las manos.

—Odio cuando hablas así. Suenas igual que el Oscuro.

—Si alguna vez te cuesta diferenciarnos, busca a la persona que no esté torturándote o tratando de matar a Mal. Ese seré yo.

—¿Tan seguro estás de que no lo harías? —ataqué—. Si te acercara más a lo que quieres, al trono y a tu gran oportunidad de salvar Ravka, ¿estás seguro de que no me llevarías tú mismo a la horca?

Esperé otra de sus respuestas habituales dándole la vuelta a las cosas, pero tenía aspecto de que le hubiera pegado un puñetazo en las tripas. Comenzó a hablar, se detuvo, y después sacudió la cabeza.

—Por todos los Santos —dijo, y su tono estaba a medio camino entre la perplejidad y la repulsión—. En realidad, no lo sé.

Me desplomé sobre mi silla otra vez. Su confesión debería haberme puesto furiosa, pero en lugar de eso sentí que la ira desaparecía. Tal vez fuera su honestidad, o tal vez fuera porque había comenzado a preocuparme por lo que yo misma podría ser capaz de hacer.

Nos sentamos ahí, en silencio, durante un largo minuto. Él se frotó la nuca con la mano y se puso lentamente en pie. Hizo una pausa en el umbral de la puerta.

—Soy ambicioso, Alina. Soy determinado. Pero espero… Espero conocer todavía la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal. —Dudó—. Te ofrecí la libertad, y lo decía en serio. Si mañana decidieras volver a huir a Novyi Zem con Mal, te metería en un barco y dejaría que el mar te llevara. —Me sostuvo la mirada, y sus ojos color avellana eran firmes—. Pero no me gustaría verte marchar.

Desapareció por el pasillo, y sus pisadas reverberaron en el suelo de piedra.

Me quedé ahí sentada durante un rato, tomando bocados de mi desayuno, rumiando las palabras de despedida de Nikolai. Después me reprendí. No tenía tiempo de averiguar sus motivos. En tan solo unas horas, el concilio de guerra se reuniría para hablar de estrategias y cuál sería la mejor forma de levantar una defensa contra el Oscuro. Tenía mucho que hacer para prepararme, pero primero tenía que hacer una visita.

Mientras me abrochaba los botones con forma de sol de mi *kefta* azul y dorada, sacudí la cabeza con tristeza. Baghra no perdería ni un momento para burlarse de mis nuevas pretensiones. Me cepillé el pelo y después me escabullí del Pequeño Palacio por la entrada del Oscuro y crucé los terrenos hasta el lago.

La sirvienta con el que había hablado me había dicho que Baghra había caído enferma poco después de la fiesta de primavera, y que desde entonces había dejado de aceptar estudiantes. Por supuesto, yo conocía la verdad. La noche de la fiesta, Baghra me había revelado los planes del Oscuro y me había ayudado a escapar del Pequeño Palacio. Después intentó comprarme tiempo ocultando mi ausencia. Pensar en la ira del Oscuro cuando descubrió su engaño era como tener una piedra en el estómago.

Cuando traté de presionar a la temblorosa doncella para que me diera detalles, ella hizo una torpe reverencia y se fue de la habitación. Sin embargo, Baghra seguía viva, y seguía allí. El Oscuro podía destruir una ciudad entera, pero parecía que incluso él había trazado el límite en asesinar a su propia madre.

El camino hacia la cabaña de Baghra estaba lleno de zarzas, y el bosque en verano estaba enmarañado y acre por el olor de las hojas y la tierra húmeda. Apresuré mis pasos, sorprendida por lo deseosa que estaba de verla. Había sido una maestra dura y una mujer desagradable en sus mejores días, pero había tratado de ayudarme cuando nadie más lo había hecho, y sabía que era mi mejor opción de resolver el enigma del tercer amplificador de Morozova.

Subí los tres escalones de la parte frontal de la cabaña y di unos golpes en la puerta, pero nadie respondió. Volví a golpearla y abrí la puerta, haciendo una mueca ante la familiar oleada de calor. Baghra siempre parecía tener frío, y entrar en su cabaña era como entrar en un horno.

La pequeña habitación a oscuras se encontraba tal como la recordaba: escasamente amueblada con solo las necesidades mínimas, un fuego que crepitaba en una estufa de azulejos, y Baghra junto a él con su *kefta* desteñida. Me sorprendió ver que no estaba sola. Había un sirviente sentado junto a ella, un niño vestido de gris. Se puso en pie en cuanto entré, mirándome a través de la penumbra.

—Nada de visitas —dijo.

—¿Por orden de quién?

Baghra levantó la mirada bruscamente ante el sonido de mi voz. Golpeó el suelo con su bastón.

—Vete, niño —ordenó.

—Pero…

—¡Vete! —gruñó.

Tan encantadora como siempre, pensé cautelosamente.

El niño cruzó la habitación y salió de la cabaña sin otra palabra.

La puerta apenas se había cerrado cuando Baghra dijo:

—Me preguntaba cuándo volverías aquí, pequeña Santa.

Por supuesto, Baghra tenía que llamarme por el único nombre que no quería escuchar.

Ya estaba sudando y no quería acercarme más al fuego, pero lo hice de todos modos y crucé la habitación para sentarme en la silla que había dejado vacía el sirviente.

Ella se giró hacia las llamas mientras me aproximaba, dándome la espalda. No se encontraba en buena forma ese día. Ignoré el insulto.

Me senté en silencio por un momento, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Me dijeron que enfermaste después de que me marchara.

—Hum.

No quería saberlo, pero me obligué a preguntarlo.

—¿Qué te hizo?

Ella soltó una risa seca.

—Menos de lo que podría haber hecho. Más de lo que debería.

—Baghra…

—Tenías que ir a Novyi Zem. Tenías que desaparecer.

—Lo intenté.

—No, te fuiste de caza —se burló con un golpe de su bastón en el suelo—. ¿Y qué has encontrado? ¿Un collar bonito que llevar durante el resto de su vida? Acércate —dijo—. Quiero saber lo que he comprado con mis esfuerzos.

Me incliné hacia ella, complaciente. Cuando se giró hacia mí ahogué un grito.

Baghra había envejecido una vida desde la última vez que la había visto. Su pelo negro era escaso y grisáceo. Sus afiladas facciones se habían difuminado. Su boca burlona parecía hundida y fofa.

Pero no era eso por lo que había retrocedido. Los ojos de Baghra ya no estaban. Donde deberían haberse encontrado había dos pozos negros, con sombras que se retorcían en sus insondables profundidades.

—Baghra —logré decir. Traté de cogerle la mano, pero ella se apartó de mí.

—Ahórrate tu lástima, niña.

—¿Qué… qué te hizo?

Mi voz era poco más que un susurro. Ella soltó otra risa afilada.

—Me dejó en la oscuridad.

Su voz era fuerte, pero allí junto al fuego me di cuenta de que era la única parte de ella que había permanecido intacta. Había sido esbelta y dura, con la postura cuidada de un acróbata. Ahora había un ligero temor en sus manos ancianas, y su cuerpo antes enjuto parecía lastimero y frágil.

—Muéstramelo —dijo, extendiendo las manos. Me quedé quieta y dejé que recorriera mi rostro con las manos. Los dedos retorcidos se movían como dos arañas blancas, pasando sin interés por mis lágrimas, arrastrándose por mi mandíbula hasta la base de mi garganta, donde se quedaron descansando sobre el collar—. Ah —suspiró, y recorrió con la punta de los dedos los ásperos trozos de cornamenta de mi cuello. Su voz era suave, casi anhelante—. Me hubiera gustado ver a su ciervo.

Quería girar la cabeza, apartar la mirada de los pozos rebosantes de oscuridad de sus ojos. En lugar de eso, me levanté la manga y tomé una de sus manos. Ella intentó apartarse, pero yo la aferré con fuerza y coloqué sus dedos sobre el grillete de mis muñecas. Ella se quedó rígida.

—No —dijo—. No puede ser.

Palpó los bordes de las escamas del azote marino.

—*Rusalye* —susurró—. ¿Qué has hecho, niña?

Sus palabras me dieron esperanza.

—Sabes lo de los otros amplificadores.

Hice una mueca cuando sus dedos se clavaron en mi muñeca.

—¿Es cierto? —preguntó abruptamente—. ¿Lo que dicen, que puede dar vida a las sombras?

—Sí —admití.

Su espalda corcovada se hundió aún más. Después apartó mi brazo como si se tratara de algo sucio.

—Vete.

—Baghra, necesito tu ayuda.

—He dicho que te vayas.

—Por favor. Necesito saber dónde encontrar el pájaro de fuego.

Su boca hundida tembló ligeramente.

—Ya traicioné a mi hijo una vez, pequeña Santa. ¿Qué te hace pensar que volvería a hacerlo?

—Querías detenerlo —dije dudosa—. Querías…

Baghra golpeó el suelo con su bastón.

—¡Quería evitar que se convirtiera en un monstruo! Pero ya es demasiado tarde para eso, ¿verdad? Gracias a ti, está más lejos de ser humano de lo que nunca ha estado. Ya está muy lejos de cualquier redención posible.

—Tal vez —admití—. Pero Ravka todavía puede salvarse.

—¿Y a mí qué me importa lo que le pase a este desgraciado país? ¿Tan bueno es el mundo que crees que vale la pena salvarlo?

—Sí —repliqué—. Y sé que tú también lo crees.

—No podrías hacer ni un pastel con lo que sabes, niña.

—¡Vale! —dije, y mi desesperación superó a mi culpabilidad—. Soy una idiota. Soy una estúpida. No tengo esperanzas. Por eso necesito tu ayuda.

—No puedo ayudarte. Tu única esperanza era huir.

—Dime lo que sepas sobre Morozova —supliqué—. Ayúdame a encontrar el tercer amplificador.

—No podría siquiera tratar de averiguar dónde encontrar al pájaro de fuego, y no te lo diría si pudiera. Lo único que quiero ahora es una habitación cálida y que me dejen morir en paz.

—Podría quitarte esta habitación —dije enfadada—. Tu fuego, tu disciplinado sirviente. Tal vez entonces estés más dispuesta a hablar.

Quise retirar las palabras tan pronto salieron de mi boca. Una enfermiza oleada de vergüenza me inundó. ¿De verdad acababa de amenazar a una mujer ciega y anciana?

Baghra soltó esa risa feroz y temblorosa.

—Veo que llevas bien el poder. Cuando crezca, estará sediento de más. Los similares se atraen, niña.

Sus palabras hicieron que me atravesara una punzada de miedo.

—No lo decía en serio —dije débilmente.

—No puedes violar las reglas de este mundo sin un precio. Esos amplificadores nunca debieron existir. Ningún Grisha debería tener jamás ese poder. Ya estás cambiando. Busca el tercero, úsalo, y te perderás completamente, parte por parte. ¿Quieres mi ayuda? ¿Quieres saber qué hacer? Olvídate del pájaro de fuego. Olvídate de Morozova y su locura.

Sacudí la cabeza.

—No puedo hacer eso. No lo haré.

Ella volvió a girarse hacia el fuego.

—Entonces haz lo que quieras, niña. Estoy harta de esta vida, y estoy harta de ti.

¿Qué había esperado? ¿Que me recibiría como si fuera su hija? ¿Qué me daría la bienvenida como si fuera una amiga? Había perdido el amor de su hijo y sacrificado su visión y, al final, yo le había fallado. Quería quedarme ahí plantada y exigir su ayuda. Quería amenazarla, adularla, caer de rodillas y rogarle su perdón por todo lo que ella había perdido y todos los errores que yo había cometido. En lugar de eso, hice lo que había querido que hiciera todo el tiempo: me di la vuelta y salí corriendo.

Casi perdí el equilibrio en los escalones cuando salí a trompicones de la cabaña, pero el sirviente estaba esperando abajo y me sujetó antes de que pudiera caerme.

Tomé unos tragos de aire fresco, agradecida, mientras sentía que el sudor se enfriaba sobre mi piel.

—¿Es cierto? —preguntó—. ¿Realmente eres la Invocadora del Sol?

Miré su cara esperanzada y sentí el dolor de las lágrimas en mi garganta. Asentí con la cabeza y traté de sonreír.

—Mi madre dice que eres una Santa.

¿Qué otros cuentos de hadas se cree?, pensé amargamente.

Antes de que pudiera avergonzarme a mí misma rompiendo a llorar sobre sus hombros flacuchos, pasé junto a él y me apresuré a caminar por el estrecho camino.

Cuando llegué hasta la orilla del lago, fui hacia uno de los pabellones de piedra blanca de los Invocadores. Realmente no eran edificios, tan solo refugios abovedados donde los jóvenes Invocadores podían practicar sus dones sin miedo de hacer volar el tejado de la escuela o prender fuego al Pequeño Palacio. Me senté a la sombra de los escalones del pabellón y hundí la cara en las manos, deseando que mis lágrimas desaparecieran, tratando de recuperar el aliento. Había estado tan segura de que Baghra sabría algo acerca del pájaro de fuego, tan convencida de que estaría dispuesta a ayudarme. No me había percatado de cuántas esperanzas había puesto en ella hasta que desaparecieron.

Alisé los pliegues relucientes de mi *kefta* sobre mi regazo y tuve que tragarme un sollozo. Pensaba que Baghra se reiría de mí, se burlaría de la pequeña Santa ataviada con sus ropas elegantes. ¿Por qué había creído que el Oscuro mostraría misericordia con su madre?

¿Y por qué había actuado yo así? ¿Cómo podía haberla amenazado con quitarle sus pocas comodidades? Era tan horrible que me ponía enferma. Podía culpar a mi desesperación, pero eso no aliviaba la vergüenza que sentía. Ni cambiaba la realidad de que alguna parte de mí quería volver a su cabaña y cumplir esas amenazas, arrastrarla hasta la luz y forzarla a soltar respuestas por su boca amarga y hundida. ¿Qué me estaba pasando?

Saqué mi ejemplar del *Istorii Sankt'ya* del bolsillo y recorrí con las manos la gastada cubierta de cuero rojo. La había mirado tantas veces que se abrió por la ilustración de Sankt Ilya, aunque ahora las páginas estaban empapadas por la colisión del *Colibrí*.

¿Un Santo Grisha? ¿U otro idiota codicioso que no podía resistir la tentación del poder? Un idiota codicioso como yo. *Olvídate de Morozova y su locura*. Recorrí la curva del arco con los dedos. Podría no significar nada. Podía ser alguna referencia al pasado de Ilya que no tuviera nada que ver con los amplificadores, o tan solo un adorno del artista. Incluso si estábamos en lo cierto y se trataba de una especie de señal, podría estar en cualquier lugar. Nikolai había viajado por buena parte de Ravka y no lo había visto. Por todo lo que sabíamos, podía haberse desmoronado hacía cientos de años.

Sonó una campana en la escuela al otro lado del lago, y una manada de niños Grisha salieron corriendo de sus puertas, gritando, riendo, deseosos de salir a la luz veraniega. La escuela había seguido funcionando, a pesar de los desastres de los últimos meses. Pero si el Oscuro iba hacia allí, tendría que evacuarla. No quería tener niños en el camino de los *nichevo'ya*.

El buey siente el yugo, pero ¿siente el pájaro el peso de sus alas?

¿De verdad me había dicho Baghra esas palabras? ¿O tan solo las había

escuchado en sueños?

Me puse en pie y me sacudí el polvo de la *kefta*. No sabía qué era lo que me había alterado más, si era la negativa de Baghra de ayudarme, o lo rota que parecía. Ya no era solo una anciana. Era una anciana sin esperanzas, y yo había ayudado a arrebatársela.





pesar de su nombre, me encantaba la sala de guerra. La cartógrafa que tenía dentro no podía resistirse a los antiguos mapas hechos con pellejos de animales y embellecidos con detalles caprichosos: el faro dorado de Os Kervo, los templos en las montañas de Shu Han, las sirenas que nadaban en los bordes de los mares.

Miré a lo largo de la mesa a las caras de los Grisha, algunas familiares, otras nuevas. Cualquiera de ellos podría ser un espía del Oscuro, el Rey o el Apparat. Cualquiera de ellos podría estar buscando la oportunidad de quitarme de su camino y asumir el poder.

Tolya y Tamar permanecieron fuera, a un grito de distancia por si hubiera algún problema, pero era la presencia de Mal lo que me reconfortaba. Se sentaba a mi derecha con sus ásperos ropajes y el sol sobre su corazón. Odiaba pensar que se iría a cazar tan pronto, pero tenía que admitir que la distracción podría ser buena. Mal se había enorgullecido de ser un soldado y, aunque había tratado de ocultarlo, sabía que el mandato del Rey suponía un duro peso para él. Que supusiera que le estaba ocultando algo tampoco ayudaba.

Sergei se sentaba a la derecha de Mal, con los brazos cruzados hoscamente sobre su pecho. No le alegraba estar sentado junto a un guardia *otkazat'sya*, y le gustaba aún menos que yo hubiera insistido en tener una Hacedora a mi izquierda, en lo que se consideraba una posición de honor. Era una chica suli llamada Peja a quien no conocía anteriormente. Tenía el pelo oscuro y ojos casi negros, y los bordados rojos de las muñecas de su *kefta* púrpura indicaban que se trataba de una de los Alkemi, los Hacedores que se especializaban en químicos como polvos explosivos y venenos.

David se sentaba más allá, con las muñecas bordadas de gris. Trabajaba con cristal, acero, madera, piedra; cualquier cosa sólida. David era un Durast, y sabía que era el mejor de todos porque el Oscuro lo había escogido a él para forjar mi collar. Después estaba Fedyor, y Zoya junto a él, impresionante como siempre con el azul de

los Etherealki.

Frente a Zoya se encontraba Pavel, el Inferni de piel oscura que había hablado tan furiosamente en mi contra el día anterior. Tenía facciones delgadas y un diente partido que silbaba ligeramente cuando hablaba.

La primera parte de la reunión la dedicamos a discutir el número de Grisha en los distintos puestos de avanzada de Ravka y los que podían estar escondiéndose. Zoya sugirió enviar mensajeros que extendieran las noticias de mi regreso y ofrecieran indulto total a aquellos que juraran su lealtad a la Invocadora del Sol. Pasamos cerca de una hora debatiendo los términos y las palabras del indulto. Sabía que tendría que llevárselo a Nikolai para que el Rey lo aprobaba, y quería ser cuidadosa. Finalmente nos pusimos de acuerdo con «lealtad al trono de Ravka y el Segundo Ejército». Ninguno parecía contento, así que estaba bastante segura de que lo habíamos hecho bien.

Fue Fedyor quien sacó el asunto del Apparat.

—Es preocupante que haya eludido la captura durante tanto tiempo.

—¿Ha tratado de contactarte? —me preguntó Pavel.

—No —dije, y vi el escepticismo en su rostro.

—Lo han visto en Kerskii y Ryevost —dijo Fedyor—. Aparece de la nada para predicar, y después se desvanece antes de que aparezcan los soldados del Rey.

—Deberíamos pensar en un asesinato —dijo Sergei—. Se está volviendo demasiado poderoso, y todavía podría estar conspirando con el Oscuro.

—Primero tendremos que encontrarlo —observó Peja.

Zoya sacudió la mano grácilmente.

—¿Qué sentido tendría? Parece empeñado en extender las noticias sobre la Invocadora del Sol e insistir en que es una Santa. Ya es hora de que la gente tenga algo de aprecio por los Grisha.

—Por los Grisha no —replicó Pavel, señalándome agresivamente con la barbilla—. Por ella.

Zoya levantó un hombro elegante.

—Mejor eso a que nos denigren como si fuéramos brujas y traidores.

—Que el Rey haga el trabajo sucio —dijo Fedyor—. Que él encuentre al Apparat y lo ejecute, y que él sufra la ira del pueblo.

No podía creer que estuviéramos debatiendo con tanta calma el asesinato de un hombre. Y no estaba segura de que quisiera que el Apparat muriera. El sacerdote tenía mucho por lo que responder, pero no creía que siguiera trabajando con el Oscuro. Además, él me había dado el *Istorii Sankt'ya*, y eso significaba que era una posible fuente de información. Si lo capturaban, tan solo podía esperar que el Rey lo mantuviera con vida lo suficiente como para interrogarlo.

—¿Piensas que lo cree realmente? —preguntó Zoya, examinándome—. ¿Que eres una Santa que se ha levantado de entre los muertos?

—No creo que suponga mucha diferencia.

—Ayudaría a saber lo loco que está.

—Preferiría enfrentarme a un traidor que a un fanático —dijo Mal quedamente. Era la primera vez que hablaba—. Puede que tenga algunos viejos contactos en el Primer Ejército que hablen conmigo. Hay rumores de soldados que han desertado para unirse a él, y si ese es el caso, deben de saber dónde se encuentra.

Lancé una mirada furtiva a Zoya, que observaba a Mal con esos ojos imposiblemente azules. Parecía haberse pasado media reunión batiendo las pestañas en su dirección. O tal vez estaba imaginando cosas. Era una Vendaval poderosa y, potencialmente, una aliada poderosa, pero también había sido una de las favoritas del Oscuro, y eso hacía que fuera difícil confiar en ella.

Casi me reí en voz alta. ¿A quién estaba engañando? Odiaba hasta estar en la misma habitación que ella. Ella sí que parecía una Santa: huesos delicados, sedoso cabello negro, piel perfecta. Tan solo le faltaba el halo. Mal no le prestaba atención alguna, pero un retortijón en las tripas me hizo pensar que la estaba ignorando demasiado deliberadamente. Sabía que tenía cosas más importantes de las que preocuparme que Zoya. Tenía un ejército que dirigir y enemigos a cada lado, pero no era capaz de parar.

Tomé aliento y traté de concentrarme. La parte más difícil de la reunión todavía estaba por llegar. Por mucho que quisiera acurrucarme en algún sitio silencioso y oscuro, había cosas de las que tenía que hablar.

Miré a todos los de la mesa y dije:

—Necesitáis saber a qué nos enfrentamos.

La sala quedó en silencio. Fue como si hubiera sonado una campana, como si todo lo que había pasado antes no fuera más que una farsa y ahora hubiera comenzado la verdadera reunión.

Parte por parte, expliqué todo lo que sabía acerca de los *nichevo'ya*, su fuerza y su tamaño, que resultaban prácticamente inmunes a las balas o a las espadas y, lo más importante de todo, el hecho de que no temían la luz del sol.

—Pero tú escapaste —dijo Peja, vacilante—, así que deben de ser mortales.

—Mi poder puede destruirlos. Es lo único de lo que no parecen ser capaces de recuperarse. Pero no es fácil. Hace falta el Corte, y no sé de cuántos podría encargarme al mismo tiempo. —No mencioné el segundo amplificador. Incluso con él, sabía que no podría soportar la embestida de un ejército de sombras completamente formadas, y el grillete era un secreto que tenía intención de guardar, al menos por el momento—. Solo conseguí escapar porque el Príncipe Nikolai nos llevó fuera del alcance del Oscuro —continué—. Al parecer, necesitan estar cerca de su amo.

—¿Cómo de cerca? —preguntó Pavel.

Miré a Mal.

—Es difícil decirlo —respondió él—. Un par de kilómetros, tal vez tres.

—Así que su poder tiene algún límite —dijo Fedyor, con no poco alivio.

—Desde luego. —Me alegraba poder decir algo que no fuera completamente nefasto—. Tendrá que entrar en Ravka con su ejército para llegar hasta nosotros. Esto significa que estaremos advertidos y que él será vulnerable. No puede invocarlos del mismo modo que invoca la oscuridad. Parece costarle un gran esfuerzo.

—Porque no es poder Grisha —señaló David—. Es *merzost*.

En ravkano, la palabra para «magia» y «abominación» era la misma. La teoría Grisha básica indicaba que no podía crearse materia de la nada, pero ese era un principio de la Pequeña Ciencia. El *merzost* era diferente, una corrupción de la creación en el corazón del mundo.

David jugueteó con un hilo suelto de su manga.

—Esa energía, esa sustancia, tiene que venir de algún sitio. Debe de venir de él.

—Pero ¿cómo lo está haciendo? —preguntó Zoya—. ¿Ha habido alguna vez un Grisha con esa clase de poder?

—La verdadera cuestión es cómo enfrentarnos a ellos —replicó Fedyor.

La charla pasó a tratar sobre la defensa del Pequeño Palacio y las posibles ventajas de enfrentarnos al Oscuro en el campo. Pero yo estaba observando a David. Cuando Zoya había preguntado sobre los demás Grisha, me había mirado a mí directamente por primera vez desde su llegada al Pequeño Palacio. Bueno, no a mí exactamente, sino a mi collar. Había vuelto a mirar la mesa enseguida, pero parecía aún más incómodo que antes, si es que eso era posible. Me pregunté lo que podría saber sobre Morozova. Y también quería una respuesta para la pregunta de Zoya. No sabía si tenía el entrenamiento ni el valor para intentar algo parecido, pero ¿habría una forma de invocar soldados de luz para luchar contra el ejército de sombras del Oscuro? ¿Era ese el poder que podrían darme los tres amplificadores?

Quería hablar con David a solas tras la reunión, pero en cuanto esta terminó él salió disparado a través de la puerta. Cualquier idea que pudiera tener de arrinconarlo en los talleres de los Materialki aquella tarde quedó aplastada por la pila de papeles que me esperaba en mis habitaciones. Pasé horas preparando el indulto de los Grisha y firmando incontables documentos que garantizaban fondos y provisiones para los puestos de avanzada que el Segundo Ejército esperaba restablecer en las fronteras de Ravka. Sergei había tratado de ocuparse de algunos de los deberes del Oscuro, pero la mayor parte del trabajo había quedado desatendida.

Todo parecía estar redactado de la forma más confusa posible. Tenía que leer y releer lo que deberían haber sido peticiones simples. Para cuando conseguí reducir un poco la pila de papeles, ya llegaba tarde a la cena… mi primera comida en la sala abovedada. Hubiera preferido que me llevaran una bandeja a la habitación, pero era importante que reivindicara mi presencia en el Pequeño Palacio. También quería asegurarme de que se seguían mis peticiones y que los Grisha estuvieran mezclando las Órdenes realmente.

Me senté a la mesa del Oscuro. En un esfuerzo por conocer a algunos de los Grisha desconocidos y para evitar darles una excusa de formar una nueva élite, decidí

que cada noche comería gente distinta conmigo. Era una buena idea, pero no tenía ni la facilidad de Mal ni el encanto de Nikolai, por lo que la conversación resultó poco natural y marcada por incómodos momentos de silencio.

Las cosas no parecían ir mucho mejor en las otras mesas. Los Grisha se sentaban unos junto a otros en un revoltijo de rojo, púrpura y azul, sin hablar apenas. El ruido metálico de los cubiertos reverberaba en la cúpula rajada. Los Hacedores aún no habían comenzado con su reparación.

No sabía si reírme o gritar. Era como si les hubiera pedido cenar junto a un volcra. Al menos Sergei y Marie parecían contentos, aunque Nadia tenía aspecto de querer desaparecer en su plato de mantequilla mientras ellos se abrazaban y se hacían arrumacos junto a ella. Supuse que me alegraba por ellos. Y también estaba un poco celosa.

Conté en silencio: cuarenta Grisha, quizás cincuenta, y la mayoría de ellos apenas acababa de salir de la escuela. *Menudo ejército*, pensé con un suspiro. Mi glorioso reinado estaba comenzando de una forma lamentable.

Mal había accedido a unirse a la partida de caza, y me levanté temprano a la mañana siguiente para despedirme de él. Comenzaba a darme cuenta de que tendríamos menos privacidad en el Pequeño Palacio de la que habíamos tenido durante el camino. Entre Tolya, Tamar y los sirvientes que siempre merodeaban por ahí, comenzaba a pensar que tal vez no volviéramos a tener un momento a solas.

Me había quedado despierta la noche anterior en la cama del Oscuro, recordando cómo me había besado Mal en la dacha, preguntándome si lo oiría llamar a la puerta. Hasta me había planteado cruzar la sala común y llamar a la habitación de los guardias, pero no sabía quién estaba de servicio, y la idea de que Tolya o Tamar respondieran me resultaba muy vergonzosa. Al final, la fatiga del día debió de tomar la decisión por mí, porque lo siguiente que supe fue que era de día.

Para cuando llegué hasta la fuente del águila doble, el camino al palacio se encontraba inundado de personas y caballos: Vasily y sus amigos aristócratas con sus elaboradas ropas formales para montar, oficiales del Primer Ejército con sus elegantes uniformes, y tras ellos, una legión de sirvientes que vestían de blanco y dorado.

Encontré a Mal comprobando su montura cerca de un grupo de rastreadores reales. Era fácil de distinguir por sus toscos ropajes de campesino. Tenía un arco nuevo y reluciente a la espalda y un carcaj con flechas cuyas plumas eran del azul pálido y el dorado del rey de Ravka. La caza formal de Ravka prohibía el uso de las armas de fuego, pero me percaté de que varios de los sirvientes llevaban rifles a la espalda, por si acaso los animales resultaban ser demasiado para sus nobles amos.

—Menudo espectáculo —dije, acercándome a él—. ¿Cuántas personas hacen falta para abatir a unos pocos jabalíes?

Él resopló.

—Esto no es nada. Otro grupo de sirvientes partió antes del amanecer para preparar el campamento. Que los Santos no quieran que un príncipe de Ravka se quede esperando por una taza de té caliente.

Sonó un cuerno y los jinetes comenzaron a colocarse en su lugar con un repiqueteo de cascos y estribos. Mal sacudió la cabeza y tiró firmemente de la cincha.

—Espero que esos jabalíes sean sordos —gruñó.

Miré a mi alrededor, a los uniformes relucientes y las botas pulidas.

—Tal vez debería haber pedido que te dieran un traje algo más… brillante.

—Hay una razón por la que los pavos reales no son pájaros de caza —dijo con una sonrisa. Era una sonrisa fácil y abierta, la primera que había visto en mucho tiempo.

Se alegra de ir, me percaté. *Aunque gruña, se alegra de ir*. Traté de no tomármelo de forma personal.

—¿Y tú eres como un halcón pardo? —pregunté.

—Exactamente.

—¿O una enorme paloma?

—Dejémoslo en el halcón.

Los otros estaban montando, haciendo virar a sus caballos para unirse al resto de la partida mientras bajaban por el camino de gravilla.

—Vamos, Oretsev —lo llamó un rastreador de cabello arenoso.

De pronto me sentí extraña, intensamente consciente de la gente que nos rodeaba, de sus miradas inquisitivas. Probablemente había roto alguna clase de protocolo solo por haber ido a despedirme.

—Bueno —dije, dando unas palmadas en el lomo de su caballo—, diviértete. Intenta no disparar a nadie.

—De acuerdo. Espera, ¿que no dispare a nadie?

Sonreí, aunque parecía un poco forzado.

Nos quedamos ahí durante un momento, mientras el silencio se extendía entre nosotros. Quería rodearlo con los brazos, enterrar la cara en su cuello y obligarlo a prometer que estaría bien. Pero no lo hice.

Una sonrisa triste rozó sus labios. Se inclinó.

—*Moi soverenyi* —dijo, y el corazón se me retorció en el pecho.

Se montó en el caballo y le dio una patada para que avanzara, desapareciendo entre el mar de jinetes que se dirigían hasta las puertas doradas.

Volví al Pequeño Palacio con la moral baja.

Era temprano, pero ya empezaba a hacer calor. Tamar me estaba esperando cuando salí del túnel de madera.

—Volverá enseguida —dijo—. No tienes que estar tan triste.

—Lo sé —respondí, sintiéndome estúpida. Conseguí reír mientras cruzábamos el césped de camino a los establos—. En Keramzin, tenía un muñeco que hice con un calcetín viejo. Solía hablar con él cuando Mal se iba a cazar. Tal vez eso me hiciera

sentir mejor.

—Eras una niña extraña.

—No tienes ni idea. ¿Con qué jugabais tú y Tolya?

—Con los cráneos de nuestros enemigos.

Vi el brillo en sus ojos y ambas rompimos a reír.

Abajo, en las salas de entrenamiento, Tamar y yo nos reunimos brevemente con Botkin, el instructor encargado de la tarea de preparar a los Grisha para el combate físico. El viejo mercenario quedó encantado al instante con Tamar, y comenzaron a berrear en shu durante casi diez minutos antes de que yo consiguiera sacar el asunto del entrenamiento de los Hacedores.

—Botkin puede enseñar lucha a cualquiera —dijo con su fuerte acento. La débil luz daba un brillo perlado a la cicatriz de su garganta—. Enseñó lucha a la niña, ¿no?

—Sí —asentí, haciendo una mueca ante el recuerdo de los agotadores entrenamientos de Botkin y las palizas que había sufrido a sus manos.

—Pero la niña ya no es tan niña —dijo, fijándose en el dorado de mi *kefta*— Vuelve entrenar con Botkin. Pego niña grande igual que niña pequeña.

—Eso es muy igualitario por tu parte —repliqué, y me apresuré a salir con Tamar de los establos antes de que Botkin decidiera demostrarme lo justo que podía llegar a ser.

Fui derecha desde los establos a otra reunión del concilio de guerra, y después tuve el tiempo justo de arreglarme el pelo y sacudirme la *kefta* antes de volver a dirigirme al Pequeño Palacio para unirme a Nikolai mientras los consejeros del Rey lo informaban de las defensas de Os Alta.

Me sentía un poco como si fuéramos niños que se hubieran metido entre los adultos. Los consejeros dejaron claro que pensaban que estábamos malgastando su tiempo, pero Nikolai permaneció impertérrito. Hizo preguntas cuidadosas acerca del armamento, el número de tropas estacionadas alrededor de los muros de la ciudad, el sistema de advertencia que se había dispuesto en caso de que hubiera algún ataque. Pronto los consejeros perdieron su aire condescendiente y conversaron con él seriamente, preguntándole por el armamento que había traído a través de la Sombra y cuál sería la mejor forma de emplearlo.

Me hizo darles una breve descripción de los *nichevo'ya* para apoyar sus argumentos de que los Grisha también deberían recibir nuevas armas. Los consejeros todavía tenían profundas sospechas sobre el Segundo Ejército, pero en nuestro camino de vuelta al Pequeño Palacio, Nikolai no parecía preocupado.

—Entrarán en razón con el tiempo —dijo—. Por eso es por lo que tienes que estar ahí, para darles seguridad y ayudarlos a comprender que el Oscuro no es como otros enemigos.

—¿Piensas que no lo saben? —pregunté con incredulidad.

—No quieren saberlo. Si son capaces de mantener la creencia de que pueden negociar con el Oscuro o conseguir que se rinda, no tienen que enfrentarse a la

realidad de la situación.

—No puedo decir que los culpe —repliqué sombríamente. Estaba muy bien hablar sobre tropas, muros y advertencias, pero dudaba que supusiera mucha diferencia contra los soldados de sombras del Oscuro.

—¿Vienes conmigo al lago? —dijo Nikolai cuando salimos del túnel. Yo dudé—. Prometo no ponerme sobre una rodilla y comenzar a componer baladas sobre tu belleza. Tan solo quiero enseñarte algo.

Mis mejillas se pusieron rojas, y Nikolai sonrió.

—Deberías mirar si los Corporalki pueden hacer algo con ese rubor —dijo, y se dirigió al lago por un lateral del Pequeño Palacio.

Estaba tentada de seguirle solo por el placer de empujarlo dentro. Sin embargo… ¿podían los Corporalki arreglar mi sonrojamiento? Aparté la ridícula idea de mi cabeza. El día que pidiera a un Corporalnik que se encargara de mi rubor sería el día que me echarían del Pequeño Palacio mientras se reían de mí.

Nikolai se había detenido sobre la gravilla, a medio camino hasta el lago, y me uní a él allí. Señaló una franja de playa en la orilla más alejada, a una corta distancia de la escuela.

—Quiero montar ahí un puerto —dijo.

—¿Por qué?

—Para reconstruir el *Colibrí*.

—No puedes quedarte quieto, ¿eh? ¿No tienes suficiente con lo tuyo?

Miró con los ojos entrecerrados la reluciente superficie del lago.

—Alina, espero encontrar una forma de derrotar al Oscuro. Pero si no podemos, necesitamos una forma de sacarte de aquí.

Me lo quedé mirando.

—¿Qué pasa con los demás Grisha?

—No hay nada que pueda hacer por ellos.

No podía creer lo que estaba sugiriendo.

—No voy a huir.

—Suponía que dirías eso —dijo con un suspiro.

—¿Y tú? —pregunté enfadada—. ¿Te largarás de aquí y dejarás que los demás nos quedemos aquí para enfrentarnos al Oscuro?

—Venga ya —dijo—. Sabes que siempre he querido un funeral de héroe. —Volvió a mirar al lago—. Me parece bien morir luchando, pero no quiero dejar a mis padres a merced del Oscuro. ¿Me darás dos Vendavales para entrenarlos?

—No son regalos, Nikolai —dije, pensando en cómo el Oscuro había convertido a Genya en un regalo para la Reina—. Pero preguntaré si hay voluntarios. Tan solo no les digas para qué los quieres, no quiero que los demás se desanimen. —O que comiencen a competir por plazas a bordo del artefacto—. Y una cosa más —dije—. Quiero que hagas hueco para Baghra. No tendría que volver a enfrentarse al Oscuro, ya ha pasado por demasiadas cosas.

—Por supuesto —dijo, y después añadió—: Sigo creyendo que podemos ganar, Alina.

Me alegra que alguien lo haga, pensé sombríamente, y me giré para volver al interior.





avid se las había arreglado para escaparse de nuevo tras la última reunión del consejo, y hasta bien avanzada la tarde siguiente no tuve un momento libre para arrinconarlo en los talleres de los Hacedores. Me lo encontré encorvado sobre una pila de hojas de proyectos, con los dedos manchados de tinta.

Me senté en un taburete junto a él y me aclaré la garganta. El levantó la mirada y pestañeó solemnemente. Estaba tan pálido que podía ver la red azulada de sus venas a través de su piel, y alguien le había cortado muy mal el pelo.

Probablemente lo hizo él mismo, pensé, sacudiendo la cabeza internamente. Era difícil creer que ese era el chico de quien Genya se había enamorado tanto.

Sus ojos fueron a mi collar. Comenzó a juguetear con los objetos de su mesa de trabajo, moviéndolos por ahí y organizándolos en líneas cuidadosas: un compás, lápices de grafito, plumas y botes de tinta de diferentes colores, fragmentos de cristal transparentes y espejados, un huevo cocido que supuse que era su cena, y una página tras otra de dibujos y planes de los que no podía comenzar a sacar sentido.

—¿En qué estás trabajando? —pregunté. Él volvió a pestañear.

—Platos.

—Ah.

—Cuencos reflectantes —añadió—, basados en una parábola.

—Qué… ¿interesante? —logré decir.

Él se rascó la nariz, dejando una enorme mancha azul por el puente.

—Podría ser una forma de magnificar tu poder.

—¿Como los espejos de mis guantes?

Había pedido a los Durasts que volvieran a hacérmelos. Con el poder de dos amplificadores, probablemente no los necesitara, pero los espejos me permitían concentrar con precisión la luz, y el control que me daban resultaba reconfortante.

—Más o menos. Si me salen bien, será una forma mucho mayor de utilizar el

Corte.

—¿Y si te salen mal?

—Pues no sucederá nada, o la persona que los está utilizando explotará en pedazos.

—Suena prometedor.

—Yo también pensé eso —dijo sin una pizca de humor, y volvió a inclinarse sobre su trabajo.

—David —dije. Él levantó la mirada, sobresaltado, como si hubiera olvidado completamente que me encontraba ahí—. Tengo que preguntarte algo.

Sus ojos volvieron al collar, y después de nuevo a su mesa de trabajo.

—¿Qué puedes contarme acerca de Ilya Morozova?

David se retorció un poco, mirando a su alrededor a la sala casi vacía. La mayoría de los Hacedores seguían cenando. Estaba claramente nervioso, tal vez incluso asustado.

Miró a la mesa, cogió su compás y volvió a soltarlo.

Finalmente, susurró:

—Lo llamaban el Forjador de Huesos.

Me recorrió un escalofrío. Pensé en los dedos y vértebras que había sobre las mesas de los vendedores ambulantes de Kribirsk.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por los amplificadores que descubrió?

David levantó la mirada, sorprendido.

—No los descubrió. Los hizo.

No quería creer lo que estaba escuchando.

—*¿Merzost?*

Él asintió. Así que por eso David había mirado el collar de Morozova cuando Zoya preguntó si algún Grisha había tenido alguna vez esa clase de poder. Morozova había estado jugando con las mismas fuerzas que el Oscuro. Magia. Abominación.

—¿Cómo? —pregunté.

—Nadie lo sabe —replicó él, volviendo a mirar por encima del hombro—. Después de que el Hereje Negro muriera en el accidente que creó la Sombra, su hijo volvió desde donde se escondía para ocuparse del Segundo Ejército. Mandó destruir todos los cuadernos de Morozova.

¿Su hijo? Nuevamente, me encontré con el hecho de que muy poca gente conocía el secreto del Oscuro. El Hereje Negro nunca había muerto: solo había habido un Oscuro, un único y poderoso Grisha que llevaba generaciones dirigiendo el Segundo Ejército, ocultando su verdadera identidad. Por lo que sabía, no había tenido ningún hijo. Y de ningún modo hubiera destruido algo tan valioso como los cuadernos de Morozova. A bordo del ballenero había dicho que no todos los libros prohibían la combinación de amplificadores. Tal vez se está refiriendo a los escritos del propio Morozova.

—¿Por qué se escondía su hijo? —pregunté, curiosa por saber cómo habría

montado tal engaño el Oscuro. Esa vez, David frunció el ceño como si la respuesta fuera obvia.

—Un Oscuro y su heredero nunca viven en el Pequeño Palacio al mismo tiempo. El riesgo de asesinato es demasiado grande.

—Ya veo —dije. Resultaba convincente, y después de cientos de años, dudaba que nadie fuera a cuestionar esa historia. A los Grisha les encantaban sus tradiciones, y Genya no podía haber sido la primera Confeccionadora que el Oscuro había tenido bajo su mando—. ¿Por qué mandó destruir todos los cuadernos?

—Documentaban los experimentos de Morozova con amplificadores. El Hereje Negro estaba tratando de recrear esos experimentos cuando algo salió mal.

Se me erizó el vello de los brazos.

—Y el resultado fue la Sombra.

David asintió.

—Su hijo hizo que quemaran todos los cuadernos y papeles de Morozova. Dijo que eran demasiado peligrosos, demasiado tentadores para cualquier Grisha. Por eso no dije nada en la reunión, ni siquiera debería saber que existieron alguna vez.

—Entonces, ¿por qué lo sabes?

David volvió a mirar al taller casi vacío.

—Morozova era un Hacedor, tal vez el primero, y desde luego el más poderoso. Hacía cosas que nadie había soñado jamás, ni antes de él ni desde entonces. —Se encogió de hombros con timidez—. Para nosotros, es una especie de héroe.

—¿Sabes algo más acerca de los amplificadores que creó?

David sacudió la cabeza.

—Había rumores de otros, pero el ciervo es el único del que he oído hablar.

Era posible que David no hubiera visto jamás el *Istorii Sankt'ya*. El Apparat había dicho que antes daban el libro a todos los niños Grisha cuando llegaban al Pequeño Palacio, pero eso había sido hacía mucho tiempo. Los Grisha depositaban su fe en la Pequeña Ciencia, y nunca los había visto preocuparse por la religión. El Oscuro había dicho que el libro rojo era una superstición. Propaganda de campesinos. Estaba claro que David no había hecho la conexión entre Sankt Ilya e Ilya Morozova. O tenía algo que esconder.

—David —dije—, ¿por qué estás aquí? Tú hiciste el collar. Debías de haber sabido lo que pretendía.

Tragó saliva.

—Sabía que sería capaz de controlarte, que el collar le permitiría utilizar tu poder. Pero nunca pensé, nunca creí… toda esa gente… —Se esforzó por encontrar las palabras. Finalmente, extendió sus manos manchadas de tinta y dijo, casi de forma suplicante—: Yo hago cosas. No las destruyo.

Quería creer que había subestimado la crueldad del Oscuro. Desde luego, yo había cometido el mismo error. Pero tal vez estuviera mintiendo, o tal vez solo fuera débil. *¿Qué es peor?*, preguntó una voz severa en mi cabeza. *Si puede cambiar de*

bando una vez, puede volverlo a hacer. ¿Era la voz de Nikolai? ¿La del Oscuro? ¿O tan solo se trataba de la parte de mí que había aprendido a no confiar en nadie?

—Buena suerte con los platos —dije mientras me levantaba para marcharme.

David se encorvó sobre sus papeles.

—No creo en la suerte.

Es una lástima, pensé. *Vamos a necesitar un poco*.

Fui directa desde los talleres de los Hacedores hasta la biblioteca, y pasé allí la mayor parte de la noche. Fue un ejercicio de frustración. Las historias Grisha que había buscado solo tenían la información más básica acerca de Ilya Morozova, a pesar de que se lo consideraba el mayor Hacedor que hubiera vivido jamás. Había inventado el acero Grisha, un método para fabricar cristal indestructible, y un compuesto de fuego líquido tan peligroso que destruyó la fórmula tan solo doce horas después de crearla. Pero cualquier mención de los amplificadores o del Forjador de Huesos había sido eliminada.

Eso no me impidió volver a la noche siguiente para enterrarme en textos religiosos y cualquier referencia que pudiera encontrar sobre Sankt Ilya. Como la mayoría de los relatos de los Santos, la historia de su martirio era deprimentemente brutal: un día, un arado se había volcado en los campos detrás de su casa. Escuchando los gritos, Ilya había corrido a ayudar, pero se encontró con un hombre llorando sobre su hijo muerto. El cuerpo del chico había quedado abierto por las cuchillas, y el suelo empapado por su sangre. Ilya devolvió la vida al chico… y los aldeanos se lo agradecieron envolviéndolo en hierro y lanzándolo al río para que se hundiera bajo el peso de sus cadenas.

Los detalles resultaban desesperanzadoramente confusos. A veces Ilya era un granjero, otras, un constructor o un carpintero. Tenía dos hijas, o un hijo, o ninguno. Cien aldeas diferentes aseguraban ser el lugar de su martirio. Después, estaba el pequeño problema del milagro que había obrado. No tenía ningún problema en creer que Sankt Ilya pudiera ser un Corporalnik Sanador, pero se suponía que Ilya Morozova era un Hacedor. ¿Y si no eran la misma persona en absoluto?

De noche, la sala con la bóveda de cristal estaba iluminada solo por lámparas de aceite, y el silencio era tan profundo que podía oírme respirar. Sola en la oscuridad, rodeada de libros, era difícil no sentirme abrumada. Pero la biblioteca parecía mi mejor esperanza, así que seguí en ello. Tolya me encontró ahí una tarde, acurrucada en mi silla favorita, esforzándome por encontrarle sentido a un texto en ravkano antiguo.

—No deberías venir aquí de noche sin uno de nosotros —dijo gruñonamente.

Bostecé y me estiré. Probablemente había más peligro de que se me cayera una estantería encima que de cualquier otra cosa, pero estaba demasiado cansada para discutir.

—No volverá a suceder —aseguré.

—¿Qué es eso? —preguntó Tolya, agachándose para ver mejor el libro que tenía sobre el regazo. Era tan grande que parecía que un oso se me hubiera unido para una sesión de estudio.

—No estoy segura. Vi el nombre de Ilya en el índice, así que lo cogí, pero no logro entenderlo.

—Es una lista de títulos.

—¿Puedes leerlo? —pregunté sorprendida.

—Nos criamos yendo a la iglesia —replicó él, pasando la página.

Lo miré. Muchos niños se criaban en hogares religiosos, pero eso no significaba que pudieran leer ravkano litúrgico.

—¿Qué dice?

Pasó un dedo por las palabras bajo el nombre de Morozova. Sus enormes manos estaban cubiertas de cicatrices. Bajo su manga de tejido áspero, pude ver el borde de un tatuaje que se asomaba.

—No mucho —dijo—. San Ilya el Amado, San Ilya el Atesorado. Pero hay unas cuantas aldeas, lugares donde se dice que obró milagros.

Me senté más recta.

Ese podría ser un lugar donde empezar.

—Deberías explorar la capilla. Creo que hay algunos libros en la sacristía.

Había pasado junto a la capilla real muchas veces, pero nunca había entrado. Siempre había pensado en ella como en los dominios del Apparat, y aunque él ya no estuviera ahí, no estaba segura de que quisiera ir.

—¿Cómo es?

Tolya levantó sus enormes hombros.

—Como cualquier capilla.

—Tolya —dije, repentinamente curiosa—, ¿alguna vez llegaste a considerar unirte al Segundo Ejército?

Pareció ofendido.

—No he nacido para servir al Oscuro. —Quería preguntar para qué había nacido, pero él dio un golpecito a la página y dijo—: Puedo traducirte esto, si quieres. —Sonrió—. O puedo hacer que Tamar se encargue.

—De acuerdo —acepté—. Gracias.

Él inclinó la cabeza. Era solo una reverencia, pero seguía estando de rodillas detrás de mí, y había algo en su pose que me provocó un escalofrío a lo largo de la espalda.

Parecía que estuviera esperando por algo. Extendí el brazo con vacilación y coloqué la mano sobre su hombro. En cuanto mis dedos lo rozaron, él soltó aire. Fue casi un suspiro.

Nos quedamos ahí durante un momento, silenciosos en el halo de la luz de la lámpara. Después se puso en pie y volvió a inclinarse.

—Estaré al otro lado de la puerta —dijo, y salió a la oscuridad.

Mal regresó de cazar a la mañana siguiente, y estaba deseosa de contárselo todo: lo que me había revelado David, los planes para el nuevo Colibrí, mi extraño encuentro con Tolya.

—Es un tipo raro —coincidió Mal—. Pero no nos hará daño echar un vistazo a la capilla.

Decidimos ir juntos hasta allí, y durante el camino lo presioné para que me hablara de la caza.

—Pasábamos más tiempo jugando a las cartas y bebiendo *kvas* que haciendo cualquier otra cosa. Y un duque se emborrachó tanto que se desmayó en el río. Casi se ahoga. Sus sirvientes lo sacaron de allí arrastrándolo por las botas, pero no dejaba de intentar meterse en el agua de nuevo, murmurando sobre la mejor forma de atrapar truchas.

—¿Tan terrible fue? —pregunté entre risas.

—Estuvo bien. —Dio una patada a una piedrecilla del camino con la bota—. Sienten mucha curiosidad por ti.

—¿Por qué creo que no me va a gustar nada de esto?

—Uno de los rastreadores reales está seguro de que tus poderes son falsos.

—¿Y cómo lo hago entonces?

—Creo que hay teorías acerca de un elaborado sistema de espejos, poleas, y posiblemente hipnotismo. Me perdí un poco.

Comencé a reírme.

—No todo fue divertido, Alina. Después de haber bebido un poco, algunos de los nobles dejaron claro que pensaban que todos los Grisha debían ser atrapados y ejecutados.

—Por todos los Santos —resoplé.

—Están asustados.

—Eso no es excusa —repliqué, sintiendo que mi ira aumentaba—. Nosotros también somos ravkanos. Es como si olvidaran todo lo que el Segundo Ejército ha hecho por ellos.

Mal levantó las manos.

—No he dicho que estuviera de acuerdo con ellos.

Suspiré y golpeé una rama inocente.

—Lo sé.

—En cualquier caso, creo que he hecho algunos progresos.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Bueno, les gustó que hayas servido en el Primer Ejército, y que hubieras salvado la vida del príncipe.

—¿Después de que él la hubiera arriesgado al rescatarnos?

—Tal vez me haya tomado algunas libertades con los detalles.

—Oh, a Nikolai le va a encantar eso. ¿Hay más?

—Les dije que odiabas el arenque.

—¿Por qué?

—Y que te encanta el pastel de ciruelas. Y que Ana Kuya se enfadó contigo cuando estropeaste tus sandalias de primavera por saltar en los charcos.

Hice una mueca.

—¿Por qué les has contado eso?

—Quería hacerte humana —dijo—. Todo lo que ven cuando te miran es a la Invocadora del Sol. Ven una amenaza, otra Grisha poderosa como el Oscuro. Quiero que vean a una hija, una hermana o una amiga. Quiero que vean a Alina.

Noté un nudo en la garganta.

—¿Practicas para ser maravilloso?

—Cada día —dijo él con una sonrisa. Después, me guiñó un ojo—. Aunque prefiero ser útil.

La capilla era el único edificio restante de un monasterio que se había alzado una vez en Os Alta, y se decía que era donde habían coronado al primer Rey de Ravka. Comparado con las otras estructuras de los terrenos del palacio, se trataba de un edificio humilde, con paredes encaladas y una única cúpula de un azul brillante.

Se encontraba vacía y le vendría bien una buena limpieza. Los bancos estaban cubiertos de polvo, y había palomas en los aleros. Mientras avanzábamos por el pasillo, Mal me tomó de la mano, y mi corazón dio un extraño saltito.

No perdimos mucho tiempo en la sacristía. Los pocos libros en sus estanterías eran una decepción, tan solo un puñado de himnarios con páginas estropeadas y amarillentas. Lo único que resultaba de verdadero interés era el enorme tríptico detrás del altar. Era un caos de colores, y sus tres enormes paneles mostraban a trece santos de rostros benevolentes. Reconocí a algunos del *Istorii Sankt'ya*: Lizabeta con sus rosas sangrientas, Petyr con sus flechas todavía ardientes. Y ahí estaba Sankt Ilya, con su collar y sus grilletes y sus cadenas rotas.

—No hay ningún animal —observó Mal.

—Por lo que he visto, nunca lo representan con los amplificadores, solo con las cadenas. Salvo en el *Istorii Sankt'ya*.

Pero no sabía por qué.

La mayor parte del tríptico estaba en una condición bastante buena, pero el panel de Ilya había sufrido graves daños ocasionados por el agua. Los rostros de los Santos eran apenas visibles detrás del moho, y el olor húmedo resultaba casi abrumador. Me apreté la manga contra la nariz.

—Debe de haber una filtración por algún sitio —dijo Mal—. Este lugar es un desastre.

Mis ojos recorrieron la forma del rostro de Ilya bajo la mugre. Otro punto muerto. No me gustaba admitirlo, pero me había sentido esperanzada. Nuevamente sentí ese

tirón, ese vacío en mi muñeca. ¿Dónde estaba el pájaro de fuego?

—Podemos quedarnos aquí todo el día, pero no va a ponerse a hablar —señaló Mal.

Sabía que lo decía de broma, pero sentí una punzada de ira, aunque no estaba seguro de si era por él o por mí misma.

Nos giramos para volver por el pasillo y me detuve en seco. El Oscuro estaba esperando en la penumbra junto a la entrada, sentado en un banco en sombras.

—¿Qué pasa? —preguntó Mal, siguiendo mi mirada.

Aguardé, completamente inmóvil. *Que lo vea*, rogué en silencio. *Por favor, que lo vea*.

—¿Alina? ¿Pasa algo?

Me clavé los dedos en la palma.

—No —dije—. ¿Piensas que deberíamos volver a buscar en la sacristía?

—No parecía muy prometedor.

Me obligué a sonreír y a caminar.

—Creo que tienes razón. Solo me estaba haciendo ilusiones.

Cuando pasamos junto al Oscuro, él giró la cabeza para observarnos. Se llevó un dedo a los labios, y después inclinó la cabeza para hacer como que rezaba burlonamente.

Me sentí mejor cuando salimos al aire fresco, lejos del olor a moho de la capilla, pero mi mente iba a toda velocidad. Había vuelto a pasar.

El rostro del Oscuro no tenía cicatrices, y Mal no lo había visto. Eso debía de significar que no era real, solo una especie de visión. Pero me había tocado aquella noche en su habitación, había sentido sus dedos en mi mejilla. ¿Qué clase de alucinación podía hacer eso?

Me estremecí mientras entrábamos en el bosque. ¿Era aquello alguna manifestación de los nuevos poderes del Oscuro? Me aterrizaba la perspectiva de que de algún modo hubiera encontrado una forma de meterse en mis pensamientos, pero la otra posibilidad era mucho peor.

No puedes violar las reglas de este mundo sin un precio. Presioné un brazo contra mi costado, sintiendo las escamas del azote marino raspando mi piel. Olvídate de *Morozova y su locura*. Tal vez aquello no tuviera nada que ver con el Oscuro en absoluto. Tal vez tan solo me estaba volviendo loca.

—Mal —comencé, no muy segura de lo que quería decir—, el tercer amp…

Se llevó un dedo a los labios, y el gesto era tan parecido al Oscuro que casi tropecé, pero al segundo siguiente escuché un susurro de hojas y Vasily salió de entre los árboles.

No estaba acostumbrada a ver al príncipe en ningún lugar que no fuera el Gran Palacio, y por un momento me quedé ahí quieta. Después me recuperé de mi sorpresa e hice una reverencia.

Vasily me respondió con un asentimiento, ignorando completamente a Mal.

—*Moi tsarevich* —dije a modo de saludo.

—Alina Starkov —respondió él con una sonrisa—. Esperaba que me concedieras un momento de tu tiempo.

—Por supuesto —respondí.

—Estaré al otro lado del camino —dijo Mal, lanzando a Vasily una mirada de sospecha. El príncipe lo observó mientras se marchaba.

—El desertor todavía no ha aprendido cuál es su lugar, ¿verdad?

Me tragué mi ira.

—¿Qué puedo hacer por vos, *moi tsarevich*?

—Por favor —dijo—, preferiría que me tutearas, al menos en privado.

Pestañeé. Nunca antes había estado a solas con el príncipe, y no quería estarlo.

—¿Cómo te estás adaptando al Pequeño Palacio? —preguntó.

—Muy bien, gracias, *moi tsarevich*.

—Vasily.

—No sé si sería apropiado hablarte de una forma tan informal —repliqué remilgadamente.

—A mi hermano lo tuteas.

—Lo conocí en circunstancias… especiales.

—Sé que puede resultar encantador —dijo Vasily—. Pero deberías saber que también puede resultar muy engañoso, y muy inteligente.

Desde luego, eso es cierto, pensé, pero me limité a decir:

—Tiene una mente inusual.

Vasily sofocó una risita.

—¡Qué diplomática te has vuelto! Resultas ciertamente refrescante. Con el tiempo, no tengo dudas de que, a pesar de tus humildes antecedentes, aprenderás a comportarte con el autocontrol y la elegancia de una noble.

—¿Quieres decir que aprenderé a cerrar la boca?

Vasily resopló con desaprobación. Tenía que huir de la conversación antes de que lo ofendiera realmente. Puede que Vasily fuera un necio, pero seguía siendo un príncipe.

—Por supuesto que no —dijo con una risa forzada—. Tu honestidad resulta deliciosa.

—Gracias —farfullé—. Si me excusas, alteza…

Vasily se puso en mi camino.

—No sé qué trato habrás hecho con mi hermano, pero debes darte cuenta de que él es el segundo hijo. Independientemente de sus ambiciones, eso es todo lo que será jamás. Solo yo puedo convertirte en Reina.

Ahí estaba. Suspiré internamente.

—Solo un rey puede convertir a alguien en reina —le recordé.

Vasily hizo un gesto desestimatorio.

—Mi padre no vivirá mucho más. Yo soy quien dirige Ravka ahora

prácticamente.

¿Así es como lo llamas?, pensé con un arrebato de irritación. Dudaba que Vasily estuviera siquiera en Os Alta si Nikolai no hubiera supuesto una amenaza para su corona, pero esa vez logré refrenar mi lengua.

—Te has alzado mucho para ser una huérfana de Keramzin —continuó—, pero podrías alzarte aún más alto.

—Puedo asegurar, *moi tsarevich* —dije con completa honestidad—, que no tengo tales ambiciones.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, Invocadora del Sol?

—¿Ahora mismo? Me gustaría almorzar.

Su labio inferior sobresalió en señal de disgusto, y por un momento pareció igual que su padre. Después, sonrió.

—Eres una chica lista —dijo—, y creo que demostrarás ser muy útil. Estoy deseando profundizar en nuestras relaciones.

—Nada me gustaría más que eso —mentí.

Me tomó de la mano y presionó su boca húmeda sobre mis nudillos.

—Hasta entonces, Alina Starkov.

Reprimí una respuesta mordaz. Mientras se acercaba, me limpié la mano a escondidas en mi *kefta*.

Mal me estaba esperando junto a los árboles.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó con el rostro preocupado.

—Ah, ya sabes —respondí—. Otro príncipe, otra propuesta de matrimonio.

—No puedes decirlo en serio —dijo con una risa incrédula—. No pierde el tiempo.

—El poder está en las alianzas —entoné, imitando a Nikolai.

—¿Debería ofrecerte mis felicitaciones? —preguntó Mal, pero no había segundas intenciones en su voz, tan solo diversión. Al parecer, el heredero al trono de Ravka no resultaba tan amenazador como un corsario arrogante.

—¿Piensas que el Oscuro tendría que tratar con cortejos indeseados de nobles de labios húmedos? —pregunté con aire sombrío. Mal soltó una risita— ¿Qué es tan gracioso?

—Acabo de imaginarme al Oscuro acorralado por una duquesa sudorosa tratando de seducirlo.

Resoplé y comencé a reírme a carcajadas. Nikolai y Vasily eran tan diferentes que resultaba difícil creer que compartieran sangre alguna. Recordé de pronto el beso de Nikolai, la sensación áspera de su boca contra la mía mientras me abrazaba a él. Sacudí la cabeza.

Puede que sean diferentes, me recordé mientras nos dirigíamos al palacio, *pero los dos quieren utilizarte del mismo modo*.





l verano aumentó, trayendo oleadas de intenso calor a Os Alta. El único alivio que podía encontrar era en el lago, o en las frías piscinas de la banya que había a la sombra oscura de un bosquecillo de abedules junto al Pequeño Palacio. Por muy hostiles que fueran en la corte ravkana con los Grisha, eso no les impidió llamar Vendavales y Agitamareas al Gran Palacio para que invocaran brisas y formaran enormes bloques de hielo que enfriaran las sofocantes habitaciones. No era en absoluto un uso digno del talento de los Grisha, pero deseaba mantener contentos al Rey y a la Reina, y ya les había privado de muchos Hacedores valiosos que estaban trabajando duramente con los misteriosos platos espejados de David.

Cada mañana me reunía con mi consejo de Grisha, a veces unos pocos minutos, otras durante horas; para hablar de los informes de inteligencia, movimientos de las tropas, las noticias que nos llegaban desde las fronteras del norte y del sur.

Nikolai seguía esperando declararle la guerra al Oscuro antes de que reuniera las fuerzas completas de su ejército de sombras, pero hasta el momento la red de espías e informantes de Ravka no habían sido capaces de descubrir su localización. Parecía cada vez más probable que tendríamos que defender nuestra posición en Os Alta. Nuestra única ventaja era que el Oscuro no podía simplemente enviar a los *nichevo'ya* contra nosotros. Tenía que permanecer cerca de sus criaturas, y eso significaría que tendría que ir a la capital con ellos. La gran pregunta era si entraría en Ravka desde Fjerda o desde Shu Han.

De pie en la sala de guerra ante el consejo de los Grisha, Nikolai gesticulaba hacia uno de los enormes mapas que recorrían la pared.

—Recuperamos la mayor parte de este territorio en la última campaña —explicó, señalando a la frontera del norte con Fjerda—. Es un bosque denso, casi imposible de cruzar cuando los ríos no están congelados, y todos los caminos de acceso han sido bloqueados.

—¿Hay Grisha estacionados allí? —preguntó Zoya.

—No —replicó Nikolai—. Pero hay muchos exploradores con base cerca de Ulensk. Si viene por ahí, tendremos suficientes advertencias.

—Y tendría que ocuparse de las Petrazoi —señaló Peja—. Tanto si las cruza como si las rodea, nos dará mucho tiempo.

Había ganado confianza durante las últimas semanas. Aunque David permanecía silencioso y nervioso, ella parecía realmente contenta de pasar un tiempo alejada de los talleres.

—A mí me preocupa más el permafrost —dijo Nikolai, pasando la mano por la franja de la frontera que recorría Tsibeya—. Está enormemente fortificado, pero eso es mucho territorio que cubrir.

Asentí con la cabeza. Mal y yo habíamos recorrido juntos esas tierras salvajes, y recordaba lo enormes que me habían parecido. Me descubrí mirando por la habitación, buscándolo, incluso aunque sabía que había ido a cazar otra vez, esta vez con un grupo de tiradores kerch y diplomáticos ravkanos.

—¿Y si viene desde el sur? —preguntó Zoya.

Nikolai señaló a Fedyor, que se levantó y comenzó a instruir a los Grisha acerca de los puntos débiles de la frontera del sur. Como había estado estacionado en Sikursk, el Corporalnik conocía bien la zona.

—Es casi imposible patrullar todos los pasos montañosos que salen de las Sikurzoi —observó gravemente—. Los grupos de ataque shu llevan años aprovechándose de esa ventaja. Sería muy fácil para el Oscuro colarse por ahí.

—Después es un camino directo hasta Os Alta —dijo Sergei.

—Pasando por la base militar de Poliznaya —señaló Nikolai—. Eso podría proporcionarnos una ventaja. De cualquier modo, cuando venga, estaremos preparados.

—¿Preparados? —resopló Pavel—. ¿Para un ejército de monstruos indestructibles?

—No son indestructibles —dijo Nikolai, asintiendo en mi dirección—. Y el Oscuro tampoco lo es. Lo sé. Yo le disparé.

Zoya abrió mucho los ojos.

—¿Le disparaste?

—Sí —afirmó él—. Desafortunadamente, no lo hice demasiado bien, pero estoy seguro de que mejoraré con la práctica. —Contempló a los Grisha, deteniéndose en cada rostro preocupado antes de volver a hablar—. El Oscuro es poderoso, pero nosotros también lo somos. Nunca se ha enfrentado al poder del Primer y el Segundo Ejército trabajando juntos, ni a la clase de armas que tengo intención de proporcionar. Nos enfrentamos a él. Lo rodeamos. Ya veremos qué bala es la afortunada.

Cuando la horda de sombras del Oscuro estuviera concentrada en el Pequeño Palacio, sería vulnerable. Pequeñas unidades enormemente armadas de Grisha y soldados estarían estacionadas en intervalos de tres kilómetros alrededor de la capital.

Cuando comenzara la batalla, rodearían al Oscuro y desatarían toda la potencia de fuego que Nikolai pudiera reunir.

De algún modo, era lo que el Oscuro siempre había temido. Volví a recordar cómo había descrito las nuevas armas que habían creado más allá de las fronteras de Ravka, y lo que me había dicho hacía tanto tiempo. *La edad del poder de los Grisha está llegando a su fin*.

Peja se aclaró la garganta.

—¿Sabemos lo que le ocurrirá a los soldados de sombras *cuando matemos al Oscuro*?

Quise abrazarla. No sabía lo que les pasaría a los *nichevo'ya* si lográbamos derrotar al Oscuro. Podrían desvanecerse en la nada, o podrían entrar en un frenesí enloquecido, o algo peor, pero ella lo había dicho: cuando matemos al Oscuro. Lo había dicho con timidez, asustada, pero todavía se parecía sospechosamente a la esperanza.

Concentramos la mayoría de nuestros esfuerzos en la defensa de Os Alta. La ciudad tenía un antiguo sistema de campanas de advertencia que alertaban al palacio cuando había algún enemigo a la vista. Con el permiso de su padre, Nikolai había instalado pesadas armas como las que había a bordo del *Colibrí* sobre los muros de la ciudad y del palacio. A pesar de los gruñidos de los Grisha, yo había apostado a varios en el tejado del Pequeño Palacio. Puede que no detuvieran a los *nichevo'ya*, pero los ralentizarían.

Poco a poco, los demás Grisha habían comenzado a aceptar el valor de los Hacedores. Con la ayuda de los Inferni, los Materialki estaban tratando de crear grenatki que podrían producir un estallido de luz lo suficientemente poderoso como para detener o aturdir a los soldados de sombras. El problema era hacerlo sin utilizar pólvora que destrozara todo y a todos a su alrededor. A veces me preocupaba que hicieran estallar el Pequeño Palacio entero y harían el trabajo del Oscuro por él. Más de una vez vi a los Grisha en el comedor con los puños quemados y cejas chamuscadas. Los animé a hacer el trabajo más peligroso junto al lago, con los Agitamareas a mano en caso de emergencia.

Nikolai estaba lo bastante intrigado por el proyecto como para insistir en colaborar en el diseño. Los Hacedores trataron de ignorarlo, y después fingieron estar complaciéndolo, pero pronto aprendieron que Nikolai era más que un príncipe aburrido a quien le gustaba coquetear. No solo comprendía las ideas de David, sino que había trabajado con los Grisha rebeldes el tiempo suficiente como para utilizar fácilmente el lenguaje de la Pequeña Ciencia. Pronto parecieron olvidarse de su rango y su estatus de *otkazat'sya*, y frecuentemente se encontraba encorvado sobre una mesa de los talleres de los Materialki.

Me perturbaban los experimentos que tenían lugar detrás de las puertas

barnizadas de rojo de las salas de anatomía de los Corporalki, donde colaboraban con los Hacedores para tratar de fusionar el acero Grisha con hueso humano. La idea era hacer posible que un soldado pudiera soportar el ataque de los *nichevo'ya*, pero el proceso era doloroso e imperfecto, y a menudo el cuerpo del sujeto simplemente rechazaba el metal. Los Sanadores hacían lo que podían, pero los gritos desgarradores de los voluntarios del Primer Ejército a veces se oían reverberando en los pasillos del Pequeño Palacio.

Las tardes quedaban ocupadas por reuniones interminables del Gran Palacio. El poder de la Invocadora del Sol era una buena moneda de cambio en los intentos de Ravka de forjar alianzas con otros países, y a menudo me solicitaban que apareciera en reuniones diplomáticas para demostrar mi poder y probar que estaba viva realmente. La Reina organizaba reuniones para tomar el té y cenas donde tenía que desfilar para actuar. Nikolai se presentaba a menudo para repartir cumplidos, flirtear desvergonzadamente, y rondar protectoramente junto a mi silla como un pretendiente enamorado.

Pero nada resultaba tan tedioso como las «sesiones de estrategia» con los consejeros y comandantes del Rey. Este raramente asistía: prefería pasarse los días cojeando detrás de las sirvientas y durmiendo al sol como un gato viejo y mujeriego. En su ausencia, los consejeros hablaban en círculos infinitos. Discutían sobre si debíamos hacer las paces con el Oscuro o declararle la guerra. Discutían por aliarnos con los shu, y después por asociarnos con Fjerda. Discutían sobre cada línea de todos los presupuestos, desde las cantidades de munición hasta lo que comerían las tropas para desayunar. Y, aun así, era raro que se hiciera o decidiera algo.

Cuando Vasily descubrió que Nikolai y yo estábamos asistiendo a las reuniones, dejó atrás los años de ignorar sus deberes como heredero de los Lantsov e insistió en estar también allí. Para mi sorpresa, Nikolai le dio la bienvenida con entusiasmo.

—Qué alivio —dijo—. Por favor, dime que tú entiendes todo esto.

Lanzó una alta pila de papeles al otro lado de la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Vasily.

—Una propuesta para reparar un acueducto a las afueras de Chernitsyn.

—¿Todo esto por un acueducto?

—No te preocupes —replicó Nikolai—. Haré que te envíen el resto a tu habitación.

—¿Hay más? ¿No puede uno de los ministros…?

—Ya viste lo que pasó cuando nuestro padre dejó que otros se encargaran de gobernar Ravka. Debemos permanecer vigilantes.

Cautelosamente, Vasily tomó el papel que se encontraba encima del todo como si estuviera cogiendo un trapo sucio. Me costó todo mi autocontrol no romper a reír.

—Vasily piensa que puede gobernar igual que nuestro padre —me confió Nikolai aquella tarde—, organizando banquetes y dando discursos de vez en cuando. Voy a asegurarme de que sepa lo que significa gobernar sin que el Oscuro o el Apparat

estén ahí para tomar las riendas.

Parecía un buen plan, pero no tardé mucho en maldecir por lo bajo a ambos príncipes. La presencia de Vasily significaba que las reuniones duraban el doble. Hacía poses y se pavoneaba, sopesaba cada asunto, no paraba de hablar con profundidad del patriotismo, la estrategia y los mejores aspectos de la diplomacia.

—Jamás he conocido a un hombre que pueda decir tanto sin decir nada en absoluto —le dije enojada a Nikolai, que me acompañaba al Pequeño Palacio después de una sesión particularmente penosa—. Tiene que haber algo que puedas hacer.

—¿Como qué?

—Consigue que uno de sus ponis lo patee en la cabeza.

—Estoy seguro de que se sienten tentados a menudo —replicó él—. Vasily es holgazán y superficial, y le gusta tomar atajos, pero no hay una forma sencilla de gobernar un país. Créeme, se cansará de todo muy pronto.

—Tal vez —dije—. Pero probablemente me moriré de aburrimiento antes de que lo haga.

Nikolai se rio.

—La próxima vez, lleva una petaca. Toma un sorbo cada vez que cambie de opinión.

Gruñí.

—Caería desmayada al suelo antes de que terminara la hora.

Con la ayuda de Nikolai, había traído de Poliznaya expertos en armamento para que los Grisha se familiarizaran con las armas modernas y recibieran entrenamiento con armas de fuego. Aunque las sesiones habían comenzado de forma tensa, parecían ir mejor ahora, y esperábamos que se forjaran unas cuantas amistades entre el Primer y el Segundo Ejército. Las unidades de Grisha y soldados que habíamos montado para dar caza al Oscuro cuando se aproximara a Os Alta eran las que progresaban más rápidamente. Regresaban de las misiones de entrenamiento llenos de bromas privadas y nueva camaradería. Incluso comenzaron a llamarse *nolniki* entre ellos, ceros, porque ya no eran estrictamente del Primer o el Segundo Ejército.

Me preocupaba cómo podría responder Botkin a todos esos cambios. Pero el hombre parecía tener un don para matar, sin importar el método, y le encantaba tener cualquier excusa para pasar tiempo hablando con Tolya y Tamar.

Como los shu tenían el mal hábito de explotar a sus Grisha, pocos sobrevivían hasta llegar a las filas del Segundo Ejército. A Botkin le encantaba poder hablar en su lengua materna, pero también le encantaba la ferocidad de los mellizos. No dependían solo de sus habilidades de Corporalki, tal como solían hacer los Grisha criados en el Pequeño Palacio. En lugar de eso, Mortificar era tan solo un arma más en su impresionante arsenal.

—Chico peligroso. Chica peligrosa —comentó Botkin, observando a los mellizos

que peleaban con un grupo de Corporalki una mañana mientras un grupo de nerviosos Invocadores esperaban su turno. Marie y Sergei estaban allí, con Nadia tras ellos, como siempre.

—Ella ef peor que él —se quejó Sergei. Tamar le había partido el labio, y tenía problemas para hablar—. Fiento láftima por fu marido.

—No casará —dijo Botkin mientras Tamar lanzaba a un desafortunado Inferni contra el suelo.

—¿Por qué no? —pregunté, sorprendida.

—Ella no. Hermano tampoco —dijo el mercenario—. Son como Botkin. Nacidos para batalla. Hechos para guerra.

Tres Corporalki se lanzaron a por Tolya. En un momento, todos quedaron gimiendo en el suelo. Pensé en lo que había dicho Tolya en la biblioteca, que no había nacido para servir al Oscuro. Como tantos shu, había tomado el camino del soldado de alquiler, viajando por el mundo como mercenario y corsario. Pero había terminado en el Pequeño Palacio de todos modos. ¿Cuánto tiempo se quedarían él y su hermana?

—Me gusta —dijo Nadia, mirando tristemente a Tamar—. Es valiente.

Botkin rio.

—«Valiente» es otra palabra para «estúpido».

—Yo no le diría efo a la cara —gruñó Sergei, mientras Marie le limpiaba el labio con un paño húmedo.

Me descubrí a punto de sonreír y me giré hacia un lado. No había olvidado cómo me habían recibido los tres en el Pequeño Palacio. Ellos no eran quienes me habían llamado puta ni tratado de echarme, pero desde luego no habían hablado para defenderme, y la idea de fingir amistad era demasiado. Además, no sabía muy bien cómo comportarme a su alrededor. Nunca habíamos estado demasiado unidos, y ahora nuestras diferencias de estatus parecían un vacío infranqueable.

A Genya no le importaría, pensé de repente. Genya me había conocido. Se había reído conmigo y confiado en mí, y ninguna *kefta* reluciente ni ningún título le hubiera impedido que me dijera exactamente lo que pensaba, o que entrelazara el brazo con el mío para compartir algunos cotilleos. A pesar de las mentiras que había dicho, la echaba de menos.

Como si se tratara de una respuesta a mis pensamientos, noté un tirón en la manga, y una trémula voz dijo:

—*¿Moi soverenyi?*

Nadia estaba cambiando el peso de un pie a otro.

—Esperaba…

—¿Qué pasa?

Se giró hacia una esquina a oscuras de los establos e hizo un gesto hacia un chico joven con el azul de los Etherealki a quien no había visto antes. Unos cuantos Grisha habían comenzado a llegar después de que hubiéramos enviado el indulto, pero aquel

chico parecía demasiado joven como para haber servido en el campo. Se aproximó con nerviosismo, retorciendo los dedos en su *kefta*.

—Este es Adrik —dijo Nadia, colocando su brazo alrededor de él—. Mi hermano. —El parecido estaba ahí, aunque había que buscarlo—. Hemos oído que planeas evacuar la escuela.

—Es cierto. —Estaba enviando a los estudiantes al único lugar que conocía con dormitorios y espacio suficiente como para albergarlos, un lugar lejos de la lucha: Keramzin. Botkin también iría con ellos. Odiaba perder un soldado tan capacitado, pero de ese modo los Grisha más jóvenes también podrían aprender de él, y él podría echarles un ojo. Ya que Baghra no quería verme, le había enviado un sirviente con el mismo ofrecimiento. No había respondido. A pesar de mis mejores intentos de ignorar sus menosprecios, todavía me dolía que no dejara de rechazarme.

—¿Eres un estudiante? —le pregunté a Adrik, apartando de mi mente los pensamientos sobre Baghra. Él asintió una vez y noté que tenía la barbilla alta, con determinación.

—Adrik se preguntaba… nos preguntábamos si…

—Quiero quedarme —dijo ferozmente.

Alcé las cejas.

—¿Qué edad tienes?

—La suficiente para luchar.

—Se hubiera graduado este año —añadió Nadia.

Fruncí el ceño. Solo tenía un par de años menos que yo, pero era todo huesos y pelo revuelto.

—Ve con los demás a Keramzin —dije—. Si todavía quieres, podrás unirte a nosotros dentro de un año.

Si todavía estamos aquí.

—Soy bueno —replicó él—. Soy un Vendaval, y soy tan fuerte como Nadia, aunque no tenga amplificador.

—Es demasiado peligroso…

—Este es mi hogar. No voy a marcharme.

—¡Adrik! —lo reprendió Nadia.

—No pasa nada —dije. Adrik parecía casi febril. Sus manos estaban cerradas en puños. Miré a Nadia—. ¿Estás segura de que quieres que se quede?

—Yo… —comenzó Adrik.

—Estoy hablando con tu hermana. Si caes ante el ejército del Oscuro, será ella quien tenga que llorarte.

Nadia empalideció ligeramente ante aquello, pero Adrik no se encogió. Tenía que admitir que tenía entereza. La chica se mordía el labio por dentro, mirando de mí hacia Adrik.

—Si tienes miedo de decepcionarlo, piensa cómo será enterrarlo —dije. Sabía que estaba siendo dura, pero quería que ambos comprendieran lo que me estaban

pidiendo.

Ella dudó, pero después puso los hombros firmes.

—Que luche —dijo—. Yo digo que se quede. Si lo envías lejos, volverá a estar a las puertas de aquí una semana después.

Suspiré, y después dirigí mi atención de nuevo hasta Adrik, que ya estaba sonriendo.

—Ni una palabra a los demás estudiantes —advertí—. No quiero que se les ocurra ninguna idea. —Señalé a Nadia con un dedo—. Y es responsabilidad tuya.

—Gracias, *moi soverenyi* —dijo Adrik, inclinándose tanto que pensé que caería.

Ya estaba arrepintiéndome de mi decisión.

—Llévatelo de vuelta a sus clases.

Los observé subir la colina en dirección al lago, y después me limpié el polvo y me encaminé hacia una de las salas de entrenamiento más pequeñas, donde encontré a Mal luchando contra Pavel. Mal cada vez pasaba menos tiempo en el Pequeño Palacio últimamente. Las invitaciones habían comenzado a llegar la tarde que regresó de Balakirev: sesiones de caza y de pesca, fiestas, partidas de cartas. Cada noble y oficial parecía quererlo en su próximo evento.

A veces tan solo se iba durante una tarde, otras, durante unos pocos días. Me recordaba a cuando estábamos en Keramzin, cuando lo observaba marcharse y esperaba cada día junto a la ventana de la cocina a que regresara. Pero si era honesta conmigo misma, los días que no estaba eran casi más fáciles. Cuando se encontraba en el Pequeño Palacio, me sentía culpable por no poder pasar más tiempo con él, y odiaba la forma que tenían los Grisha de ignorarlo o hablarle de forma condescendiente como si fuera un sirviente. Por mucho que lo echara de menos, lo animaba a irse.

Es mejor así, me dije. Antes de que desertara para ayudarme, Mal había sido un rastreador con un futuro brillante, rodeado de amigos y admiradores. Su lugar no estaba en una puerta haciendo guardia, o merodeando en las esquinas de las habitaciones, interpretando el papel de mi diligente sombra mientras iba de una reunión a la siguiente.

—Podría mirarlo todo el día —dijo una voz detrás de mí, y me puse rígida. Zoya estaba allí. Incluso con el calor, jamás parecía sudar.

—¿No piensas que apesta a Keramzin? —le pregunté, recordando las feroces palabras que me había dicho una vez.

—Me parece que las clases más bajas tienen cierto atractivo tosco. Me avisarás cuando acabes con él, ¿verdad?

—¿Disculpa?

—Oh, ¿lo he entendido mal? Parecéis tan… cercanos. Pero estoy segura de que tus objetivos son mayores estos días.

Me giré para mirarla.

—¿Qué es lo que estás haciendo aquí, Zoya?

—He venido para la sesión de entrenamiento.

—Sabes lo que quiero decir. ¿Qué haces en el Pequeño Palacio?

—Soy un soldado del Segundo Ejército. Este es mi lugar.

Me crucé de brazos. Ya era hora de que Zoya y yo tuviéramos esa conversación.

—No te caigo bien, y no has desaprovechado ninguna oportunidad de hacérmelo saber. ¿Por qué me sigues ahora?

—¿Qué elección tengo?

—Estoy segura de que el Oscuro te recibiría alegremente a su lado.

—¿Me estás ordenando que me marche? —Se esforzaba por utilizar su tono altivo habitual, pero me di cuenta de que estaba asustada. Eso me entusiasmó y me hizo sentir algo culpable.

—Quiero saber por qué estás tan decidida a quedarte.

—Porque no quiero vivir en la oscuridad —dijo—. Porque eres nuestra mayor esperanza.

Sacudí la cabeza.

—Demasiado fácil.

Enrojeció.

—¿Se supone que debo rogarte?

¿Debía hacerlo? Descubrí que no me desagradaba la idea.

—Eres superficial. Eres ambiciosa. Habrías hecho cualquier cosa por la atención del Oscuro. ¿Qué ha cambiado?

—¿Qué ha cambiado? —repitió con voz ahogada. Estrechó los labios y apretó los puños a los costados—. Tenía una tía que vivía en Novokribirsk, y una sobrina. El Oscuro podría haberme dicho lo que se proponía hacer. Si hubiera podido advertirlas…

Se le rompió la voz, y me sentí avergonzada al instante por el placer que había sentido al verla sufrir.

La voz de Baghra resonó en mis oídos: *Veo que llevas bien el poder… Cuando crezca, estará sediento de más*. Y, sin embargo, ¿creía a Zoya? ¿La humedad de sus ojos era real o una farsa? Pestañeó para tragarse las lágrimas y me observó con furia.

—Sigues sin caerme bien, Starkov. Nunca me caerás bien. Eres ordinaria y torpe, y no sé por qué has nacido con ese poder. Pero eres la Invocadora del Sol, y si puedes liberar a Ravka, entonces lucharé por ti.

La observé, sopesándola, y me fijé en los dos puntos brillantes de color que llameaban en sus mejillas, el temblor de su labio.

—¿Y bien? —preguntó y pude ver cuánto le costaba hacerlo—. ¿Vas a enviarme fuera de aquí?

Esperé un momento más.

—Puedes quedarte —dije—. Por ahora.

—¿Va todo bien? —preguntó Mal. Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que había dejado de luchar.

En un instante, la inseguridad de Zoya desapareció y le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—He oído que eres maravilloso con un arco y una flecha. Había pensado que podrías darme clases.

Mal miró de Zoya hacia mí.

—Tal vez más tarde.

—Me muero de ganas —dijo, y se alejó con un suave susurro de seda.

—¿De qué iba eso? —preguntó él mientras comenzamos a subir la colina hasta el Pequeño Palacio.

—No confío en ella.

Él no dijo nada durante un largo minuto.

—Alina —comenzó con preocupación—, lo que pasó en Kribirsk…

Lo corté rápidamente. No quería saber lo que podía haber hecho con Zoya en el campamento de los Grisha, y ese no era el tema realmente.

—Era una de las favoritas del Oscuro, y siempre me ha odiado.

—Probablemente estuviera celosa de ti.

—Me rompió dos costillas.

—¿Que qué?

—Fue un accidente. Más o menos. —Nunca le había contado a Mal exactamente lo malo que había sido todo antes de que hubiera aprendido a utilizar mi poder, los interminables y solitarios días de fracaso—. No puedo estar segura de dónde se encuentra su verdadera lealtad. —Me froté la nuca, donde habían comenzado a montárseme los músculos—. No puedo estar segura de nadie, ni de los Grisha, ni de los sirvientes. Cualquiera de ellos podría estar trabajando para el Oscuro.

Mal miró a su alrededor. Por una vez, no parecía que hubiera nadie observando. Me tomó de la mano impulsivamente.

—Gritzki va a celebrar una fiesta de adivinación en la parte alta de la ciudad dentro de dos días. Ven conmigo.

—¿Gritzki?

—Su padre es Stepan Gritzki, el rey de los pepinillos. Un nuevo rico —dijo en una muy buena imitación de un noble engreído—. Pero su familia tiene un palacio junto al canal.

—No puedo —dije, pensando en las reuniones, los platos espejados de David y la evacuación de la escuela. Me parecía mal ir a una fiesta cuando podíamos entrar en guerra en cuestión de días o semanas.

—Sí que puedes —replicó él—. Solo una o dos horas.

Resultaba tan tentador… robar unos momentos con Mal lejos de las presiones del Pequeño Palacio.

Debió de haber sentido que titubeaba.

—Te disfrazaremos como una de los artistas —dijo—. Nadie sabrá siquiera que la Invocadora del Sol está allí.

Una fiesta por la noche, después de que hubiera terminado el trabajo del día. Me perdería una noche de inútil búsqueda en la biblioteca. ¿Qué daño podría hacer?

—De acuerdo —acepté—. Vayamos.

Su rostro se iluminó por una sonrisa que me dejó sin aliento. No sabía si alguna vez me acostumbraría a la idea de que una sonrisa como aquella podría ser para mí realmente.

—A Tolya y Tamar no les gustará —advirtió.

—Son mis guardias. Seguirán mis órdenes.

Mal se puso firme e hizo una elaborada reverencia.

—*Da, moi soverenyi* —dijo con tono serio—. Vivimos para servir.

Puse los ojos en blanco, pero mientras me apresuraba a ir a los talleres de los Materialki me sentí más ligera de lo que me había sentido en semanas.





a mansión Gritzki estaba en el distrito del canal, considerado la zona menos de moda de la parte alta de la ciudad por su proximidad al puente y la muchedumbre que había al otro lado. Era un edificio pequeño y espléndido, rodeado por un monumento en memoria de la guerra a un lado y los jardines del Convento de Sankta Lizabeta al otro.

Mal se las había arreglado para conseguir un carruaje prestado para la velada, y nos encontramos en sus estrechos confines junto a una Tamar de muy mal humor. Ella y Tolya habían gruñido mucho y muy alto sobre la fiesta, pero yo había dejado claro que no iba a echarme atrás. También les había hecho jurar que mantendrían el secreto; no quería que las noticias de mi pequeña expedición más allá de las puertas del palacio llegaran a Nikolai.

Nos vestimos al estilo de los adivinos suri, con capas de seda de un vibrante color naranja, y máscaras lacadas en rojo talladas con forma de chacales. Tolya se había quedado atrás. Incluso aunque estuviera cubierto de la cabeza a los pies, su tamaño llamaría demasiado la atención.

Mal me apretó la mano, y sentí un arrebato de aturdida emoción. Mi capa resultaba incómodamente calurosa y la cara comenzaba a picarme bajo la máscara, pero no me importaba. Me sentía como si hubiera vuelto a Keramzin, y estuviéramos dejando a un lado nuestras tareas y escabulléndonos a nuestro prado. Podíamos tumbarnos en la fresca hierba y escuchar el zumbido de los insectos, ver las nubes que flotaban sobre nuestras cabezas. Esa clase de paz parecía ya demasiado lejana.

La calle que llevaba a la mansión del rey de los pepinillos estaba repleta de carruajes. Giramos en un callejón cerca del convento para poder mezclarnos mejor con los artistas junto a la entrada de los sirvientes.

Tamar se ajustó la capa cuidadosamente mientras bajaba del carruaje. Tanto ella como Mal llevaban pistolas ocultas, y sabía que bajo toda la seda naranja tenía sus

hachas gemelas sujetas con cintas en los muslos.

—¿Qué pasa si alguien quiere que le adivinemos el futuro? —pregunté, tensando los lazos de mi máscara y subiéndome la capucha.

—Le contamos las tonterías habituales —replicó Mal—. Mujeres hermosas, fortuna inesperada. Cuidado con el número ocho.

La entrada de los sirvientes iba más allá de una cocina llena de vapor hasta las habitaciones traseras de la casa. En cuanto entramos, un hombre vestido con lo que debía de ser el uniforme de los Gritzki me agarró del brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo, sacudiéndome. Vi que Tamar se llevaba la mano a la cadera.

—Yo…

—Ya tendríais que estar en marcha. —Nos empujó hasta las habitaciones principales de la casa—. No paséis demasiado tiempo con un único invitado. ¡Y que no os pille bebiendo!

Asentí con la cabeza, procurando que mi corazón dejara de martillearme, y nos apresuramos a entrar en el salón de baile. El rey de los pepinillos no había escatimado recursos. La mansión había sido decorada para asemejarse al campamento suli más decadente que se pudiera imaginar. Del techo colgaban un millar de faroles con forma de estrella. Unos carros cubiertos de seda se encontraban aparcados en los extremos de la habitación formando una caravana reluciente, y unas hogueras falsas brillaban con luces danzantes de colores. Habían abierto las puertas de la terraza, y el aire nocturno zumbaba con el rítmico sonido de los timbales y el gemido de los violines.

Vi a los verdaderos adivinos suli esparcidos entre la multitud y me di cuenta de lo espeluznantes que debíamos parecer con nuestras máscaras de chacales, pero a los invitados no parecía importarle. La mayoría estaban bebiendo ya bastante, riendo y gritando en grupos bulliciosos, mirando boquiabiertos a los acróbatas que hacían piruetas en la seda que colgaba sobre sus cabezas. Algunos se mecían en sus sillas mientras les adivinaban el futuro sobre unas jarras doradas de café. Otros comían junto a la larga mesa que habían instalado en la terraza, atiborrándose de higos rellenos y semillas de granada, aplaudiendo al ritmo de la música.

Mal me pasó a escondidas un vaso de *kvas*, y encontramos un banco en una esquina en sombras de la terraza mientras Tamar ocupaba su puesto a una distancia discreta. Descansé la cabeza contra el hombro de Mal, feliz de estar simplemente sentada junto a él, escuchando el ruido de la música. El aire estaba denso por el aroma de alguna flor que florecía por la noche, y, debajo de todo aquello, notaba el olor fuerte de los limones. Respiré profundamente, sintiendo que parte del cansancio y el miedo de las últimas semanas se desvanecía. Saqué un pie de la sandalia y enterré los dedos en la fría gravilla.

Mal se ajustó la capucha para esconder mejor su cara y se levantó la máscara de chacal, y después hizo lo mismo con la mía. Los hocicos de nuestras máscaras se chocaron.

Comencé a reír.

—La próxima vez utilizaremos disfraces distintos —gruñó.

—¿Sombreros más grandes?

—Tal vez podríamos simplemente llevar cestas sobre la cabeza.

Dos chicas se acercaron a nosotros a trompicones. Tamar apareció junto a mí en un instante. Nos colocamos las máscaras de nuevo en su sitio.

—¡Leednos el futuro! —exigió la chica más alta, casi derribando a su amiga.

Tamar sacudió la cabeza, pero Mal hizo un gesto hacia una de las mesitas que había dispuestas con tazas de esmalte azul y una jarra dorada.

La chica chilló y se sirvió una pequeña cantidad de un café lodoso. Los suli adivinaban el futuro leyendo los posos que quedaban en el fondo de la taza. Se bebió el café e hizo una mueca.

Le di un codazo en el costado a Mal. *¿Ahora qué?*

Se puso en pie y caminó hasta la mesa.

—Uhm… —dijo, mirando dentro de la taza—. Uhm…

La chica lo agarró del brazo.

—¿Qué pasa?

Él me hizo un gesto para que me acercara. Apreté los dientes y me incliné sobre la taza.

—¿Es malo? —gimió la chica.

—Eeez… buenooo… —dijo Mal con el acento suli más horrible que hubiera oído jamás. La chica suspiró, aliviada—. Conocerráaaz a un apuezto eztranjero.

Las chicas soltaron unas risitas y se agarraron de las manos. No pude resistirme.

—Cerrá un hombrre muy malo —intervine. Mi acento era aún peor que el de Mal. Si algún suli me escuchaba, probablemente acabaría con un ojo morado—. Debez huirr de ece hombrre.

—Oh —suspiraron las chicas, decepcionadas.

—Debez cazarrte hombrre feo —continué—. Muy gorrdo. —Extendí los brazos frente a mí, como si tuviera una enorme barriga—. Él te harrá feliz.

Oí que Mal bufaba tras su máscara. La chica resopló.

—No me gusta este futuro —declaró—. Vayamos a buscar otro.

Mientas se alejaban haciendo aspavientos, dos nobles bastante bebidos ocuparon su lugar. Uno tenía la nariz ganchuda y unos carrillos que se tambaleaban. El otro se tragó el café como si fuera *kvas* y golpeó la mesa con la taza.

—Bien —farfulló, retorciendo su puntiagudo bigote pelirrojo—. ¿Qué me espera? Que sea bueno.

Mal fingió examinar la taza.

—Te encontrarráz con una enorrme fortuna.

—Ya tengo una enorme fortuna. ¿Qué más?

—Eh… —dudó Mal—. Tu ezpoza te dará trres apueztoz hijoz.

Su compañero de nariz ganchuda rompió a reír.

—¡Así sabrás que no son tuyos! —bramó. Pensaba que el otro noble se mostraría ofendido, pero en lugar de eso rio a carcajadas y su rostro se volvió aún más rojo.

—¡Tendré que felicitar al criado! —rugió.

—He oído que todas las buenas familias tienen hijos bastardos —replicó su amigo entre risas ahogadas.

—También tenemos perros, ¡pero no dejamos que se sienten a la mesa!

Hice una mueca bajo mi máscara. Tenía la sospecha de que estaban hablando de Nikolai.

—Oh, querrido —dije, quitándole la taza a Mal de la mano—. Oh, querrido, qué láftima.

—¿Qué pasa? —preguntó el noble.

—Te quedarráz calvo —respondí—. Muuy calvo.

Dejó de reír, y su mano regordeta fue hasta su escaso pelo rojo.

—Y tú —añadí, señalando a su amigo. Mal me golpeó el pie en señal de advertencia, pero yo lo ignoré—. Tú pillarráz la *korpa*.

—¿La qué?

—*¡La korpa!* —repetí con voz seria—. ¡Tuz parrtez prrivadas ce encogerrán hazta dezaparrecerr!

Se puso pálido y tragó saliva.

—Pero…

En ese momento hubo gritos desde el interior de la sala de baile y un fuerte golpe, como si alguien hubiera volcado una mesa. Vi dos hombres que se empujaban.

—Creo que es hora de marcharse —dijo Tamar, alejándonos de la conmoción.

Estaba a punto de protestar cuando la pelea comenzó en serio. La gente comenzó a darse empujones, abarrotando las puertas de la terraza. La música se había detenido, y parecía como si algunos de los adivinos se encontraran entre el tumulto. Por encima del gentío, vi que uno de los carros cubiertos de seda se había estrellado. Alguien se precipitó contra nosotros y chocó contra los nobles. La jarra del café cayó de la mesa, y las tacitas azules la siguieron.

—Vámonos —dijo Mal, llevando la mano a su pistola—. Salgamos por detrás.

Tamar nos dirigió, con las hachas en las manos. Bajé las escaleras tras ellas, pero mientras salíamos de la terraza escuché otro horrible golpe y una mujer que gritaba. Había quedado atrapada bajo la mesa del banquete.

Mal enfundó la pistola.

—Llévala al carruaje —gritó a Tamar—. Yo os alcanzaré.

—Mal…

—¡Marchaos! Estaré justo detrás.

Se metió entre la multitud, hacia la mujer atrapada.

Tamar me arrastró por las escaleras de los jardines y me condujo por un camino que llegaba hasta la calle por un lateral de la mansión. Estaba oscuro lejos de los relucientes faroles de la fiesta, así que emití una suave luz que guiara nuestros pasos.

—No lo hagas —dijo Tamar—. Esto podría ser una distracción. Delatarás nuestra posición.

Dejé que la luz se desvaneciera, y unos segundos después escuché una refriega, un fuerte «uf», y después… silencio.

—¿Tamar?

Volví la vista hacia la fiesta, esperando ver a Mal acercándose.

El corazón comenzó a latirme con fuerza y levanté las manos. No me importaba delatar nuestra posición, no iba a quedarme ahí en la oscuridad. Entonces oí una puerta que chirriaba, y unas manos fuertes me sujetaron y me arrastraron entre los setos.

Invoqué una luz que ardió calurosamente. Me hallaba en un patio de piedra alejado del jardín principal, rodeado por todos lados por setos de tejos, y no estaba sola.

Lo olí antes de verlo: tierra removida, incienso, moho. El olor de una tumba. Alcé las manos mientras el Apparat salía de entre las sombras. El sacerdote seguía igual que como lo recordaba, con su barba negra y áspera y su mirada implacable. Llevaba la misma túnica marrón, pero el águila doble del Rey había desaparecido de su pecho para ser reemplazada por un sol bordado en hilo dorado.

—Quédate donde estás —advertí. El hizo una pronunciada reverencia.

—Alina Starkov, Sol Koroleva. No pretendo haceros daño.

—¿Dónde está Tamar? Si la has herido…

—Vuestros guardias no serán dañados, pero os ruego que me escuchéis.

—¿Qué quieres? ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Los fieles están en todas partes, Sol Koroleva.

—¡No me llames así!

—Cada día vuestro sagrado ejército crece, atraídos por la promesa de vuestra luz. Solo esperan a que vos los guieis.

—¿Mi ejército? He visto a los peregrinos que acampan fuera de los muros de la ciudad… pobres, débiles, hambrientos. Están desesperados por las migajas de esperanza que les das.

—Hay más. Soldados.

—¿Más gente que cree que soy una Santa porque les has vendido una mentira?

—No es una mentira, Alina Starkov. Sois la Hija de Keramzin, Renacida de la Sombra.

—¡No morí! —repliqué con furia—. Sobreviví porque escapé del Oscuro, y asesiné un esquife entero de soldados y Grisha para hacerlo. ¿Le cuentas eso a tus seguidores?

—Vuestra gente está sufriendo. Solo vos podéis hacer que amanezca una nueva era, una era consagrada en el fuego celestial.

Sus ojos estaban enloquecidos, y el negro era tan profundo que no podía ver sus pupilas. Pero ¿su locura era real o formaba parte de una elaborada actuación?

—¿Y quién gobernará en esta nueva era?

—Vos, por supuesto. Sol Koroleva, Sankta Alina.

—¿Contigo como mi mano derecha? He leído el libro que me diste. Los Santos no tienen vidas largas.

—Venid conmigo, Alina Starkov.

—No voy a ir a ningún sitio contigo.

—Aún no sois lo bastante fuerte para enfrentaros al Oscuro. Yo puedo cambiar eso.

Me puse rígida.

—Dime lo que sabes.

—Uníos a mí y todo será revelado.

Avancé en su dirección, sorprendida por la punzada de avidez y furia que me atravesó.

—¿Dónde está el pájaro de fuego? —Pensé que me respondería de forma confusa, que fingiría ignorancia. En lugar de eso, sonrió, mostrando sus encías negras y sus dientes torcidos—. Dímelo, sacerdote —ordené—, o te cortaré aquí mismo y tus seguidores podrán intentar rezar para recomponerte.

Me di cuenta con un sobresalto de que lo decía en serio.

Por primera vez, parecía nervioso. *Bien*. ¿Había esperado a una Santa dócil?

Levantó las manos en señal apaciguadora.

—No lo sé —aseguró—. Lo juro. Pero cuando el Oscuro abandonó el Pequeño Palacio, no sabía que sería la última vez. Dejó atrás muchas cosas valiosas, cosas que otros creían que habían sido destruidas hacía mucho.

Otra explosión de avidez crepitó dentro de mí.

—¿Los cuadernos de Morozova? ¿Los tienes tú?

—Venid conmigo, Alina Starkov. Hay secretos profundamente enterrados.

¿Era posible que estuviera diciendo la verdad? ¿O simplemente me entregaría al Oscuro?

—¡Alina! —sonó la voz de Mal desde algún lugar al otro lado del seto.

—¡Estoy aquí! —grité. Mal entró en el patio con la pistola en la mano. Tamar estaba justo detrás de él. Había perdido una de sus hachas, y tenía la parte frontal de su capa manchada de sangre.

El Apparat se giró en un remolino de tela con olor a humedad y se coló entre los arbustos.

—¡Espera! —grité, moviéndome para seguirle. Tamar pasó a mi lado con un rugido furioso, metiéndose entre los setos para darle caza.

—¡Lo necesito con vida! —le grité a su espalda antes de que desapareciera.

—¿Estás bien? —resolló Mal mientras me alcanzaba.

Lo cogí de la manga.

—Mal, creo que tiene los cuadernos de Morozova.

—¿Te ha hecho daño?

—Puedo ocuparme de un sacerdote viejo —dije con impaciencia—. ¿Has oído lo que he dicho?

Él se apartó.

—Sí, lo he oído. Pensaba que estabas en peligro.

—No lo estaba. Yo…

Pero Tamar ya estaba volviendo junto a nosotros, y su rostro era una máscara de frustración.

—No lo entiendo —dijo, sacudiendo la cabeza—. Estaba ahí y después desapareció.

—Por todos los Santos —solté.

Ella agachó la cabeza.

—Perdóname.

Nunca la había visto tan abatida.

—No pasa nada —dije, con la mente todavía revuelta. Una parte de mí quería volver por ese callejón y llamar a gritos al Apparat, exigir que apareciera, darle caza por las calles de la ciudad hasta que lo encontrara y sacara la verdad de su boca embustera. Miré la fila de setos. Todavía oía los gritos de la fiesta lejos de allí, y en algún lugar en la oscuridad, las campanas del convento comenzaron a sonar. Suspiré.

—Vayámonos de aquí.

Encontramos a nuestro cochero esperando en la estrecha calle lateral donde lo habíamos dejado. El viaje de vuelta al palacio fue tenso.

—Esa refriega no ha sido ninguna coincidencia —dijo Mal.

—No —coincidió Tamar, palpándose el feo corte de la barbilla—. Sabía que estaríamos allí.

—¿Cómo? —quiso saber Mal—. Nadie más sabía adonde nos dirigíamos. ¿Se lo contaste a Nikolai?

—Nikolai no tiene nada que ver con esto —repliqué.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no tiene nada que ganar. —Me presioné las sienes con los dedos—. Tal vez alguien nos vio saliendo del palacio.

—¿Cómo consiguió el Apparat entrar en Os Alta sin ser visto? ¿Cómo sabía siquiera que estaríamos en esa fiesta?

—No lo sé —respondí con cautela—. Dijo que los fieles están por todas partes. Tal vez uno de los sirvientes nos escuchó.

—Hemos tenido suerte esta noche —dijo Tamar—. Podría haber sido mucho peor.

—Nunca estuve realmente en peligro —insistí—. Tan solo quería hablar.

—¿Qué te contó?

Se lo describí brevemente, pero no mencioné los cuadernos de Morozova. No había hablado con nadie de ellos, salvo con Mal, y Tamar ya sabía demasiado acerca de los amplificadores.

—Está montando alguna clase de ejército —terminé—. Gente que piensa que me he levantado de entre los muertos, que piensa que tengo alguna especie de poder sagrado.

—¿Cuántos? —preguntó Mal.

—No lo sé. Y tampoco sé lo que pretende hacer con ellos. ¿Que ataquen al Rey? ¿Enviarlos a luchar contra la horda del Oscuro? Yo ya soy responsable de los Grisha. No quiero la carga de un ejército de *otkazat'sya* indefensos.

—No todos somos tan débiles —replicó Mal, con voz afilada.

—Yo no… Solo quería decir que está utilizando a esa gente. Está explotando su esperanza.

—¿Qué diferencia hay con Nikolai llevándote en procesión de una aldea a otra?

—Nikolai no le está diciendo a la gente que soy inmortal y puedo obrar milagros.

—No —dijo él—, tan solo está dejando que lo crean.

—¿Por qué estás tan dispuesto a atacarlo?

—¿Por qué estás tan dispuesta a defenderlo?

Me di la vuelta, cansada, exasperada e incapaz de pensar en nada más allá de los pensamientos que zumbaban en mi cabeza. Las calles iluminadas por la luz de las lámparas de la parte alta de la ciudad pasaron junto a las ventanas del carruaje. Permanecimos en silencio el resto del viaje.

De vuelta en el Pequeño Palacio, me cambié de ropa mientras Mal y Tamar informaban a Tolya de lo que había pasado. Estaba sentada en la cama cuando Mal llamó a la puerta. Cerró la puerta tras él y se apoyó contra ella, mirando a su alrededor.

—Esta habitación es muy deprimente. Pensaba que ibas a redecorarla.

Me encogí de hombros. Tenía tantas otras cosas de las que preocuparme que casi me había acostumbrado a la silenciosa penumbra de la habitación.

—¿Crees que tiene los cuadernos? —preguntó.

—Me sorprendió incluso que supiera que existen.

Fue hasta la cama y doblé las rodillas para dejarle sitio.

—Tamar tiene razón —dijo, sentándose a mis pies—. Podía haber ido mucho peor.

Suspiré.

—Menuda noche fuera.

—No debería haberlo sugerido.

—Yo no debería haberte seguido el juego.

Él asintió y pasó la punta de la bota por el suelo.

—Te echo de menos —dijo en voz baja. Eran palabras suaves, pero hicieron que me atravesara un temblor doloroso y bienvenido. ¿Lo había dudado alguna parte de mí? Había estado fuera muy a menudo.

Le toqué la mano.

—Yo también te echo de menos.

—Ven a las prácticas de tiro conmigo mañana —dijo—. Abajo, junto al lago.

—No puedo. Nikolai y yo vamos a encontrarnos con una delegación de banqueros kerch. Quieren ver a la Invocadora del Sol antes de dar un préstamo a la Corona.

—Diles que estás enferma.

—Los Grisha no se ponen enfermos.

—Bueno, pues diles que estás ocupada —dijo.

—No puedo.

—Otros Grisha se toman su tiempo para…

—No soy como los otros Grisha —repliqué, más severamente de lo que pretendía.

—Lo sé —dijo con cautela, y después soltó un largo aliento—. Por todos los Santos, odio este lugar.

Pestañeé, sobresaltada por la vehemencia de su voz.

—Odio las fiestas. Odio a la gente. Lo odio todo.

—Pensaba… parecías… no feliz exactamente, pero…

—Este no es mi lugar, Alina. No me digas que no te has dado cuenta.

Eso no me lo creí. Mal encajaba en cualquier parte.

—Nikolai dice que todo el mundo te adora.

—Les resulto entretenido —dijo él—. No es lo mismo. —Hizo girar mi mano, recorriendo la cicatriz que recorría mi palma—. ¿Sabes que realmente echo de menos estar huyendo? Incluso esa apestosa casa de huéspedes de Cofton, y trabajar en el almacén. Al menos allí me sentía como si estuviera haciendo algo, no perdiendo el tiempo y acumulando cotilleos.

Me removí con incomodidad, sintiéndome de pronto a la defensiva.

—Aprovechas cualquier oportunidad para irte. No tienes que aceptar todas las invitaciones.

El se me quedó mirando.

—Me voy para protegerte, Alina.

—¿De qué? —pregunté con incredulidad.

Él se levantó y comenzó a pasearse con inquietud por la habitación.

—¿Qué crees que es lo que la gente me preguntaba en la caza real? ¿Lo primero que me preguntaban? Querían saber sobre tú y yo. —Se giró hacia mí, y habló con voz cruel y burlona—. ¿Es verdad que te estás tirando a la Invocadora del Sol? ¿Cómo es hacerlo con una Santa? ¿Le gustan los rastreadores, o se lleva a la cama a todos los sirvientes? —Cruzó los brazos—. Me voy para poner distancia entre nosotros, para acallar los rumores. Probablemente no debería estar aquí siquiera.

Me rodeé las rodillas con los brazos, acercándolas más a mi pecho. Me ardían las mejillas.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Qué iba a decir? ¿Y cuándo? Prácticamente no te veo ya.

—Pensaba que querías irte.

—Quería que me pidieras que me quedara.

Tenía la garganta seca. Abrí la boca, lista para decirle que no estaba siendo justo, que no podía haberlo sabido. Pero ¿era esa la verdad? Tal vez había creído realmente que Mal estaba más feliz lejos del Pequeño Palacio. O tal vez solo me había dicho eso porque era más fácil si él no estaba, porque significaba que habría una persona menos que me observara y quisiera algo de mí.

—Lo siento —dije con voz ronca.

Él levantó las manos como para suplicar algo, y después las dejó caer con impotencia.

—Siento que te estás escapando de entre mis manos, y no sé cómo pararlo.

Unas lágrimas acudieron a mis ojos.

—Encontraremos la forma —dije—. Buscaremos más tiempo…

—No es solo eso. Desde que te pusiste ese segundo amplificador has estado diferente. —Mi mano fue hasta el grillete—. Cuando partiste la cúpula, la forma en la que hablas del pájaro de fuego… Te oí hablar con Zoya el otro día. Estaba asustada, Alina. Y a ti te gustó.

—Tal vez sí —repliqué, sintiendo que mi furia crecía. Era mucho mejor que la culpa o la vergüenza—. ¿Y qué? No tienes ni idea de cómo es, de cómo ha sido este lugar para mí. El miedo, la responsabilidad…

—Ya lo sé. Lo sé, y veo el daño que está causando, pero tú elegiste esto. Tú tienes un propósito. Yo ni siquiera sé ya lo que estoy haciendo aquí.

—No digas eso. —Puse las piernas en el suelo y me levanté—. Sí que tenemos un propósito. Hemos venido aquí por Ravka. Hemos…

—No, Alina. Tú has venido aquí por Ravka. Por el pájaro de fuego. Para dirigir el Segundo Ejército. —Dio un golpecito al sol sobre su corazón—. Yo he venido aquí por ti. Tú eres mi bandera. Tú eres mi nación. Pero eso no parece importar ya. ¿Te das cuenta de que esta es la primera vez en semanas que hemos estado realmente solos?

La certeza de sus palabras descendió sobre nosotros. La habitación parecía antinaturalmente silenciosa. Mal dio un único paso vacilante en mi dirección. Después cruzó el espacio entre nosotros en dos grandes zancadas. Una mano se deslizó alrededor de mi cintura, y la otra tomó mi cara. Inclinó suavemente mi boca hasta la suya.

—Vuelve a mí —dijo con suavidad. Me acercó a él, pero mientras sus labios se encontraban con los míos, vi algo por el rabillo del ojo.

El Oscuro se encontraba junto a Mal. Me puse rígida.

Mal se apartó.

—¿Qué? —dijo.

—Nada. Tan solo…

Me callé. No sabía qué decir.

El Oscuro seguía ahí.

—Dile que me ves cuando te toma entre sus brazos —dijo.

Cerré los ojos.

Mal bajó las manos y se alejó de mí, cerrando los puños.

—Supongo que eso es todo lo que necesitaba saber.

—Mal…

—Deberías haberme detenido. Todo este tiempo he estado ahí como un idiota. Si no me querías, deberías habérmelo dicho.

—No te sientas tan mal, rastreador —dijo el Oscuro—. Todo hombre puede quedar en ridículo.

—No es eso… —protesté.

—¿Es Nikolai?

—¿Qué? ¡No!

—¿Otro *otkazat'sya*, Alina? —se burló el Oscuro.

Mal sacudió la cabeza, asqueado.

—Dejé que me alejara. Las reuniones, las sesiones del consejo, las cenas. Dejé que me apartara. Estaba esperando, deseando que me echarías de menos lo suficiente como para mandarlos a todos al infierno.

Tragué saliva, tratando de bloquear la visión de la fría sonrisa del Oscuro.

—Mal, el Oscuro…

—¡No quiero oír nada más sobre el Oscuro! Ni de Ravka, ni de los amplificadores, ni de nada. —Lanzó las manos al aire—. Se acabó.

Giró sobre sus talones y avanzó a zancadas hacia la puerta.

—¡Espera! —me apresuré a seguirlo y lo cogí del brazo.

Él se giró tan rápido que casi nos chocamos.

—No, Alina.

—No lo entiendes… —dije.

—Te encogiste. Dime que no lo hiciste.

—¡No fue por ti!

Él rio de forma desagradable.

—Sé que no tienes demasiada experiencia. Pero he besado suficientes chicas como para saber lo que eso significa. No te preocupes. No volverá a suceder.

Las palabras me golpearon como un bofetón. Cerró la puerta de un portazo.

Me quedé allí, mirando las puertas cerradas. Extendí la mano y toqué el pomo de hueso.

Puedes arreglarlo, me dije. *Puedes conseguirlo*. Pero me quedé ahí, paralizada, con las palabras de Mal resonando en mis oídos. Me mordí el labio con fuerza para silenciar el sollozo que sacudió mi pecho. *No pasa nada*, pensé mientras las lágrimas se derramaban. *Así los sirvientes no me oirán*. Notaba un dolor entre las costillas, un

dolor fuerte y punzante alojado tras mi esternón, presionándome con fuerza el corazón.

No oí al Oscuro moverse; solo lo supe cuando se encontró junto a mí. Sus largos dedos me apartaron el pelo del cuello y se posaron sobre el collar. Cuando me besó la mejilla, sus labios estaban fríos.





la mañana siguiente, temprana, busqué a David en el tejado del Pequeño Palacio, donde había comenzado la construcción de sus gigantescos platos espejados. Había dispuesto un espacio de trabajo improvisado a la sombra de una de las cúpulas, y ya estaba cubierto de restos brillantes y dibujos descartados. Una débil brisa soplaba a su alrededor, arrugándolos. Reconocí los garabatos de Nikolai en uno de los márgenes.

—¿Cómo va? —pregunté.

—Mejor —respondió él, examinando la resbaladiza superficie del plato más cercano—. Creo que he hecho bien la curvatura. Deberíamos estar preparados para utilizarlos pronto.

—¿Cómo de pronto?

Seguíamos recibiendo informes opuestos sobre la localización del Oscuro, pero si aún no había terminado de formar su ejército, no le faltaría demasiado.

—Un par de semanas —dijo David.

—¿Tanto tiempo?

—Puedes tenerlo pronto, o puedes tenerlo bien hecho —gruñó.

—David, necesito saber…

—Ya te he dicho todo lo que sé sobre Morozova.

—No sobre él —dije—. No exactamente. Si… Si quisiera quitarme el collar… ¿cómo podría hacerlo?

—No puedes.

—Ahora no. Pero después de que…

—No —insistió David, sin mirarme—. No es como los otros amplificadores. No puedes quitártelo y ya está. Tendrías que romperlo, violar su estructura. Los resultados serían catastróficos.

—¿Cómo de catastróficos?

—No puedo saberlo a ciencia cierta —admitió—. Pero sí que estoy seguro de que

a su lado la Sombra parecería un corte con un papel.

—Oh —dije con suavidad. Entonces pasaría lo mismo con el grillete. Fuera lo que fuera aquello en lo que me estaba convirtiendo, no habría vuelta atrás. Esperaba que las visiones fueran el resultado del mordisco de los *nichevo'ya*, que los efectos disminuirían de algún modo mientras la herida sanaba lentamente, pero no parecía que estuviera pasando eso. E incluso si lo hiciera, siempre estaría atada al Oscuro a través del collar. Volví a preguntarme por qué no habría decidido matar él mismo al azote marino para atarnos aún más.

David tomó un frasquito de tinta y comenzó a hacerlo girar entre sus dedos. Parecía abatido. *No solo abatido*, pensé. *Culpable*. Él había forjado esa conexión, había colocado esa cadena alrededor de mi cuello para toda la eternidad.

Tomé el frasquito de tinta de sus manos suavemente.

—Si tú no lo hubieras hecho, el Oscuro habría encontrado a alguien más.

Hizo un movimiento extraño, a medio camino entre un asentimiento y un encogimiento de hombros. Deposité la tinta en el extremo más lejano de la tabla, donde sus dedos temblorosos no la alcanzaran, y me giré para marcharme.

—¿Alina…?

Me detuve y volví a mirarlo. Sus mejillas se habían puesto de un rojo intenso. La cálida brisa levantaba los bordes de su pelo desgreñado. Al menos ya le estaba creciendo ese corte horrible.

—Oí… Oí que Genya estaba en ese barco. Con el Oscuro.

Sentí una punzada de tristeza por Genya. Así que David no había sido del todo inconsciente.

—Sí —dije.

—¿Está bien? —preguntó esperanzado.

—No lo sé —admití—. Lo estaba cuando escapamos. —Pero si el Oscuro supiera que prácticamente nos había dejado escapar, no sé cómo la habría castigado. Dudé—. Le rogué que viniera con nosotros.

Puso mala cara.

—Pero ¿se quedó?

—No creo que tuviera elección —dije. No podía creer que estuviera inventando excusas para Genya, pero no me gustaba la idea de que David pensara mal de ella.

—Debí haber… —No parecía saber cómo terminar.

Quise decir algo reconfortante, algo que lo tranquilizara. Pero había cometido tantos errores en mi propio pasado que no se me ocurría nada que no fuera a sonar falso.

—Hacemos lo que podemos —dije sin convicción.

Entonces David me miró, y el remordimiento resultaba evidente en su rostro. Sin importar lo que yo dijera, ambos conocíamos la dura verdad. Hacemos lo que podemos. Lo intentamos. Y, normalmente, no supone ninguna diferencia en absoluto. Me llevé mi mal humor conmigo a la siguiente reunión en el Gran Palacio. El plan de

Nikolai parecía estar funcionando. Aunque Vasily todavía se obligaba a asistir a la cámara del consejo para nuestras reuniones con los ministros, cada vez llegaba más tarde, y alguna vez lo pillé cabeceando. La única vez que no apareció, Nikolai lo sacó de la cama, insistiendo alegremente en que se vistiera y que no podíamos continuar sin él. Un Vasily claramente resacoso había logrado aguantar hasta la mitad de la reunión, meciéndose en la parte frontal de la mesa, hasta que salió corriendo al pasillo para vomitar ruidosamente en un jarrón lacado.

Aquel día, hasta yo tenía problemas para mantenerme despierta. La escasa brisa se había desvanecido y, a pesar de las ventanas abiertas, la abarrotada cámara del consejo resultaba insoportablemente sofocante. La reunión se arrastró hasta que uno de los generales anunció los menguantes números de las tropas del Primer Ejército. Las filas habían disminuido a causa de la muerte, la deserción y los años de brutal guerra, y teniendo en cuenta que Ravka iba a volver a luchar desde al menos un frente, la situación era desesperada.

Vasily hizo un gesto perezoso con la mano y dijo:

—¿Por qué estáis tan preocupados? Bajamos la edad de llamada a filas y ya está.

Me enderecé en mi asiento.

—¿A cuánto? —pregunté.

—¿Catorce? ¿Quince? —sugirió él—. ¿Qué más da?

Pensé en todas las aldeas por las que Nikolai y yo habíamos pasado, los cementerios que se extendían durante kilómetros.

—¿Y por qué no la bajamos a doce y ya? —solté.

—Uno nunca es demasiado joven para servir a su país —declaró Vasily.

No sé si era por el cansancio o por la furia, pero las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas mejor.

—En ese caso, ¿por qué parar a los doce? He oído que los bebés son una carne de cañón excelente.

Un murmullo desaprobatorio se alzó de entre los consejeros del Rey. Bajo la mesa, Nikolai dio un apretón de advertencia a mi mano.

—Hermano, que vayan más jóvenes no evitará que deserten —le dijo a Vasily.

—Entonces, busquemos a algunos desertores y utilicémoslos como ejemplo.

Nikolai alzó una ceja.

—¿Estás seguro de que morir en el pelotón de fusilamiento es más terrorífico que la perspectiva de que los *nichevo'ya* los hagan pedazos?

—Si es que existen —se burló Vasily.

No podía creer lo que estaba escuchando, pero Nikolai se limitó a sonreír de forma agradable.

—Yo mismo los vi a bordo del *Volkvolny*. No creo que me estés llamando mentiroso.

—No creo que estés sugiriendo que la traición es preferible a un servicio honesto en el Ejército del Rey.

—Estoy sugiriendo que tal vez a esa gente le gusta tanto la vida como tú. Están mal equipados, con pocos suministros y escasos de esperanza. Si leyeras los informes, sabrías que los oficiales están teniendo problemas para mantener el orden en las filas.

—Deberían establecer castigos más duros —replicó Vasily—. Es lo que entienden los campesinos.

Ya había pegado a un príncipe. ¿Qué importaba uno más? Casi me había levantado de la silla antes de que Nikolai me forzara a sentarme de nuevo.

—Entienden de estómagos vacíos y órdenes claras —dijo—. Si me dejaras implementar los cambios que he sugerido y utilizar los fondos para…

—No siempre puedes salirte con la tuya, hermanito.

La tensión chisporroteó a través de la habitación.

—El mundo está cambiando —señaló Nikolai, con voz acerada—. Si no cambiamos con él, no quedará nada de nosotros para recordarnos, salvo polvo.

Vasily rio.

—No sabría decir si eres un instigador o un cobarde.

—Y yo no sabría decir si eres un idiota o un idiota.

La cara de Vasily se puso púrpura.

Se puso en pie y golpeó la mesa con las manos.

—El Oscuro es un hombre. Si tienes miedo de enfrentarte a él…

—Ya me he enfrentado a él. Si no tienes miedo, si ninguno de vosotros tiene miedo, es porque carecéis del sentido común para comprender a qué nos enfrentamos.

Algunos de los generales asintieron con la cabeza. Pero los consejeros del Rey, los nobles y burócratas de Os Alta, parecían escépticos y hoscos. Para ellos las guerras eran desfiles, teoría militar, muñequitos que se movían sobre un mapa. Si llegaba el momento, serían ellos los hombres que se aliarían con Vasily.

Nikolai cuadró los hombros, y su máscara de actor volvió a cubrir sus facciones.

—Paz, hermano —dijo—. Ambos queremos lo que es mejor para Ravka.

Pero Vasily no quería que lo calmaran.

—Lo que es mejor para Ravka es que haya un Lantsov en el trono.

Tomé aliento bruscamente. Una enorme quietud descendió sobre la habitación. Vasily prácticamente había dicho que Nikolai era un hijo bastardo.

Pero Nikolai mantuvo la compostura, y ahora nada podría romperla.

—Entonces, recemos una plegaria por el Rey legítimo de Ravka —dijo—. Ahora, ¿podemos acabar con esto?

La reunión renqueó durante unos pocos minutos más, hasta que por fin terminó. Durante nuestro camino de vuelta al Pequeño Palacio, Nikolai estaba inusualmente silencioso.

Cuando llegamos a los jardines junto a los pilares, hizo una pausa para arrancar una hoja de un seto y dijo:

—No debería haber perdido así la compostura. Hace que le duela el orgullo, que

se vuelva obstinado.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —pregunté, verdaderamente curiosa. Era raro que las emociones de Nikolai lo dominaran.

—No lo sé —dijo, destrozando la hoja—. Tú te enfadaste. Yo me enfadé. Hacía un calor de mil demonios.

—No creo que fuera por eso.

—¿Indigestión? —sugirió.

Pero no me iba a convencer con una broma. A pesar de las objeciones de Vasily y la reticencia del consejo a hacer nada, con alguna mágica combinación de paciencia y presión Nikolai se las había arreglado para llevar a cabo algunos de sus planes. Había conseguido que aprobaran la asistencia a los refugiados que huían de las orillas de la Sombra, y había solicitado tela acorazada de los Materialki para equipar a algunos regimientos clave del Primer Ejército. Incluso había conseguido que destinaran fondos a un plan para modernizar los equipamientos de las granjas para que los campesinos pudieran hacer algo más que subsistir. Eran cosas pequeñas, pero también eran mejoras que podrían suponer una diferencia con el tiempo.

—Es porque realmente te importa lo que le suceda a este país —dije—. El trono es solo un premio para Vasily, algo por lo que quiere pelearse como si fuera su juguete favorito. Tú no eres así. Serías un buen rey.

El príncipe se quedó inmóvil.

—Yo… —Por una vez, las palabras parecieron abandonarlo. Después una sonrisa torcida y avergonzada cruzó su rostro. Estaba muy lejos de su sonrisa normalmente confiada—. Gracias —dijo.

Suspiré y volvimos a caminar.

—Ahora vas a ponerte insufrible, ¿verdad?

El se rio.

—Ya soy insufrible.

Los días se alargaron. El sol se mantuvo cerca del horizonte, y el festival de la Belyanoch comenzó en Os Alta. Incluso a medianoche, los cielos nunca estaban oscuros realmente, y a pesar del miedo de la guerra y la amenaza inminente de la Sombra, la ciudad celebró las interminables horas del crepúsculo. En la parte alta de la ciudad, las noches estaban repletas de óperas, mascaradas y espléndidos ballets. Al otro lado del puente, ruidosas carreras de caballos y bailes al exterior sacudían las calles de la parte baja de la ciudad. Una interminable oleada de barcos de recreo flotaban por el canal, y bajo el ocaso reluciente, el agua que se movía lentamente rodeaba la capital como una pulsera enjoyada, iluminada por los faroles que colgaban desde un millar de proas.

El calor había disminuido ligeramente. Tras los muros del palacio, todos parecían estar de mejor humor. Había seguido insistiendo en que los Grisha mezclaran sus

Órdenes, y en algún momento, no estaba muy segura de cómo, el silencio incómodo había abierto camino a las risas y las conversaciones ruidosas. Todavía había grupitos y conflictos, pero también había algo cómodo y bullicioso en la sala que no había estado ahí antes.

Me alegraba (incluso me enorgullecía un poco) ver a los Hacedores y Etherealki bebiendo té alrededor de uno de los samovares, o Fedyor debatiendo algo con Pavel durante el desayuno, o al hermano pequeño de Nadia tratando de camelar a Peja, que era mayor y estaba decididamente desinteresada. Pero me sentía como si lo estuviera observando desde una gran distancia.

Había tratado de hablar con Mal varias veces desde la noche de nuestra discusión, pero siempre encontraba alguna excusa para alejarse de mí. Si no estaba cazando, estaba jugando a las cartas en el Gran Palacio o en alguna taberna de la parte baja de la ciudad con sus nuevos amigos. Me di cuenta de que estaba bebiendo más. Algunas mañanas tenía los ojos nublados, y aparecía con cardenales y cortes, como si hubiera estado en una pelea, pero era completamente puntual, implacablemente cortés. Se limitaba a cumplir sus deberes como guardia, permanecía en silencio junto a los umbrales de las puertas, y mantenía una distancia respetuosa mientras me seguía por los terrenos.

El Pequeño Palacio se había convertido en un lugar muy solitario. Estaba rodeada de gente, pero casi me sentía como si no pudieran verme, solo lo que necesitaban de mí. Tenía miedo de mostrar dudas o indecisión, y había días en los que me sentía como si estuviera quedando reducida a la nada por el peso constante de la responsabilidad y las expectativas.

Iba a mis reuniones. Entrenaba con Botkin. Pasaba largas horas junto al lago tratando de perfeccionar mi uso del Corte. Incluso me tragué el orgullo e hice otro intento de visitar a Baghra, esperando que, por lo menos, me ayudaría a desarrollar más mi poder. Pero se negó a verme.

Nada era suficiente. El barco que Nikolai estaba construyendo en el lago era un recordatorio de que todo lo que estábamos haciendo probablemente resultara inútil. En algún lugar ahí fuera, el Oscuro estaba reuniendo sus fuerzas, formando su ejército, y cuando vinieran, ningún cañón, bomba, soldado o Grisha conseguiría detenerlos. Ni siquiera yo. Si la batalla iba mal, nos retiraríamos a la sala abovedada a la espera de la ayuda de Poliznaya. Las puertas estaban reforzadas con acero Grisha, y los Hacedores habían comenzado a sellar grietas y agujeros para impedir la entrada de los *nichevo'ya*.

No pensaba que se fuera a dar el caso. Había llegado a un punto muerto en mis intentos de localizar al pájaro de fuego. Si David no conseguía que esos platos funcionaran, entonces cuando el Oscuro finalmente llegara a Ravka no tendríamos más opción que evacuar. Huir y seguir huyendo.

Utilizar mi poder no me daba nada del consuelo que solía darme. Cada vez que invocaba la luz en los talleres de los Materialki o en la orilla del lago, sentía la

desnudez de mi muñeca derecha como si se tratara de una marca. Incluso con todo lo que sabía acerca de los amplificadores, la destrucción que podrían traer, el modo permanente en que podrían cambiarme, no podía escapar de mi avidez por el pájaro de fuego.

Mal tenía razón. Se había convertido en una obsesión. Por las noches me quedaba tumbada en la cama, imaginando que el Oscuro ya había encontrado la última pieza del puzle de Morozova. Tal vez tenía al pájaro de fuego cautivo en una jaula de oro forjado. ¿Cantaría para él? Ni siquiera sabía si un pájaro de fuego podía cantar. Algunas de las historias decían que sí. Otra aseguraba que el canto del pájaro de fuego podía poner a dormir ejércitos enteros. Cuando lo oían, los soldados dejaban de luchar, bajaban sus armas y cabeceaban pacíficamente en los brazos de sus enemigos.

Ya conocía todas las historias. El pájaro de fuego lloraba lágrimas de diamante, sus plumas podían curar heridas mortales, podía adivinarse el futuro en el batir de sus alas. Había examinado libro tras libro de folclore, poesía épica y colecciones de cuentos de campesinos, buscando algún patrón o alguna pista. Las leyendas del azote marino se centraban en las aguas heladas del Paso de los Huesos, pero las historias del pájaro de fuego llegaban desde todos los rincones de Ravka y más allá, y ninguna conectaba a la criatura con un Santo. Peor todavía, las visiones se estaban volviendo más claras y frecuentes. El Oscuro se me aparecía casi todos los días, normalmente en sus habitaciones o en los pasillos de la biblioteca, a veces en la sala de guerra durante las reuniones del consejo o mientras volvía desde el Gran Palacio a la hora del ocaso.

—¿Por qué no me dejas en paz? —susurré una noche mientras él merodeaba detrás de mí cuando yo trataba de trabajar en mi escritorio.

Pasaron unos largos minutos. No pensaba que fuera a responderme. Incluso tuve tiempo de esperar que se hubiera ido, hasta que sentí su mano en mi espalda.

—Porque entonces yo también estaría solo —dijo, y se quedó ahí toda la noche, hasta que las lámparas se consumieron.

Me acostumbré a verlo esperándome al final de los pasillos, o sentándose al borde de mi cama cuando me quedaba dormida por la noche. Cuando no aparecía, a veces me encontraba buscándolo o preguntándome por qué no había aparecido, y eso era lo que más me asustaba.

Lo único bueno fue la decisión de Vasily de abandonar Os Alta para ir a las subastas de potros en Caryeva. Casi cacareé de placer cuando Nikolai me dio la noticia en uno de nuestros paseos.

—Hizo las maletas en mitad de la noche —explicó—. Dice que volverá a tiempo para mi cumpleaños, pero no me sorprendería que encontrara alguna excusa para permanecer lejos.

—No deberías parecer tan petulante —dije—. No es muy majestuoso.

—Seguro que se me permite una pequeña exención para regodearme —replicó con una risa. Silbó la misma melodía desafinada que recordaba del Volkvolny

mientras caminábamos. Después se aclaró la garganta—. Alina, no es que no estés siempre preciosa, pero… ¿estás durmiendo?

—No demasiado —admití.

—¿Pesadillas?

Seguía soñando con el esquife partido, con la gente que huía de la oscuridad de la Sombra, pero eso no era lo que me mantenía despierta por la noche.

—No exactamente.

—Ah —dijo el príncipe, y unió las manos detrás de su espalda—. He visto que tu amigo está muy dispuesto a trabajar últimamente. Está muy solicitado.

—Bueno —repliqué con voz ligera—, así es Mal.

—¿Dónde aprendió a rastrear? Nadie parece ser capaz de decidir si es suerte o habilidad.

—No aprendió. Siempre ha sido capaz de hacerlo.

—Eso está muy bien —dijo Nikolai—. Yo nunca he tenido ningún talento nato para nada.

—Eres un actor espectacular —señalé secamente.

—¿Eso piensas? —preguntó. Después se inclinó hacia mí y susurró—: Ahora estoy interpretando el papel de humilde.

Sacudí la cabeza, exasperada, pero me sentía agradecida por el animado charloteo de Nikolai, e incluso más agradecida cuando dejó el tema.

Le costó a David casi dos semanas más conseguir que sus platos funcionaran, pero cuando finalmente estuvo listo, hice que los Grisha se reunieran en el tejado del Pequeño Palacio para observar la demostración. Tolya y Tamar se encontraban allí, alerta como siempre, examinando la multitud. No veía a Mal por ningún sitio. Había permanecido despierta la noche anterior en la sala común, esperando verlo para pedirle personalmente que asistiera. Fue mucho después de la medianoche cuando me rendí y me fui a la cama.

Los dos enormes platos estaban situados en extremos opuestos del tejado, en la zona llana que se extendía entre las cúpulas del ala este y el ala oeste. Podían rotarse mediante un sistema de poleas, y cada una estaba manejada por un Materialnik y un Vendaval, equipados con gafas de seguridad que los protegiera de la luz. Vi que Zoya y Peja formaban uno de los equipos, y Nadia estaba emparejada con un Durast en el segundo plato.

Incluso si esto es un fracaso total, pensé con ansiedad, al menos están trabajando juntos. No hay nada como una explosión para formar camaradería.

Ocupé mi lugar en el centro del tejado, directamente entre los platos.

Con una sacudida de nerviosismo, vi que Nikolai había invitado al capitán de la guardia palaciega para que observara, junto a dos generales y varios de los consejeros del Rey. Deseaba que no esperaran nada drástico. Mi poder solía exhibirse mejor en la completa oscuridad, y los largos días de la Belyanoch hacían que eso fuera imposible. Le pregunté a David si debíamos organizar la demostración para más de

noche, pero él había sacudido la cabeza.

—Si funciona, será lo bastante drástico. Y supongo que si no funciona será aún más drástico con la explosión.

—David, creo que acabas de hacer una broma.

El frunció el ceño, completamente perplejo.

—Ah, ¿sí?

Por sugerencia de Nikolai, David había decidido hacer la señal desde el *Volkvolny* con un silbato. Dio un estridente silbido y los espectadores se retiraron contra las cúpulas, dejándonos bastante espacio. Levanté las manos, y David volvió a soplar el silbato. Invoqué a la luz.

Entró dentro de mí con un torrente dorado y brotó desde mis manos en dos firmes haces. Golpearon los platos, reflejándose en ellos con un resplandor cegador. Era impresionante, pero nada espectacular.

Entonces David volvió a soplar su silbato y los platos rotaron ligeramente. La luz rebotó de sus superficies espejadas, multiplicándose sobre sí misma y concentrándose en dos focos de un blanco abrasador que perforó el crepúsculo.

Se oyó un «¡aaah!» desde la multitud mientras se protegían los ojos. Supuse que no tenía que preocuparme por el drama.

Los haces de luz rompieron el aire, enviando oleadas de calor radiante en cascadas, como si estuvieran haciendo arder el propio cielo. David dio otro silbido corto y los haces de luz se fusionaron en una única hoja de luz. Era imposible mirarla directamente. Si el Corte era como un cuchillo en mi mano, aquello era como un sable.

Los platos se inclinaron y el rayo descendió. La multitud jadeó, impresionada, mientras la luz cortaba el borde del bosque que había debajo, nivelando las copas de los árboles.

Los platos se inclinaron aún más. El rayo abrasó la orilla del lago y después el propio lago. Una oleada de vapor se infló en el aire con un silbido audible, y por un momento la superficie entera del lago pareció hervir.

David dio un silbido asustado con el silbato. Me apresuré a bajar las manos y la luz se desvaneció.

Corrimos hasta el borde del tejado y miramos boquiabiertos lo que teníamos debajo.

Es como si alguien hubiera tomado una cuchilla para cortar las copas de los árboles con un limpio corte en diagonal desde el extremo del bosque hasta la orilla. Donde el haz de luz había tocado el suelo, este quedó marcado por una zanja resplandeciente que recorría todo el camino hasta el agua.

—Ha funcionado —dijo David con voz aturdida—. De verdad ha funcionado.

Hubo una pausa y Zoya rompió a reír. Sergei se unió a ella, y después Marie y Nadia. De pronto, todos estábamos riendo y vitoreando, incluso el malhumorado Tolya, que se subió a un aturdido David sobre los enormes hombros. Los soldados

abrazaban a los Grisha, los consejeros del Rey abrazaban a los generales, Nikolai bailaba con Peja por el tejado, y el capitán de la guardia me abrazó atolondrado.

Lanzamos gritos de alegría, saltando de arriba abajo, hasta que el palacio entero pareció temblar. Cuando el Oscuro decidiera atacarnos, los *nichevo'ya* se encontrarían con una sorpresa esperándolos.

—¡Vayamos a verlo! —gritó alguien, y bajamos las escaleras corriendo como si fuéramos niños al sonido de la campana de la escuela, riendo y pasando junto a las paredes a toda prisa.

Corrimos a través de la sala de la cúpula dorada y abrimos la puerta de golpe, saltando los escalones para salir al exterior. Mientras los demás iban a toda velocidad hacia el lago, me detuve de repente.

Mal venía por el camino desde el túnel de árboles.

—Continúa —dije a Nikolai—. Ya os alcanzaré.

Mal observó el camino mientras se acercaba sin mirarme a los ojos. Mientras se acercaba, vi que tenía los ojos inyectados en sangre y un feo cardenal en el pómulo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, llevando una mano a su cara. Él se apartó, lanzando una mirada a los sirvientes que permanecían junto a las puertas del Pequeño Palacio.

—Me tropecé con una botella de *kvas* —dijo—. ¿Necesitas algo?

—Te has perdido la demostración.

—No estaba de servicio.

Ignoré la dolorosa punzada de mi pecho e insistí.

—Estamos yendo al lago. ¿Quieres venir?

Pareció dudar por un momento, pero después sacudió la cabeza.

—Solo he venido a por unas monedas. Hay una partida de cartas en el Gran Palacio.

La punzada se retorció.

—Tal vez quieras cambiarte —sugerí—. Parece que hayas dormido con esa ropa.

Me arrepentí al momento de haberlo dicho, pero a Mal no pareció importarle.

—A lo mejor es porque lo he hecho —dijo—. ¿Algo más?

—No.

—*Moi soverenyi*. —Se inclinó bruscamente y subió los escalones como si no pudiera esperar a alejarse de mí.

Me tomé mi tiempo en llegar hasta el lago, esperando que el dolor de mi corazón se aliviara de algún modo. Mi alegría ante el éxito en el tejado se había desvanecido, dejándome vacía, como un pozo en el que alguien podría gritar sin que le respondiera más que el eco.

Junto a la orilla, había un grupo de Grisha recorriendo la zanja, gritando medidas con un triunfo y una euforia crecientes. Tenía alrededor de medio metro de ancho y la misma profundidad, un surco de tierra chamuscada que se extendía hasta el borde del agua. En el bosque, las copas caídas de los árboles se encontraban en una montaña de

ramas y corteza. Estiré la mano para recorrer uno de los troncos cortados. La madera estaba suave, limpiamente cortada, y todavía permanecía cálida al tacto. Hubo dos pequeños incendios, pero los Agitamareas los habían apagado rápidamente.

Nikolai ordenó que trajeran junto al lago comida y champán, y pasamos el resto de la tarde en la orilla. Los generales y los consejeros se retiraron temprano, pero el capitán y parte de su guardia permanecieron allí. Se quitaron las chaquetas y los zapatos y se metieron en el agua, y no pasó demasiado tiempo antes de que todos decidieran que no les importaban las ropas húmedas y se zambulleran en el agua, salpicando y mojándose los unos a los otros, y después haciendo carreras hasta la isla. No fue una sorpresa para nadie que los Agitamareas ganaran siempre, impulsados por las olas.

Nikolai y sus Vendavales se ofrecieron a llevar a la gente a su recién completado artefacto, al que había llamado el *Reyezuelo*. Al principio parecían cautelosos, pero cuando el primer grupo de valientes regresó batiendo los brazos y balbuceando sobre volar de verdad, todo el mundo pidió turno. Había jurado que mis pies no volverían a dejar el suelo jamás, pero finalmente me rendí y me uní a ellos.

Tal vez era el champán, o tan solo que sabía qué esperar, pero el *Reyezuelo* parecía más ligero y grácil que el *Colibrí*. Aunque volví a agarrarme a la cabina de mando con ambas manos, sentí que mi buen humor aumentaba mientras nos alzábamos suavemente en el aire.

Reuní coraje y miré hacia abajo. Los terrenos del Gran Palacio se extendían bajo nosotros, cruzados por caminos de gravilla blanca. Vi el tejado del invernadero Grisha, el círculo perfecto de la fuente del águila doble, el resplandor dorado de las puertas del palacio. Después comenzamos a volar sobre las mansiones y los largos y rectos bulevares de la parte alta de la ciudad. Las calles estaban llenas de gente celebrando la Belyanoch. Vi malabaristas y gente que caminaba sobre zancos en la propiedad de Gersky, bailarines que giraban en el escenario iluminado de uno de los parques. La música se elevaba desde las barcas del canal.

Quería quedarme ahí para siempre, rodeada por el viento, observando el mundo pequeño y perfecto que había bajo nosotros. Pero finalmente Nikolai hizo girar el timón y nos llevó de vuelta al lago en un arco lento y descendente.

El crepúsculo se profundizó en un púrpura intenso. Los Inferni encendieron fuegos junto a la orilla del lago, y en algún lugar en la penumbra alguien tocó una balalaika. Desde la ciudad de abajo oía el silbido y los estallidos de los fuegos artificiales.

Nikolai y yo nos sentamos al final del puerto improvisado, con los pantalones subidos y los pies colgando sobre el agua. El *Reyezuelo* se mecía junto a nosotros, con las velas blancas recogidas.

El príncipe golpeó el agua con el pie, produciendo una pequeña salpicadura.

—Los platos lo cambian todo —dijo—. Si puedes mantener a los *nichevo'ya* ocupados el tiempo suficiente, tendremos tiempo de localizar y atacar al Oscuro.

Me dejé caer sobre el muelle, extendiendo los brazos por encima de mi cabeza y observando el floreciente violeta del cielo nocturno. Cuando giré la cabeza, pude distinguir la forma del edificio de la escuela, ahora vacío, con las ventanas a oscuras. Me hubiera gustado que los estudiantes vieran lo que podían hacer los platos, darles esa pequeña esperanza. La perspectiva de una batalla seguía resultando terrorífica, especialmente cuando pensaba en todas las vidas que podrían perderse, pero al menos no estábamos sentados sobre una colina esperando a la muerte.

—Puede que realmente tengamos una oportunidad de combatir —dije, asombrada.

—Intenta que la emoción no te abrume, pero tengo más buenas noticias.

Gruñí. Conocía ese tono de su voz.

—Vasily ha vuelto de Caryeva.

—Podrías ser amable y ahogarme ahora.

—¿Y sufrir solo? Creo que no.

—Tal vez por tu cumpleaños podrías pedir que le pusieran un bozal real —sugerí.

—Pero entonces nos perderíamos todas sus emocionantes historias sobre las subastas del verano. Te fascina la superioridad de crianza del caballo de carreras ravkano, ¿verdad?

Solté un gemido. Se suponía que Mal estaría de servicio para la cena de cumpleaños de Nikolai a la noche siguiente. Tal vez pudiera lograr que Tolya o Tamar ocuparan su lugar. Por el momento, no pensaba que pudiera soportar verlo firme y con el rostro pétreo durante toda la noche, sobre todo con Vasily vociferando por ahí.

—Anímate —dijo el príncipe—. A lo mejor vuelve a proponerte matrimonio.

Me senté.

—¿Cómo sabes eso?

—Si recuerdas, yo hice básicamente lo mismo. Tan solo me sorprende que no lo haya intentado una segunda vez.

—Al parecer es difícil encontrarme a solas.

—Lo sé —replicó él—. ¿Por qué te crees que te acompaño en el camino de vuelta del Gran Palacio después de cada reunión?

—¿Por mi maravillosa compañía? —dije amargamente, enfadada por el toque de decepción que sentí en sus palabras. Nikolai era demasiado bueno en hacerme olvidar que todo lo que hacía estaba calculado.

—Eso también —dijo. Sacó el pie del agua y se quedó mirando sus dedos en movimiento—. Se hará a la idea con el tiempo.

Suspiré con exagerada aflicción.

—¿Cómo le dices que no a un príncipe?

—Ya lo has hecho antes —me recordó él, observándose el pie—. ¿Tan segura estás de que quieres hacerlo?

—No puedes hablar en serio.

Nikolai se revolvió, incómodo.

—Bueno, es el primero en la línea por el trono, de sangre real pura y todo eso.

—No me casaría con Vasily ni aunque tuviera un pájaro de fuego de mascota llamado Ludmilla, y su sangre real no podría importarme menos. —Me lo quedé mirando—. Dijiste que los rumores sobre tu linaje no te preocupaban.

—Puede que no haya sido del todo honesto sobre eso.

—¿Tú? ¿Siendo algo menos que honesto? Estoy aturdida, Nikolai. Aturdida y aterrorizada.

Se rio.

—Supongo que es fácil decir que no importa cuando estás lejos de la corte. Pero aquí nadie parece querer que lo olvide, especialmente mi hermano. —Se encogió de hombros—. Siempre ha sido así. Había rumores sobre mí incluso antes de que naciera. Por eso mi madre nunca me llama Sobachka. Dice que es como si fuera un chucho.

Noté una punzada en el corazón ante eso. A mí me habían llamado de muchas formas mientras crecía.

—A mí me gustan los chuchos —dije—. Tienen orejas colgantes muy monas.

—Mis orejas son muy dignas.

Pasé un dedo por uno de los elegantes tablones del puerto.

—¿Por eso permaneciste lejos durante tanto tiempo? ¿Por eso te convertiste en Sturmhond?

—No sé si había una sola razón. Supongo que nunca sentí que este fuera mi hogar, así que traté de buscar un lugar donde encajara.

—Yo tampoco he sentido nunca que encajara en ningún sitio —admití. *Salvo con Mal*. Aparté el pensamiento de mi cabeza. Después fruncí el ceño—. ¿Sabes lo que odio de ti?

El pestañeó, sobresaltado.

—No.

—Siempre dices lo correcto.

—¿Y odias eso?

—He visto cómo cambias de papel, Nikolai. Siempre eres lo que los demás necesitan que seas. Tal vez nunca te has sentido como si encajaras en ningún sitio, o tal vez solo lo estás diciendo para caerle mejor a la pobre huérfana solitaria.

—¿Así que te caigo bien?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, cuando no quiero apuñalarte.

—Es un comienzo.

—No, no lo es.

Se giró hacia mí. En la penumbra, sus ojos color avellana parecían trocitos de ámbar.

—Soy un corsario, Alina —dijo en voz baja—. Tomaré lo que pueda conseguir.

De pronto fui consciente de su hombro descansando contra el mío, de la presión de su muslo. El aire estaba cálido y olía dulce con el aroma del verano y el humo de los árboles.

—Quiero besarte —dijo.

—Ya me has besado —le recordé con una risa nerviosa.

Una sonrisa estiró sus labios.

—Quiero besarte otra vez —puntualizó.

—Ah —suspiré. Su boca estaba a unos centímetros de la mía. Mi corazón comenzó a latir al galope. *Es Nikolai*, me recordé. *Puro cálculo*. Ni siquiera estaba segura de que quisiera que me besara. Pero todavía me dolía el orgullo por el rechazo de Mal. ¿Acaso no había dicho que había besado a muchas otras chicas?

—Quiero besarte —repitió—. Pero no lo haré. No hasta que pienses en mí en lugar de en tratar de olvidarlo.

Me eché hacia atrás y me puse en pie incómodamente, sintiéndome ruborizada y avergonzada.

—Alina…

—Al menos ahora sé que no siempre dices lo correcto —murmuré.

Cogí mis zapatos y escapé por el puerto.





ermanecí alejada de las hogueras de los Grisha mientras caminaba a zancadas por la orilla del lago. No quería ver ni hablar con nadie.

¿Qué había esperado de Nikolai? ¿Una distracción? ¿Coqueteo? ¿Algo que liberara a mi corazón de su dolor? Tal vez solo quería una forma mezquina de vengarme de Mal. O tal vez me sentía tan desesperada por conectar con alguien que me conformaría con un beso falso de un príncipe poco fiable.

La idea de la cena de cumpleaños del día siguiente me llenaba de temor. Mientras caminaba con paso firme por los terrenos pensé que tal vez podría inventar alguna excusa. Podía enviar una bonita nota al Gran Palacio sellada con cera y adornada con el sello oficial de la Invocadora del Sol:

A sus Majestades Reales, el Rey y la Reina de Ravka:

Debo ofrecer mis más sentidas disculpas e informaros con el corazón compungido de que no podré asistir a las festividades en celebración del nacimiento del Príncipe Nikolai Lantsov, Gran Duque de Udova.

Han surgido circunstancias desafortunadas, a saber, que mi mejor amigo no parece ser capaz de soportar mi presencia, y vuestro hijo no me besó cuando yo deseaba que lo hiciera. O deseaba que no lo hiciera. O todavía no estoy segura de lo que deseo, pero hay muchas posibilidades de que si me veo obligada a asistir a su estúpida cena de cumpleaños, acabaré llorando sobre mi trozo de tarta.

Con mis mejores deseos en esta fecha tan celebrada,

Alina Starkov, Idiota

Cuando llegué a las habitaciones del Oscuro, Tamar se encontraba leyendo en la sala común. Levantó la mirada cuando entré, pero mi humor debía de estar reflejado en mi rostro, ya que no dijo una palabra.

Sabía que no sería capaz de dormir, así que me metí en la cama con uno de los libros que había sacado de la biblioteca, una vieja guía de viajes que señalaba los monumentos más famosos de Ravka. Tenía una débil esperanza de que me señalaría la dirección hasta el arco.

Traté de concentrarme, pero me encontré leyendo la misma frase una y otra vez. Tenía la cabeza confusa por el champán, y mis pies seguían fríos y húmedos del lago. Puede que Mal hubiera regresado de su partida de cartas. Si llamaba a su puerta y respondía, ¿qué podía decirle?

Aparté el libro a un lado. No sabía qué decirle a Mal. Nunca lo sabía esos días. Pero tal vez pudiera comenzar con la verdad: que estaba perdida y confundida, y tal vez volviéndome loca, que a veces me asustaba a mí misma, y que lo echaba tanto de menos que era como un dolor físico. Necesitaba al menos tratar de curar el desgarramiento entre nosotros antes de que fuera completamente imposible repararlo. No importaba lo que pensara de mí después, la cosa no podía ponerse mucho peor. Podía sobrevivir a otro rechazo, pero no podría soportar la idea de que no había tratado de arreglarlo.

Eché un vistazo en la sala común.

—¿Está aquí Mal? —pregunté a Tamar. Ella sacudió la cabeza. Me tragué el orgullo y dije—: ¿Sabes adonde ha ido?

Tamar suspiró.

—Ponte los zapatos. Te llevaré con él.

—¿Dónde está?

—En los establos.

Inquieta, volví a meterme en la habitación y me puse los zapatos rápidamente. Seguí a Tamar fuera del Pequeño Palacio y a través del césped.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó, pero no respondí. Sabía que no me iba a gustar lo que tuviera que enseñarme, pero me negaba a volver a mi habitación y enterrar la cabeza bajo las sábanas.

Llegamos hasta la suave cuesta que llevaba más allá de la *banya*. Unos caballos relinchaban en los establos. Se hallaban a oscuras, pero las salas de entrenamiento estaban iluminadas. Escuché gritos.

La sala de entrenamiento más grande era poco más que un granero con suelo de tierra y las paredes cubiertas por cualquier arma imaginable. Normalmente era ahí donde Botkin repartía castigos a los estudiantes Grisha y llevaba a cabo los entrenamientos. Pero esa noche estaba llena de gente, la mayoría soldados, algunos Grisha, e incluso unos pocos sirvientes. Todos estaban gritando y vitoreando, dándose

empujones para tratar de ver mejor lo que fuera que estaba pasando en el centro del a habitación.

Sin ser vistas, Tamar y yo nos colamos entre la masa de cuerpos. Vi a dos rastreadores reales, varios miembros del regimiento de Nikolai, un grupo de Corporalki, y a Zoya, que estaba gritando y aplaudiendo con los demás.

Casi había llegado al frente de la multitud cuando vi a un Vendaval con los puños en alto y el pecho desnudo, recorriendo el círculo de espectadores que se había formado. Recordé que se trataba de Eskil, uno de los Grisha que habían estado viajando con Fedyor. Era fjerdano, y se notaba: ojos azules, pelo de un rubio blanquecino, alto y tan ancho que prácticamente me bloqueaba la visión.

No es demasiado tarde, pensé. *Todavía puedes darte la vuelta y fingir que nunca has estado aquí*.

Me quedé firmemente anclada en mi sitio. Sabía lo que iba a ver, pero me conmocionó de todos modos cuando Eskil se hizo a un lado y pude ver por primera vez a Mal. Como el Vendaval, estaba desnudo de cintura para arriba, y su torso musculoso manchado de tierra y sudor. Tenía cardenales en los nudillos. Un hilillo de sangre bajaba por su mejilla desde un corte debajo del ojo, aunque no parecía darse cuenta de ello.

Eskil atacó. Mal bloqueó el primer puñetazo, pero el siguiente lo golpeó bajo los riñones. Gruñó, bajó el codo, y lanzó un fuerte golpe a la mandíbula del Vendaval.

Eskil se apartó del alcance de Mal y lanzó el brazo a través del aire con un arco descendente. Me di cuenta con una punzada de pánico de que estaba invocando. La ráfaga me revolvió el pelo, y un segundo después Mal salió volando por el viento Etherealnik. El Vendaval lanzó su otro brazo hacia delante y el cuerpo de Mal se elevó y chocó contra el techo del granero. Se quedó ahí durante un momento, pegado a las vigas de madera por el poder Grisha. Después Eskil lo dejó caer. Golpeó el suelo de tierra con un traqueteo de huesos.

Grité, pero el sonido se perdió en el rugido de la multitud. Un Corporalnik gritaba apoyando a Eskil, mientras que otro le gritaba a Mal que se levantara.

Fui hacia delante, comenzando a invocar luz en mis manos, pero Tamar me agarró de la manga.

—No quiere tu ayuda —dijo.

—¡Me da igual! —grité—. Esto no es una pelea justa. ¡No está permitido!

A los Grisha jamás se les permitía emplear sus poderes en las salas de entrenamiento.

—Las reglas de Botkin no se aplican después de que oscurezca. Mal está en medio de una pelea, no en una clase.

Me aparté de ella de un tirón. Era mejor un Mal enfadado que un Mal muerto.

Estaba a cuatro patas, tratando de levantarse. Me impresionó que fuera capaz de moverse siquiera después del ataque del Vendaval. Eskil volvió a levantar los brazos. Se levantó una ráfaga de aire y polvo. Llamé a la luz, sin importarme lo que Tamar o

Mal pudieran decirme al respecto. Pero esa vez Mal rodó, esquivó la corriente y se puso en pie con sorprendente velocidad.

Eskil frunció el ceño y examinó el perímetro, sopesando sus opciones. Sabía lo que se estaba planteando. No podía desatar su poder sin arriesgarse a dañarnos a todos, y probablemente también parte de los establos. Esperé, sujetando débilmente la luz, sin saber qué hacer.

Mal respiraba con fuerza, doblado por la cintura y con las manos descansando sobre los muslos. Probablemente se habría roto al menos una costilla. Tenía suerte de no haberse roto la columna. Deseé que volviera al suelo y se quedara ahí. En lugar de eso, se forzó a ponerse erguido, siseando por el dolor. Cuadró los hombros, soltó una maldición y escupió sangre. Después, para mi horror, movió los dedos e hizo señas al Vendaval para que avanzara. La multitud soltó vítores.

—¿Qué está haciendo? —gemí—. Va a conseguir que lo maten.

—Estará bien —replicó Tamar—. Lo he visto soportar cosas peores.

—Lucha aquí cada noche cuando está lo bastante sobrio. A veces cuando no lo está.

—¿Lucha contra los Grisha?

Tamar se encogió de hombros.

—En realidad, es bastante bueno.

¿Eso era lo que hacía Mal cada noche? Recordé todas las mañanas que había aparecido con cardenales y arañazos. ¿Qué estaba tratando de demostrar? Recordé mis descuidadas palabras cuando regresábamos de la fiesta de adivinación. *No quiero la carga de un ejército de otkazat'sya indefensos*.

Deseé poder retirarlas.

El Vendaval hizo una finta hacia la izquierda, y después alzó las manos para lanzar otro ataque. El viento sopló dentro del círculo, y vi que los pies de Mal perdían el contacto con el suelo. Apreté los dientes, segura de que estaba a punto de verlo estamparse contra la pared más cercana, pero en el último segundo giró para apartarse de la ráfaga de aire y atacó al sobresaltado Vendaval.

Eskil soltó un sonoro «uf» mientras Mal lo rodeaba con fuerza con los brazos, manteniendo los miembros del Grisha sujetos para que no pudiera invocar su poder. El enorme fjerdano gruñó, con los músculos tensos y enseñando los dientes mientras trataba de liberarse del agarre de Mal.

Sabía que debía de estar costándole mucho, pero Mal lo agarró aún más fuerte. Se movió y después estampó la frente contra la nariz de su oponente con un crujido repugnante. Antes de que pudiera pestañear, liberó a Eskil y lo aporreó con una ráfaga de puñetazos en la tripa y los costados.

Eskil se encorvó, tratando de protegerse, esforzándose por respirar mientras la sangre corría por su boca abierta. Mal giró y lanzó una brutal patada a la parte trasera de las piernas del Vendaval. Este cayó de rodillas, balanceándose, pero de algún modo seguía recto.

Mal se apartó, examinando su trabajo. La multitud zapateaba y lanzaba vivas, con gritos frenéticos, pero los ojos cautelosos de Mal permanecían fijos en el Vendaval arrodillado.

Examinó a su oponente y después bajó los puños.

—Vamos —le dijo al Grisha. El aspecto de su rostro me provocó un escalofrío. Había desafío y una especie de sombría satisfacción. ¿Qué veía cuando miraba a Eskil arrodillado?

El Vendaval tenía los ojos vidriosos. Con esfuerzo, levantó las palmas. Una débil brisa revoloteó hasta Mal y desde el gentío se elevó un coro de abucheos.

Mal dejó que la brisa lo acariciara y después avanzó hacia Eskil. Su débil ráfaga ganó velocidad. Mal plantó la mano en el centro del pecho del Vendaval y le dio un empujón desdeñoso.

Eskil se derrumbó. Su enorme cuerpo golpeó el suelo, y se aovilló gimiendo.

A nuestro alrededor estallaron abucheos y gritos eufóricos. Un alegre soldado tomó la muñeca de Mal y la levantó sobre su cabeza en señal de triunfo mientras el dinero comenzaba a correr de una mano a otra. La multitud avanzó hacia Mal, llevándome con ella. Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo. La gente le daba palmadas en la espalda, le ponía dinero en las manos. Entonces Zoya apareció frente a él, le rodeó el cuello con los brazos y presionó los labios contra los de Mal. Vi que se ponía rígido.

Un sonido como de torrente me llenó las orejas, ahogando el ruido del gentío.

Apártala, rogué en silencio. *Apártala*.

Y, por un momento, pensé que lo haría. Pero entonces sus brazos se cerraron alrededor de ella, y él le devolvió el beso mientras la multitud lanzaba gritos y vítores.

Se me encogió el estómago. Era como colocar mal el pie sobre un arroyo congelado, escuchar el crujido del hielo, la caída repentina, saber que no había nada debajo salvo agua oscura. Se apartó de ella, sonriendo, con la mejilla todavía sangrienta, y fue entonces cuando sus ojos se encontraron con los míos. Se puso blanco.

Zoya siguió su mirada y alzó una ceja en señal de desafío cuando me vio.

Me giré y comencé a caminar a empujones entre la multitud. Tamar me siguió.

—Alina —dijo.

—Déjame en paz.

Me separé de ella. Tenía que salir al exterior, tenía que alejarme de todo el mundo. Las lágrimas estaban comenzando a empañar mi visión. No sabía si era por el beso o por lo que había sucedido antes de él, pero no podía permitir que las vieran. La Invocadora del Sol no lloraba, y menos por uno de sus guardias *otkazat'sya*.

Y, ¿qué derecho tenía? ¿Acaso yo no había estado a punto de besar a Nikolai? Tal vez pudiera encontrarlo ahora, convencerlo para que me besara sin importar en quién estuviera pensando yo.

Salí de los establos a la penumbra. El aire era cálido y denso, y tenía la sensación de que no podía respirar. Me alejé a zancadas del camino bien iluminado junto a los establos y me dirigí al refugio del bosquecillo de abedules.

Alguien me tiró del brazo.

—Alina —dijo Mal.

Me lo sacudí de encima y apresuré mis pasos, prácticamente corriendo ya.

—Alina, para —dijo, siguiendo mi ritmo fácilmente a pesar de las heridas que había sufrido.

Lo ignoré y me metí en el bosque. Podía oler los manantiales calientes que alimentaban la *banya*, el afilado aroma de las hojas de abedules bajo mis pies. Me dolía la garganta. Lo único que quería era que me dejaran sola para llorar o vomitar, o tal vez las dos cosas.

—Maldita sea, Alina, ¿podrías parar?

No podía rendirme a mi dolor, así que me rendí a mi furia.

—Eres el capitán de mi guardia —repliqué, resbalando entre los árboles—. ¡No puedes andar metiéndote en peleas como si fueras un plebeyo!

Mal me cogió del brazo y me obligó a girarme.

—Soy un plebeyo —gruñó—. No uno de tus peregrinos, o de tus Grisha, o un perro guardián mimado que se sienta al otro lado de tu puerta por la noche esperando que puedas necesitarme.

—Por supuesto que no —dije—. Tienes cosas mucho mejores que hacer con tu tiempo. Como emborracharte y meterle la lengua hasta la garganta a Zoya.

—Al menos ella no se encoge cuando la toco —escupió—. Si no me quieres, ¿por qué te importa que ella lo haga?

—No me importa —respondí, pero las palabras salieron como un sollozo.

Mal me liberó tan repentinamente que casi me caí hacia atrás. Se alejó de mí, pasándose las manos por el pelo. El movimiento le hizo poner una mueca. Sus dedos examinaron la carne de su costado. Quería gritarle que fuera a buscar a un Sanador. Quería lanzar el puño a la rotura para que le doliera aún más.

—Por todos los Santos —soltó—. Ojalá nunca hubiera venido aquí.

—Entonces, vayámonos —dije salvajemente. Sabía que no tenía sentido alguno pero no me importaba—. Huyamos esta noche y olvidemos que alguna vez hemos visto este lugar.

Soltó una risotada semejante a un ladrido de amargura.

—¿Sabes cuánto deseo eso? ¿Estar contigo sin rangos, ni paredes ni nada que se interponga entre nosotros? ¿Solo ser normales otra vez, juntos? —Sacudió la cabeza —. Pero no vas a hacerlo.

—Sí lo haré —repliqué, con las lágrimas derramándose por mis mejillas.

—No te engañes a ti misma. Encontrarías una forma de volver.

—No sé cómo arreglar esto —dije con desesperación.

—¡No puedes arreglarlo! —gritó—. Así es como son las cosas. ¿Alguna vez se te

ha ocurrido que tal vez tu destino era ser reina y el mío no ser nada en absoluto?

—Eso no es cierto.

Caminó hacia mí, y las ramas de los árboles dibujaron extrañas sombras fluctuantes sobre su rostro en el crepúsculo.

—Ya no soy un soldado —dijo—. No soy un príncipe y, por todos los demonios, está claro que no soy un Santo. Entonces, ¿qué soy, Alina?

—Yo…

—¿Qué soy? —susurró.

Estaba ya cerca de mí. El aroma que conocía tan bien, ese aroma verde oscuro del prado, estaba perdido bajo el olor del sudor y la sangre.

—¿Soy tu guardián? —preguntó.

Pasó la mano lentamente por mi brazo, desde el hombro hasta la punta de los dedos.

—¿Tu amigo?

Su mano izquierda recorrió mi otro brazo.

—¿Tu sirviente?

Sentía su aliento sobre mis labios. Mi corazón sonaba atronador en mis oídos.

—Dime lo que soy. —Me acercó a su cuerpo, rodeando mi cintura con las manos.

Cuando sus dedos se rozaron, una afilada sacudida me atravesó, haciéndome doblar las rodillas. El mundo se inclinó y yo jadeé. Mal soltó mi mano como si lo hubiera quemado.

Se alejó de mí, aturdido.

—¿Qué ha sido eso?

Pestañeé, tratando de sacudirme el mareo que sentía.

—¿Qué demonios ha sido eso? —repitió.

—No lo sé.

Los dedos todavía me hormigueaban. Una sonrisa carente de humor retorció sus labios.

—Nunca es fácil con nosotros, ¿verdad?

Me puse en pie, repentinamente enfadada.

—No, Mal, no lo es. Nunca va a ser fácil, ni dulce ni cómodo conmigo. No puedo dejar el Pequeño Palacio y ya está. No puedo huir ni fingir que esto no es lo que soy, porque si lo hago, más gente morirá. No puedo volver a ser Alina. Esa chica ha desaparecido.

—Quiero que vuelva —dijo ásperamente.

—¡No puedo volver! —grité, sin importarme quién pudiera oírme—. Incluso aunque me quitaras este collar y las escamas del azote marino, no puedes sacar este poder de mi interior.

—¿Y si pudiera? ¿Lo dejarías marchar? ¿Lo abandonarías?

—Jamás.

La verdad de la palabra permaneció entre nosotros. Nos quedamos ahí de pie, en

la oscuridad del bosque, y sentía que la esquirla de mi corazón se removía. Sabía lo que dejaría atrás cuando desapareciera el dolor: la soledad, la nada, una profunda fisura que no se arreglaría, el borde desesperado del abismo que había vislumbrado una vez en los ojos del Oscuro.

—Vamos —dijo Mal finalmente.

—¿Adonde?

—De vuelta al Pequeño Palacio. No voy a dejarte en el bosque.

Subimos la colina en silencio y entramos en el palacio por las habitaciones del Oscuro. Afortunadamente, la sala común se encontraba vacía.

En la puerta de mi habitación me giré hacia Mal.

—Lo veo —dije—. Veo al Oscuro. En la biblioteca. En la capilla. Aquella vez en la Sombra, cuando casi se estrelló el *Colibrí*. En mi habitación, la noche que trataste de besarme.

Se me quedó mirando.

—No sé si son visiones o visitas. No te lo dije porque creía que me estaba volviendo loca. Y porque creía que ya estabas un poco asustado de mí.

Mal abrió la boca, la cerró y volvió a intentarlo. Incluso entonces, esperaba que fuera a negarlo. En lugar de eso, me dio la espalda y fue hasta las habitaciones de los guardias, deteniéndose solo para tomar de la mesa una botella de *kvas*, y cerró suavemente la puerta tras él.

Me preparé para irme a la cama y me metí entre las sábanas, pero hacía demasiado calor. Las aparté y dejé el revoltijo a los pies de la cama. Me quedé boca arriba, mirando la cúpula de obsidiana llena de constelaciones. Quería llamar a la puerta de Mal, decirle que lo sentía, que había hecho un desastre horrible, que deberíamos haber entrado en Os Alta el primer día de la mano. Pero ¿hubiera servido para algo?

No hay vidas corrientes para la gente como tú y como yo.

No hay vidas corrientes. Solo batallas, y miedos, y misteriosas sacudidas que nos hacía estremecernos sobre nuestros pies. Había pasado demasiados años queriendo ser la clase de chica que Mal pudiera desear. Tal vez eso ya no era posible.

No hay más como nosotros, Alina. Y jamás los habrá.

Cuando llegaron las lágrimas, eran ardientes y furiosas. Giré la cara contra la almohada para que nadie me oyera llorar. Lloré, y cuando no quedó nada más, caí en un sueño inquieto.

—Alina.

Desperté con el suave roce de los labios de Mal sobre los míos, el delicado toque en mis sienes, mis párpados, mi frente. La luz de la llama que había junto a mi cama se reflejaba en su pelo castaño mientras se inclinaba para besar la curva de mi garganta.

Dudé durante un momento, confusa, no del todo despierta todavía, y después lo rodeé con los brazos para acercarlo más a mí. No me importaba que nos hubiéramos peleado, que hubiera besado a Zoya, que se hubiera alejado de mí, que todo pareciera tan imposible. Lo único que importaba era que había cambiado de opinión. Había vuelto, y no estaba sola.

—Te he echado de menos, Mal —murmuré contra su oreja—. Te he echado muchísimo de menos.

Mis brazos se deslizaron por su espalda y se entrelazaron alrededor de su cuello. Volvió a besarme, y suspiré ante la bienvenida presión de su boca. Sentí su peso encima de mí y recorrí los duros músculos de sus brazos con las manos. Si Mal seguía conmigo, si todavía podía quererme, entonces había esperanza. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras la calidez se extendía a través de mí. No había ningún sonido salvo el de nuestra respiración y el movimiento de nuestros cuerpos unidos. Me besó la garganta, la clavícula, bebió de mi piel. Me estremecí y me apreté más a él.

Eso era lo que quería, ¿verdad? ¿Encontrar alguna forma de curar la brecha entre nosotros? Sin embargo, una astilla de pánico me atravesó. Necesitaba ver su rostro, saber que estábamos bien. Le cogí la cara con las manos, inclinando su barbilla, y cuando mi mirada se encontró con la suya, me encogí de terror.

Lo miré a los ojos, esos familiares ojos azules que conocía incluso mejor que los míos. Pero no eran azules. En la moribunda luz de la lámpara, brillaban con un gris cuarzo.

Entonces sonrió, una sonrisa fría e inteligente que nunca había visto en sus labios.

—Yo también te he echado de menos, Alina.

Esa voz. Fría y suave como el cristal.

Las facciones de Mal se fundieron en sombras y después volvieron a formarse como una cara surgida de la niebla. Pálida, hermosa, esa mata de pelo negro y espeso, la curva perfecta de su mandíbula.

El Oscuro depositó la mano con suavidad sobre mi mejilla.

—Pronto —susurró.

Grité. Se desvaneció entre las sombras y desapareció.

Salí de la cama, rodeándome a mí misma con los brazos. Me picaba la piel, mi cuerpo se sacudía con el terror y el recuerdo del deseo. Esperaba que Tamar o Tolya entraran corriendo por mi puerta. Ya tenía una mentira preparada en los labios.

Diría que había sido una pesadilla. Y la palabra saldría firme y convincente, a pesar del martilleo de mi corazón en el pecho y el nuevo grito que sentía formándose en mi garganta.

Pero la habitación permaneció en silencio. No vino nadie. Me quedé ahí de pie, temblando en la oscuridad casi total.

Tomé un aliento superficial y tembloroso. Después otro.

Cuando noté las piernas lo bastante firmes, me puse la bata y eché un vistazo en

la sala común. Se encontraba vacía.

Cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella, mirando las sábanas revueltas de mi cama. No iba a volverme a dormir, tal vez nunca volvería a dormir. Miré el reloj sobre la repisa de la chimenea. El sol salía temprano durante la Belyanoch, pero pasarían horas antes de que el palacio despertara.

Rebusqué entre la pila de ropa que había conservado de nuestro viaje en el Volkvolny y me puse un apagado abrigo marrón y una larga bufanda. Hacía demasiado calor para ambas cosas, pero no me importaba. Me puse el abrigo sobre el pijama, me envolví la bufanda alrededor de la cabeza y el cuello, y me calcé los zapatos.

Mientras atravesaba a hurtadillas la sala común, vi que la puerta de las habitaciones de los guardias estaba cerrada. Si Mal o los mellizos estaban dentro, debían de estar durmiendo profundamente. O tal vez Mal se encontrara en algún otro sitio bajo las cúpulas del Pequeño Palacio, enredado entre los brazos de Zoya. Mi corazón dio un vuelco agradable. Salí por la puerta, giré hacia la izquierda, y me apresuré a través de los pasillos a oscuras hasta los silenciosos terrenos.





nduve sin rumbo en la penumbra, más allá de los silenciosos prados cubiertos de niebla y las ventanas empañadas del invernadero. El único sonido era el suave crujido de mis zapatos sobre el camino de gravilla. Las entregas matinales de pan y otros productos estaban teniendo lugar en el Gran Palacio, y seguí la caravana de carros que salía de las puertas y atravesaba las calles adoquinadas de la parte alta de la ciudad. Todavía había algunos juerguistas por ahí, disfrutando del crepúsculo. Vi a dos personas con vestidos de fiesta dando una cabezada en el banco de un parque. Un grupo de chicas reían y salpicaban en una fuente, con las faldas subidas hasta las rodillas. Un hombre que llevaba una guirnalda de amapolas estaba sentado en un bordillo con la cabeza entre las manos mientras una chica con una corona de papel le daba palmadas en la espalda. Pasé junto a todos ellos sin ser vista, una chica invisible con un abrigo de un marrón apagado.

Sabía que estaba siendo estúpida. Los espías del Apparat podían estar observando, o los del Oscuro. Podían atraparme y llevarme lejos de allí en cualquier momento. No sabía a ciencia cierta si me importaba siquiera. Necesitaba seguir caminando, llenar mis pulmones de aire fresco, quitarme de encima la sensación de las manos del Oscuro sobre mi piel

Me toqué la cicatriz del hombro. Incluso a través de la tela del abrigo podía notar sus bordes levantados. A bordo del ballenero había preguntado al Oscuro por qué había dejado que su monstruo me mordiera. Pensaba que había sido por rencor, para que siempre llevara su marca. Tal vez era algo más.

¿Había sido real la visión? ¿Estaba realmente allí, o era algo que había evocado mi mente? ¿Qué clase de enfermedad tenía dentro que me hiciera soñar con algo así?

Pero no quería pensar. Tan solo quería caminar.

Crucé el canal donde las barquitas flotaban en el agua. De algún lugar bajo el puente, oí el resuello de un acordeón.

Pasé a través de los guardias y llegué hasta las calles estrechas y el tumulto del mercado de la ciudad. Parecía incluso más abarrotado que antes. La gente atestaba las escaleras de entrada y los porches. Algunos jugaban a las cartas en mesas improvisadas hechas de cajas. Otros dormían apoyados entre ellos. Una pareja se balanceaba lentamente en el porche de una taberna al ritmo de una música que solo ellos eran capaces de escuchar.

Cuando llegué a los muros de la ciudad me dije que debía detenerme, dar la vuelta y volver a casa. Casi me reí. El Pequeño Palacio no era realmente mi casa.

No hay vidas corrientes para la gente como tú y como yo.

Mi vida sería lealtad en lugar de amor, fidelidad en lugar de amistad. Tendría que sopesar cada decisión, considerar cada acción, no confiar en nadie. Sería una vida que observaría desde la distancia.

Sabía que debía volver atrás, pero seguí caminando, y un momento después me encontraba al otro lado del muro. En un abrir y cerrar de ojos había dejado atrás Os Alta.

El campamento había crecido. Había cientos de personas acampadas tras los muros, tal vez miles. No era difícil encontrar a los peregrinos, y me sorprendió lo mucho que había crecido su número. Se apiñaban cerca de una gran tienda blanca, todos mirando al este, esperando la salida del sol.

El sonido comenzó como una serie de susurros que revoloteaban en el aire como las alas de los pájaros, y creció hasta formar un bajo cántico mientras el sol se asomaba por el horizonte e iluminaba el pálido cielo azul. Solo entonces comencé a distinguir las palabras.

Sankta. Sankta Alina. Sankta. Sankta Alina.

Los peregrinos observaron el creciente amanecer, y yo los observé a ellos, incapaz de apartar la mirada de su esperanza, de su expectación. Tenían los rostros exultantes y, mientras los primeros rayos del sol caían sobre ellos, algunos comenzaron a llorar.

El cántico creció y se multiplicó, subiendo y bajando, aumentando hasta formar un lamento que me erizó el vello de los brazos. Era un arroyo que inundaba sus orillas, una colmena de abejas tirada de un árbol.

Sankta. Sankta Alina. Hija de Ravka.

Cerré los ojos mientras el sol jugaba sobre mi piel, rezando para sentir algo, lo que fuera.

Sankta Alina. Hija de Keramzin.

Alzaron los brazos hacia el cielo, y sus voces crecieron en un frenesí, ahora gritando, chillando. Caras jóvenes, caras ancianas, los enfermos y los débiles, los sanos y los fuertes. Todos extraños.

Miré a mi alrededor. *Esto no es esperanza*, pensé. *Es una locura. Es hambre, necesidad, desesperación*. Sentí como si estuviera despertando de un trance. ¿Por qué había ido hasta allí? Estaba más sola entre esa gente que tras los muros del palacio.

No tenían nada que darme, y yo no tenía nada que ofrecerles.

Me dolían los pies, y me di cuenta de lo cansada que estaba. Me giré y comencé a abrirme camino entre la multitud hasta las puertas de la ciudad, mientras el cántico se convertía en un clamor rugiente.

Sankta, gritaban. *Sol Koroleva. Rebe Dva Stolba*.

Hija de los Dos Molinos. Ya había oído eso antes en el viaje a Os Alta, un valle llamado así por unas ruinas antiguas, hogar de una serie de asentamientos pequeños y carentes de importancia en la frontera sureña. Mal también había nacido cerca de allí, pero nunca habíamos tenido la oportunidad de volver. ¿Y de qué habría servido? Cualquier familia que pudiéramos haber tenido había sido enterrada o quemada hacía mucho.

Sankta Alina.

Volví a pensar en mis pocos recuerdos anteriores a Keramzin, en el plato de remolachas cocidas, mis dedos manchados de rojo por ellas. Recordé el camino polvoriento, visto desde los anchos hombros de alguien, el balanceo de las colas de los bueyes, nuestras sombras en el suelo. Una mano que señalaba las ruinas de los molinos, dos estrechos dedos de piedra, desgastados a meras columnas por el viento, la lluvia y el tiempo. Eso era todo lo que quedaba en mi memoria. El resto era Keramzin. El resto era Mal.

Sankta Alina.

Me abrí camino entre la masa de cuerpos, apretándome más la bufanda alrededor de las orejas y tratando de bloquear el sonido. Una vieja peregrina se puso en mi camino y casi la derribé. Estiré el brazo para estabilizarla y ella se aferró a mí, apenas capaz de mantener el equilibrio.

—Perdóneme, *babya* —dije formalmente. Que nadie dijera nunca que Ana Kuya no nos había enseñado modales. La puse sobre sus pies de nuevo—. ¿Se encuentra bien?

Pero no estaba mirando a mi cara: estaba mirando a mi garganta. Me llevé la mano al cuello. Era demasiado tarde. La bufanda se había deslizado.

—*Sankta* —gimió la mujer—. *¡Sankta!* —Cayó sobre sus rodillas y me tomó de la mano, presionándola sobre su mejilla arrugada—. *¡Sankta Alina!*

De pronto estaba rodeada de manos que me cogían de las mangas y los dobladillos del abrigo.

—Por favor —dije, tratando de apartarme de ellos.

Sankta Alina. Lo murmuraban, lo susurraban, lo gemían, lo lloraban. Mi nombre me resultaba extraño, dicho como una plegaria, un extraño encantamiento para mantener la oscuridad alejada.

Se arremolinaron a mi alrededor, cada vez más cerca, empujándose para acercarse más, estirándose para tocar mi pelo, mi piel. Oí que algo se desgarraba y me di cuenta de que era la tela de mi abrigo.

Sankta. Sankta Alina.

Los cuerpos se apretaron entre ellos, empujándose, gritándose entre ellos, todos queriendo acercarse más. Mis pies perdieron el contacto con el suelo. Grité cuando alguien me arrancó un mechón de pelo. Iban a destrozarme.

Que lo hagan, pensé con repentina claridad. Podía acabar así de fácil. Terminarían el miedo y las responsabilidades, las pesadillas de esquifes rotos y niños devorados por la Sombra, las visiones. Estaría libre del collar, del grillete, del aplastante peso de su esperanza. *Que lo hagan*.

Cerré los ojos. Así sería mi fin. Podían darme una página en el *Istorii Sankt'ya* y ponerme un halo dorado alrededor de la cabeza. Alina la Descorazonada, Alina la Insignificante, Alina la Loca, Hija de Dva Stolba, hecha pedazos una mañana a la sombra de los muros de la ciudad. Podrían vender mis huesos a un lado de la carretera.

Alguien gritó. Oí un grito enfadado. Unas enormes manos me sujetaron y me levantaron en el aire.

Abrí los ojos y vi el rostro adusto de Tolya. Me tenía entre sus brazos.

Tamar se encontraba junto a él, con las palmas hacia arriba, girando en un arco lento.

—Quedaos atrás —advirtió a la multitud. Vi que algunos de los peregrinos pestañeaban adormilados, y otros simplemente se sentaron. Estaba ralentizando su ritmo cardíaco, tratando de calmarlos, pero eran demasiados. Un hombre se lanzó hacia delante. En un segundo, Tamar sacó las hachas. El hombre vociferó mientras una franja roja aparecía en su brazo.

—Acércate más y lo perderás —soltó ella.

Los rostros de los peregrinos estaban salvajes.

—Déjame ayudar —protesté.

Tolya me ignoró, abriéndose camino entre la multitud, con Tamar haciendo círculos a su alrededor moviendo sus armas, ensanchando el camino. Los peregrinos gruñían y gemían, con los brazos extendidos, tratando de alcanzarme.

—Ahora —gritó Tolya. Después, más alto—: ¡Ahora!

Salió disparado. Mi cabeza golpeó su pecho mientras corríamos hacia la seguridad de los muros de la ciudad, con Tamar pisándonos los talones. Los guardias habían visto la agitación que se había formado y estaban comenzando a cerrar las puertas.

Tolya se lanzó hacia delante, derribando a las personas que se ponían en su camino, cargando a través de la estrecha abertura entre las puertas de hierro. Tamar se coló tras nosotros, segundos antes de que las puertas se cerraran con un sonido metálico. Al otro lado, oí el ruido de los cuerpos que chocaban contra las puertas, las manos que arañaban, las voces que gritaban con avidez. Seguía oyendo mi nombre. *Sankta Alina*.

—¿Qué demonios estabas pensando? —bramó Tolya mientras me colocaba en el suelo.

—Más tarde —dijo Tamar secamente.

Los guardias de la ciudad me estaban mirando con furia.

—Sacadla de aquí —gritó uno de ellos, enfadado—. Tendremos suerte si no se monta una revuelta en toda regla.

Los mellizos tenían caballos esperándolos. Tamar cogió una manta de un puesto del mercado y me cubrió los hombros con ella.

Me la aferré al cuello, ocultando el collar. Saltó sobre su montura, y Tolya me subió bruscamente tras ella.

Montamos en un silencio agobiante durante todo el camino hasta las puertas del palacio. La agitación fuera de los muros de la ciudad todavía no se había extendido al interior, y lo único que nos encontramos fueron unas cuantas miradas inquisitivas.

Los mellizos no dijeron una palabra, pero notaba que estaban furiosos. Tenían todo el derecho a estarlo. Me había comportado como un idiota, y ahora tan solo podía esperar que los guardias de abajo pudieran restaurar el orden sin tener que recurrir a la violencia.

Sin embargo, bajo el pánico y el arrepentimiento, una idea había entrado en mi mente. Me dije que no tenía sentido, que me estaba haciendo ilusiones, pero no pude sacudírmela de encima.

Cuando llegamos de vuelta al Pequeño Palacio, los mellizos querían escoltarme directamente a las habitaciones del Oscuro, pero me negué.

—Ya estoy a salvo —señalé—. Tengo que hacer algo.

Insistieron en seguirme hasta la biblioteca.

No me llevó mucho tiempo encontrar lo que buscaba. Después de todo, había sido cartógrafa. Me puse el libro bajo el brazo y volví a mi habitación con mis ceñudos guardias detrás de mí.

Para mi sorpresa, Mal estaba esperando en la sala común. Estaba sentado a la mesa, con una taza de té entre las manos.

—¿Dónde esta…? —comenzó, pero Tolya lo sacó de la silla y lo estampó contra la pared antes de que pudiera pestañear siquiera.

—¿Dónde estabas tú? —le gruñó a la cara.

—¡Tolya! —grité alarmada. Traté de apartar su mano de la garganta de Mal, pero era como tratar de doblar una barra de acero. Me giré hacia Tamar en busca de ayuda, pero ella permaneció atrás con los brazos cruzados, tan enfadada como su hermano.

Mal produjo un sonido ahogado. No se había cambiado la ropa desde la noche anterior. Tenía una barba incipiente, y el olor de la sangre y el *kvas* se aferraba a él como un abrigo sucio.

—¡Por todos los Santos, Tolya! ¿Podrías bajarlo?

Por un momento pareció que Tolya tenía intención de cargárselo, pero después relajó los dedos y Mal se deslizó por la pared, tosiendo y tragando aire a bocanadas.

—Era tu turno —rugió Tolya, golpeándolo en pecho con un dedo—. Tendrías que haber estado con ella.

—Lo siento —dijo Mal con voz ronca, frotándose la garganta—. Debo de haberme quedado dormido. Estaba justo…

—Estabas justo en el fondo de una botella —gruñó Tolya—. Puedo olerla en ti.

—Lo siento —repitió Mal con tono lamentable.

—¿Que lo sientes? —Tolya cerró los puños—. Debería hacerte pedazos.

—Podrás desmembrarlo más tarde —intervine—. Ahora necesito que vayas a buscar a Nikolai y le digas que vaya a la sala de guerra. Voy a cambiarme.

Fui hasta mi habitación y cerré las puertas detrás de mí, tratando de recomponerme. En lo que llevaba de día había estado a punto de morir y tal vez hubiera comenzado una revuelta. Tal vez consiguiera incendiar algo antes del desayuno.

Me lavé la cara, me puse la *kefta* y me apresuré a ir a la sala de guerra. Mal estaba esperando allí desplomado sobre una silla, aunque yo no lo había invitado. Se había cambiado de ropa, pero seguía aturdido y con los ojos rojos. Había nuevos cardenales en su rostro de la noche anterior. Levantó la mirada hacia mí cuando entré, pero no dijo nada. ¿Llegaría alguna vez el momento en que no doliera mirarlo?

Coloqué el atlas sobre la larga mesa y fui hacia el antiguo mapa de Ravka que recorría la extensión de la pared más alejada.

De todos los mapas de la sala de guerra, aquel era con mucho el más antiguo y el más hermoso. Recorrí con los dedos las crestas elevadas de las Sikurzoi, las montañas que señalaban la frontera sureña de Ravka con Shu Han, y después las seguí hasta las laderas occidentales. El valle de Dva Stolba era demasiado pequeño como para aparecer en el mapa.

—¿Recuerdas algo? —pregunté a Mal sin mirarlo—. ¿De antes de Keramzin?

Mal no había sido mucho mayor que yo cuando llegó al orfanato. Todavía recordaba el día que había llegado. Había oído que vendría otro refugiado, y esperaba que fuera otra niña con la que jugar. En su lugar, había llegado un chico rechoncho de ojos azules que haría cualquier cosa si lo retabas.

—No. —Su voz seguía áspera por haber sido casi estrangulado por las manos de Tolya.

—¿Nada?

—Solía soñar con una mujer con un largo pelo dorado en trenza. Lo balanceaba delante de mí como si fuera un juguete.

—¿Tu madre?

—Madre, tía, vecina. ¿Cómo voy a saberlo? Alina, sobre lo que ha pasado…

—¿Algo más?

Me observó durante un largo momento, y después suspiró y dijo:

—Cada vez que huelo regaliz recuerdo estar sentado en un porche con una silla pintada de rojo frente a mí. Eso es todo. Todo lo demás…

Se calló y se encogió los hombros.

No necesitaba explicarlo. Los recuerdos eran un lujo destinado a otros niños, no

los huérfanos de Keramzin. *Sé agradecida. Sé agradecida*.

—Alina —volvió a probar Mal—, lo que dijiste del Oscuro…

Pero en ese momento entró Nikolai. A pesar de lo temprano que era tenía todo el aspecto de un príncipe, con el pelo rubio brillando, y las botas pulidas y resplandecientes. Se fijó en los cardenales de Mal y su barba incipiente, alzó las cejas y dijo:

—¿A alguien le apetece un té?

Se sentó y estiró sus largas piernas frente a él. Tolya y Tamar habían ocupado sus puestos, pero les pedí que cerraran la puerta y se unieran a nosotros.

Cuando estuvieron todos situados alrededor de la puerta, dije:

—Fui entre los peregrinos esta mañana.

Nikolai movió la cabeza hacia delante. En un instante, el príncipe despreocupado había desaparecido.

—Creo que te he oído mal.

—Estoy bien.

—Casi la matan —intervino Tamar.

—Pero no lo hicieron —añadí yo.

—¿Te has vuelto completamente loca? —preguntó Nikolai—. Esas personas son fanáticos. —Se giró hacia Tamar—. ¿Cómo has podido permitir que hiciera algo así?

—No lo hice —replicó Tamar.

—No me digas que fuiste sola —me dijo el príncipe.

—No fui sola.

—Sí fue sola.

—Tamar, cállate. Nikolai, te lo he dicho, estoy bien.

—Solo porque nosotros llegamos allí a tiempo —señaló Tamar.

—¿Cómo llegasteis hasta ahí? —preguntó Mal en voz baja—. ¿Cómo la encontrasteis?

El rostro de Tolya se ensombreció, y golpeó la mesa con uno de sus puños gigantes.

—No debíamos haber tenido que encontrarla —dijo—. Te tocaba a ti hacer guardia.

—Déjalo en paz, Tolya —repliqué con aspereza—. Mal no estaba donde debería haber estado, y yo soy perfectamente capaz de hacer estupideces por mi cuenta.

Tomé aliento. Mal parecía desolado. Tolya tenía aspecto de estar a punto de destrozar algunos de los muebles. El rostro de Tamar estaba pétreo, y Nikolai estaba más enfadado de lo que lo hubiera visto jamás. Pero al menos tenía su atención.

Empujé el atlas hasta el centro de la mesa.

—Hay un nombre que los peregrinos utilizan a veces para mí —expliqué—. Hija de Dva Stolba.

—¿Dos Molinos? —preguntó Nikolai.

—Es un valle, llamado así por las ruinas de su entrada.

Abrí el atlas por la página que había marcado. Ahí había un detallado mapa de la frontera del suroeste.

—Mal y yo somos de algún lugar de por aquí —dije, pasando el dedo por el borde del mapa—. Los asentamientos se extienden por esta zona.

Giré la página hasta una ilustración de una carretera que llevaba a un valle salpicado de aldeas. En cada lado del camino había una delgada columna de roca.

—No parecen gran cosa —gruñó Tolya.

—Exacto —dije—. Esas ruinas son antiquísimas. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevan ahí, o qué es lo que eran antes? El valle se llama Dos Molinos, pero tal vez fueran parte de una puerta o un acueducto. —Curvé los dedos por encima de las columnas—. O un arco.

Un silencio repentino cayó sobre la habitación. Con el arco en primer plano y las montañas en la distancia, las ruinas parecían exactamente iguales a las vistas detrás de Sankt Ilya en el *Istorii Sankt'ya*. Lo único que faltaba era el pájaro de fuego.

Nikolai se acercó el atlas.

—¿Estamos viendo lo que queremos ver?

—Tal vez —admití—. Pero es difícil creer que sea una coincidencia.

—Enviemos exploradores —sugirió.

—No —repliqué—. Quiero ir yo.

—Si te marchas ahora, todo lo que has logrado con el Segundo Ejército habrá sido inútil. Iré yo. Si Vasily puede ir a Caryeva a comprar ponis, a nadie le importará que yo vaya a un pequeño viaje de caza.

Sacudí la cabeza.

—Tengo que ser yo quien mate al pájaro de fuego.

—Ni siquiera sabemos si estará allí.

—¿Por qué lo estamos debatiendo siquiera? —preguntó Mal—. Todos sabemos que voy a ser yo.

Tamar y Tolya intercambiaron una mirada incómoda.

Nikolai se aclaró la garganta.

—Con todo el respeto, Oretsev, no pareces estar en muy buenas condiciones.

—Estoy bien.

—¿Te has mirado en el espejo últimamente?

—Creo que tú ya lo haces lo suficiente por los dos —soltó Mal. Después se pasó una mano por la cara, con aspecto de estar más agotado que nunca—. Estoy demasiado cansado y resacoso como para discutir esto. Yo soy el único que puede encontrar al pájaro de fuego. Tengo que ser yo.

—Yo iré contigo —insistí.

—No —dijo con una fuerza sorprendente—. Yo le daré caza. Lo capturaré. Te lo traeré hasta aquí. Pero tú no vendrás conmigo.

—Es demasiado arriesgado —protesté—. Incluso aunque lo atraparas, ¿cómo ibas a traerlo hasta aquí?

—Que uno de tus Hacedores me construya algo —sugirió—. Esto es lo mejor para todos. Tú consigues el pájaro de fuego, y yo me libro de este palacio dejado de la mano de los Santos.

—No puedes viajar solo. Tú…

—Pues que Tolya o Tamar vengan conmigo. Viajaremos más deprisa y atraeremos menos atención por nuestra cuenta. —Mal empujó la silla hacia atrás y se puso en pie—. Soluciónalo. Haz las disposiciones que necesites. —No me miró antes de decir lo siguiente—: Tan solo dime cuándo puedo marcharme.

Desapareció antes de que pudiera volverme a negar.

Aparté la mirada, esforzándome por contener las lágrimas que me amenazaban. Detrás de mí, vi que Nikolai murmuraba unas instrucciones a los mellizos mientras se marchaban.

Examiné el mapa. Poliznaya, donde habíamos hecho el servicio militar. Ryevost, donde había comenzado nuestro viaje hasta las Petrazoi. Tsibeya, donde me había besado por primera vez.

Nikolai puso una mano sobre mi hombro. No sabía si quería apartarla de un manotazo o girarme y caer entre sus brazos. ¿Qué haría él si lo hiciera? ¿Palmearme la espalda? ¿Besarme? ¿Proponerme matrimonio?

—Es lo mejor, Alina.

Reí amargamente.

—¿Te has dado cuenta de que la gente solo dice eso cuando no es cierto?

Dejó caer la mano.

—Este no es su lugar.

Su lugar está conmigo, quise gritar. Pero sabía que eso no era cierto. Pensé en la cara amoratada de Mal, en él paseándose de un lado a otro como un animal enjaulado, en él escupiendo sangre y haciendo señas a Eskil para que avanzara. *Vamos*. Pensé en él abrazándome mientras cruzábamos el Mar Auténtico. El mapa se emborronó mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Deja que se vaya —dijo Nikolai.

—¿Adonde? ¿Detrás de una criatura mitológica que podría no existir siquiera? ¿En alguna misión imposible en unas montañas repletas de shu?

—Alina —dijo Nikolai con suavidad—, eso es lo que hacen los héroes.

—¡No quiero que sea un héroe!

—No puede cambiar quién es más de lo que tú puedes parar de ser Grisha.

Era un eco de lo que yo había dicho tan solo unas horas antes, pero no quería oírlo.

—No te importa lo que le suceda a Mal —solté, enfadada—. Solo quieres librarte de él.

—Si quisiera que te desenamoraras de Mal, haría que se quedara aquí. Dejaría que siguiera ahogando sus problemas en *kvas* y actuando como un imbécil herido. Pero ¿es esta la vida que realmente quieres para él?

Tomé aliento, temblorosa. No lo era. Lo sabía. Mal se sentía abatido estando allí. Había estado sufriendo desde el momento que llegamos, pero yo me había negado a verlo. Me había enfadado porque quisiera que fuera algo que no era, y todo el tiempo yo le había exigido lo mismo a él. Me limpié las lágrimas de las mejillas. No tenía sentido discutir con Nikolai. Mal había sido un soldado. Necesitaba un propósito. Ahí estaba, si yo se lo permitía.

Y, ¿por qué no admitirlo? Incluso mientras protestaba, había otra voz dentro de mí, una avidez codiciosa y vergonzosa que exigía estar completa, que clamaba para que Mal fuera y encontrara el pájaro de fuego, que insistía en que me lo trajera, sin importar lo que costara. Le había dicho a Mal que la chica que había conocido ya no existía. Sería mejor que se marchara antes de que viera lo cierto que era aquello.

Pasé los dedos sobre la ilustración de Dva Stolba. Dos molinos, ¿o algo más? ¿Quién podría saberlo si lo único que quedaba eran ruinas?

—¿Sabes cuál es el problema de los héroes y los santos, Nikolai? —pregunté mientras cerraba la cubierta del libro y me dirigía hacia la puerta—. Siempre acaban muertos.





al me evitó durante toda la tarde, así que me sorprendió cuando apareció junto a Tamar para escoltarme hasta la cena de cumpleaños de Nikolai.

Había supuesto que Tolya ocuparía su lugar. Tal vez estaba tratando de compensar por haberse perdido el anterior turno.

Había pensado seriamente en no asistir a la cena, pero no iba a servir de mucho. No podía pensar en ninguna excusa creíble, y mi ausencia solo serviría para ofender al Rey y a la Reina.

Me había vestido con una *kefta* ligera hecha de capas relucientes de pura seda dorada. El corpiño estaba engalanado con zafiros de un intenso azul Etherealnik que combinaba con las joyas de mi pelo.

Los ojos de Mal fueron hasta mí cuando entré en la sala común, y se me ocurrió que los colores le hubieran sentado mejor a Zoya. Entonces me asombré. Por impresionante que fuera, Zoya no era el problema. Mal iba a marcharse, iba a dejarlo marchar. No podía culpar a nadie por el distanciamiento entre nosotros.

La cena tuvo lugar en uno de los suntuosos comedores del Gran Palacio, una sala conocida como el Nido del Águila por el enorme friso en el techo que mostraba el águila doble coronada, con un cetro en una garra y un grupo de flechas negras con lazos rojos, azules y púrpuras en la otra. Sus plumas estaban hechas de oro auténtico, y no pude evitar acordarme del pájaro de fuego.

La mesa estaba llena de generales de alto rango del Primer Ejército y sus mujeres, así como los tíos y primos Lantsov más prominentes.

La Reina estaba sentada a un extremo de la mesa con el aspecto de una flor arrugada envuelta en seda de un rosa pálido.

En el extremo opuesto, Vasily se encontraba sentado junto al Rey, fingiendo no darse cuenta de que su padre miraba con ojos lujuriosos a la joven esposa de un oficial. Nikolai se encontraba en el centro de la mesa, conmigo a su lado, encantador

como siempre.

Había pedido que no se celebrara ningún baile en su honor. No le parecía adecuado con tantos refugiados muriéndose de hambre al otro lado de los muros de la ciudad. Pero era la Belyanoch, y el Rey y la Reina parecían no haber sido capaces de contenerse. La comida consistió en trece platos, incluyendo un lechón entero y una gelatina con la forma y el tamaño de un cervatillo.

Cuando llegó la hora de los regalos, el padre de Nikolai le dio un enorme huevo bañado de un azul pálido. Al abrirse, en su interior había una exquisita miniatura de un barco sobre un mar de lapislázuli. La bandera del perro rojo de Sturmhond colgaba del mástil del barco, y su pequeño cañón disparaba un pequeño estallido de humo blanco.

Durante la comida, atendía a la conversación con una oreja mientras examinaba a Mal. Los guardias del Rey se encontraban situados a intervalos por todas las paredes. Sabía que Tamar se encontraba en algún lugar detrás de mí, pero Mal estaba justo enfrente, bien firme, con las manos detrás de la espalda y los ojos fijos en los anónimos sirvientes que tenía delante. Era una especie de tortura verlo así. Solo estábamos a unos metros de distancia, pero parecía que fueran kilómetros. ¿Y no había sido todo así desde que habíamos llegado a Os Alta? Notaba un nudo en el estómago que parecía apretarse más cada vez que lo mirada. Se había afeitado y cortado el pelo. Su uniforme estaba cuidadosamente planchado. Parecía cansado y distante, pero volvía a parecer Mal.

Los nobles brindaron por la salud de Nikolai. Los generales alabaron su liderazgo militar y su coraje. Esperaba que Vasily hiciera una mueca ante los halagos que caían sobre su hermano, pero parecía realmente contento. Tenía el rostro rosado por el vino, y sus labios estaban curvados en lo que solo podía describirse como una sonrisa engreída. Parecía que el viaje a Caryeva lo había dejado de buen humor.

Mis ojos se dirigieron nuevamente a Mal. No sabía si quería llorar o ponerme de pie y comenzar a lanzar platos contra la pared. Hacía mucho calor en la habitación, y la herida de mi hombro había comenzado a picar y tirarme de nuevo. Tuve que resistir la urgencia de rascármela.

Genial, pensé sombríamente. *Tal vez tendré otra alucinación en mitad del comedor y el Oscuro saldrá de la sopera*.

Nikolai inclinó la cabeza y susurró:

—Sé que mi compañía no es demasiado, pero ¿podrías intentarlo al menos? Parece que estés a punto de echarte a llorar.

—Lo siento —murmuré—. Tan solo…

—Lo sé —dijo, y me apretó la mano por debajo de la mesa—. Pero ese ciervo de gelatina ha dado la vida por ti.

Traté de sonreí, e hice un esfuerzo. Reí y charlé con el general de rostro redondo y rojo que tenía a la derecha, y fingí interés mientras el chico Lantsov con pecas que tenía enfrente divagaba sobre las reparaciones de la dacha que había heredado.

Cuando se sirvieron los helados, Vasily se puso en pie y levantó una copa de champán.

—Hermano —dijo—, es bueno poder brindar este día por tu nacimiento y celebrarlo contigo cuando has pasado tanto tiempo en otras costas. Te rindo homenaje y bebo en tu honor. ¡Por tu salud, hermanito!

—*¡Ne zalost!* —corearon los invitados, dando un buen trago de sus copas y volviendo a sus conversaciones.

Pero Vasily no había terminado. Dio un golpecito a su copa con el tenedor, con un fuerte sonido metálico que atrajo la atención de la gente.

—Hoy —continuó—, tenemos más cosas que celebrar aparte del noble nacimiento de mi hermano.

Si su énfasis no era suficiente, su sonrisa de suficiencia lo hubiera sido. Nikolai continuó sonriendo cordialmente.

—Como todos sabéis, he estado viajando estas últimas semanas.

—Y gastando, sin duda —dijo el general de la cara roja sofocando la risa—. Sospecho que tendrás que construir pronto un nuevo establo.

La mirada de Vasily se volvió helada.

—No he ido a Caryeva. En lugar de eso, viajé hacia el norte en una misión autorizada por nuestro querido padre.

Junto a mí, Nikolai se puso muy rígido.

—Después de largas y arduas negociaciones, me complace anunciar que Fjerda ha aceptado unirse a nosotros en nuestra lucha contra el Oscuro. Han prometido tropas y recursos para nuestra causa.

—¿Es eso cierto? —preguntó uno de los nobles.

El pecho de Vasily se hinchó de orgullo.

—Lo es. Después de tanto tiempo y no pocos esfuerzos, nuestro enemigo más peligroso se ha convertido en nuestro aliado más poderoso.

Los invitados comenzaron a hablar, emocionados. El Rey sonrió y abrazó a su hijo mayor.

—¡Ne Ravka! —gritó, levantando su copa de champán.

—¡Ne Ravka! —canturrearon los invitados.

Me sorprendió ver que Nikolai fruncía el ceño. Había dicho que a su hermano le gustaban los atajos, y parecía que Vasily había encontrado uno. Sin embargo, no era propio de Nikolai mostrar su decepción o su frustración.

—Un logro extraordinario, hermano. Por tu salud —dijo Nikolai, alzando la copa —. ¿Podría preguntar qué es lo que querían a cambio de su ayuda?

—Son ciertamente unos negociadores duros de roer —replicó Vasily con una risa indulgente—. Pero no han pedido nada oneroso. Querían acceso a nuestros puertos en Ravka Occidental y pidieron nuestra ayuda para vigilar las rutas de comercio del sur contra los piratas zemeni. Imagino que serás de ayuda con ello, hermano —añadió con otra cálida risotada—. Querían que se reabrieran las rutas de explotación forestal

del norte, y una vez que el Oscuro haya sido derrotado, esperan que la Invocadora del Sol coopere en nuestros esfuerzos conjuntos de destruir la Sombra.

Me dirigió una ancha sonrisa. Me refrené ante su presunción, pero era una petición obvia y razonable, y hasta el líder del Segundo Ejército era un súbdito del Rey. Asentí con lo que esperé que fuera solemnidad.

—¿Qué rutas? —preguntó Nikolai.

Vasily sacudió la mano con desdén.

—Están en algún lugar al sur de Halmhend, al oeste del permafrost. Están lo bastante defendidas por el fuerte de Ulensk por si a los fjerdanos se les ocurre alguna idea.

Nikolai se puso en pie, y su silla chirrió ruidosamente contra el suelo de parqué.

—¿Cuándo levantaste el fuerte? ¿Cuánto hace que están abiertas las rutas?

Vasily se encogió de hombros.

—¿Qué impor…?

—¿Cuánto tiempo?

La herida de mi espalda palpitó.

—Poco más de una semana —dijo Vasily—. No te preocupará que los fjerdanos vayan a atacarnos desde Ulensk, ¿verdad? Los ríos no se congelarán hasta dentro de unos meses, y hasta entonces…

—¿Te has parado a pensar por qué podrían preocuparse por unas rutas de explotación forestal?

Vasily hizo un gesto de desinterés.

—Supongo que es porque necesitan madera —dijo—. O tal vez es sagrado para uno de sus ridículos duendecillos de los bosques.

Hubo una risa nerviosa alrededor de la mesa.

—Está defendido por un único fuerte —gruñó Nikolai.

—Porque el pasaje es demasiado estrecho como para hospedar ninguna fuerza real.

—Estás luchando en una guerra antigua, hermano. El Oscuro no necesita un batallón de soldados a pie ni pesados cañones. Lo único que necesita son sus Grisha y sus *nichevo'ya*. Tenemos que evacuar el palacio inmediatamente.

—¡No seas absurdo!

—Nuestra única ventaja era una advertencia temprana, y nuestros centinelas de esos fuertes eran nuestra primera defensa. Eran nuestros ojos, y tú nos has cegado. El Oscuro podría estar a unos pocos kilómetros de nosotros ahora mismo.

Vasily sacudió la cabeza tristemente.

—Estás haciendo el ridículo.

Nikolai golpeó la mesa con las manos. Los platos saltaron con un fuerte traqueteo.

—¿Por qué no hay aquí una delegación de fjerdanos para compartir tu gloria? ¿Para brindar por esta alianza sin precedentes?

—Envían sus disculpas. No han podido viajar de inmediato, ya que…

—No están aquí porque estamos a punto de sufrir una masacre. Han hecho un pacto con el Oscuro.

—Todos nuestros espías lo sitúan en el sur, con los shu.

—¿Crees que él no tiene espías? ¿Que no tiene operativos dentro de nuestra red? Ha preparado una trampa que cualquier niño podría reconocer, y tú te adentraste directamente en ella.

El rostro de Vasily se volvió púrpura.

—Nikolai, seguro que… —objetó su madre.

—El fuerte de Ulensk está defendido por un regimiento completo —añadió uno de los generales.

—¿Ves? —dijo Vasily—. Estás instigando el miedo de la peor forma posible, y no voy a tolerarlo.

—¿Un regimiento contra un ejército de *nichevo'ya*? Todos en ese fuerte ya están muertos —señaló Nikolai—, sacrificados por tu orgullo y tu estupidez.

La mano de Vasily fue a la empuñadura de su espada.

—Te estás pasando, pequeño bastardo.

La Reina jadeó.

Nikolai soltó una risa estridente.

—Sí, insúltame, hermano, que te servirá de mucho. Mira esta mesa —añadió—. Todos los generales, todos los nobles de alto rango, la mayoría del linaje Lantsov, y la Invocadora del Sol. Todos en un único lugar la misma noche.

Varios rostros palidecieron.

—Tal vez —dijo el chico pecoso que tenía enfrente—, deberíamos considerar…

-—¡No! —lo atajó Vasily, con el labio tembloroso—. ¡No son más que celos! No soporta que tenga éxito. No…

Las campanas de advertencia comenzaron a sonar, distantes al principio, cerca de los muros de la ciudad, y después una tras otra, uniéndose en un creciente coro de alarma que reverberó por las calles de Os Alta, a través de la parte alta de la ciudad, y sobre los muros del Gran Palacio.

—Le has entregado Ravka —dijo Nikolai.

Los invitados se pusieron en pie, apartándose de la mesa aterrorizados.

Mal apareció a mi lado de inmediato, con el sable ya fuera.

—Tenemos que salir del Pequeño Palacio —dije, pensando en los platos espejados que había sobre el tejado—. ¿Dónde está Tamar?

Las ventanas explotaron.

El cristal llovió sobre nosotros. Levanté los brazos para protegerme la cara y los invitados gritaron, apiñándose entre ellos.

Los *nichevo'ya* entraron en enjambre en la habitación con alas de sombra fundida, llenando el aire con el zumbido de los insectos.

—¡Llevad al Rey a un lugar seguro! —gritó Nikolai, desenvainando la espada y

corriendo junto a su madre.

Los guardias del palacio se quedaron paralizados por el terror.

Una sombra levantó de sus pies al chico pecoso y lo lanzó contra la pared. Se deslizó hasta el suelo con el cuello roto.

Alcé los brazos, pero la habitación estaba demasiado llena como para arriesgarme a utilizar el Corte.

Vasily seguía de pie junto a la mesa, con el Rey encogido de miedo junto a él.

—¡Es culpa tuya! —gritó a Nikolai—. ¡Tuya y de la bruja!

Levantó el sable bien alto y cargó hacia mí, gritando de ira. Mal se puso frente a mí, levantando la espada para bloquear el golpe.

Pero antes de que Vasily pudiera bajar su arma, un *nichevo'ya* lo atrapó y le arrancó el brazo, con espada y todo. Se quedó ahí durante un momento, balanceándose, con la sangre manando de la herida, y después se derrumbó en el suelo, sin vida.

La Reina comenzó a chillar de forma histérica. Fue hacia delante, tratando de llegar hasta el cuerpo de su hijo, resbalándose en su sangre mientras Nikolai la sujetaba.

—No —rogó él, envolviéndola con sus brazos—. Se ha ido, Madraya. Se ha ido.

Otra bandada de *nichevo'ya* descendió desde las ventanas, arremetiendo contra Nikolai y su madre.

Tenía que arriesgarme. Invoqué la luz en dos arcos relucientes, cortando a un monstruo tras otro, y estuve a punto de dañar a uno de los generales que se encogía aterrorizado en el suelo. La gente gritaba y lloraba mientras los *nichevo'ya* caían sobre ellos.

—¡Conmigo! —gritó Nikolai, conduciendo a sus padres hacia la puerta. Los seguimos junto a los guardias, salimos al pasillo y corrimos.

El caos había estallado en el Gran Palacio. Sirvientes y lacayos aterrorizados abarrotaban los pasillos, algunos buscando la entrada, otros escondiéndose en las habitaciones. Oí llantos y el ruido del cristal roto. Oí un estallido en algún lugar en el exterior.

Que sean los Hacedores, pensé con desesperación.

Mal y yo salimos del palacio y bajamos corriendo los escalones de mármol. Un chirrido de metal retorcido desgarró el aire. Miré atrás por el camino de gravilla blanca a tiempo de ver las puertas doradas del Gran Palacio arrancadas de sus goznes por una ráfaga de viento Etherealnik. Los Grisha del Oscuro invadieron los terrenos con sus *keftas* de colores brillantes.

Corrimos a toda velocidad hasta el Pequeño Palacio. Nikolai y la guardia real nos seguían, ralentizados por su frágil padre.

En la entrada del túnel de madera el Rey se dobló, resollando con fuerza mientras la Reina lloraba y se aferraba a su brazo.

—Tengo que llevarlos al *Reyezuelo* —dijo Nikolai.

—Toma el camino largo —sugerí—. El Oscuro irá directo al Pequeño Palacio primero. Irá a por mí.

—Alina, si te captura…

—Ve —ordené—. Sálvalos, salva a Baghra. No dejaré atrás a los Grisha.

—Los sacaré de aquí y volveré. Te lo prometo.

—¿Una promesa de un asesino y un pirata?

Me tocó brevemente la mejilla una sola vez.

—Corsario.

Otra explosión sacudió los terrenos.

—¡Vamos! —gritó Mal.

Mientras corríamos por el túnel, miré hacia atrás y vi la silueta de Nikolai recortada contra el crepúsculo púrpura. Me pregunté si volvería a verlo alguna vez. La herida de mi hombro quemaba y palpitaba, haciéndome ir más rápido mientras corríamos por el camino. Mi mente daba vueltas: *si pudieran ocultarse en la sala principal, si tuvieran tiempo de llegar hasta los cañones del tejado, si pudiera llegar hasta los platos*. Todos nuestros planes habían quedado destrozados por la arrogancia de Vasily.

Salimos del túnel y mis pies resbalaron sobre la gravilla, que salió volando cuando me detuve en seco. No sabía si era por el impulso o por lo que veía frente a mí, pero caí de rodillas.

El Pequeño Palacio estaba envuelto en sombras que se retorcían. Producían chasquidos y zumbidos mientras subían por las paredes y bajaban en picado por el tejado. Había cuerpos tirados en los escalones, cuerpos retorcidos sobre los terrenos. Las puertas principales estaban abiertas del todo.

El camino frente a los escalones estaba lleno de fragmentos de espejo roto. Uno de los platos espejados de David estaba ahí, de lado y roto, con el cuerpo de una chica aplastado bajo él con las gafas de protección torcidas. Peja. Dos *nichevo'ya* estaban agachados ante el plato, mirando sus reflejos rotos.

Solté un aullido de pura rabia y envié una llameante ráfaga de luz ardiente que los atravesó a los dos. Se rompió en los bordes del plato mientras los *nichevo'ya* desaparecían.

Oí el ruido de los disparos en el tejado. Alguien seguía con vida. Alguien seguía luchando. Y todavía quedaba un plato. No era demasiado, pero era todo lo que teníamos.

—Por aquí —dijo Mal.

Atravesamos el prado y entramos por la puerta que llevaba hasta las habitaciones del Oscuro. Al pie de las escalera un *nichevo'ya* se lanzó contra nosotros chillando desde una puerta y me derribó, pero Mal lo atravesó con el sable. La criatura tembló y después volvió a formarse.

—¡Apártate! —grité. Él se agachó, y yo atravesé al soldado de sombras con el Corte. Subí los escalones de dos en dos, con el corazón latiendo con fuerza y Mal

pisándome los talones. El aire estaba denso por el olor de la sangre y el ruido retumbante de los disparos.

Mientras salíamos del tejado, oí que alguien gritaba:

—¡Apartaos!

Tuvimos el tiempo justo de agacharnos antes de que las *grenatki* explotaran muy alto sobre nosotros, con una luz que nos abrasó los párpados y dejándonos con un pitido en las orejas. Los Corporalki manejaban las armas de Nikolai, enviando torrentes de balas contra la masa de sombras mientras los Hacedores les proporcionaban munición. El plato restante estaba rodeado por Grisha armados que se esforzaban por mantener a raya a los *nichevo'ya*. David estaba ahí, aferrando un rifle con incomodidad y tratando de mantener su posición. Lancé la luz hacia arriba en un latigazo abrasador que partió el cielo sobre nuestras cabezas y nos proporcionó unos cuantos segundos preciosos.

—¡David!

Él sopló con fuerza dos veces el silbato que llevaba alrededor del cuello. Nadia se puso sus gafas protectoras y el Durast que manejaba el plato se colocó en posición. No esperé: alcé los brazos y envié un torrente de luz hacia el plato. Sonó el silbato. El plato se inclinó. Un único haz de pura luz estalló desde la superficie espejada. Incluso sin el segundo plato, atravesó el cielo cortando a los *nichevo'ya*, que ardían hasta quedar reducidos a la nada.

El haz de luz barrió el aire en un arco resplandeciente, disolviendo a los cuerpos negros ante él, menguando la horda hasta que pudimos ver el profundo crepúsculo de la Belyanoch. Se elevaron vítores desde los Grisha cuando volvieron a ver las estrellas, y una delgada esquirla de esperanza atravesó mi terror.

Entonces uno de los *nichevo'ya* se abrió camino, esquivando el haz de luz, y se arrojó contra el plato, haciéndolo balancear sobre sus anclajes.

Mal se lanzó contra la criatura en un instante, atacando con su arma. Un grupo de Grisha trató de aferrar sus piernas musculosas, pero la cosa se retorció y se escabulló de ellos. Entonces, los *nichevo'ya* descendieron sobre nosotros por todas partes. Vi que uno pasaba junto al haz de luz y golpeaba directamente la parte posterior del plato. El espejo se balanceó hacia delante. La luz titubeó y después se apagó.

—¡Nadia! —grité. Ella y el Durast saltaron del plato justo a tiempo. Se derrumbó sobre un costado con un tremendo estrépito de cristal roto mientras los *nichevo'ya* volvían a atacar.

Lancé un arco de luz tras otro.

—¡Id a la sala abovedada! —ordené—. ¡Sellad las puertas!

Los Grisha corrieron, pero no fueron lo bastante rápidos. Oí un grito y vi brevemente el rostro de Fedyor mientras lo levantaban de sus pies y lo lanzaban del tejado. Provoqué una lluvia de luz resplandeciente, pero los *nichevo'ya* siguieron atacando. Si hubiéramos tenido los dos platos. Si hubiéramos tenido un poco más de tiempo.

Mal apareció junto a mí de repente una vez más, con el rifle en la mano.

—No sirve de nada —dijo—. Vamos a tener que salir de aquí.

Asentí con la cabeza y fuimos hasta las escaleras mientras el cielo se volvía cada vez más denso por las formas que se retorcían. Mi pie golpeó algo blando debajo de mí y tropecé.

Sergei estaba apiñado junto a la cúpula. Sostenía a Marie entre sus brazos. La habían abierto desde el cuello hasta el ombligo.

—No queda nadie —sollozó, con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. No queda nadie.

Se mecía de atrás hacia delante, sujetando con más fuerza a Marie. No podía soportar mirarla. La tonta y risueña Marie, con sus encantadores rizos castaños.

Los *nichevo'ya* avanzaban por el tejado, aproximándose a nosotros en una marea negra.

—¡Mal, cógelo! —grité. Lancé el Corte a la multitud de sombras que corría hacía nosotros.

Mal sujetó a Sergei y lo apartó de Marie. Él forcejeó y se resistió, pero logramos llevarlo al interior y cerrar la puerta tras nosotros. Le hicimos bajar las escaleras llevándolo y empujándolo. En el segundo tramo, oímos que el tejado se partía sobre nosotros. Lancé otro Corte desgarrador hacia arriba, esperando golpear algo que no fuera la escalera, y bajamos el último tramo.

Nos metimos en la sala principal y las puertas se cerraron de golpe tras nosotros mientras los Grisha colocaban los cierres en su sitio. Hubo un fuerte ruido sordo, y después otro, mientras los *nichevo'ya* trataban de abrirse camino a través de la puerta.

—¡Alina! —gritó Mal. Me giré y vi que las otras puertas seguían selladas, pero todavía había *nichevo'ya* dentro. Zoya y el hermano de Nadia estaban contra una pared, utilizando los vientos de Vendaval para lanzar tablas, sillas y pedazos de muebles a una bandada de soldados de las sombras que se aproximaban.

Levanté las manos y la luz brotó en hilos chisporroteantes que atravesaron a los *nichevo'ya* uno por uno, hasta que desaparecieron. Zoya bajó las manos y un samovar cayó con un fuerte ruido metálico.

Oíamos golpes y arañazos en cada puerta. Los *nichevo'ya* estaban desgarrando la madera, tratando de entrar, buscando algún agujero o grieta por donde colarse. Los zumbidos y chasquidos parecían venir de todas partes.

Pero los Hacedores habían hecho bien su trabajo. Seguirían a raya, al menos por el momento.

Entonces miré a mi alrededor. La sala estaba bañada de sangre. Las paredes estaban manchadas de ella, y el suelo de piedra húmedo con ella. Había cuerpos por todas partes, montoncitos púrpuras, rojos y azules.

—¿Hay más? —pregunté. No pude reprimir el temblor de mi voz.

Zoya sacudió la cabeza una vez, aturdida. Tenía la mejilla salpicada de sangre.

—Estábamos cenando —explicó—. Oímos las campanas, pero no tuvimos tiempo

de sellar las puertas. Estaban… por todas partes.

Sergei sollozaba en silencio. David estaba pálido, pero en calma. Nadia había logrado llegar hasta la sala. Tenía el brazo alrededor de Adrik, que seguía teniendo esa inclinación obstinada de la barbilla, aunque estaba temblando. Había tres Inferni y otros dos Corporalki: un Sanador y un Mortificador. Eran todo lo que quedaba del Segundo Ejército.

—¿Alguien ha visto a Tolya y Tamar? —pregunté, pero nadie respondió. Podrían estar muertos. O tal vez habían formado parte de aquel desastre. Tamar había desaparecido del comedor. Por lo que yo sabía, podían haber estado trabajando con el Oscuro todo el tiempo.

—Tal vez Nikolai no se haya marchado todavía —señaló Mal—. Podríamos tratar de llegar hasta el *Reyezuelo*.

Sacudí la cabeza. Si Nikolai no se había ido todavía, entonces él y el resto de su familia estaban muertos, y posiblemente también Baghra. Tuve una visión repentina del cuerpo de Nikolai flotando cara abajo en el lago junto a los restos destrozados del *Reyezuelo*.

No. No podía pensar así. Recordé lo que había pensado de Nikolai cuando lo conocí. Tenía que creer que el zorro inteligente lograría escapar también de aquella trampa.

—El Oscuro ha concentrado sus fuerzas aquí —dije—. Podemos huir a la parte alta de la ciudad y tratar de escapar luchando desde ahí.

—Jamás lo conseguiremos —dijo Sergei, desesperanzado—. Son demasiados.

Era cierto. Sabíamos que podía darse esa situación, pero habíamos supuesto que tendríamos más efectivos, y los refuerzos desde Poliznaya.

Desde algún lugar en la distancia, oímos el rugido de un trueno.

—Viene hacia aquí —gimió uno de los Inferni—. Por todos los Santos, viene hacia aquí.

—Nos matará a todos —susurró Sergei.

—Si tenemos suerte —replicó Zoya.

No es que ayudara mucho que lo dijera, pero tenía razón. Había visto la verdad de cómo trataba el Oscuro a los traidores en las profundidades sombrías de los ojos de su madre, y sospechaba que a Zoya y los demás los trataría mucho más duramente.

Zoya trató de limpiarse la sangre de la cara, pero solo consiguió dejarse una mancha en la mejilla.

—Yo digo que intentemos llegar a la parte alta de la ciudad. Prefiero enfrentarme con los monstruos fuera que sentarme aquí a esperar por el Oscuro.

—No tenemos muchas posibilidades —advertí, odiando no tener ninguna esperanza que ofrecer—. No soy lo bastante fuerte como para detenerlos a todos.

—Al menos con los *nichevo'ya* será relativamente rápido —dijo David—. Yo digo que luchemos hasta el final. —Todos nos giramos para mirarlo. Él mismo parecía un poco sorprendido, y se encogió de hombros. Cruzó su mirada con la mía y

dijo—: Hacemos lo que podemos.

Miré a mi alrededor, en círculo. Uno por uno, asintieron. Tomé aliento.

—David, ¿te quedan algunas *grenatki*?

Él sacó dos cilindros de hierro de su *kefta*.

—Estas son las últimas.

—Utiliza una y reserva la otra. Yo os daré la señal. Cuando abra las puertas, corred hasta las puertas del palacio.

—Yo me quedo contigo —dijo Mal.

Abrí la boca para discutir, pero una mirada me bastó para saber que no serviría para nada.

—No nos esperéis —dije a los demás—. Os daré tanta protección como pueda.

Otro trueno partió el aire.

Los Grisha tomaron rifles de los brazos de los muertos y se reunieron a mi alrededor junto a la puerta.

—De acuerdo —dije. Me giré y coloqué las manos sobre los pomos tallados. A través de las palmas sentí los golpes de los cuerpos de los *nichevo'ya* que se lanzaban contra la madera. Mi herida palpitó, ardiente.

Asentí en dirección a Zoya. La cerradura hizo un clic.

Abrí la puerta de golpe y grité:

—¡Ahora!

David tiró la bomba hacia arriba, al crepúsculo, mientras Zoya lanzaba los brazos por el aire, elevando el cilindro aún más con una ráfaga de Vendaval.

—¡Agachaos! —chilló David. Nos refugiamos en la sala, con los ojos bien cerrados y las manos sobre las cabezas para protegernos de la explosión.

El estallido sacudió el suelo de piedra bajo nuestros pies, y vi un resplandor rojizo que ardía a través de mis párpados cerrados.

Corrimos. Los *nichevo'ya* se habían dispersado, sobresaltados por el estallido de luz y sonido, pero tan solo unos segundos después volvieron a atacarnos.

—¡Corred! —grité. Levanté los brazos y bajé los brazos en llameantes guadañas de luz, cortando el cielo violeta y atravesando un *nichevo'ya* tras otro mientras Mal abría fuego. Los Grisha corrieron por el túnel de madera. Invoqué todo el poder del ciervo, la fuerza del azote marino, todos los trucos que Baghra me había enseñado. Atraje la luz y la lancé en arcos ardientes que atravesaron con el ejército de sombras dejando rastros luminosos.

Pero eran demasiados. ¿Cuánto le había costado al Oscuro invocar a esa multitud? Se lanzaron hacia delante, con los cuerpos fluctuando y retorciéndose como una nube resplandeciente de escarabajos, con los brazos extendidos hacia delante y las afiladas garras desnudas. Empujaron a los Grisha del túnel, batiendo el aire con sus alas negras, abriendo los retorcidos y anchos agujeros de sus bocas.

Después el aire cobró vida con el rugido de los disparos. Los soldados salían del bosque a mi izquierda, disparando mientras corrían. Lanzaban gritos de guerra que

me ponían el vello de los brazos de punta. *Sankta Alina*.

Se abalanzaron contra los *nichevo'ya*, sacando espadas y sables, atacando a los monstruos con terrorífica ferocidad. Algunos estaban vestidos como granjeros, otros llevaban raídos uniformes del Primer Ejército, pero todos llevaban tatuajes idénticos: mi sol, grabado con tinta en los laterales de las caras.

Solo dos estaban sin marcar. Tolya y Tamar lideraban el ataque, con ojos salvajes y las espadas brillando, rugiendo mi nombre.





os soldados del sol se abalanzaron contra la horda de las sombras, cortando y empujando a los *nichevo'ya*, conteniéndolos mientras los hombres de los rifles disparaban una y otra vez. Pero, a pesar de su ferocidad, solo eran humanos, carne y acero que se enfrentaban a las sombras vivientes. Uno a uno, los *nichevo'ya* comenzaron a derribarlos.

—¡Id a la capilla! —gritó Tamar.

¿La capilla? ¿Pensaba ponerse a lanzar himnos contra el Oscuro?

—¡Quedaremos atrapados! —gritó Sergei, corriendo hacia mí.

—¡Ya estamos atrapados! —replicó Mal, colgándose el rifle a la espalda y sujetándome el brazo—. ¡Vamos!

No sabía qué pensar, pero nos estábamos quedando sin opciones.

—¡David! —chillé—. ¡La segunda bomba!

La lanzó contra los *nichevo'ya*. Su puntería no era muy buena, pero Zoya estaba ahí para ayudarlo.

Nos metimos en el bosque, con los soldados del sol siguiéndonos. El estallido atravesó los árboles con un resplandor de luz blanca.

Habían encendido lámparas en la capilla, y la puerta estaba abierta. Corrimos al interior, y los ecos de nuestras pisadas reverberaban en los bancos y la bóveda azul.

—¿Adonde vamos? —gritó Sergei con pánico.

Ya podía oír el zumbido y los chasquidos desde el exterior. Tolya cerró la puerta de golpe y la atrancó con un pesado tablón de madera. Los soldados del sol tomaron sus posiciones junto a las ventanas, con los rifles en las manos.

Tamar saltó sobre un banco y pasó corriendo junto a mí por el pasillo.

—¡Vamos!

La miré, confundida. ¿Adonde se suponía que íbamos?

Pasó junto al altar y agarró una esquina de madera dorada del tríptico. Me quedé boquiabierta al ver que el panel dañado por el agua se abría, revelando la boca oscura

de un pasillo. Así era como los soldados del sol habían llegado a los terrenos. Y así era como había escapado el Apparat del Gran Palacio.

—¿Adonde va? —preguntó David.

—¿Qué importa? —soltó Zoya.

El edificio sufrió una sacudida cuando un estridente trueno partió el aire y la puerta de la capilla se hizo pedazos. Tolya cayó volando hacia atrás, y la oscuridad entró por la puerta.

El Oscuro llegó flotando sobre una marea de sombras, mantenido en alto por monstruos que colocaron sus pies sobre el suelo de la capilla con infinito cuidado.

—¡Fuego! —gritó Tamar.

Sonaron los disparos. Los *nichevo'ya* se retorcieron y se arremolinaron alrededor del Oscuro, fluctuando y reformándose mientras las balas golpeaban sus cuerpos, cada uno tomando el lugar del anterior en una continua oleada de sombras. Él ni siquiera se movió.

Los *nichevo'ya* entraban en torrente por la puerta de la capilla. Tolya ya estaba de pie y corriendo hacia mí con las pistolas fuera. Tamar y Mal me flanqueaban, y los Grisha se encontraban detrás de nosotros. Levanté las manos e invoqué la luz, preparándome para el ataque.

—Ríndete, Alina —dijo el Oscuro. Su fría voz reverberó a través de la capilla, atravesando el ruido y el caos—. Ríndete y les perdonaré la vida.

Como respuesta, Tamar frotó las hachas entre ellas, produciendo un horrible chirrido de metal sobre metal. Los soldados del sol levantaron los rifles, y oí el sonido de los pedernales de los Inferni.

—Mira a tu alrededor, Alina —dijo el Oscuro—. No puedes ganar. Tan solo puedes verlos morir. Ven conmigo ahora y no les haré ningún daño; ni a tus soldados fanáticos, ni siquiera a los traidores Grisha.

Observé la pesadilla que tenía ante mis ojos. Los *nichevo'ya* formaban un enjambre sobre nosotros, apiñándose contra la bóveda. Se arremolinaban alrededor del Oscuro en una densa nube de cuerpos y alas. Vi más a través de las ventanas, flotando en el cielo crepuscular.

Las caras de los soldados del sol estaban decididas, pero habían perdido muchos efectivos. Uno de ellos tenía granos en la barbilla. Bajo su tatuaje, no parecía mucho mayor de doce años. Necesitaban un milagro de su Santa, uno que yo no podía llevar a cabo.

Tolya amartilló sus pistolas.

—Esperad —dije.

—Alina —susurró Tamar—, todavía podemos sacarte de aquí.

—Esperad —repetí.

Los soldados del sol bajaron sus rifles. Tamar llevó sus hachas hasta las caderas, pero mantuvo un agarre firme.

—¿Cuáles son tus condiciones? —pregunté.

Mal frunció el ceño. Tolya sacudió la cabeza. No me importaba. Sabía que podía ser una trampa, pero si había alguna oportunidad de salvarles la vida, tenía que aprovecharla.

—Ríndete —dijo el Oscuro—. Y todos quedarán libres. Pueden bajar por su madriguera de conejos y desaparecer para siempre.

—¿Libres? —susurró Sergei.

—Está mintiendo —replicó Mal—. Es lo que hace siempre.

—No necesito mentir —aseguró el Oscuro—. Alina quiere venir conmigo.

—No quiere nada de ti —escupió Mal.

—¿No? —preguntó el Oscuro. Su pelo negro brillaba bajo la luz de las lámparas de la capilla. Invocar su ejército de sombras se había cobrado su precio. Estaba más delgado, más pálido, pero de algún modo los ángulos afilados de su rostro tan solo se habían vuelto más hermosos—. Te advertí de que tu *otkazat'sya* jamás podría comprenderte, Alina. Te dije que te temería a ti y a tu poder. Dime que me equivocaba.

—Te equivocabas. —Mi voz sonaba firme, pero había dudas en mi corazón.

El Oscuro sacudió la cabeza.

—No puedes mentirme. ¿Crees que podría haber acudido a ti una y otra vez si no hubieras estado tan sola? Tú me llamaste, y yo respondí.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Es… estabas ahí?

—En la Sombra. En el palacio. Anoche.

Enrojecí mientras recordaba su cuerpo sobre el mío. La vergüenza me inundó, pero con ella llegó un alivio abrumador: no me lo había imaginado todo.

—Eso no es posible —dijo Mal.

—No tienes ni idea de lo que puedo hacer, rastreador.

Cerré los ojos.

—Alina…

—He visto lo que eres realmente —continuó el Oscuro—, y nunca me he apartado. Nunca lo haré. ¿Puede él decir lo mismo?

—No sabes nada sobre ella —dijo Mal con fiereza.

—Ven conmigo ahora, y todo parará: el miedo, la incertidumbre, el derramamiento de sangre. Déjalo atrás, Alina. Déjalos atrás.

—No —dije. Pero, incluso mientras sacudía la cabeza, algo en mí lloraba: sí.

El Oscuro suspiró y miró por encima de su hombro.

—Traedla —dijo.

Una figura se acercó arrastrando los pies, envuelta en un pesado mantón, encorvada y moviéndose con lentitud, como si cada paso doliera. Baghra.

Mi estómago dio una enfermiza sacudida. *¿Por qué tenía que ser tan terca? ¿Por qué no podía haberse ido con Nikolai?* Salvo que Nikolai no hubiera logrado escapar.

El Oscuro puso una mano sobre el hombro de Baghra, y ella se encogió.

—Déjala en paz —dije enfadada.

—Muéstrate —ordenó el Oscuro.

Ella se quitó el mantón de encima. Tomé aliento bruscamente y oí que alguien detrás de mí jadeaba.

No era Baghra. No sabía lo que era. Tenía mordiscos por todas partes, trozos negros de carne levantada, bultos retorcidos de tejido que jamás sanaría, ni por la mano de los Grisha ni por ninguna otra, las marcas inconfundibles de los *nichevo'ya*. Entonces vi el fuego descolorido de su pelo, el precioso tono ámbar del ojo que le quedaba.

—Genya —jadeé.

Nos quedamos ahí en un silencio terrible. Di un paso hacia ella. Entonces David pasó junto a mí y bajó los escalones del altar. Genya se encogió para apartarse de él, se puso el mantón por encima y se giró para esconder su cara.

David fue más lento y dudó. Suavemente, estiró el brazo para tocarle el hombro. Vi que la espalda de Genya subía y bajaba, y supe que estaba llorando.

Me cubrí la boca con las manos mientas un sollozo se escapaba de mi garganta.

Había visto un millar de horrores durante ese largo día, pero ese fue el que me destrozó, Genya encogiéndose de David como un animal asustado. La luminosa Genya, con su piel de alabastro y sus gráciles manos. La fuerte Genya, que había soportado incontables humillaciones e insultos, pero siempre había mantenido su preciosa cabeza bien alta. La insensata Genya, que había tratado de ser mi amiga, que se había atrevido a mostrarme misericordia.

David pasó el brazo alrededor de los hombros de Genya y la condujo lentamente por el pasillo. El Oscuro no los detuvo.

—Solo he desatado la guerra que me has obligado, Alina —dijo el Oscuro—. Si no hubieras huido de mí, el Segundo Ejército seguiría intacto. Todos esos Grisha seguirían con vida, y tu rastreador estaría a salvo y feliz con su regimiento. ¿Cuándo tendrás suficiente? ¿Cuándo me dejarás parar?

No puedo ayudarte. Tu única esperanza, era huir. Baghra tenía razón. Había sido una estúpida pensando que podría enfrentarme a él. Lo había intentado, e incontables personas habían perdido la vida por ello.

—Te lamentas por la gente que murió en Novokribirsk —continuó el Oscuro—, la gente perdida en la Sombra. Pero ¿qué pasa con los miles que vinieron antes que ellos, sacrificados en las guerras interminables? ¿Qué pasa con los que hay muriendo ahora en costas distantes? Juntos, podríamos acabar con todo.

Razonable. Lógico. Por primera vez, consideré sus palabras. Acabar con todo.

Ha terminado.

Debería haberme sentido abatida por la idea, derrotada, pero en lugar de eso me llenó de una curiosa ligereza. ¿Acaso no había sabido una parte de mí todo el tiempo que terminaría así?

El momento en que el Oscuro puso la mano sobre mi brazo en el pabellón Grisha

hacía tanto tiempo, había tomado posesión de mí. Pero yo no me había dado cuenta.

—Está bien —susurré.

—¡Alina, no! —dijo Mal con furia.

—¿Los dejarás marchar? —pregunté—. ¿A todos?

—Necesitamos al rastreador —señaló el Oscuro—. Para el pájaro de fuego.

—Él quedará libre. No puedes tenernos a los dos.

El Oscuro hizo una pausa, y después asintió una vez. Sabía que pensaba que encontraría la forma de conseguir a Mal. Que lo creyera. Jamás dejaría que pasara.

—No voy a irme a ningún sitio —dijo Mal entre dientes.

Me giré hacia Tolya y Tamar.

—Lleváoslo de aquí. Incluso aunque sea a rastras.

—Alina…

—No nos iremos —dijo Tamar—. Lo hemos jurado.

—Lo haréis.

Tolya sacudió su enorme cabeza.

—Hemos jurado que daríamos la vida por ti. Todos nosotros.

Me giré para mirarlo.

—Entonces haced lo que ordeno —dije—. Tolya Yul-Baatar, Tamar Kir-Baatar, pondréis a salvo a esta gente. —Invoqué la luz, dejándola resplandecer en un glorioso halo a mi alrededor. Un truco barato, pero efectivo. Nikolai hubiera estado orgulloso —. No me falléis.

Tamar tenía lágrimas en los ojos, pero tanto ella como su hermano hicieron una reverencia.

Mal me cogió del brazo y me dio la vuelta bruscamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Es lo que quiero.

Lo que necesito. Sacrificio o egoísmo, ya no importaba.

—No te creo.

—No puedo escapar de lo que soy, Mal, de lo que me estoy convirtiendo. No puedo devolverte a la Alina que conocías, pero puedo liberarte.

—No puedes… no puedes elegirlo a él.

—Esto no es ninguna elección. Esto es lo que tiene que pasar.

Era cierto. Lo sentía en el collar, en el peso del grillete. Por primera vez en semanas, me sentí fuerte.

Sacudió la cabeza.

—Esto está mal. —La expresión de su cara casi me desarmó. Estaba perdido, asustado, como un niño pequeño en las ruinas de una aldea en llamas—. Por favor, Alina —dijo suavemente—. Por favor. No puede terminar así.

Posé la mano en su mejilla, esperando que todavía hubiera suficiente entre nosotros para que lo entendiera. Me puse de puntillas y besé la cicatriz de su mandíbula.

—Te he querido toda mi vida —susurré entre las lágrimas—. Nuestra historia no tiene fin.

Retrocedí, memorizando cada facción de su rostro. Después me giré y avancé por el pasillo con paso seguro. Mal tendría una vida. Encontraría su propósito. Yo tenía que buscar el mío. Nikolai me había prometido una oportunidad de salvar Ravka, de enmendar lo que yo había hecho. Lo había intentado, pero era el Oscuro quien tenía la facultad de entregar ese don.

—¡Alina! —gritó Mal. Lo oí forcejear detrás de mí, y supe que Tolya lo había sujetado—. ¡Alina!

Su voz era madera blanca, arrancada del corazón de un árbol. No me giré.

El Oscuro permanecía expectante, y su guardia de sombras se retorcían y flotaban a su alrededor.

Estaba asustada, pero debajo del miedo, estaba impaciente.

—Somos similares —dijo—, y no hay nadie como nosotros, y nunca los habrá.

La verdad de sus palabras resonó a través de mí. *Los similares se atraen*.

Extendió la mano y me metí entre sus brazos.

Le toqué la nuca, sintiendo el roce sedoso de su pelo en la punta de mis dedos. Sabía que Mal estaba observando. Necesitaba que se girara. Necesitaba que se fuera. Acerqué mi cara a la del Oscuro.

—Mi poder es tuyo —susurré.

Vi la euforia y el triunfo en sus ojos mientras bajaba su boca a la mía. Nuestros labios se encontraron y se abrió la conexión entre nosotros. No era así como me había tocado en mis visiones, cuando había acudido a mí como una sombra. Esta vez era real, y podía ahogarme en ella.

El poder fluyó a través de mí: el poder del ciervo, su fuerte corazón latiendo en nuestros cuerpos, la vida que él había tomado, la vida que yo había tratado de salvar. Pero también sentí el poder del Hereje Negro, el poder de la Sombra.

Los similares se atraen. Lo había sentido cuando el *Colibrí* entró en el Nocéano, pero estaba demasiado asustada como para aceptarlo. Esta vez no me opuse. Me liberé de mi miedo, mi culpa, mi vergüenza. Había oscuridad en mi interior. Él la había puesto allí, y yo ya no la negaría. Los volcra, los *nichevo'ya*, eran mis monstruos, todos ellos. Y él también era mi monstruo.

—Mi poder es tuyo —repetí. Sus brazos se tensaron a mi alrededor—. Y el tuyo es mío —susurré contra sus labios.

Mío. La palabra reverberó dentro de mí, dentro de los dos.

Los soldados de las sombras se retorcieron y zumbaron.

Recordé cómo me había sentido en el claro nevado, cuando el Oscuro había colocado el collar alrededor de mi cuello y tomado posesión de mi poder. Examiné la conexión entre nosotros.

Él se apartó.

—¿Qué estás haciendo?

Supe por qué nunca había tenido intención de matar él mismo al azote marino, por qué nunca había querido formar esa segunda conexión. Tenía miedo.

Mío.

Avancé a la fuerza por el lazo forjado por el collar de Morozova y me aferré al poder del Oscuro.

La oscuridad se derramó desde él, tinta negra desde sus palmas, hinchándose y retorciéndose, cobrando la forma de un *nichevo'ya*, formando manos, cabeza, garras, alas. La primera de mis abominaciones.

El Oscuro trató de apartarse de mí, pero yo lo aferré con más fuerza, invocando su poder, invocando a la oscuridad como él había utilizado una vez el collar para invocar mi luz.

Otra criatura emergió, y después otra. El Oscuro gritó mientras las arrancaba de él. Yo también lo sentí, sentí mi corazón constriñéndose mientras cada soldado de sombras arrancaba un pedazo de mí, cobrándose el precio de su creación.

—Para —dijo con voz ronca.

Los *nichevo'ya* zumbaron con nerviosismo a nuestro alrededor, produciendo chasquidos, más y más rápido. Uno tras otro, di vida a mis soldados oscuros, y mi ejército se alzó a nuestro alrededor.

El Oscuro gimió, y yo también. Nos desplomamos el uno sobre el otro, pero aun así no me rendí.

—¡Nos matarás a los dos! —gritó.

—Sí —respondí.

Las piernas del Oscuro se desplomaron y caímos de rodillas.

Aquello no era la Pequeña Ciencia. Aquello era magia, algo ancestral, la creación en el corazón del mundo. Era terrorífico, sin límites. No me extrañaba que el Oscuro estuviera sediento de más.

La oscuridad zumbó y repiqueteó, un millar de langostas, escarabajos, moscas hambrientas, haciendo chasquidos con las piernas, batiendo las alas. Los *nichevo'ya* temblaron y se reformaron, zumbando con frenesí, impulsado por la rabia del Oscuro y mi exultación.

Otro monstruo. Otro. Salía sangre de la nariz del Oscuro. La habitación pareció balancearse, y me di cuenta de que me estaba convulsionando. Estaba muriendo, poco a poco, con cada monstruo que se liberaba.

Solo un poco más, pensé. *Solo unos pocos más. Suficientes como para saber que lo he enviado al otro mundo antes de seguirlo.*

—¡Alina! —oí que Mal me llamara, como si fuera desde una gran distancia. Estaba tirando de mí, apartándome.

—¡No! —grité—. Déjame acabar con esto.

—¡Alina!

Mal me agarró la muñeca, y me recorrió una sacudida. A través de la neblina de sangre y sombra vislumbré algo hermoso, como si fuera a través de una puerta

dorada.

Me alejó del Oscuro, pero no antes de que llamara a mis hijos en una última exhortación: *Derribadlo*.

El Oscuro se desplomó sobre el suelo. Los monstruos se alzaron en una columna negra que se retorcía alrededor de él, y después se estamparon contra los muros de la capilla, haciendo temblar los cimientos del pequeño edificio.

Mal me tenía entre sus brazos y corría por el pasillo. Los *nichevo'ya* se abalanzaban contra las paredes de la capilla. Unos bloques de yeso comenzaron a destrozarse contra el suelo. La bóveda azul de tambaleó cuando sus soportes comenzaron a ceder.

Mal saltó al altar y se metió en el pasadizo. El olor de la tierra húmeda y el moho me llenó la nariz, mezclándose con el dulce aroma a incienso de la capilla. Corrió, huyendo del desastre que yo había desatado.

Sonó un estampido desde algún lugar muy detrás de nosotros cuando la capilla se derrumbó. El impacto rugió a través del pasadizo. Una nube de polvo y escombros nos golpeó con la fuerza de una ola. Mal cayó hacia delante. Caí de sus brazos y el mundo se desplomó a nuestro alrededor.

Lo primero que oí fue la voz grave y retumbante de Tolya. No podía hablar, no podía gritar. Todo lo que sentía era dolor y el implacable peso de la tierra. Más tarde descubriría que habían estado trabajando sobre mí durante horas, insuflando aire en mis pulmones, haciendo que mi sangre siguiera fluyendo, tratando de arreglar las peores roturas de mis huesos.

Perdía y retomaba la conciencia. Tenía la boca seca e hinchada. Estaba bastante segura de que me había mordido la lengua. Oí a Tamar dando órdenes.

—Derribad el resto del túnel. Tenemos que alejarnos de aquí tanto como podamos.

Mal.

¿Estaba ahí? ¿Enterrado bajo los escombros? No podía permitir que lo dejaran atrás. Obligué a mis labios a pronunciar su nombre.

—Mal.

¿Podían oírme siquiera? Mi voz sonaba amortiguada y extraña.

—Está sufriendo. ¿Deberíamos dormirla? —preguntó Tamar.

—No quiero arriesgarme a que su corazón vuelva a pararse —respondió Tolya.

—Mal —repetí.

—Dejad abierto el pasadizo hasta el convento —le dijo Tamar a alguien—. Con suerte, pensará que hemos ido allí.

El convento. Sankta Lizabeta. Los jardines junto a la mansión Gritzki. No podía poner en orden mis pensamientos. Traté de decir el nombre de Mal de nuevo pero no conseguía que mi boca funcionara. El dolor me estaba abrumando. ¿Y si lo había

perdido? Si hubiera tenido fuerzas, habría gritado. Habría luchado. En lugar de eso, me hundí en la oscuridad.

Cuando recobré el conocimiento, el mundo se balanceaba debajo de mí. Recordé cuando había despertado a bordo del ballenero, y por un terrorífico momento pensé que podría estar en un barco.

Abrí los ojos y vi tierra y roca encima de mí. Estábamos avanzando por una enorme caverna. Yo estaba de espaldas sobre alguna especie de camilla, sobre los hombros de dos hombres.

Me esforcé por mantenerme consciente. Había pasado la mayor parte de mi vida sintiéndome enferma y débil, pero nunca había conocido una fatiga como esa. Era un cascarón vacío y rebañado. Si alguna brisa nos hubiera alcanzado tan profundamente bajo la tierra, me hubiera desvanecido en la nada.

Aunque cada hueso y músculo de mi cuerpo protestó a gritos, me las arreglé para girar la cabeza.

Mal se encontraba allí, sobre otra camilla, y lo llevaban a solo un metro detrás de mí. Me estaba observando, como si hubiera estado esperando a que me despertara. Estiró el brazo.

Encontré alguna reserva de fuerza y estiré el brazo más allá del borde de la camilla. Cuando nuestros dedos se encontraron, oí un sollozo y me di cuenta de que estaba llorando. Lloraba de alivio porque no tendría que vivir con la carga de su muerte. Pero, en mi gratitud, sentí una reluciente espina de resentimiento. Lloraba de rabia porque tendría que vivir.

Viajamos durante kilómetros, a través de pasadizos tan estrechos que tuvieron que bajar mi camilla hasta el suelo y deslizarme sobre la roca, a través de túneles tan altos y anchos como para alojar diez carros de heno. No sé cuánto tiempo seguimos avanzando. No había noches ni días bajo tierra.

Mal se recobró antes que yo y fue cojeando junto a la camilla. Había sido herido cuando el túnel se derrumbó, pero los Grisha lo habían sanado. Lo que yo había soportado, lo que yo había abrazado, ellos no eran capaces de curarlo.

En algún momento nos detuvimos en una cueva llena de filas de estalactitas. Oí que uno de los que me llevaban lo llamaba la Boca del Gusano. Cuando me bajaron, Mal estaba ahí, y con su ayuda, me las arreglé para sentarme contra la pared de la cueva. Incluso ese esfuerzo me dejó mareada, y cuando me pasó la manga por la nariz, comprobé que estaba sangrando.

—¿Estoy muy mal? —pregunté.

—Has estado mejor —admitió—. Los peregrinos mencionaron algo llamado la Catedral Blanca. Creo que es ahí adonde vamos.

—Me llevan con el Apparat.

Echó un vistazo alrededor de la caverna.

—Así es como escapó del Gran Palacio después del golpe de Estado. Como logró evadir la captura durante tanto tiempo.

—También es como apareció y desapareció de la fiesta de adivinación. La mansión estaba junto al Convento de Sankta Lizabeta, ¿recuerdas? Tamar me llevó directamente hasta él, y después lo dejó marcharse.

Oí la amargura en mi débil voz.

Lentamente, mi mente confundida había unido todas las piezas. Solo Tolya y Tamar habían sabido lo de la fiesta, y lo habían organizado para que el Apparat se encontrara conmigo. Habían estado entre los peregrinos aquella mañana cuando casi había comenzado la revuelta, para observar el amanecer con los fieles. Así es como me habían alcanzado tan rápidamente. Y Tamar había desaparecido del Nido del Águila en cuanto comenzó a sospechar que había peligro. Sabía que los mellizos y sus soldados del sol eran la única razón por la que habían sobrevivido algunos de los Grisha, pero sus mentiras dolían igualmente.

—¿Cómo están los demás?

Mal miró hacia donde el grupo de Grisha harapientos se apiñaban entre las sombras.

—Saben lo del grillete —dijo—. Están asustados.

—¿Y el pájaro de fuego?

Sacudió la cabeza.

—No lo creo.

—Se lo contaré pronto.

—Sergei no está bien —continuó Mal—. Creo que sigue conmocionado. Los demás parecen ir tirando.

—¿Genya?

—Ella y David se quedaron por detrás de los demás. No puede ir muy rápido. —Hizo una pausa—. Los peregrinos la llaman *Razrusha'ya*.

La Destrozada.

—Tengo que ver a Tolya y Tamar.

—Necesitas descansar.

—Ahora —dije—. Por favor.

Se puso en pie, pero dudó. Cuando volvió a hablar tenía la voz ronca.

—Tendrías que haberme dicho lo que pretendías hacer.

Aparté la mirada. La distancia entre nosotros parecía aún mayor que antes. *Trataba de liberarte, Mal. Del Oscuro. De mí.*

—Tendrías que haber dejado que acabara con él —dije—. Tendrías que haberme dejado morir.

Cuando oí que sus pasos se desvanecían, dejé caer la barbilla. Podía oír mi aliento saliendo en jadeos. Cuando reuní fuerzas para levantar la mirada, Tolya y Tamar se

estaban arrodillando ante mí, con las cabezas inclinadas.

—Miradme —dije.

Obedecieron. Tolya se había arremangado, y vi que sus enormes antebrazos estaban adornados con soles.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—Jamás nos habrías dejado acercarnos tanto —respondió Tamar.

Era cierto. Incluso entonces, no sabía qué pensar de ellos.

—Si creéis que soy una Santa, ¿por qué no me dejasteis morir en la capilla? ¿Y si ese tenía que ser mi martirio?

—Entonces hubieras muerto —dijo Tolya sin dudar—. No te hubiéramos encontrado entre los escombros a tiempo para revivirte.

—Dejasteis que Mal volviera a por mí. Después de darme vuestra palabra.

—Se escapó —mintió Tamar.

Alcé una ceja. El día que Mal pudiera escapar de los brazos de Tolya sería sin duda un día milagroso.

Tolya bajó la cabeza y bajó los enormes hombros.

—Perdóname —dijo—. No podía ser yo quien lo alejara de ti.

Suspiré. Menudo guerrero santo.

—¿Me servís a mí?

—Sí —respondieron al unísono.

—¿No al sacerdote?

—Te servimos a ti —aseguró Tolya, con voz fiera y retumbante.

—Ya veremos —murmuré, e hice un gesto para que se alejaran. Se pusieron en pie para levantarse, pero volví a llamarlos—. Algunos de los peregrinos han empezado a llamar *Razrusha'ya* a Genya. Advertidles una vez. Si vuelven a decir esa palabra, cortadles la lengua.

Ni pestañearon ni se encogieron. Hicieron una reverencia y se marcharon.

La Catedral Blanca era una caverna de alabastro de cuarzo, tan enorme que podría haber albergado una ciudad en sus profundidades blancas y relucientes. Sus muros estaban húmedos y llenos de setas, lirios de sal y hongos venenosos con forma de estrellas. Estaba enterrada profundamente bajo Ravka, en algún lugar al norte de la capital.

Quería estar de pie cuando me encontrara con el sacerdote, así que me aferré con fuerza al brazo de Mal mientras nos llevaban ante él, tratando de esconder el esfuerzo que me costaba mantenerme recta y la forma en que mi cuerpo temblaba.

—Sankta Alina —dijo el Apparat—, habéis venido ante nosotros por fin.

Después cayó de rodillas con su harapienta túnica marrón. Me besó la mano y el dobladillo. Llamó a los fieles, miles de ellos que se reunían dentro de la caverna. Cuando habló, el mismo aire pareció temblar.

—Nos alzaremos para formar una nueva Ravka —vociferó—. ¡Un país libre de tiranos y reyes! ¡Saldremos de la tierra y expulsaremos a las sombras en una oleada de justicia!

Bajo nosotros, los peregrinos entonaban un cántico. Sankta Alina.

Había habitaciones excavadas en la roca, cámaras que relucían como el marfil y centelleaban con delgadas vetas de plata. Mal me ayudó a llegar a mi habitación, me hizo comer un poco de crema de guisantes, y me trajo un jarro de agua fresca para llenar la palangana. Había un espejo colocado directamente en la piedra, y cuando me vi en él, solté un gritito. El sonido agudo reverberó en el suelo. Tenía la piel cetrina, estirada sobre huesos prominentes. Mis ojos parecían agujeros amoratados. Mi pelo se había vuelto completamente blanco, una cascada de nieve quebradiza.

Toqué el cristal con la punta de los dedos. Los ojos de Mal se encontraron con los míos en el reflejo.

—Debería haberte advertido —dijo.

—Parezco un monstruo.

—Más bien una *khitka*.

—Los espíritus de los bosques comen niños.

—Solo cuando tienen hambre —replicó.

Traté de sonreír, de aferrarme a ese destello de calidez entre nosotros. Pero me di cuenta de lo lejos de mí que se encontraba, con los brazos en la espalda, como un guardia en posición firme. Malinterpretó las lágrimas de mis ojos.

—Mejorará —aseguró—. En cuanto uses tu poder.

—Por supuesto —respondí, alejándome del espejo, sintiendo el cansancio y el dolor que se asentaban en mis huesos.

Dudé, y después miré amenazadoramente a los hombres que el Apparat había posicionado en la entrada de mi cámara. Mal se acercó a mí. Quería presionar la mejilla contra su pecho, sentir sus brazos a mi alrededor, escuchar al latido constante y humano de su corazón. No lo hice.

En su lugar, hablé en voz baja, apenas moviendo los labios:

—Lo he intentado —susurré—. Algo va mal.

Frunció el ceño.

—¿No puedes invocar? —preguntó con vacilación. ¿Había miedo en su voz? ¿Esperanza? ¿Preocupación? No sabría decirlo. Lo único que podía sentir en él era cautela.

—Estoy demasiado débil. Estamos demasiado bajo tierra. No lo sé.

Observé su cara, recordando la discusión que habíamos tenido en el bosquecillo de abedules, cuando me había preguntado si dejaría de ser Grisha. *Jamás*, había dicho yo. Jamás.

Me invadió la desesperanza, negra y densa, pesada como la presión de la tierra. No quería decir las palabras, no quería dar voz al miedo que había llevado conmigo durante los largos y oscuros kilómetros bajo la tierra, pero me obligué a hacerlo.

—La luz no viene, Mal. Mi poder ha desaparecido.





a chica volvía a soñar con barcos, pero esta vez volaban. Tenían alas blancas hechas de lona, y un zorro de ojos astutos se encontraba detrás del timón. A veces el zorro se convertía en un príncipe que la besaba en los labios y le ofrecía una corona enjoyada. Otras era un sabueso rojo, con espuma en el hocico, tratando de morderle los talones mientras corría detrás de ella.

A veces soñaba con el pájaro de fuego. La atrapaba con sus alas de llamas y la abrazaba mientras ella ardía.

Mucho antes de que llegaran las noticias, supo que el Oscuro había sobrevivido y que ella había vuelto a fracasar. Había sido rescatado por sus Grisha y ahora gobernaba Ravka desde un trono envuelto en sombras, rodeado por su horda monstruosa. La chica no sabía si había quedado debilitado por lo que ella había hecho en la capilla. Era ancestral, y el poder le resultaba tan familiar a él como nunca lo había sido para ella.

Sus guardias *oprichniki* fueron a los monasterios y las iglesias, rompieron baldosas y excavaron bajo los suelos, buscando a la Invocadora del Sol. Se ofrecieron recompensas, se hicieron amenazas, y una vez más se dio caza a la chica.

El sacerdote juró que se encontraba a salvo en la enorme red de pasadizos que surcaba Ravka como un mapa secreto. Algunos aseguraban que los túneles habían sido construidos por ejércitos de fieles, que habían tardado cientos de años en tallarlos con picos y palas. Otros decían que eran el trabajo de un monstruo, un enorme gusano que tragaba tierra, roca, raíces y grava, que vaciaba los caminos subterráneos que llevaban a antiguos lugares sagrados, donde todavía se rezaban plegarias recordadas a medias. La chica tan solo sabía que no estarían a salvo en ningún lugar durante mucho tiempo.

Había mirado las caras de sus seguidores: hombres ancianos, mujeres jóvenes, niños, soldados, granjeros, convictos. Todo lo que veía eran cadáveres, más cuerpos

para que el Oscuro los amontonara a sus pies.

El Apparat lloraba, gritando de gratitud porque la Santa del Sol viviera todavía, porque se hubiera salvado una vez más. En su mirada negra y salvaje, la chica veía una verdad diferente: una mártir muerta suponía menos problemas que una Santa viva.

Las plegarias de los fieles se alzaron alrededor del chico y de la chica, reverberando y multiplicándose bajo la tierra, rebotando en las elevadas paredes de piedra de la Catedral Blanca. El Apparat dijo que era un lugar sagrado, su refugio, su santuario, su hogar.

El chico había sacudido la cabeza. Reconocía una celda cuando la veía.

Se equivocaba, por supuesto. La chica lo veía en la forma que el Apparat la observaba esforzarse por ponerse en pie. Lo oía en cada frágil latido de su corazón. Aquel lugar no era una prisión. Era una tumba.

Pero la chica había pasado largos años siendo invisible. Ya había llevado la vida de un fantasma, oculta del mundo y de ella misma. Conocía mejor que nadie el poder de las cosas que llevaban mucho tiempo enterradas.

De noche oía al chico paseándose al otro lado de su habitación, manteniendo la guardia con los mellizos de ojos dorados. Permaneció tumbada en su cama en silencio, contando las veces que respiraba, estirándose hacia la superficie, buscando la luz. Pensó en el esquife roto, en Novokribirsk, en los nombres rojos que llenaban la pared torcida de una iglesia. Recordaba las pequeñas formas humanas que se desplomaban bajo la bóveda dorada; el cuerpo masacrado de Marie; Fedyor, que una vez le había salvado la vida. Escuchaba los cánticos y las exhortaciones de los peregrinos. Pensaba en los volcra y en Genya aovillada en la oscuridad.

La chica tocaba el collar de su cuello, el grillete de su muñeca. Tantos hombres habían tratado de convertirla en una reina… Ahora comprendía que estaba destinada a algo más.

El Oscuro le había dicho que estaba destinado a gobernar. Había reclamado su trono, y también una parte de ella. Que la tomara. Por los vivos y los muertos, la chica iba a ajustarle las cuentas.

Ascendería.



AGRADECIMIENTOS

El problema de los agradecimientos es que se convierten rápidamente en largas listas de nombres fáciles de saltar. Pero hacen falta muchas personas para que un libro exista, y se merecen su reconocimiento, así que os pido por favor que me aguantéis. (Si se vuelve aburrido, os recomiendo que cantéis en voz alta. Un amigo os puede hacer la percusión. Esperaré).

Como autora novata, aprendes rápidamente lo mucho que le vas a pedir a tu agente: necesitas que sea diplomática, terapeuta, defensora y, en ocasiones, peleona. He sido muy afortunada al encontrar todo eso en la impresionante Joanna Volpe. Muchas gracias a todo el equipo de New Leaf Literary and Media, incluyendo a Pouya Shahbazian, Kathleen Ortiz y Danielle Barthel.

Mi editora, Noa Wheeler, es claramente una maestra de la Pequeña Ciencia. Empuja por ahí, da un codazo por allá, hace las preguntas que no quieres oír, y al final de todo, ves tu historia transformada en algo mucho mejor. Es casi como magia.

Quiero agradecer a todos en Macmillan/Holt Children's. Me encanta esta editorial venerable, asombrosa y magnífica, y me siento muy orgullosa de ser una parte de ella. Agradecimientos especiales a Jean Feiwel y Laura Godwin, que se han apartado de su camino por esta trilogía una y otra vez, al fiero Angus Killick, la glamurosa Elizabeth Fithian, la siempre correcta Allison Verost, la magnífica Molly Brouillette, y a Jon Yaged, que sigue siendo punk rock. Ksenia Winnicki, mi compañera *fangirl*, que trabajó incansablemente para llegar hasta los blogueros. Kate Lied consiguió lanzar el tour de Fierce Reads. Karen Frangipane y Kathryn Bhirud hicieron el precioso tráiler para *Sombra y hueso* (así de épico ha salido). Muchas gracias a Rich Deas, April Ward, Ashley Halsey, Jen Wang y Keith Thompson, que convierten los libros en arte. Y también a Mark von Bargen, Yannessa Cronin, y toda la gente maravillosa del departamento de ventas que ayuda a que mis libros lleguen a las manos de la gente.

Ahora hablemos de mi ejército: la valiente y hermosa Michelle Chihara de thisblueangel.com; Joshua Joy Kamensky, que me sustenta con música, inteligencia y amabilidad; Morgan Fahey, una mujer audaz que hace solicitudes audaces; y también una lectora generosa y una estupenda consejera de guerra; Sarah Mesle de sunsetandecho.com, que comprende la estructura, la historia y el corazón, y todas las formas de las que encajan; y Liz Hamilton (también conocida como Zenith Nadir de Darlings Are Dying), que puede editar y beber cócteles como nadie. Gamynne Guillote trajo a la vida el poder de los Grisha con paciencia y un ojo implacable. Mucho cariño también para Peter Bibring, Brandon Harvey, Dan Braun, Jon Zerolnik, Michael Pessah, Heather Repenning, Kurt Mattila, Rico Gagliano, Corey Ellis, William Lexner y la Brotherhood Without Banners (especialmente Andi y Ben

Galusha, Lady Narcissa, Katie Rask, Lee y Rachel Greenberg, Xray the Enforcer, Blackfyre, Adam Tesh, y la Cabra de Montaña), Ann Kingman de Books on the Nightstand, E. Aaron Wilson y Laura Recchi, Laurie Wheeler, Viviane Hebel de HebelDesign.com, David Peterson, Aman Chaudhary, Tracey Taylor y Romi Cortier. Estas personas me ayudaron a mí y a la trilogía Grisha en cada paso del camino, y no puedo decir lo mucho que los valoro y adoro. Quiero hacer una mención especial a Rachel Tejada, Austin Wilkin y Ray Tejada, que me ayudaron a expandir el *grishaverso* con creatividad y apoyo infinitos.

Ciertos supergenios me ayudaron a convertir lo imposible en improbable: la encantadora Heather Joy Kamensky me habló sobre la logística de los platos espejados de David; John Williams me ayudó a construir el *Colibrí*, y Davey Krieger me aconsejó sobre la construcción de los barcos y las demás cosas náuticas (aunque probablemente se sentirá horrorizado por las libertades que me he tomado).

Muchas gracias a las inspiradoras mujeres de Publishing Crawl; especialmente a Amie Kaufman, Susan Dennard y Sarah J. Maas. También a Jacob Clifton, Jenn Rush, Erica O'Rourke, Lia Keyes, Claire Legrand, Anna Ban (¡cómo te atreves!), Emmy Laybourne y los *Apocalypsies*. Varios autores extraordinarios apoyaron a esta trilogía en voz alta y desde el principio: Verónica Roth, Cinda Williams Chima, Seanan McGuire, Alyssa Rosenberg, y la inimitable Laini Taylor. Finalmente, mi equipo de Los Ángeles, especialmente Jenn Bosworth, Abby McDonald, Gretchen McNeil, Jessica Brody, Jessica Morgan, Julia Collard, Sarah Wilson Etienne, Jenn Reese y Kristen Kittscher. Señoritas, sin vosotras, no sé lo que haría. Gracias por mantenerme cuerda, al menos lo suficiente.

Dediqué este libro a mi madre, pero también se merece sus agradecimientos aquí. No podría haber logrado escribir el primer borrador de *Asedio y tormenta* si ella no hubiera estado allí para leerlo, ofrecer su apoyo, y proporcionarme aperitivos. Es una madre maravillosa y una amiga aún mejor. Irritable. Cascarrabias. Desafiante. Esas son nuestras palabras.

Estaré en deuda eternamente a los libreros, bibliotecarios y blogueros que han hablado bien de *Sombra y hueso* a sus amigos, compradores y desventurados transeúntes.

Y, finalmente, a mis maravillosos lectores: gracias por cada email, cada tweet, cada gif. Me hacéis sentir agradecida cada día.



LEIGH BARDUGO nació en 1932 en Jerusalem, creció en Los Ángeles y se graduó en la Universidad de Yale. Siente una especial debilidad por el glamour, los gules y los disfraces, a la que da rienda suelta en su otra vida como maquilladora en Hollywood, además, de vez en cuando, se la puede oír cantando con su banda, *Captain Automatic*.